



ESTATE
DE
HENG.O

ESTATE
CLONE
WEBSITE

HISTORI
1918







H 6989
F 2994

A.T.A.
636

DESCRIPCIONES DE ALAVA

LIBRO INÉDITO

DE

RICARDO BECERRO DE BENGOA



ESCRITO EL AÑO DE 1880

PRÓLOGO E ÍNDICES

POR

ANGEL DE ALAIZ

PUBLICACIÓN DEL REAL ATENEO DE VITORIA

LIBRERÍA MIÑAMBRE
Grad. Vieja, 6 - BILBAO
VITORIA
IMPRENTA DE DOMINGO SAR
1918

卷之三

PRÓLOGO

Quisiera poder trasmir á los que me lean el gozo,—acaso en parte propio del rebuscador, pero en el que aseguro que otra había, mayor y más noble, de patriota,—con que una hermosa tarde de hace un par de meses subía yo por la madrileña calle de Alcalá, con el autógrafo inédito que mis manos acababan de poseer, de las *Excusiones de Alava* por D. Ricardo Becerro de Bengoa. Poco tiempo antes había tenido noticia del mismo, por D. Elías Tormo que en el *Boletín de la Sociedad Española de Excusiones* publicaba uno de sus trozos más interesantes. Acudí entonces, con mediación de un sabio amigo de ambos, al propietario del manuscrito D. Manuel de Barandica y Ampuero, cuya cultura y amabilidad extremadas se me manifestaron

poniendo á mi disposición el manuscrito original del cual exaltaba él mismo el valor y la trascendencia y mostrando el mayor empeño por su desinteresada publicación. Para que esta fuese posible, ambos nos presentamos en la casa del reputado médico especialista D. Ricardo Becerro de Bengoa, hijo y homónimo del insigne alavés, que rivalizó en generosidad con el Sr. Barandica, rindiendo culto en frases cariñosas á la memoria de su padre y á la tierra que á éste vió nacer. Ambos señores merecen una gratitud, de la que el Ateneo de Vitoria y yo en su nombre, tenemos que ofrecer aquí débil testimonio.



Porque la obra cuya divulgación acometemos pienso que constituye el fruto de conocimiento propio, si no más maduro, más sabroso que podemos ofrecer hoy á nuestro pueblo. Es una especie de *Summa* de Alava, escrita por aquel vitoriano que de tantas

cosas entendía y que para ellas y para todas tenía una mirada de amor; por aquel literato y poeta, hombre de ciencia y dibujante, que en esta multiplicidad de su espíritu, se asemejaba á los hombres del Renacimiento que valían más como tales hombres que por las obras que dejaron. Nacido él en la época del Romanticismo, ponía en sus libros y folletos, en los discursos que pronunciaba ó en los periódicos que se hacia él solo, el ideal, el empuje, la piadosa comprensión con que su tiempo supo encararse con los demás. El nuestro podrá completar y hasta corregir los resultados á que el suyo llegó, pero en su punto de partida tenemos que ponernos y aquellas cualidades en que la juventud de nuestros padres abundara, son nuestra mejor herencia y la que quiera el Cielo que no nos falte jamás.

Las *Descripciones de Alava*, lo son de una serie de excursiones que abarcan todo su territorio, y que Becerro realiza antes y después de la Guerra civil del 72 al 76; pero todas las de que constan en el texto las

fechas, á partir del año 1870 en que consiguió por oposición en el Instituto de Palencia una cátedra, practicando su amor al suelo nativo durante las vacaciones.

Otras sin duda había debido de realizar—y á ellas alude en la relación de la que con el soñador Mantelli que va allí á estudiar el ambiente de su *Dama de Amboto*, dirige por Aramayona con motivo de las Juntas forales, de las que nos pinta y hoy los añoramos, el viaje y los festejos—, durante la época en que estudiaba en su hogar de la Calle Chiquita, ó cuando era Auxiliar del Instituto de Vitoria y desempeñaba cátedras y la Secretaría de nuestro Ateneo. Los fundadores de éste, los escritores y catedráticos forasteros, los jóvenes vitorianos de aquel tiempo, literatos y bullentes, acompañan á Becerro en sus excusiones y él nos los deja retratados en este libro: Amador de los Ríos su mentor en Arqueología, el poeta Justiniano, el elocuente Orodea, el filósofo Vidal, Arrese que llegó á maestro de la nueva generación, Perea á quien se nos presenta aquí como hombre

ducho en aldeanadas, bromista y simpático siempre, Fermín Herrán..... y tantos otros que deben ser conocidos de toda vitoriana memoria, forman animados cuadros, con sus movidas siluetas, sus rasgos característicos y los grandes proyectos que en común aca- riciaban.

El panorama de Alava tan variado, adquiere una vida especial, bajo la curiosa contemplación de Becerro. Repara este para sus *Descripciones* tanto en la constitución geológica del terreno con los fósiles que en él se encuentran, como en los beneficios que del mismo se obtienen ó pudieran obtener, vr. gr. en las Salinas de Añana ó en los yacimientos de asfalto de Loza, y en las aguas medicinales de los distintos balnearios; se informa y nos informa de las explotaciones forestales, ganaderas, agrícolas como las de la Granja Modelo, la finca La Rabea y la de San Bartolomé del Sr. Ugarte, (algunas tan detalladas como la vitícola del Marqués del Riscal) y otras de más pequeñas industrias; y hasta de los sitios en que abun-

dan las codornices y los cangrejos y las ventas en que suelen merendar los vitorianos. Le interesan del mismo modo las oscuras cuestiones étnicas, nos da las etimologías vascas, á veces demasiado atrevidas, de los nombres de los lugares que atraviesa y construye resúmenes históricos de los más importantes sucesos que en ellos se desarrollaron. Consigna de cada uno los hijos insignes, muchos de ellos poco conocidos, en todas las épocas; peregrina tras del literario prestigio del Canciller Ayala ó de los Navarretes de Abalos y pinta la organización modelo de las Escuelas de Llodio; nos lleva á visitar al Cura de Elorriaga y su huerta célebre; refiere romerías, anécdotas como la de que en *Dórdoniz crece la torre*, costumbres tradicionales y á veces supersticiosas; todo con la amenidad que era acaso en tal escritor y en tal hombre la nota más distintiva. Hay también en su libro tiernas pinturas, como la de la vida religiosa de las Monjas de San Juan de Acre en Salinas. Nos da cuenta de las reliquias piadosas y

de las heráldicas. Y se detiene con cariño, haciendo aplicación de sus conocimientos arqueológicos, ante todo aquello que se relacione con el arte.

Claro que en un tan vasto alarde de saber, el suyo no podía ser más que el de su época; y en campo, por ejemplo, que tan cultivado ha sido desde entonces como el de la Prehistoria, no hubiera hoy Becerro afirmado como entonces en todo el mundo se afirmaba, acerca de los dólmenes que por sí mismo exploró. Pero estas indagaciones son utilísimas y algunas debieran haber sido mejor aprovechadas. Así en los asuntos de arte que me son menos desconocidos, además de las noticias de olvidados maestros y de obras que desaparecieron ya, leo en sus *Descripciones* la siguiente observación de Becerro: «El arte románico estaba en su último periodo cuando se empleó en los ocultos rincones de Alava, no solo con cierta magnificencia en Armentia y Estívaliz sino en la mayor parte de sus pueblos, aunque en reducidas proporciones en estos.»

Tales palabras que refutan otras afirmaciones escritas con posterioridad en libros de ciencia, adelantaban una conclusión á la que hoy numerosos trabajos y colaboraciones nos han permitido llegar.

Tituló su autor el relato de esta serie de paseos *Descripciones de Alava*. El rótulo está completamente justificado, pues un procedimiento casi pictórico es el que en él la obra predomina. Abundan en ella los extensos paisajes, en los que como lo pide la realidad en nuestra tierra, va perfilando bajo las nubes del cielo y las nieblas de las montañas, los caseríos, los pueblecitos del llano, el río, los bosquecillos, las heredades, con innumerables toques. Otras veces las descripciones nos sacuden en su concisión, como la de la llanada de Vitoria, al bajar de San Adrián. Cuando el pintor se emociona ante un detalle, nuestro corazón se queda allí también: así ante el arbol de la fuente de Ali. Y al leer sus acariciadoras páginas del Vitoria trabajador y del Vitoria bullicioso de los domingos, recordamos cómo este

cariño filial, mas que la consideración á tales ó cuales tendencias políticas—Becerro, también en ciertos pasajes de esta obra deja traslucir sinceramente las suyas,—commovió á esa madre, que es Vitoria, al entregar al hijo amado la representación de su nombre y regocijarse en él con los trasportes mas entusiastas.

¿Como, pues, ha sido posible que este libro permaneciese aún inédito? A raiz de realizadas algunas de las excusiones que le sirven de asunto, publicó su autor en las páginas de *El Ateneo*, que iniciaron esta actual revista, dos ó tres notas referentes á los principales monumentos de nuestra tierra y que constituyen como una octava parte de lo que contienen hoy las *Descripciones de Alava*. Luego en libros y periódicos, principalmente de entre los primeros *El libro de Alava* y *El romancero alavés* y de los segundos en una minuciosa descripción, diríamos

que casa por casa, de Vitoria, que vió la luz el año 79 en la *Revista de las Provincias Euskaras*, órgano del Ateneo también, trató de asuntos muy relacionados con los de la obra que ahora nos ocupa. Pero esta que juzgamos la mas completa é interesante de todas, escrita según dice la cubierta, (con letra diferente que el manuscrito autógrafo), el año de 1880 como copiamos en la portada, la tuvo en su poder, según en dicha cubierta consta también, el editor bilbaino Sr. Delmas, por cuyo encargo acaso fuera escrita. La muerte del editor llevó el libro á manos de sus herederos, ajenos á tales empresas. Y hoy, merced á las bondades consignadas al principio, nuestro Ateneo lo recoge como un tesoro familiar.

Mi labor al actualizar tan gratos impulsos, quiere honrarse solamente con ser respetuosa. Así he preferido que desde que, una página más adelante, comience á reproducirse el manuscrito de Becerro, mi tarea se reduzca á procurar la fidelidad más absoluta posible de trascipción, sin un cambio inne-

cesario en la composición tipográfica, ni una corrección en la ortografía de ciertos nombres que hoy la prefieren distinta, ni una nota que altere el curso de lo que uno de los padres de nuestra generación hablaba. Después irán los Indices que faltan en el libro de Becerro y que desearía hacer de modo que esta obra, mas bien pequeña en sus dimensiones, pero en la que su autor ha explorado casi todo lo que en Alava existe, fuese para todo aquel, de casa ó de fuera, que desee conocer la tierra de Alava, un manejable consultor y hasta una guía que no ha de resultar anticuada si lo que en ella se busca pertenece al mundo de las cosas que no merecen pasar.

Cuando gracias al libro de Becerro de Bengoa disfrutemos de un paisaje áun no gozado por nosotros y de los que nuestro campo risueño ofrece con tanta diversidad, ó nos demos cuenta del escenario de una acción heróica, ó aprendamos á admirar á un hombre ó alguna de las obras de sus manos; y áun si alguna vez sentimos que la concien-

cia de nuestro país se cimenta sobre la única base posible, que es la de su propia cultura...; á través de esa vida de Alava en la cual el autor de sus *Descripciones* se veía siempre, nosotros le veremos á él.

ANGEL DE APRAIZ.

Salamanca, Abril de 1917.

DESCRIPCIONES DE ÁLAVA

POR

RICARDO BECERRO DE BENGOA

VITORIA Y LA LLANADA

ARMENTIA Y ESTIVALIZ

SALVATIERRA—ARAYA—GUEVARA—ARLABÁN

DE VITORIA Á VILLARREAL—ARAMAYONA Y ZUYA .

DE VITORIA Á SANTA CRUZ DE CAMPEZO

ZALDIARAN—TREVIÑO—PEÑACERRADA

RIOJA ALAVESA

DE MIRANDA Á AYALA Y LLODIO

DE MIRANDA Á SOBRÓN, VALDEGOVÍA

Y SALINAS DE AÑANA

DESCRIPCIONES DE ALAVA

RICARDO BECERRA DE BENGOA

NICOLAS DE ARKANZ

HISTORIA DE LA MANDADA

MARINERA Y BIZKAYA

SANTANDER - GUZMAN - CANTABRIA - ALAVESA - VIZCAYA - BIZKAYA - GIPUZCOA -

ALAVESA - GUZMAN - CANTABRIA - VIZCAYA - BIZKAYA - GIPUZCOA -

DE TUDIAGUA - SANTILLANA - SANTILLANA - CANTABRIA -

SANTILLANA - TINTAGUE - TINTAGUE -

MONTMOLY

- SANTILLANA - VIZCAYA - BIZKAYA - GIPUZCOA -

ALAVESA - GUZMAN - CANTABRIA - VIZCAYA - BIZKAYA - GIPUZCOA -

ALAVESA - VIZCAYA - BIZKAYA - GIPUZCOA -

VITORIA Y LA LLANADA

ENTRE los viajeros que llegaron á la capital de Alava en el verano de 1878, con mas vivos deseos de conocer la ciudad y sus alrededores, hallábase el insigne catedrático de la Universidad Central, mi querido maestro de aficiones arqueológicas, don José Amador de los Ríos. Muy de mañana solíamos ir diariamente á buscarle al domicilio del laureado coronel-poeta Justiniano, autor de los poemas *Roger de Flor* y *Hernan Cortes*, y colocándole en medio de un grupo de jóvenes, que sabían respetarle y que, de veras, le querían, recorriamos las calles y afuera de la población, formando ambulante, instructiva é inolvidable tertulia. Era el malogrado sabio, cuyas cenizas guarda hoy con orgullo la catedral sevillana, de abierto y cariñoso trato, como hijo del mediodía, y que á vuelta del continuado catálogo de humorísticas narraciones con que nos distraía, enseñábanos sin cesar mucho y muy bueno, acerca de la literatura y de las artes, hablando siempre como docto pro-

fesor, al mismo tiempo que como el mas comunicativo y excelente de los amigos.

Idolatraba él también á aquella colonia vitoriana cosmopolita de entusiastas discípulos, que con tanto empeño y tan perfectamente sabía armonizar con sus gustos y genialidades. Andaluces como él, Justiniano y Cristóbal Vidal, prestaban á nuestras alegres excursiones, aquél, su espíritu animoso é inspirado y siempre joven, este su bondadosa y modesta palabra; Perea, el muy llorado poeta vitoriano, rivalizaba con el maestro en sus especiales arranques de narrador incansable; Orodea, el malogrado y el mas brillante de cuantos oradores ha producido la moderna Castilla, contendía, siempre pulcro y delicado, en las amenas batallas del amor y de la filosofía; Manteli nos guardaba en la penumbra de sus sosegadas inspiraciones alguna leyenda, que el académico madrileño consideraba como dechado de sentimiento y de buen decir, Arrese, el futuro profesor de arábe de Sevilla, libre é independiente entonces, hacia las delicias del veterano Amador con la relación de sus aventuras vitorianas y con su ilustración profunda y su carácter sencillo y severo á la vez y Herran, especie de Benjamín de la familia literaria, que empezaba entonces á dar juego á su insurrecta fantasía y á bosquejar sus centenares de proyectos periodísticos, completaba la legión. Acompañado de algunos

pocos por la mañana y de todos ellos por la tarde hizo entonces numerosas visitas á la ciudad y á las aldeas. Con especial placer le enseñé hasta los últimos rincones de mi ciudad querida.

Dejábame él que le explicara uno por uno todos los detalles dignos de conocerse, que Vitoria encierra, y oia yo con cuidado sus rectificaciones y su parecer, en cuanto él acudía á poner reparos á mis palabras. Y, en breves días, se formó idea del conjunto, del pasado y del presente de la capital alavesa. La tarea no era difícil:

En el centro del anchuroso llano de Alava que limitan por todas partes las altas moles calcáreas del Pirineo Vascongado, á 525 metros sobre el nivel del mar, y asentada sobre la roca de cayuela cretácea del terreno secundario, que por lo visto en la perforación del pozo artesiano tiene un espesor de 700 metros, se alza la ciudad, dividida hoy en dos partes principales. En la formación de este suelo, las aguas arrastraron los terrenos superiores y mas modernos hacia el boquete de la Puebla y montes de Tuyo y Vitoria, desde cuya línea empieza la formación terciaria miocena. El pueblo primitivo ibero-euskaro ocupó todo el país desde el mar al río Ebro y designó con nombres vascongados que aun se conservan, cuantos términos y localidades recorrió y pobló. Así como las aguas, en un día desconocido, entrando desde Navarra

por el boquete de la Borunda, se dirigieron, inundándolo todo, á romper la cadena meridional en Tuyo, del mismo modo las invasiones de los pueblos que sucesivamente llegaron á nuestra patria, recorrieron esa especie de cuenca, en la que las revoluciones geológicas trazaron un dia un camino natural. El guerrero pueblo Celta invadió el llano y luchó primero y armonizó despues con los iberos, que parapetados en las gigantes cordilleras, pusieron un límite en ellas á todas las invasiones seculares, siendo Alzania, Arlaban, Albina, Gorbea y Altuve los muros de la indomable fortaleza vascongada, y el llano de Alava su foso, por donde debían desfilar todos los invasores, siempre en lucha con los euskaros. En ese paso natural trazaron su vía militar los romanos; y hasta sus primeros pueblos pudieron llegar los árabes para ser rechazados en los campos de Cellorigo, que no volvieron á ver jamás. Con absoluta libertad é independencia constituyó pues la gente alavesa, ibera ó euskara, un tanto mezclada con la raza céltica, sus autonómicas repúblicas en cien pueblecitos del llano, unidas entre si bajo el fraternal lazo de la Cofradía de Arriaga.

Uno de aquellos pueblecitos fué *Gazteiz*, que como la terminación de este nombre indica estaba situado en un cerrillo, en el punto céntrico de la llanura. Libre fué como los demás, pero su bella

situación le perdió. Los reyes de Navarra que se asomaban á la Borunda por el oriente y los de Castilla que acudian á la orilla del Ebro por el lado opuesto, combatieron á menudo en el llano alaves, tratando de extender su territorio por aquel campo neutral, sin poder conseguir otra cosa de la alavesa Cofradía, que la cesión de algun pueblo. Gazteiz era incomparable para el establecimiento de un recinto fortificado. Don Sancho el Sabio de Navarra con la razón de sus soldados fundó á Vitoria á fines del siglo XII, convirtiendo á la pobre aldea en una población murada. Y se halló la nueva villa en idéntica forma, que la que hoy tienen, sobre su alto asiento, Salvatiera y Laguardia por ejemplo. El cerro oblongo circuido de muralla, al norte y al sur dos iglesias templos; de uno á otro extremo la calle principal y otras dos ó tres concéntricas haciendo cortejo á aquella. Tal fué Vitoria en sus primeros años, en lo que hoy se llama *El Campillo*. Se llamó Vitoria, sin que sepamos por qué, y jamas hubo dos barrios al darle ese nombre, sino uno solo, el alto. La Conquista del Navarro causó la envidia del Castellano, y á poco mas de diez y ocho años de fundado, hubo de entregarse Vitoria al futuro vencedor de las Navas, logrando por el valor de sus hijos durante el sitio aquellos fueros que debieran durar, si los buenos deseos tuvieran

fuerza, hasta que el Zadorra dejara de correr hacia el Ebro. Esclava de los reyes, Vitoria vivió cerca de siglo y medio rodeada de los independientes concejos alaveses, aumentando considerablemente su población con las nuevas calles y el nuevo recinto, que comprendió las faldas de la vieja Gazteiz. Seis fueron las calles abiertas concéntricamente al Campillo, limitadas en el Norte por el barrio de Santo Domingo y la Puebla, y por el mediodía por la anchurosa plaza inclinada de Castilla, que ostentaba la casa consistorial al pie de San Vicente, entre San Miguel y el Convento de los franciscanos. Al construirse esta parte nueva, se llamó *Villasuso* la que quedaba arriba, dentro de la primitiva fortificación. Creció también la villa en jurisdicción ya que la Cofradía de Arriaga cedió á Don Alonso X varias aldeas inmediatas á Vitoria, para que las incorporase á esta, cuyo número desde ocho fué creciendo después hasta cuarenta y una. Visitaronla frecuentemente los reyes y en ella fundó el citado á San Ildefonso, en ella dió á luz la reina doña María de Molina al infante Don Enrique, y á ella acudió Alonso XI cuando voluntaria y libremente se unió la provincia á la corona de Castilla. El gran Canciller de Castilla, el mejor poeta de su siglo, el cronista de cuatro reyes, don Pero López de Ayala, cuyas gloriosas cenizas guarda el monasterio de Quejana,

fué su alcalde en 1374. Don Juan II hizo á Vitoria ciudad y desde su tiempo quedó unida á la provincia de Alava. La reina Católica la visitó y juró de rodillas sus fueros en el portal de Arriaga en 1483. En 1521 presenció Vitoria desde sus muros la derrota de los Comuneros en Durana, la huida del conde de Salvatierra y la ejecución del capitán Gonzalo de Baraona. Tres años despues, entró en la ciudad, por el portal del Rey, y juró sus fueros, Carlos V, y dos años antes recibió en ella la noticia de su nombramiento de Pontifice, el cardenal Adriano. Durante los siglos XVI y XVII reunió dentro de sus muros el contingente de bravos alaveses que, jurando sus banderas en Santo Domingo marcharon á morir por la patria á Fuenterrabía, á Cataluña, á Flandes y á Italia.

Vitoria fué asiento de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, la primera que hubo en España, durante muchos años del siglo XVIII. Presenció la ciudad la sublevación de sus hijos contra los franceses, cuando en 1808 cortaron las correas del coche, que conducía preso á Fernando VII y pocos años mas tarde, en el día de la gran batalla que lleva su nombre, fué salvada del pillaje y del incendio, por su preclaro hijo el general don Miguel Ricardo de Alava. En las guerras civiles de nuestro siglo ha sido esta ciudad, con Bilbao y San Sebastián, la verdadera salvación de la libertad en España.

De la mayor parte de estos tiempos conserva la ciudad algunos curiosos restos que los viajeros visitan: Arriba en el Campillo, aquellos muros posteriores de Santa María recordaban antes de ser embadurnados, las apartadas centurias de la fortificación primitiva. El templo, hoy catedral, es gótico del segundo periodo con hermoso pórtico cubierto, decorado con tres bellísimas puertas; y en su interior las naves aunque estrechas, ostentan cierto sello de gallardía y elegancia. No tiene la iglesia mas obras de arte que las modernas esculturas que dejara el hábil cincel del maestro Payueta, y un hermoso cuadro de autor desconocido, que se conserva en la sacristía. En sus capillas hay curiosos enterramientos y entre ellos: los de Galarreta, secretario de Estado de Felipe IV; el licenciado Alday regente de Sevilla 1606; el de los Salinas tesoreros reales y embajadores; y algunos otros.

La posición elevada de este templo que domina á toda la ciudad hace que su mole se distinga desde bastantes leguas de distancia. Su torre, de asiento dórico, construida á fines del siglo XVII, se incendió en 1856 y fué reconstruida pobremente. Es bellísimo el panorama del llano de Alava que desde ella se descubre. (1)

(1) Para mayores detalles de la historia y descripción de Vitoria vease *El Libro de Alava*, que publicó el autor en 1877, por encargo de la Ciudad.

En la casa de la Sociedad Vascongada conservan se un patio y una preciosa fachadita del renacimiento. De esta época es tambien el palacio de Montehermoso situado en el centro del Campillo, ocupado hasta hace poco por el Prelado de la Diócesis y convertido despues en parque ó almacén de artillería. La iglesia de San Vicente es ojival, de escaso mérito, con alguna sepultura curiosa, y muy favorecida en el siglo XVI por los antecesores de los marqueses de Montehermoso, cuyas armas campean en los antepechos del coro. Del renacimiento es tambien la bonita portada de la casa de Villasuso. Inmediato al templo de San Vicente se alzaba el palacio de los famosos Ayllas, condes de Salvatierra, que fué demolido despues de las comunidades y convertido mas tarde en cárcel de la ciudad. El escudo de armas de esta casa, picado, lo encontraremos en nuestra excursión a Villarreal.

La calle de la Cuchillería conserva algunas casas de los siglos XV y XVI como la del magistral Zumalave, con su bonita capilla de la época de los reyes católicos, y la de los Vendañas, cuyo alto torreón fué derruido. La Pintorería ostenta un gran cason aristocrático, que se alzó sobre la casa de Alonso X, una curiosa y original fachada del renacimiento y el convento de dominicas de Santa Cruz, con regular portada. En la actual calle Nueva

estaba la Juderia, cuya sinagoga se conservó hasta bien adelantado este siglo. Al fin de esta calle está el sumuoso Hospicio modelo, con magníficas dependencias, talleres y sobresaliente escuela. Ocupa el antiguo colegio de humanidades de San Prudencio y tiene una linda capilla en la que se vé la estatua del obispo de Segorbe don Martín de Salvatierra su fundador. Inmediato á este edificio, y sobre su actual huerta del N., estaba el templo de San Ildefonso, que alzó el Rey sabio. Por detrás aquella iglesia y pasando el portal del Cristo, salía el antiguo camino de Francia.

En el barrio de Santo Domingo se ve el gran convento de este nombre, cuyas dependencias están hoy destinadas á hospital militar. Compónese la iglesia del convento de una magnífica nave ojival, que en su capilla mayor conserva aun dos hermosos frescos.

En este barrio están las casas de los Verásteguis y Velascos. Sobre la bajada de la catedral se ha levantado recientemente la formidable obra del nuevo Seminario Conciliar, hecha con donativos particulares, que se han elevado á cuarenta mil duros. La Correería es la calle del comercio al por menor, así como las primeras vecindades de la Zapatería y Herrería, y nada ofrece de particular mas que la excelente disposición de las carnicerías, y un resto de construcción del renacimiento con

bonitas ventanas al extremo meridional de ella, cuya casa sirvió de alojamiento á Francisco I, cuando fué trasladado preso desde Madrid á la frontera. Ostenta la Zapatería el notable palacio de los Alavas con notable y severa fachada y elegante galería posterior, y se ven además en ella, entre otras casas antiguas, la del marqués de Legarda donde estuvieron la Universidad y mas tarde el primitivo Instituto. La Herrería muestra la parroquia de San Pedro, gótica del siglo XIV, con sencillo pórtico, bonito abside, y curiosas capillas, entre otras la de los Reyes del gusto del renacimiento, que contiene el sepulcro de don Diego de Salvatierra; y la mayor, donde se ven las sepulturas de don Diego de Alava y Esquivel obispo de Córdoba y de otros personages ilustres de esta casa.

En la misma vecindad de la iglesia se halla la casa del historiador Landazuri, y pasado el cantón en escalinata, antes celeberrimo *Portal oscuro*, se encuentra la casa de los marqueses de la Alameda, que guarda muy buenas obras de arte, y que está decorada en las Cercas, con dos bellos jardines unidos por un puente de hierro sobre la calle.

Pasada la comercial y animada calle de la Constitucion se contempla el suntuoso palacio de la Provincia con su regia escalinata y vestíbulo, decorado por magnificas columnas. La sala de las Juntas generales, la galería superior con los tres

admirables cuadros de Rivera, las dependencias del Caballero Diputado general, los salones de fiestas y las oficinas todas de la provincia, estan ornadas y dispuestas con exquisito gusto, y desde sus balcones, cuyas repisas ostentan los escudos de armas de las principales hermandades y villas de Alava, se distingue una hermosa plazoleta rodeada de árboles y asientos, donde la provincia ha celebrado sus populares festejos, en la despedida y recepción de las Juntas. Rodean al palacio por la parte occidental bellos jardines cerrados con elegante verja.

Entre las salidas de las tres calles citadas y las de la Cuchillería, Pintoreria y Nueva extendiase antes amplio espacio en cuesta, que hoy ocupan tres plazas: el Mentiron ó de Castilla, la Plaza Nueva y la de Bilbao. La primera está limitada por el norte por la iglesia de San Miguel, gótica de tres naves, con artístico y notable altar mayor, dejando detrás de su ábside, en la plazuela del Machete, el lugar y verja donde se guardaba el *machete vitoriano*, sobre el que juraba el procurador Síndico, defender cumplidamente los derechos de la ciudad y de sus aldeas. En esta parroquia se venera la *Virgen Blanca*, patrona de los Vitorianos, cuya gótica imagen, colocada en una hornacina en el pilar que sostiene los dos grandes arcos de su pórtico, rodeada de una aureola de

luces, se distingue desde toda la plaza y desde el paseo de la Florida. Por el mediodía cierra el Menton la Calle de Postas. La Plaza Nueva obra del maestro alavés Olagüibel construida á fines del siglo pasado, es la mejor de España, por su regularidad y comodidades para el público, porque si bien la de Salamanca la supera en la ornamentación de las fachadas, es muy inferior en la elegancia y piso de sus paseos, en la decoración de sus comercios y en la mala distribución de sus salidas. En la de Bilbao, situada á la bajada del teatro, se sitúa el mercado de la leña, así como en la Nueva está el de frutas y aves y en la de Castilla el de cereales, legumbres, puestos ambulantes, zapatos, artículos de hierro y sogas. Inmediata a la de Bilbao, y más al oriente, se abre la de la Independencia, con paseos y fuente, limitada por los cuarteles de Caballería, parque y bajada del Resbaladero, y por modernas edificaciones. De esta plaza se pasa á la Plaza de Toros y á la Cárcel: el gran edificio modelo de España, admiración de cuantos lo visitan.

Por el norte de ella se extiende el paseo de Panticosa, cuya tapia termina en la Capilla neobizantina del Hospital de Santiago. Este sumuoso establecimiento excita también poderosamente la atención y es un modelo en su género. La ciudad, extendiéndose hacia oriente más allá del Portal del Rey, avanza sin cesar, con sus fábricas y sus

edificaciones particulares hasta las inmediaciones del Polvorín y del camino de Arana. Al mediodía de la cárcel se halla uno de los bonitos lavaderos de la ciudad y la gran Plaza del mercado de Ganados, de reciente y notable construcción. El antiguo portal de Barreras, límite de Vitoria por la parte sur va escapándose sin cesar hacia las afueras: ayer salió hasta el camino de circunvalación, hoy ha dejado atrás la vía férrea, y mañana tal vez se asentará sobre el antiguo paso romano del campo de los Palacios, al pie de la aldea de Arechavaleta.

Desde la plaza Nueva hasta el ferro-carril se extiende Vitoria la moderna. En 1820 apenas si había quien se decidiese á habitar las nuevas construcciones de la calle de Postas, San Antonio, Constitución y casas de Echavarría frente al convento de las Claras. No hace aun diez años aun existían el barrio y calle del Arca, desde la salida de la Plaza, y solamente algunas huertas, fosos cegados y tierras de labor se extendían desde la Florida al camino de Arechavaleta. Trazada la vía férrea, al silbido potente de las locomotoras parece que la antigua Vitoria despertó, y vistiéndose con todas las pompas de las ciudades nuevas, acudió á la parte llana, haciendo salir del suelo, como por encanto una calle tan admirable como la de la Estación, la prolongación de la de San Antonio, la



del general Alava, el complemento de la de la Florida, la de San Prudencio y otras, y dando tal vida á los barrios de Barreras y del Prado, que en pocos años la ciudad moderna ha duplicado su zona, inundando el ámbito de casas que son palacios, de bellos jardines, de incomparables cafés y hoteles, de cómodas viviendas, de lindas casas de campo, de nuevos paseos y de avenidas y cruceros que todavía no tienen nombre, aunque están ya llenos de vecinos. La hermosa piedra blanca de las canteras alavesas, labrada por los artísticos cinceles de los canteros vizcainos, hace de las fachadas preciosidades elegantes y sencillas, y en ellas, las condiciones del clima al exigir la construcción de múltiples miradores, forman tan distinguido conjunto que, cuando el sol la alumbrá en la hermosa temporada, parece la población nueva un continuado palacio de mármol y cristal.

¿Para qué describir *La Florida* vitoriana? Miles de labios encontrareis fuera del país vascongado que os la detallen y ponderen. Elegantes calles la cercan; la de San Antonio, donde en el palacio de los Velascos, en la antigua aduana, se halla hoy la Capitanía general; la del Instituto con el notable edificio de este nombre, elegante, severo y completo en sus importantes dependencias; la del Prado terminada en el convento de las Brigidas, que sombrean colosales olmos y castaños, y la de

la Florida, propiamente dicha, formada por media docena de bellas casas de campo, cuyos jardines y miradores dan á la vía ferrea. Múltiples paseos completan la línea de los que ella os ofrece: *la Senda*, ampliada en su principio con un gran salón, hoy favorecido por la moda; El Prado, delicioso sitio de descanso y de recreo, y el camino del Mineral ameno esparcimiento para los aficionados á extensas y solitarias caminatas.

La ciudad en los días ordinarios presenta un aspecto severo; entretenidos todos sus vecinos en las constantes faenas de sus talleres, fábricas y comercios, sin vagos ni desocupados que pueblen sus calles, vense estas muy poco concurridas. Solo en las horas en que el trabajo se suspende animanse las plazas y vecindades, y cuando al caer el día se cierran muchos de los establecimientos manufactureros y la costumbre saca de casa á los hombres de escritorio y bufete, nótase, sobre todo en la parte nueva, extraordinario concurso y animación. A la severidad de los días de labor sucede en cambio un espectáculo sorprendente en los festivos: Puéblanse *los Arcos*, la Florida y el Prado, y por cuantos caminos salen de la ciudad vense animados grupos que van á pasar la tarde á las alegres ventas y aldeas inmediatas. Las músicas animan aquel paseo predilecto, durante las horas del medio día en el invierno y por las noches

en el verano, ofreciendo estas tan bullicioso y agradable cuadro que muy pocas poblaciones de recreo pueden competir en animación y movimiento con el que ofrece la plaza Nueva vitoriana.

Casi todos los establecimientos públicos, los grandes comercios y cuantas sociedades de recreo hay, han abandonado poco á poco la ciudad vieja para bajar al llano del mediodia. Las famosas botillerías que hace cuarenta años reunian las gentes en las apartadas vecindades de la Cuchillería y Correería, se cambiaron en modestos cafes en la plaza Nueva y son hoy casinos y sociedades elegantes en las calles de Postas y la Estación. *El Casino* es un prodigo de buen gusto y de aristocrático ambiente; *El Círculo* es la reunion mas animada y confortable de la ciudad. El Café Suizo, antes de Olave, tiene pocos rivales en España. Ya se sabe lo que son las fondas y hoteles vascongados y con decir que los de Quintanilla y Pallares figuran en primera linea en el pais está dicho todo. El lujo de los modernos comercios de Vitoria, hace que en nada desmerezcan de los céntricos de la corte, y la abundancia de los mas modestos, que pueblan algunas vecindades, constituye en la ciudad un depósito inmenso de artículos al por menor, que surte á toda la comarca alavesa en los animados jueves, que con los martes y sábados, forman el constante mercado de la semana.

Hasta hace algún tiempo las diferentes partes de la ciudad tenían su distribución especial del vecindario: habitaban el Campillo los clérigos y algunas familias antiguas, que tenían allí sus casas distinguidas como otras en la 1.^a vecindad de la Cuchillería, en la 3.^a y 4.^a de la Herrería y en parte del barrio de Santo Domingo; el comercio al por menor de comestibles, telas y las carnicerías ocupaban y ocupan aun la Correería; los comercios de ropas hechas la 1.^a vecindad de la Zapatería; las posadas, tiendas de trigos y tintorerías la de la Constitución; las herrerías, fábricas de camas y latonerías la de la Cuchillería; multitud de zapateros y panderos vivían en la Pintorería; los comercios nuevos en la Plaza; los paradores, posadas y tiendas de licores en la de Postas y los propietarios modernos poblaron los Arquillos, y las calles del Prado y San Antonio. En las últimas vecindades de las antiguas calles vivían muchos carpinteros y canteros y en las apartadas casas de los barrios, los hortelanos. La mayor parte de esta distribución se ha confundido, y por más que aun quedan algunas vecindades que conservan cierto carácter antiguo, las restantes, al extenderse en la parte nueva han variado por completo.

Vitoria tiene además de los centros literarios oficiales: una Academia de Bellas Artes, Ateneo y la Academia Cervántica.

Se extienden en los alrededores de la ciudad: Por el mediodia, la carretera de la Rioja con las inmediatas aldeas de Arechavaleta y Gardelegui, el paseo de la Zumaquera, antiguo rumbo de la via romana, el río Avendaño con su fuente mineral, el Batan, el alto de la Justicia, el bonito montecillo del Pico y la fuente de agua sulfurosa del Mineral. Por el poniente la via férrea de Madrid, el río Avendaño, con la Ermita y posesion de este nombre y el término de la antigua poblacion sobre el camino de Ali; la calzada vieja de Avendaño y la Cruz blanca. Por el norte el magnifico cementerio de Santa Isabel, modelo en su género, los históricos campos de Arriaga y de Lacua, la ermita juradera de San Juan el chico, el pueblo de Arriaga con la esbelta torre construida por Olaguibel, la carretera de Vizcaya por Altuve, el río de Santo Tomas, las orillas del Zadorra, la carretera de Bilbao por Ochandiano, la aldea de Betoño, y la carretera de Francia; y por el oriente el camino viejo de Francia, el Campo de Arana, la carretera de Navarra, la ermita y alto de Santa Lucía, Judimendi ó el Polvorin, la via férrea de Francia, el barrio de San Cristóbal y el camino de Olarizu. La mayor parte de este terreno esta sembrado de cereales, patatas y habas y tanto las carreteras, como los caminos que le cruzan, estan poblados de chopos, olmos, acacias, álamos y otros árboles que hacen deliciosas estas cercanías.

En recorrer la población vieja y la nueva, en subir á la torre de la Catedral para contemplar el hermoso panorama del llano, en la celebración de algunas sesiones literarias en el Ateneo, en la visita á una tradicional fiesta de calle y en las deliciosas horas de la tertulia nocturna al aire libre en los Arcos, pasamos los jóvenes algunos días acompañando al respetable catedrático, mientras se dispuso una alegre excursión por la *Hanada* para visitar, en varios días tambien, el *Campo de batalla de 1813*; las orillas del Zadorra; el Campo de Arriaga; el puente de Durana, nuestro Villalar alaves; la Granja modelo y multitud de aldeas.

II

El Campo de batalla.—Tal vez muy pocos de los viajeros que dirigiéndose en el tren desde Miranda á Vitoria, cruzan por delante de Nanclares, recuerden que en aquellos accidentados campos se verificó uno de los más sangrientos y gloriosos combates de la guerra de la Independencia, y por el que quedó definitivamente asegurada la libertad de España. Desde las ventanillas de los coches se distinguen á pocos pasos las orillas del Zadorra, las peladas lomas del centro del paisaje

y varios pueblecillos, mudos testigos todos de aquel famoso encuentro, y que aun guardan bajo una leve capa de tierra innumerables despojos de la terrible jornada. Precisamente la vía férrea sigue en todo el llano la línea de la retirada del ejército francés en el dia del 21 de Junio de 1813.

A la derecha del ferro-carril y casi sobre la estación de Nanclares en dirección á Vitoria se alza un cerro desprovisto de árboles, coronado por un castillete moderno de cuatro torres, que se levantó en los últimos días de la última guerra civil, en 1876. Aquel es el alto de San Juan de Jundiz, el lugar de primera importancia de la batalla, desde cuya cima se distingue perfectamente todo el terreno del combate.

A él nos dirigimos en una hermosa mañana el Sr. Amador de los Ríos, los literatos Perea y Manteli y yo, saliendo de Vitoria con ánimo de pernoctar al pie de la histórica torre de Mendoza. Tomamos desde el Prado el camino de Zuazo de Alava, aldea situada en despejada posición, entre la carretera y la vía, donde se supone que estuvo la antigua población del itinerario romano, *Sues-satius*, en el camino militar que atravesaba la llanada. En algunos puntos encontramos, en efecto, vestigios de dicha vía, y no nos detuvimos á examinar ciertas lápidas que en algunas casas particulares nos dijeron que se conservaban, por que

tenfamos medido el tiempo de nuestra expedicion. Inclinandonos un poco á poniente, y avanzando siempre por un áspero y antiguo camino trepamos á la altura de Jundiz. Antiguamente existia allí una ermita de San Juan, alguno de cuyos sillares amarillentos yacia entre los brezos, en un pobre monton de cubierta mamposteria. Sorprendente perspectiva se distingue desde aquella pequeña altura. Al frente hacia el mediodia abierto el famoso *boquete de la Puebla*, por el que juntos pasan el río Zadorra, la carretera y la vía férrea; desde él nacen á la izquierda los montes de Vitoria, cubiertos de vegetacion en sus faldas y ostentando en la cima desnudas rocas coronadas por un telégrafo óptico y por el viejo torreon de un castillo. El sinuoso perfil de los altos corre hacia el oriente tomando un tinte azulado oscuro, y dejando ver á trechos las peñas de Zumelzu sobre las cuales dieron los lanceros del Rey, la celebre carga del 7 de Julio de 1876, y mas allá, la arista cortante de Zaldiaran, el pico de Esquivel y la picota de Gomecha, donde la línea montuosa termina. Por la derecha del boquete se alzan los montes de Tuyo, que avanzan hacia Montevite y desde allí cierra el cuadro por el poniente la severa sierra de Badaya, hasta unirse por el extremo opuesto con las vertientes de Arrato. Al pie de ambas cordilleras en las faldas se divisan multitud de

pueblos, y ya en el llano por la derecha, como siguiendo la sinuosidad de la sierra de Badaya, corre el río Zadorra, reflejando en sus aguas las blancas fachadas de las aldeas, sus cuadrados parduscos y chatos campanarios y los frondosos, multicolores tintes de sus arboledas. Allí se destacan, sobre el fondo oscuro de la base de la sierra: Los Huetos, mas acá Ullibarri-viña, sobre un cerro Estarrona con su iglesia y su casa fuerte, entre los sembrados Mendoza la muy noble, sobre un repecho el caserón señorial de Martioda, á nuestros pies Margarita y Tres-puentes, inmediata la cortadura de la roca de Irufia, al otro lado del río entre la soledad de la selva el convento de Santa Catalina, Villodas sobre el río, el establecimiento de baños de Nanclares, la villa de este nombre sobre su resbaladizo suelo de dura cayuela, la carretera de Salinas, y los cortes de la vía férrea. En las solitarias vertientes de la izquierda destácase la aldea de Subijana con el palacio del insigne alaves don Simón de Anda, á quien España debe la recuperación del archipiélago filipino. La carretera de Miranda á Irun sombreada de olmos y chopos sube tambien por la izquierda al pie de Jundiz á pasar por Ariñez y Gomecha. Volviendo la vista hacia Vitoria, que como reina de la llanura aparece rodeada de un centenar de aldeas se distingue un bellísimo cuadro, que desde otros diversos puntos volveremos á contemplar.

La sierra de Arrato al poniente va á morir en Zaitegui, mas allá se eleva la imponente montaña de Gorbea, al norte Amboto y Udala, á su derecha el puerto de Arlaban, al este las eminentes cumbres de Elguea y San Adrian, y, en el extremo en que los montes de Vitoria parecen terminar, avanza la sierra de Andia á formar con San Adrian el boquete de la Borunda sobre el confín navarro. Tal es el suntuoso anfiteatro de los Pirineos que circunda á la llanura, el escenario de la batalla de Vitoria.

Mas de un cuarto de hora de descriptiva contemplacion nos proporcionó el paisaje alaves. Miraba complacido Manteli las peñas de Amboto y las vecinas de Aitzgorri, teatro de sus leyendas; refería Perea sus expediciones á las aldeas, sus centenares de anecdotas *babazorras*, animándonos á una excursion á su tierra de Cuartango, y oía y reía Amador, haciéndonos multitud de preguntas á cada momento. Como había yo publicado en 1865 una descripción de la batalla, fui el designado para recordarla, teniendo ante nuestros ojos como incomparable plano, el terreno de los sucesos. Mis colegas de viaje siguieron pues con cuidado las indicaciones de mi baston y les dije, sobre poco más ó menos, lo siguiente:

—Volvámonos hacia el boquete de la Puebla, porque al mediodia de este alto de Jundiz tuvo

lugar el primer acto de la jornada, que puede titularse: *La batalla*. El dia 16 de Junio de 1813 el ejército frances mandado por José Bonaparte y por el mariscal Jourdan llegó á Miranda, mientras el ejército aliado, que mandaba Wellington, había pasado el Ebro, mas al N. por el valle de Valderrible y merindad de Valdivieso, el dia 15.

Mientras los franceses descansaron en Miranda el 17, celebraron un consejo de generales para ver si habian de dirigirse á Logroño á unirse con el general Clausel, ó si continuarían retirándose sobre Vitoria, hacia cuya ciudad se había enviado ya un colossal convoy. Prevaleció esta idea, y con objeto de que lord Wellington no les envolviera por Orduña y Bilbao, se dispuso que el general Reille subiera por Puentelarrá á Osma y la Peña de Orduña, mientras José ocupaba el llano de Alava y la carretera de Guipuzcoa, ya que al otro lado de Arlaban estaba el general Foy con sus divisiones, avisando tambien á Clausel para que desde la capital de la Rioja acudiera á Vitoria con sus tropas. Pero era tarde ya; aunque Reille avanzó hasta Osma, atacado por la división de don Pedro Agustín Giron el 18, y por el general Alten, que les cogió en San Millan 300 prisioneros, retrocedió hacia Salinas de Añana y Subijana de Morillas de donde los echó el 19 Wellington, situando en este ultimo punto su cuartel general. Reille bajó á la

llanada por la sierra de Badaya el 19 por la tarde, mientras el grueso del ejército francés se extendía alrededor de la ciudad.

Perdieron inutilmente los franceses el día 20, sin hacer otra cosa que enviar el convoy por la carretera de Salinas, pero cometiendo las graves faltas de no cortar los puentes del Zadorra, de no tomar y artillar este alto de Jundiz y de no enviar por la carretera de Peñacerrada algunas fuerzas de caballería en busca de Clausel. El mariscal Jourdan, viejo y achacoso, permaneció en el lecho todo el día, en la casa de Echanove en el Campillo, molestado por la fiebre, y el rey José sin su apoyo no se decidió á disponer nada. Llegó el día 21, y muy de mañana, siguiendo el mismo camino que hemos traído, José y Jourdan subieron á este cerro en que estamos. Aquí comprendió el mariscal el error que había cometido al no ocupar hábil y fuertemente este cerro desde la víspera, para oponer desde él poderosa resistencia al paso de las tropas por el boquete y por los puentes del Zadorra. Cuando quiso ordenarlo ya no era tiempo; la batalla había comenzado con extraordinaria furia. He aquí la colocación de ambos ejércitos: defendiendo el boquete de la Puebla y escalonado desde Villodas, á Subijana de Alava, Zumelzu y carretera de Vitoria, estaba el general conde de Gazan con el llamado ejército de Andalucía; contra él avanzaba la de-

recha aliada mandada por el general ingles Hill, que llevaba á sus órdenes la division portuguesa del conde de Amarante y la española de don Pablo Morillo, que fué la que empezó el combate tomando las alturas de la Puebla, desde el boquete, por la izquierda, hasta encima de Zumelzu. El centro francés, formado por el ejército de este nombre, y mandado por Druot conde de Erlon, ocupaba la línea del Zadorra, desde Nanclares, por Trespuentes á Asteguieta, contra el cual avanzó el centro aliado, compuesto de las divisiones inglesas ligera, y cuarta que dirigía lord Guillermo Carr, vizconde de Beresford y la tercera y séptima, que desde Mendoza marchó á cruzar el Zadorra, mandada por lord Dalhousié. La derecha francesa, á las órdenes de Reille, estaba compuesta de la división Sarrut que defendía á Avechuco y el puente de Arriaga; la de Lamartiniere que defendía el de Gamarra mayor y una division de afrancesados de Casalpaccia que se apostaron en el puente de Durana. Contra ella avanzó la izquierda aliada, constituida por la división Graham, el cuerpo de tropas de Giron, los portugueses mandados por Pack, y los valientes guerrilleros de don Francisco Longa. Numerosos regimientos de caballería francesa llenaban los espacios intermedios desde Nanclares á Durana. Eran, en suma los franceses 57000 hombres, y los aliados 65000, es decir: 35000

ingleses, 25000 portugueses y 6000 españoles. Clausel en Logroño, á 8 leguas del campo de batalla, tenía 15000 franceses y Foy en Mondragon, á seis leguas, otros 15000, cuyos 30000 soldados de Napoleón no se imaginaron siquiera que se estaba riñendo tan sangrienta batalla.

Empezó esta por la derecha española, tomando los de Morillo las alturas de la Puebla, contra el fuego de la brigada Maransin, que rechazada por los españoles fué reforzada, aunque sin éxito alguno, con las brigadas Conroux y Darricau del ejército del Conde de Gazan, quien, después de dos horas de mortífero combate, no pudiendo subir ni siquiera á la mitad de las laderas, envió la brigada Villatte, que llegó á trepar hasta las peñas, siendo de nuevo rechazada á la carretera; y entonces, viendo el inglés Hill que el boquete había quedado sin franceses al frente, se metió por él y avanzó hasta tomar á Subijana de Alava, quedando de este modo perdida la izquierda francesa, que con grandes bajas se replegó sobre Ariñez, hacia Vitoria. Mientras tanto lord Beresford decidió el paso del Zadorra por Nanclares y Trespuentes en cuanto vió tomado á Subijana. Aquel fué el momento horrible de la primera parte de la jornada. El general de artillería francesa Tirlet subió aquí, á Jundiz, cuarenta y cinco cañones, que vomitando fuego sin cesar, detuvieron á los ingleses que

avanzaban por Nanclares y la carretera, y produjeron una espantosa carnicería, que llenó de cadáveres estos campos. ¡Sublime estuvo este pico de Jundiz en aquellos momentos! Pero la artillería de Tirlet no tuvo infantería que completara su obra, y de nuevo avanzaron los aliados, sostenidos por sus cañones que batían esta altura, hasta que los ingleses de lord Dalhousié, que avanzaron por Margarita, subieron á apoderarse de 18 cañones, que aun continuaban aquí haciendo fuego, al mismo tiempo que asaltaban esta altura las divisiones de lord Beresford.

José y Jourdan en cuanto vieron á Gazan replegarse á Gomecha, dieron orden de retirada á las divisiones de Erlon, y en acompañado retroceso, siempre peleando se movieron hacia Vitoria seguidos por las escalonadas tropas de los aliados, con la esperanza de que su derecha bien sostenida, apoyaría la retirada completa sobre el puerto de Arlaban.

Volvámonos ahora hacia Vitoria, para recordar el segundo acto: *la Retirada*: Era casi el medio día cuando se generalizó también el fuego desde el pie de la sierra de Arrato y camino de Murguía hasta Durana. Allí el general francés Reille fué el héroe de su causa. Defendió muy bien los tres puentes citados, mientras los aliados subían las asperezas del monte Araca, á donde se llevaron los

cañones de montaña en hombros de los artilleros, por lo cerrado y nutrido del bosque, que entonces cubría aquellas lomas, hoy peladas. Longa con los españoles tomó á Gamarra menor, introduciendo terrible espanto en las tropas de Durana, de Escalmendi y de la carretera, las cuales huyeron hacia Zurbano. La brigada Robinson se apoderó de Gamarra mayor, cogiendo en el puente tres cañones, y el inglés Graham con la primera division tomó á Avechuco, las ventas y el puente de Arriaga, que volvió á perder dos veces. Entonces aspilleró las casas que dominan al puente, concentró parte de su artillería entre la maleza de la subida á Araca, y pudo resistir el poderoso empuje de las divisiones francesas, que á todo trance querían conservar aquel paso. En esta acometida, y sobre el mismo puente famoso, murió el general francés Sarrut, que mandaba la división, dejando en aquel sitio cuatro cañones y un obús.

Viendo el mariscal Jourdan que los aliados avanzaban victoriosos sobre el camino de Francia, dejando á la ciudad detrás, ordenó la retirada sobre la línea de Salvatierra á Pamplona, pronunciándose desde aquel momento el ejército francés en una dispersión general. Antes de que los últimos regimientos penetraran en Vitoria, marchó rápido sobre la ciudad el general don Miguel Ricardo de Alava, hijo de la misma, al frente de un regimiento

de dragones ingleses, con el que expulsó á los enemigos que aun quedaban en ella, y evitó que al penetrar nuevas tropas fugitivas saquearan é incendiaran la población, como á menudo sucedió en otros puntos. Este ilustre alavés venía en el Estado mayor de Wellington, á quien ayudó poderosamente á la dirección y feliz éxito de la gran jornada.

Mientras los dispersos huian á miles hacia Salvatierra, ruda contienda sostenía en las últimas horas de la tarde en las orillas del Zadorra el bravo general Reille. Dada por él tambien la orden de retirada á las tropas que defendían los puentes, desplegó en el llano la brigada Fririon, de caballería, con otros muchos regimientos mandados por Tylli, Mermet y Digeon, quienes contuvieron á la caballería inglesa y portuguesa, hasta que los infantes y la artillería entraron en la montuosa dehesa de Betoño, entonces muy poblada. Al salir del bosque los franceses, la mayor parte de los regimientos aliados de caballería se lanzaron de nuevo sobre los fugitivos. Reille para detenerlos, y cuando ya anochecía formó el cuadro delante de la aldea de Arbulo con el regimiento número 36 de infantería y el 2.^o de ligeros, y consiguió con las mayores pérdidas y en medio de una gran matanza, que los últimos regimientos que se retiraban ganasen la carretera de Salvatierra.

Las sombras de la noche y un fuerte aguacero,

que duró tres días, pusieron término al horroso combate, en el que los franceses perdieron 8000 hombres, entre muertos y heridos y 160 cañones y los aliados unos 5000. Es decir que quedaron tendidos en estos pintorescos campos, que ahora solo respiran paz y abundancia, cerca de 10000 cadáveres, cuyos huesos por aquí están esparcidos. ¿A qué repetir el recuerdo de las escenas de desolación que ofrecieron más de seis mil familias fugitivas? ¿A qué enumerar las inmensas riquezas artísticas y en dinero, que quedaron tendidas por los campos? ¿Quién no recuerda esos detalles tan ponderados de la batalla de Vitoria?

El rey José al retirarse por la tarde en su coche, viendo que el camino de Salvatierra estaba obstruido con el convoy y con tantas familias, dejó su regio vehículo en las inmediaciones de Elorriaga, abandonando su espada y sus papeles y huyó montado en un brioso caballo.

El ayuntamiento de Vitoria recibió á Wellington, Hill, Beresford y Morillo al pie de la Casa Consistorial en medio del mas frenético entusiasmo del pueblo, y en cuanto contestaron al saludo de la corporacion municipal, acompañaron al general Alava, á la última casa de la Correería, frente al canton de Santa María, á donde el bravo guerrero vitoriano, en cumplimiento de un galante deber, quiso dirigirse para saludar á su prometida doña

Maria Loreto de Arriola y Esquibel, quien fué distinguida por los respetos de los caudillos vencedores.

—¿No fué tambien en estos campos—preguntó Amador donde don Enrique el Bastardo y don Pedro su hermano, prepararon la batalla de Nájera, haciendo alarde de sus numerosos ejércitos?

—Ahí está Zaldiaran sobre los montes de Vitoria, y allí el alto de San Román, defras de la ciudad sobre Ascarza, contestó Perea—donde respectivamente se situaron para batirse. Aquel cerrillo verde aislado, que se alza á la derecha de la carretera en Aríñez es *Inglesmendi*, el único punto histórico que recuerda la única escaramuza de los belicosos preparativos.

—De modo que, contando con los combates de Durana y de Arlaban en varias campañas, bien puede decirse que es este horizonte vitoriano uno de los mas curiosos en la historia militar de nuestra patria.

—Y eso que no sabemos,—añadió Manteli echando á andar por el cerro abajo—cuales fueron las guerreras epopeyas que debieron suceder aquí, cuando los romanos fortificaron á Iruña, que ahora vamos á visitar, y cuando los euskaros desafiaban su universal poder desde la vecina sierra de Badaya.

¡Quién les diría, á mis queridos amigos, que pocos años despues, por desgracia para nuestro suelo, había de encenderse otra sangrienta y mal-

dita guerra, y que aquel mismo boquete de la Puebla y aquellas alturas de Tuyo, Nanclares y Zumelzu habian de presenciar otro terrible encuentro, en el que las tropas liberales se abririan paso para Vitoria, lanzando á los carlistas á los puertos de Arlaban y Aramayona!

Abandonamos, después de largo reposo la altura de Jundiz, y bajamos á tomar nuestro refrigerio á los *baños de Nanclares*, para costear después el Zadorra y subir por su orilla izquierda hasta Iruña.

III

Los baños de Nanclares.—A pocos pasos de la carretera de Vitoria á Salinas, muy cerca de la Estacion y villa de Nanclares de la Oca, y en la vertiente meridional de Badaya se alza el sencillo y elegante edificio de los baños, compuesto de un cuerpo central de dos pisos coronado por un frontón y de dos laterales con excelentes dependencias. Frente á él se hallan otras varias construcciones, una de las cuales cobija el manantial. Es éste, segun el análisis facultativo, de carácter *carbónico-sódico-nitrogenado*, con abundancia de sales de cal, sosa, magnesia y hierro. Los enfermos acuden solícitos á él á tomar las aguas, que tienen extra-

ordinaria eficacia para la curación de las dolencias del tubo digestivo, estómago y órganos urinarios; y que dan tambien muy excelentes resultados en las afecciones laringeas y bronquiales; en los desórdenes atáxicos y en la mayor parte de las dolencias de carácter nervioso, rivalizando en muchos tratamientos con las que han dado á Vichy y Panticosa tan merecida fama.

Levantó estos edificios, creando la estación balnearia, el laborioso y acreditado fondista vitoriano don Silvestre Larrea, dueño de aquel celebrado Parador nuevo, tan conocido de los viajeros que en las antiguas diligencias hacían el trayecto de Madrid á Irun. Su familia sigue hoy al frente de los baños y dicho se está que el trato que en ellos se recibe, es idéntico al de las mejores fondas del país. Si á esto se añade lo pintoresco, variado y solitario de aquellos contornos, ya en el bosque inmediato, donde abunda la caza, ó ya en las hermosas orillas del río, y la facilidad con que diariamente se puede saludar á los amigos que cruzan por la cercana vía férrea, ó tomarla en cualquiera dirección, se comprenderá el sinnúmero de placenteras comodidades que brinda este punto de veraneo.

Examinados los edificios, manantial, baños y dependencias y después de un confortable almuerzo, en cuyos postres Perea, como facil improvisa-

dor nos leyó una parodia del asalto de Jundiz por los literatos, emprendimos la caminata por la orilla del río arriba, deteniéndonos á menudo en la contemplación de aquellos frondosos y escondidos rincones, situados en las tres grandes revueltas que dá el Zadorra al pié de la sierra y sobre uno de los cuales se alza la aldea de Villodas. Un poco mas arriba se nos presentó ya el alto repecho ó cortadura que sustenta las ruinas de Iruña, y desviándonos hacia la derecha para encontrar por entre los linderos de las heredades fácil subida, ascendimos á la altura, saltando dentro de su campo por encima de la derruida cerca de piedra, que designaba el límite de aquel histórico lugar.

Iruña.—Forma la roca tallada sobre el río un verdadero precipicio, que como sobresaliente punto estratégico y de avanzada, cuando la guerra se hacia al arma blanca, fué el asiento de una fortificación protectora de la vía militar, en tiempo de los romanos. A la vuelta norte de la cortadura está la aldea de Trespuentes, antes *Transpone*; enfrente se dilata oscura y silenciosa la sierra, y en un repliegue del monte levanta su solitaria mole el abandonado convento de Santa Catalina de Badaya.

Nada mas pintoresco que el despoblado campo de Iruña. La muralla, como si la hubiera doblado un gigante yacía por tierra, con las hileras de piedra aun reunidas, y dentro de su ancho perímetro cre-

cian en indescriptible confusión toda clase de arbustos espontáneos, mezclados con alguno que otro álamo, roble ó peral, que quedaban allí, como vestigio de que en algún día hubo plantación regular. Abriéndonos paso por entre las zarzas y buscando los suaves y olvidados senderos, cuajados de margaritas y botones de oro, tomamos la dirección que nos marcaba, sobre las copas de los árboles, un ruinoso tejado, sostenido por descoloridos muros, que dejaban ver entre los colgantes de zarzas y jaramagos ruines, la forma ogival de un santuario.

Al fin llegamos: Amador descubriendose saludó á la pintoresca ruina del monasterio de San Juan de Iruña, que apareció ante nuestros ojos. Deshcíase Perea en exclamaciones de alegría por lo sorprendente del hallazgo, y Manteli penetrando por entre las ruinas que él ya conocía, llevaba de la mano al veterano catedrático, para enseñarle las pocas bellezas interiores que aun se conservaban en pie. Yo abrí un album y copié el conjunto, con harta suerte por cierto, porque hoy no quedan ya en aquel sitio, ni una piedra ni un árbol.

Iruña, situada entre los puentes romanos de Villodas y de Trespuentes, que aun se conservan, fué un importantísimo lugar de amparo de la vía romana, que pasaba á muy corta distancia S. E de su recinto. Como vestigios de aquella época se

encontraron en su término: estatuas de alabastro, una de las cuales colosal y sin cabeza se conserva en Vitoria, barros saguntinos, piedras de mosaico, innumerables monedas y multitud de lápidas, de las cuales algunas se conservaron en las paredes de la casa prioral y del templo hasta hace muy pocos años. Las lápidas, así como los demás objetos se han perdido, pero una exploración detenida hecha a las aldeas y ermitas de las cercanías, produciría hallazgos interesantes. Según las que á fines del siglo pasado se conservaban, guardó Iruña entre otros restos mortales de los romanos; los de un Gayo Fabricio Fusco, los de Aurelio Agustino, Marco Sempronio Flavio de la Tribu Quirina, Engacio Vital y Munacio Fusco. La muralla romana se extendía en una línea de 350 metros desde encima de Trespuentes hacia Jundiz y de 527 desde la puerta que miraba á Zuazo á la que caía sobre Villodas. Sus cuatro puertas de la defensa exterior, iban á parar á una sola del segundo recinto.

Las ruinas romanas, conservadas por largo tiempo, tuvieron entre las gentes de los pasados siglos, la vulgar fama de haber sido «obras de moros» y así lo indica F. Juan de Vitoria en su *Comethorología*, cuando al referirse á Iruña dice: «Iruña fué *pueblo* cercado, habitado de Moros que tuvieron allí Rey, que tuvo allí palacios, cuyas insignias aun duran, fué gran pueblo, fuerte y con-

baño que tenía el Rey..... en las cuevas hallaron los de la familia Irufña, gran tesoro escondido con que se hicieron ricos.....*

En medio de aquel antiquísimo poblado, alzaron los caballeros de San Juan un priorato, cuyo templo gótico de principios del siglo XIII, fué el que alcanzamos a ver. Ni la casa prioral, ni el hospital, ni las dependencias quedaban en pie. Poco á poco la desolación fué haciéndose completa. El ruinoso edificio, que con tanto cariño examinamos se componía de una sola nave, de diez metros de longitud, por cuatro de anchura, y estaba todo labrado de piedra sillar. El ábside con sus esbeltas ventanas ojivales, sus delgados contrafuertes, y su esculpida imposta, dejaba entrar la luz y el agua del exterior sobre las amontonadas losas de su altar, por la colossal hendidura de su bóveda, que con tejado y nervios se había hundido. En el interior cuatro arcos, que arrancaban de varios capiteles de ranúnculos, robles y hiedras talladas, formaban el gótico techo, en cuyas redondas claves se destacaba la cruz de Malta. Estaba rota y desquiciada la linda portadita del mediodía, y por entre las rotas vigas de su derruido portegal, trepaba una parra silvestre, para conseguir que sus amarillentos pámpanos jugaran con el viento sobre el tejado. Singular espíritu de poesía y de contemplación llenaba el ambiente de aquel solitario

y ameno sitio, que en otro tiempo mandaba sus orgullosos comendadores á las grandes asambleas de los Sanjuanistas; y no sin pena, despues de rebuscar algunos signos lapidarios entre los sillares, dejamos las ruinas, que con especial fuerza de atraccion convidaban á nuestros poetas á pulsar la lira.

Allí hicimos un propósito, que Amador de los Ríos aprobó sobre el terreno: el de la publicación de un libro titulado: *Iruña ó la libertad euskara*, que podría ser un curioso poema histórico dividido en las partes siguientes: «El pueblo Ibero—La lucha con los Celtas (Dolmenes de Cuartango)—La invasion romana (Iruña y Badaya)—La guerra de Vasconia—Los árabes y la Cofradía de Arriaga (Armentia y Cerolligo)—La monarquía—Oñez y Gamboa—Los comuneros (Andagoya)—Despoblacion de Iruña de gran parte del llano—Los guerrilleros de la Independencia—Desolación (las guerras civiles).» Muerto Perea, poco después, dispersos luego los compañeros de la familia literaria, el proyecto permanece esperando mejores tiempos.

Aun nos detuvimos un rato, antes de cruzar el río, contemplando con nuestros anteojos el próximo convento de Santa Catalina de Badaya, que poseyeron los frailes jerónimos desde que en 1411 Andrés de Iruña y su mujer doña Mari

Sanchez y el bachiller Iruña convirtieron en monasterio su casa-torre, situada en tan desamparado y pobre lugar. Mala debía ser la estancia cuando los jerónimos se vieron obligados á abandonarla, y algunos años más tarde la ocuparon los agustinos, siendo desde entonces el convento una especie de casa de castigo y penitencia. Tiene la imagen titular de este ya destruido santuario, su necesaria tradición, y poco á poco, así como el culto y las viviendas han desaparecido, van cayendo también una tras otra las paredes que formaban el monasterio.

Al pasar á Trespuentes nos detuvimos á examinar la disposición de su puente romano. Consta de 13 arcos pequeños; es perfectamente horizontal y no tiene antepecho ni pretil alguno. Sus piedras, de una especie de ruda y fuerte mampostería, están asentadas con firmísima mezcla, y colocadas de modo que, como lo han demostrado muy bien, durante tantos siglos, resisten no solo á la acción del tiempo sino á las mas impetuosas avenidas. El de Villodas es mas pequeño pero de idéntica contestura. Aunque Iruña ha desaparecido ha dejado impuesto su nombre á esta región de Alava, que aun se llama hermandad de Iruña, y que comprende los dos pueblos de que hablamos.

IV

Siguiendo una antigua senda ó camino de herradura, bordeado de floridos matorrales, llegamos á la villa de Mendoza, insignificante poblacion hoy, cuna ayer de la mas antigua nobleza de España, de la que se apellida con ese nombre. Sin detenernos corrimos á ver su vetusto torreon y su rollo feudal; pobres restos olvidados del antiguo orgullo de los magnates. Está la torre dentro de un modesto cercado y en medio de una tierra, que en vez de alifados parques ostenta un sembrado de vulgares raices. Forman en conjunto cuatro altas paredes de mamposteria enteramente cubiertas de secular y oscura hiedra. Está almenada con cuatro torreonicillos y ni en sus paredes, ni en su interior muestra signo, ni vestigio de importancia alguna. Los dos antiguos barrios Mendivil y Mendoza se confundieron en este solo, y su populoso vecindario del siglo XIV, quedó con las levas y desventuras del XVII reducido á poco mas de treinta casas. La torre que aun se vé en pie es la del Infantado, cuna de los Hurtados y Gonzalez de Mendoza, y en sus dependencias anejas, hoy destruidas, celebraban las doce hermandades de que esta villa es cabeza, sus populares sesiones. La antigua torre de Men-

divil, situada mas hacia la sierra y de donde descienden los condes de Orgaz, ha desaparecido. El rollo de piedra erigido sobre una escalinata se compone de una columna prismática, que termina en una cruz de hierro, y que ostenta los escudos del Infantado. A pesar del arraigo de estos poderosos señores la villa ha sido siempre libre. ¡Cuán distinta contempla hoy el viajero aquella humillada poblacion, de lo que era en los tiempos en que el bando oñacino tenia allí su jefatura alavesa y en que los Iñigos, Lope, Juan Furtado, Furtado Diaz, Ruy Lopez y Diego Lopez de Mendoza figuraban, saliendo desde aquella torre, al lado de los mayores prohombres de Castilla! Largamente hablaron de estos recuerdos los poetas, mis eruditos compañeros, y sin dejar la palabra de la boca, traspusimos el cuarto de legua que nos separaba de otra poblacion feudal, de Mártioda, que aun alza en un empinado repecho una casa fuerte de imponente aspecto. No subimos a ella, contentándonos con mirarla desde el pueblo, que humilde vejeta á sus pies, con su escasísimo vecindario, sujeto en lo temporal y *espiritual* á uno de los vastagos desprendidos del poderoso tronco de la casa de Mendoza. El río que baja de los Huetos baña las altas paredes de la huerta de la mansión severa, y por su orilla, con deseos de concluir la jornada, avanzamos hacia los Huetos. Son

estos dos pueblecillos, llamados tambien Güetos y antiguamente Oto Suso y Oto Yuso, los últimos que tiene la llanada, ya en las faldas de la Sierra de Badaya, y á ellos llegamos, con gusto, al distinguir desde lejos en el mas próximo, que es el de Abajo, los caracteres antiquísimos de su iglesia. Tiene, en efecto un bonito ábside dividido en su curva por tres columnas, que dejan en los intermedios otras tantas ventanas ojivales de la primera época, con resabios románicos y dentro de cuyas múltiples columnitas se vé cegada la estrecha angostura longitudinal, por donde penetraba la luz. Delante de la fachada está construida una habitación de servicio parroquial, así que no se distinguen sus labores, y si solamente en los detalles de la portada y en los canecillos del alero, se observa el mismo gusto primitivo que en el ábside. El interior del templo, como sucede con la mayor parte de los de Alava, está reformado de pobre y mala manera. Solo hay una capillita adjunta á la pared lateral derecha, dedicada á San Blas, en la que existe un bello altar ojival con muy curiosas tablas, erigido, segun reza la inscripción que por él corre, por Fortun Ortiz, abad de Hueto, muerto en 1526.

Discurriendo y dibujando en las orillas de aquel arroyo que sale de las cuevas de Goro, vi al otro lado del pueblo gran amontonamiento de tierras,



que indicaban una obra artificial. Allí estuvo segun me dijeron unos, la Torre de Hueto, y segun otros, la iglesia vieja. Pocos pasos mas hacia la sierra está Hueto de arriba, de mayor vecindario que el anterior, y cuyos vecinos se llaman: *los diez y siete*. Es la razon, la de que este número ha sido en aquella aldea el tipo de muchas cosas, pues ademas de contar diez y siete vecinos, tiene la fuente diez y siete escaleras y la puerta del concejo diez y siete clavos, y la señora principal *patrona* del señorío, diez y siete hijos; y hasta murmuran en las aldeas inmediatas que, cuando van las mozas á vender al mercado de Vitoria piden por todo diez y siete unidad, segun sea el producto que ofrecen. Mientras se improvisaba una variada y apetitosa comida, y ya á la caida de la tarde, subimos, por la falda de la sierra á la inmediata ermita de Ubarriarán, sencillo santuario reformado tambien, pero en el que encontramos algunos relieves de un viejo altar románico y dos imágenes sentadas del siglo XII.

Para contemplar la preciosa vista de la llanada de Alava, alumbrada por los vivos resplandores del sol poniente, que tocaba ya tras de nosotros en las cumbres de Arrato, tomamos el trabajo de trepar por un estrecho sendero hasta unos cuarenta metros mas arriba de la ermita. ¡Qué admirable se ofrecía desde allí la perspectiva del llano alavés!

Al pie de la sierra los Huetos con sus sencillos grupos de casas de labranza rodeadas de multitud de arboles frutales, entre cuyas ramas entonaban millares de pájaros su adios al dia. A un paso, como eminente atalaya la torre de Mártioda teñida de rojo por los resplandores encendidos del sol; á la derecha, como reposando en el llano y haciendo compañía á su vetusto torreon oscuro, la villa de Mendoza; detras de Mártioda la bonita altura de Estarrona con su blanqueada y alta casa señorial enfilada á igual nivel de su iglesia. En torno suyo las arboledas del río Zalla, tan abundante en cangrejos, que van á juntarse con las del Zadorra en el escondido puente de Mamario. Allá al mediodia Jundiz con sus sombreadas faldas; á su lado Zuazo con sus esbeltos y blancos edificios; en lo hondo del llano, entre los arboles, Asteguieta, Otaza, y Gobeo formando cada cual, en medio de un mar de tierras de labor, verdaderos oasis de pintoresco colorido, compuesto de iguales elementos: la chata torre de la iglesia, una docena de casas, de cuyas chimeneas se escapan altas humaredas azules, que el sol esmalta primero y disipa despues, y festeoneados macizos de vegetación en las huertas, que se prolongan disminuidos en líneas oscuras de zarzales, marcando los caminos de pueblo á pueblo. Mas allá alza Ali su presuntuosa torre, á la que trata de alcanzar el colosal arbol de su fuente.

Sobre la línea de San Martín de Avendaño y á la derecha avanza oscura la picota de Gomecha, á la que dominan inmediatas las alturas de Esquivel y Zaldiaran, formando la famosa «silla de caballo.» En el centro del paisaje se extiende Vitoria ocupando una extensa linea, y en los pararrayos de sus torres, en las caras de sus luceros, y las líneas de cristal de sus centenares de galerias y miradores, al reflejarse encendida la luz solar, parece que se han sembrado á millones los diamantes, cuyas irradaciones contrastan con el artístico conjunto de claro oscuro, que los ángulos de las casas, las calles ya sombreadas, las blancas fachadas y las líneas de chopos forman. A su izquierda se ven: la esbelta torre de Arriaga, las arboledas del río, las peladas crestas de Araca, los confusos grupos de poblaciones y caseríos que constituyen Gamarra, Betoño y Arzubiaga. Y completando tan pintoresco cuadro tocan yá en las nubes oscuras, que empieza á eclipsar la noche, los cortados perfiles de los puertos de Vitoria y Eguileta, el azulado oscuro de la peña de Vicuña, las calcáreas gigantescas cumbres de San Adrián teñidas de púrpura, la sombría masa de Arlaban cuajada de pueblecitos sobre la carretera de Francia, las fantásticas rocas de Udala y Amboto, que asoman curiosas desde lejanos confines á contemplar la paz y hermosura del llano, y en fin, á nuestra izquierda redondo en

su cima silicea, y aserrado y abrupto en su dorso calcáreo, cierra el horizonte el colosal Gorbea, ocultando en las sombras de su base, detras del ensillado de Zaitegui, el real valle de Zuya.

Admirado contemplaba Amador tan delicioso paisaje, asegurándonos, que si la serenidad del cielo, que en Alava es muy rara, acompañase á la singular belleza de la detallada distribución del suelo, muy pocos puntos de Europa podrían ofrecer en menos terreno un conjunto tan digno de ser visitado. Perea que, como muy práctico en las costumbres de los aldeanos, había quedado en Hueto ejerciendo el cargo de cocinero mayor, nos hacia señas desde una huerta agitando su pañuelo para que bajásemos, y así lo hicimos, alcanzando la parte llana cuando ya la noche se había enseñoreado de la tierra y cuando brillaba en todas las tapias y avenidas del pueblo su económico alumbrado secular: el de los gusanos de luz, á los que hacian compañía, entre las piedras, los filarmónicos sapos, saludándonos con una insufrible serenata, que duró hasta el amanecer.

Aunque modestas y poco visitadas las casas de la aldea, no faltan en ellas brillantes cubiertos, limpios manteles, y cumplido servicio en la mesa, ni canonicales camas de barnizada madera con pintados paisajes en el testero; así es que tras de una originalísima, pero abundante y bien aderezada

comida-cena, con su cortejo de café y anisete riojano, sabrosamente entretenidos con la chispeante y deliciosa conversación del catedrático y del poeta á la que ponía interminables paréntesis el *soñador* Manteli, distribuidos en dos casas contiguas, nos entregamos felices y complacidos al deseado descanso de tan inolvidable día.

V

Muy de mañana encontré al siguiente, la fila de reverendas jícaras de chocolate, dispuestas en semicírculo delante de las extendidas brasas del bajo hogar de la aldea, mientras Amador fumaba un cigarro debajo de la parra de un largo balcón de madera, que daba á la huerta, observando á las palomas y á las gallinas que picoteaban en un basurero, y mientras Manteli, desnudo de medio cuerpo arriba, se lavaba, con toda la calma de un patriarca, oyendo imperturbable las satíricas y alegres ocurrencias de Perea, que se movía sin cesar de la sala á la cocina, de la cocina á la calle, y de la calle á las alcobas, arreglándolo todo para nuestra próxima caminata.

A las cinco y media de la mañana dejamos los Huetos tomando el camino de Asteguieta. Mu-

chísimo nos llamaba la atención desde el día anterior la abundancia de zoófitos fósiles que se encuentran al pie de toda aquella sierra. Es el terreno de aquellos términos, como el de todo el llano secundario cretáceo, y en sus azuladas y duras margas, que están extendidas en posición horizontal, se ven millares de fósiles redondos punteados, que las gentes de la aldea llaman «piedras de Santa Catalina» y que no son otra cosa que el equinodermo *Spatangus coranguinum* ó *Micraster brevis* de los geólogos. Se encuentran tambien muchos: *Ananchyles striata* de pequeño tamaño, y largos e interesantes *Inoceramus regularis*. En la misma ciudad de Vitoria he recogido entre la cayuela azulada multitud de Spatangos, y no es una exageración el decir que con los que ruedan por la superficie en la llanada se puede proveer á todos los museos del mundo. Sin fijarnos en las pequeñas poblaciones de Otaza y Aste-guieta, pasamos el puente del Zadorra y nos dirigimos hacia el molino de Goveo, lugar muy frecuentado por los vitorianos en sus francachelas domingueras y sobre todo en la buena estación del verano, donde acuden á bañarse muchísimas gentes. A muy corta distancia se encuentra el pequeño pueblo de Goveo, á la izquierda del río, y en él se vé un antiguo palacio, que hoy pertenece á la casa de Herran. Desde allí subimos al alto

de San Miguel de Acha, antigua ermita situada sobre una fuerte cortadura en peña sobre el río, y al rededor de la cual se han encontrado en distintas ocasiones sepulcros de piedra de los siglos IX y X. También es muy bella la perspectiva que desde Acha se alcanza á ver. Al pie mismo y al otro lado del río está el pueblo de Yurre, patria de Domingo Colodo, el valeroso soldado que asaltó el primero los muros de Córdova con San Fernando. En el espacio comprendido entre el puente y la población, se extiende un magnífico monte de corpulentos robles y de intrincados matorrales. Este es otro de los sitios de recreo de los vitorianos, á donde las familias concurren á despachar alegremente las comidas de campo. Toda la orilla del puente arriba es tambien sitio preferido por los vitorianos para bañarse. Mas allá se distinguen: Guereña sobre el Zalla, ó Lendia, Mandojana con su pequeño vecindario en la falda de Arrato, hacia los Huetos el punto de la barrera y boquete de la Oca, por donde se mete el camino viejo que pasa á Domaica, tan frequentado antes por los romeros de la Virgen de Oro, con su ermita y término tradicional de Urrialdo; detras de la espesura del monte de Yurre se vé en su altura y dominando una corta y bonita vega Lopidana, con su viejo monte de hermosos robles y sus festoneadas orillas del arroyo que baja de Arrichea, y allá en las faldas de la sierra y en la

carretera de Zuya otra docena de diseminadas aldeas y villas. El territorio que habíamos atravesado desde Mendoza, que pertenece á la *hermandad* de este nombre, correspondía á las de los Huetos, Badayoz y Vitoria.

Desde Acha bajamos al famoso *Campo de Lacua*, que según la tradición y el comun sentir, es donde tenian lugar las antiguas históricas asambleas de la *Cofradía de Arriaga*, y donde la provincia hizo su voluntaria entrega á Alfonso XI en 1332. Nada de particular ofrece hoy, sino es su grande extensión, tapizada toda ella de finísima yerba y situada á muy poca distancia al poniente del lugar de Arriaga. Rodéanle por todas partes tierras de labor, y vienen á dar á él multitud de caminos, desde la comarca entera. Nunca lo ha abierto la reja del arado en cumplimiento de lo que la Cofradía pactó con Alonso X, al hacerle cesión de varias aldeas, y que dice á la letra: «He mandamos que el campo de Arriaga, que sea término de Vitoria, é que finque prado para pasto, é que non se labre, é que se fagan hi las iuntas, así como se suelen facer....» Tal vez antes, estuvo poblado de frondosos robles y en sus inmediaciones se alzaría la casa y dependencias de uno de los Alcaldes mayores ó justicias que los alaveses elegían. Hoy suelen verificarse en él los ejercicios y maniobras de la guarnición de Vitoria, que encuentra en aquel

extenso campo suficiente amplitud para el juego de todas las armas, por muchas que sean las tropas que acudan. Cuando en el invierno se llenan los cauces de los arroyos o acequias que le circundan, se inunda de agua toda su superficie. Un camino, antes empedrado, conduce al pueblo que le dió nombre. Nosotros tomamos por una de las sendas laterales, que se derivan de la que viene de Vitoria y llegamos al puente del río Avendaño y á la ermita juradera de San Juan el Chico, situada entre el río y el camino viejo de Arriaga. Dió nombre á este río Avendaño una población que existió en los actuales términos de *La Cruz Blanca* y de la ermita de San Martín, sobre el actual camino de Ali, la cual existía en la época de la fundación de Vitoria, y que según la tradición fué arrasada por los vitorianos. En la ermita de San Martín, que forma hoy parte de una bonita posesión de recreo, propiedad del veterano padre de Provincia Sr. D. Manuel de Ciorraga, se conservan algunas imágenes del siglo XIII. El río Avendaño ha sido cantado por todos los poetas vitorianos, y de él decía nuestro querido compañero Perea, en una Oda publicada en su precioso tomo titulado: *Poesías* (1870):

«Continúa tu marcha sosegada
arroyo transparente;

que en la postrer jornada
no negaría á un pueblo independiente
tu lecho de cristal tumba sagrada.

Es grato recorrer las que tu bañas
soledades medrosas,
y visiones extrañas
forjarse con las ondas presurosas
al doblar de los juncos y espadañas».

La antigua iglesia juradera es hoy una pobrísima ermita, que abandonada durante muchos años fué hecha restaurar por el insigne patricio alaves, diputado general don Pedro de Egaña, quien ademas de su rehabilitación, que se verificó con toda solemnidad, propuso á la Provincia, mereciendo la aprobacion de esta, la erección de un monumento en el Campo de Arriaga, la adquisición del histórico y artistico santuario de Estivaliz, la resurrección de la antigua y nobilísima Sociedad Vascongada de Amigos del País, y la de la romería del 24 de Junio con la tradicional ceremonia de *echar la carta al Zadorra*. Fueron nombrados para la Comisión ejecutiva que había de llevar á cabo estos pensamientos los Sres. Moraza, Ortiz de Zárate, Ortes de Velasco, Perea y Manteli y mi insignificante

persona, estudiante y aficionado á la literatura entonces. Las discordias, las revoluciones y las guerras, malograron tan patrióticos deseos.

Pasada la vieja barrera que cierra el camino de Vitoria nos detuvimos en Arriaga, el tiempo suficiente para tomar un refrigerio y para contemplar la bellísima y esbelta torre de su iglesia, del orden compuesto, con elegante media naranja y linterna, labradas en hermosa piedra sillar, y construida á fines del siglo pasado por el entendido arquitecto vitoriano don Justo Antonio de Olaguibel. Situada esta aldea, sobre la carretera de Amurrio y Bilbao, á poco menos de un cuarto de hora de Vitoria, es punto muy concurrido por los aficionados á las meriendas, y en ella se celebra una animada fiesta, obligada de besugos, el dia de San Vicente en el mes de Enero.

Avanzando después por las cercanías del cementerio vitoriano, sobre el campo de Arriaga, que es un vasto arenal del que se han sacado millares de carros de este material para la construcción, y dejando atras las huertas y casas de campo de que está poblado el terreno, cruzamos el camino viejo de Gamarra y la carretera de Durango para hacer alto en la aldea de Betoño, situada sobre la de Francia. Mientras caminamos, fuimos discutiendo las etimologías de los nombres de todas aquellas localidades que recorriámos y convinimos en nues-

tro escaso conocimiento del vascuence, en que Ariñez ó ñitz quiere decir monte ligero, Junditz pico de San Juan; Subijana lugar del puente; Nanculares barrera; Mendoza monte frío; Oto ó Hueto argomal; Arriaga sitio de piedras; Betoño (Vitoria) al pie de Vitoria; Arcaute al lado del arca de la fuente; Elorriaga sitio de zarzas ó espinas; Arzubiaga puente de piedra; Recallor río seco; y así de otros muchos que por allí abundan.

Por el campo de Barrachi adelante, donde Napoleón el grande á su entrada en España condecoró á los valientes de las campañas de Alemania y donde su hermano José á la salida se dejó los papeles, siguiendo la orilla del río de Zurbano, nos dirigimos á este distinguido pueblo de la hermandad de Arrazua. Llámole así por sus casas señoriales, por sus balsas, por su torre original, por su bonita situación y por sus inolvidables Juntas. Es Zurbano un pueblecito de poco mas de treinta vecinos, tipo de los de la llanada de Alava, con su poco de labranza, sus bosquecillos inmediatos, su limpia y elevada iglesia, puesta en el lugar preeminente y rodeada de frondosos árboles, que enaltecen y adornan el templo y sombrean su pequeño pórtico abierto entre varias arcadas al sol del mediodía; con sus casas esparcidas en delicioso desorden, que forman en sus avenidas múltiples y tortuosos caminos, limitados por las

tapias de las huertas y con tres ó cuatro casas de los siglos XVII y XVIII, que pregongan la distinguida estirpe y los humos de sus fundadores, por medio de sus grandes escudos de armas, de sus atrevidas torres, de sus sólidos y artisticos balconages y de su ámbito desmesurado. En ellas debieron nacer y murieron, tal vez despues de dar mil vueltas por el mundo, los Ortuños de Uriarte y de Insunza, los Otaloras y los Otazus que brillaron en las universidades y en la Corte, ilustrando el nombre de la modesta aldea. Todas las viviendas de los labradores tienen inmediata su pequeña huerta cercada de piedras, y en ella entre en el sobrio regalo de las hortalizas, viven y hojean y florecen, en amorosa compagnia, los manzanos, los guindos, los ciruelos y algun peral. Mas temerosa y amiga del amparo de la casa, la pobre parra de la llanada no se atreve á separarse de las paredes, y alli se la ve con su rugoso tronco, arrimada á la puerta, extender sus delgados brazos hasta el alero para jugar con los pájaros y agarrarse con sus zarcillos á las maderas de las ventanas para ofrecer mas comodamente sus pequeños y rubios racimos á las mozas de la aldea. La torre de la iglesia tiene el chapitel y el remate de sillería, por lo que es notable entre todas las de aquellos pueblecitos. En alguno de sus palacios se reunieron varias veces los represen-

tantes de la provincia en el siglo XVII, para enviar á Fuenterrabía y á Flandes, los pocos mozos que Alava tenia, con objeto de que derramaran su sangre en defensa de las banderas de la patria.

Rodean á Zurbano, extensos prados de pasto abundante, buenas dehesas de monte bajo y es su terreno tan húmedo, que en toda la provincia tienen nombre sus dilatadas balsas.

Desde este pueblecito nos dirigimos en breve tiempo á la *Granja Modelo de Agricultura*, situada á la derecha de la carretera de Salvatierra y á corta distancia del pueblo de Arcaute. Mientras enviamos recado á esta aldea para que nos aderezasen la comida, y en tanto que tan esencial disposición se cumplía, realizamos nuestra visita al curioso é importante establecimiento provincial.

VI

La Granja Modelo.—Elorriaga.—Una hermosa alameda que forman cuatro calles de frondosos árboles, sirve de ingreso al *Modelo*, como en el país se llama aquel instituto agrícola. El gran edificio de la escuela y habitaciones del Director y alumnos ostenta una sencilla y severa fachada, con piso bajo, dos superiores y los desvanes, y con

una esbelta torrecilla decorada por el reloj. Varios pinabete trazan delante de ella una plazoleta, en la que se ven aproximados á la fachada los dos grandes leones, que esculpió en piedra el distinguido profesor y artista vitoriano don Ruperto Martínez de Alegría, y que por espacio de algunos años adornaron los descansos de la escalinata del palacio de la Diputación en Vitoria. A la derecha de la fachada está, en un lado de la plaza ó patio interior, la entrada ordinaria. Cuatro lienzos cierran aquella bonita construcción: por el norte la Escuela, por el poniente las cuadras de ganado vacuno, por el mediodía los pajares y graneros, y por el oriente las cuadras del ganado de servicio. Otras tantas calles forman un lindo paseo, en torno al florido, frondoso y alegre jardín que ocupa el centro y que tiene, frente á la Escuela, una bonita fuente y un abrevadero. En el edificio principal se ven las habitaciones del Director, decoradas con sencillez y elegancia, las limpias y sencillas dependencias para los alumnos y las cátedras que ocupan la planta baja. Interesante es la contemplación de aquellas clases en las que numerosos hijos del país han estudiado y estudian, en las mejores obras didácticas, en excelentes cuadros y láminas, en los matemáticos tableros, y en sus propios cuadernos, la teoría científica del arte agrícola en sus más esenciales fundamentos, al mismo tiempo que en

las tierras, en la huerta y en los establos practican diariamente cuanto su profesor les enseña.

La modesta y pobre provincia de Alava fué la primera que planteó en España una escuela práctica de agricultura, elevándola con su entusiasmo, á la categoría de la mejor de nuestro país por su desarrollo é importancia. Sus exposiciones anuales de Setiembre eran verdaderas fiestas populares, que admiraban propios y extraños, y en las que Alava se vestía de gala para ostentarsus productos y se honraba distribuyendo recompensas á los labradores aplicados. Inolvidable recuerdo quedará siempre de aquellas solemnidades, con las cuales un país tan humilde y tan culto como el alaves, se anticipó veinte años á la propaganda de las reformas y adelantos del arte rural en España, en las que las segadoras mecánicas y las trilladoras de vapor hacían su aparición en nuestro suelo, y en las que nuestra provincia se honraba, con el dignísimo orgullo de que las demás del reino la citasen y ponderasen con encomio por estos trabajos. Trajéreronse razas sobresalientes de ganado para su multiplicacion en Alava; las de cerda y la vacuna dieron admirables ejemplares que fueron admirados y solicitados en las provincias del interior: instalose la raza caballar con extraordinarios cuidados y hasta con aventurado lujo, y gastó la provincia, por ejemplo, desde 1861 á 1867 más

de doce mil duros en su sostenimiento, además de la inversión de los productos que rendía. El inteligente ingeniero don Eugenio de Garagarza estuvo al frente del Modelo, dándole extraordinaria vida, durante los tiempos de su mayor ostentación. El propuso, entre otros adelantos, la introducción y explotación de las mejores plantas forrajerás, por las excelentes condiciones que la provincia ofrece para ello, é hizo la propaganda del cultivo de la remolacha, que en un tiempo tuvo gran aceptación en el país. La provincia no solo fundó esta escuela sino que quiso tener además profesores alaveses que la dirigieran, y envió al efecto á las afamadas cátedras de Grignon y Tharand á los distinguidos alumnos del instituto de Vitoria Sres. Arróyave, Urrestarasu, Bujo y Martínez, para que á costa de ella hicieran sus carreras agrícolas en tan notables academias rurales de Francia y de Alemania.

Los alumnos prácticos educados en el Modelo fueron buscados por todos los grandes propietarios del interior de Castilla y Andalucía, en cuyas grandes dehesas dejaron relevantes testimonios de su valer, como instruidos, probos y laboriosos. No pudo la provincia sostener el enorme coste de esta Escuela, y hubo de reducir con su presupuesto, su vida y sus aspiraciones. Pero aun se alza y alienta vigorosa, con esperanza de alcanzar mejores tiem-

pos; aun acuden los alaveses á sus cátedras, y se hacen notables trabajos agrícolas y se repueblan paulatinamente sus establos; y mientras que las ricas provincias de las grandes zonas productivas de España, no han podido, á pesar de la moderna propaganda de estos estudios y de las leyes agrícolas, fundar pobres Granjas para la enseñanza práctica, Alava se esfuerza en conservar la suya, considerándola como uno de sus máspreciados y honrosos centros de utilidad pública.

Fuera de la plaza central se extienden en otros departamentos, edificados con arreglo al mejor gusto artístico-agrícola: las cuadras para el ganado de cerda; las del caballar; los gallineros con las modernas incubadoras; los almacenes de útiles, aperos y máquinas de labor, desde la azada y el arado mas sencillo hasta la locomovil que agita el volante de la trilladora. Labradores, estudiantes y hábiles artistas los alumnos, lo mismo saben dirigir las máquinas é instrumentos en el campo, que explicar su mecanismo, que componer en la fragua cualquiera pieza que se inutilice. Extiéndese el campo de labores al mediodía de la Escuela, en terreno llano, ocupando vasta extensión, ingeniosamente distribuida para multitud de cultivos, de que los alumnos están encargados. ¡Dios dé á la provincia días mas felices que hasta aquí, para que en vez de decaer prosiga y prospere el admi-

table culto y que el arte rural se sostenga en esta gloriosa cátedra de la propaganda de las reformas agrícolas!

Terminado el grato paseo por aquellos hermosos campos, satisfechos con el gran concepto que tal estudio del *Modelo* había hecho formar de nuestro país al sabio Amador, y tomada despues, á la lijera, la nutritiva comida de la aldea, que gracias á los extragos en un corral y al contingente de pesca que nos enviaron de Zurbano, fué tan agradable como estimada, llegamos, en las mas hermosas horas de la tarde, á la puerta del Sr. D. Fernando de Albizu párroco de la curiosísima aldea de Elorriaga. Con los brazos abiertos nos recibió aquel animoso é incomparable varon, que hace cuarenta años sirve, para bien del vecindario, la iglesia de la famosa aldea. Hombre de pocas carnes, de agilísimo cuerpo y de cumplidas y sencillas maneras, lleva impreso en sus inquietos ojos azules el brillo del ingenio y de la actividad incansable. *El cura de Elorriaga* es en Alava y fuera de ella una de las personas que por su ilustración y simpatias han llegado ha adquirir mas digno renombre. Párroco intachable y evangélico os mostrará una iglesia, que es una maravilla de buen gusto, de elegancia y de limpieza. De una antigua iglesia del siglo XII ó XIII que aun conserva de lo románico una ventana, y de lo gótico

la puerta y las bóvedas, hizo la reforma clerical un templo de gusto semicomposto en el interior. Pero esto es lo de menos. Sobre un pavimento de madera que envidiaría la sala del mas atildado mayorazgo, se alza el altar mayor, sencillo, bien conservado sin cosa alguna notable en su parte artística, pero en él os hará ver el Sr. Cura dos jarrones de alabastro florentino, que adquirió para adornarlo, y á ambos lados de la grada dos pilastres de ricos mármoles de Mañaria y Gauna, que sostienen elegantes lámparas. Las imágenes de los altares laterales son del buen escultor vitoriano Mauricio Valdivielso, sobrino del inspirado Panyuela, y las pinturas del maestro Torre. También en el altar del Rosario hay dos jarrones florentinos, y en el de San Sebastian una buena escultura de San Antón, y un relieve que recuerda que en esta aldea nació San Vitor labrador.

El púlpito es una de las preciosas obras de ebanistería y escultura que dejara en el país, en prueba de su peregrino ingenio, el artista vitoriano, mi querido maestro don Márcos de Ordozgoiti. Todos los paños de la obra, todas sus bandas, y hasta la base misma, estan cuajadas de elegantes alegorías en relieve. En uno de los cuadros, en el del rincón, dejó Ordozgoiti esculpido su retrato al lado del de don Fernando. La Sacristía es pequeña pero muy elegante. Su cajo-

neria tiene en la cubierta una pieza de madera de 5 metros de longitud y 1,50 de anchura. Grandes espejos y regulares esculturas la decoran. En un estante rinconera están guardados todos los enseres del servicio del culto, colocados con el mismo gusto y arte, que en el mejor de los aparadores de las platerías de la corte. Debajo del coro hay una silla de vecino, de mediados del siglo XVI. Una escalera de piedra en espiral conduce al coro, donde se conserva bajo férrea cubierta el archivo de los Caballeros fijos-dalgo de Elorriaga.

El cementerio es una microscópica alhaja. «No tiene panteones—nos dijo, don Fernando—porque él, por sí, constituye un hermoso panteón.» Hay delante de él una plazoleta de acacias, y hasta sus paredes llega el cubierto juego de bolos, el punto obligado de entretenimiento dominguero de los alaveses. Una cruz esculpida decora el ingreso del cementerio. Dentro, otra cruz hecha con los senderos del suelo divide los cuadros: el de la izquierda es para los hombres, el de la derecha para las mujeres, el del brazo izquierdo para el clero, el del derecho para los niños. No hay mas categorías en la aldea. Dos cipreses hacen compañía á una cruz que preside el sitio; y cuatro olivos, y varias matas de romero, salvia, tomillo y malvavisco decoran el asiento de las paredes. Los guardacantones ex-

tremos, estan embozados en cubiertas ó apoyos de box, bien podado.

El excelente párroco debe en especial su fama á ser un eminente maestro de arboricultura. Su obra maestra es su huerta. No creais que es grande: apenas ocupa una extensión de tres célemines de sembradura. Puesta al mediodía de su confortable y modesta casa, en forma triangular, su lado mas extenso, el que se apoya en aquella, mide 100 pies de longitud: pues bien, solo en su emparrado hay 25 clases distintas de uva. En los arbolitos que forman sus pequeños paseos, y que cubren las paredes, cultiva 40 clases de manzanas y 90 de peras. Riega esta maravilla de arboricultura con una ingeniosa bomba, cuyo tallo se mueve por el mecanismo de dos volantes y una cuerda sin fin. En torno á la alberca del pozo multitud de tiestos forman un interesante capítulo de jardinería. Allí hay agaves, caladiums, fuschias, geranios, heliotropos, ¡qué se yo cuanta elegancia de variadas corolas! Al lado encontrais una notable esparraguera que lleva ya 33 años de producción. En los cuadros de la huerta crecen las escarolas, los bróculos y las berzas. Los perales están arreglados en caprichosas formas: en atrevidas espirales, en abanicos y en dobles palmetas. Los manzanos ostentan sus largos tallos, colocados oblicuamente para que no den sombra.

Un solo palo de pera nutre 15 clases distintas.

Las líneas de los perales de las paredes cuentan 29 años de producción. Los frutales están reglamentados como un disciplinado ejército, por una red de alambres, que ordenan su curso, su *rectitud*, su altura y su crecimiento. A un lado pulula la gente del gallinero: al extremo opuesto hay un camarín de recreo; un departamento de descanso, que es á la vez invernadero y galería de recuerdos y retratos, donde entre los de otras personas distinguidas, se ven los del naturalista Galdo, del antiguo intendente de Alava Rodríguez Ferrer y del general Sanabria íntimos amigos de don Fernando. Multitud de objetos curiosos se encuentran en distintos puntos de la huerta; aquí, varias plantas raras, que se cuidan con especial esmero; allá dos culebras fósiles y algunos moldes de moluscos; al otro lado termómetros, relojes de sol y apuntes de inolvidables fastos agrícolas. En medio del agradable y retirado mundo de sus plantas vive el veterano párroco, que ha estudiado con empeño la botánica de los frutales en Francia, en los Paises Bajos y en otras regiones. Dentro de su casa aun os mostrará mil curiosidades útiles: la aventadora de cereales sobre el dintel de una puerta para aprovechar las corrientes de aire; su taller de carpintería; su escogida biblioteca; sus obras de mano; y su patriarcal cocina de aldea. Las paredes del vestíbulo-pasadizo están decoradas al natural con

racimos de tomates, pimientos, y frutas cogidas en la huerta. En un tiesto planta una cepa y el amoroso cuidado del cura, la obliga á dar, con el clima de la llanada, dos ó tres racimos dignos de la orilla del Ebro. Párroco, profesor, horticultor, antiguo y afamado jugador de pelota, tornero, herrero, jardinero y erudito, todo en una pieza, don Fernando es el hombre mas laborioso y mas amable de la tierra. A dos pasos de su casa está la escuela; él cuida del maestro, un excelente y aplicado joven, y entre ambos tienen montada una escuela en miniatura, que es delicia y regalo del pueblo y que puede pasar por un modelo en su género. Enfrente, en la misma plazuela, donde la iglesia, la escuela, el juego de bolos, el cementerio, la casa de labor con su era y la casa del cura, forman un corro, está el palacio de los *Caballeros Hijosdalgo de Elorriaga*. ¿Quién era esta gente? Una representación de la antigua nobleza de las aldeas, que desde Alonso X quedaron unidas á Vitoria, constituida despues de la unión de la provincia á Castilla, con objeto de continuar sosteniendo sus antiguas prerrogativas. A estos hijos-dalgo se les reconoció por Alonso XI, en la claúsula XII de la Escritura de la voluntaria entrega, el derecho de que tuvieran el fuero de los demás hijos-dalgo de la provincia. Los individuos que componían la Junta debian hacer sus pruebas de

pertenecer al estado *noble*, certificadas por la junta del estado *llano*, que se reunían en Lasarte. Estaba dividida en diez hermandades, que comprendían las referidas aldeas; celebraba sus juntas en la iglesia de Elorriaga á fines de Setiembre, con asistencia de los secretarios-listeros llamados *Renqueiros*. En Diciembre elegian su junta de gobierno, compuesta de dos Diputados, representantes de ella en el ayuntamiento de Vitoria, un Procurador, un Secretario, diez Regidores y cuatro Alcaldes de hermandad, uno de los cuales asistía á las juntas generales de la Provincia. El tiempo, con sus impetuosas avenidas, ha dejado ya escasas huellas de estas vetustas formalidades.

Con los primeros resplandores del crepúsculo de la tarde despedimos al veterano párroco, convencidos de sus excelentes prendas y de los inapreciables servicios que al pueblo presta, por los cuales no reclama otro interés sino el de que le devuelvan triplicado el cariño que el tiene á todos sus feligreses y amigos.

Al pasar la hondonada de Arana, cerca de su campo famoso, en el que los vitorianos juegan al *Calderón*, durante la cuaresma, cerca de su puente y de sus casas de labor, saludamos la ermita y el alto de Santa Lucía. En la primera dimos, pocos días después, el banquete de despedida á nuestro respetable y querido maestro Amador; y el segundo

nos recordaba el grandioso eclipse del 18 de Julio de 1860; porque en aquel punto situaron su observatorio sabios astrónomos tan ilustres como: M. Moelder de Dorpat, Weyer de Kiel, el insigne H. Goldschmidt, Thiele, Van Renneyampff y D' Arrest, para estudiar y determinar las *protuberancias* del astro del dia. Saludamos tambien el alto de Judimendi, en el que los habitantes de la judería vitoriana tuvieron su cementerio, y donde hoy se ven un polvorín fortificado y un delicioso y extenso paseo, en el que las tropas hacen sus ejercicios, y entramos en nuestra ciudad querida satisfechos, y no cansados, por haber entretenido tan placenteramente un par de días.

mandado supuesto obispado de Armentia, que comprendía el obispado de Estivaliz, que se halla situado en la comarca de Alava, dentro del obispado de Vitoria.

ARMENTIA Y ESTIVALIZ

Al oeste y este respectivamente de la ciudad de Vitoria, dentro del llano y á tres y ocho kilómetros de distancia en una y otra dirección, se encuentran el pueblo de Armentia y la colina de Estivaliz. En ambos puntos hay dos curiosas construcciones románicas que muy pocos viajeros ilustrados dejan de visitar. Armentia conserva el recuerdo vivo de su antigua sede de refugio, del obispado de su nombre, y Estivaliz consagra la memoria casi olvidada del primer templo del llano de Álava en la época floreciente de la Cofradía de Arriaga, en los siglos XII, XIII y XIV. No hay mejores iglesias románicas en toda la provincia. Correspondió la primera á la magnificencia humilde, por tratarse de tierra pobre, de los últimos días de un obispado secular, y fué la segunda ostentosa obra de los ricos-homes y fijo-dalgos de las hermandades del llano.

Entre las muchas visitas que, en compañía de ilustrados amigos, hemos hecho á Armentia y

Estivaliz, consignaré el recuerdo de las que hicimos en obsequio á los distinguidos y sabios visitantes don José Amador de los Ríos y don José María de Alava, alavés insigne, rector de la Universidad de Sevilla.

II

En uno de los últimos días de julio de 1870 trasponíamos el hermoso paseo de El Prado, la senda del Mineral y el camino de Armentia, haciendo temprana caminata con el docto Amador, el poeta Perea, que acababa de dar á luz su tomo *Poesías*; el cariñoso Cristóbal Vidal, catedrático y filósofo; el vitoriano adoptivo Ruiz de la Peña catedrático también, periodista fogoso y entendido filólogo; el poeta soñador Manteli; el joven Herran discípulo y compañero de todos, y mi pobre ánima, en fin. A las seis de la mañana contemplábamos desde la era que se extiende delante de la casa nativa de San Prudencio, la hermosa perspectiva de la aldea de Armentia. Donde antes elevaban sus torres las iglesias y sus chimeneas y palomares las casas, se alzan hoy las cimas de multitud de árboles, y entre su follage, á la sombra de sus frondosas copas, se ven ahora esparcidas veinte casas y una iglesia, triste residuo de lo que Armen-

tia fué. La que era ermita de Santa Basilisa prestó el arco ojival de su bóveda para la actual escuela de instrucción primaria; las paredes de la iglesia de San Julián, que hasta hace poco tiempo se conservaban, cayeron; y hasta la gran balsa que en el centro del vallecito había, se ha ido cegando poco á poco, convirtiéndose en un reducido charco.

En un pequeño repecho, al poniente de la aldea, se alza la iglesia de San Andres, el antiguo templo episcopal. Antes de entrar en el pórtico, examinamos el ábside primitivo y único en esta construcción, raro vestigio del gusto románico, anterior á la época del obispo don Rodrigo de Cascante, á fines del siglo XII, en cuyo tiempo sufrió esta obra una gran restauración. Es el ábside pequeño, de poca altura, todo labrado en piedra sillar, y adornan su vuelta tres columnas, otras tantas estrechas ventanas, con caprichosos capiteles, y varios de canecillos bajo la linea del tejado. Cuando en el último tercio del siglo pasado se agruparon las ruinas y restos que quedaban de la obra de Cascante, para dar á la iglesia el aspecto que hoy tiene, conservose intacta esta parte de ella, inutilizándola sin embargo para el culto, ya que habiendo colocado delante el altar mayor, que ocupa toda la altura de la nave, quedó el ábside oculto y cerrado en el interior.

La fachada es una serie de remiendos, entre los

que se encuentran como restos del arte románico multitud de canecillos con las características esculturas de aquél tiempo, y algunos trozos de age-drezada imposta. En el pórtico, al que dan ingreso cinco arcos, de los cuales tres se han cerrado después hasta mitad de su altura, pasan los aficionados un rato delicioso. Decoran la puerta de entrada en toda la extensión de su dovelage, hojas de acanto y extrañas figuras de hombres y animales. La parte central del pórtico está ocupada por un notable grupo escultural de gran tamaño, que antes ocupó el segundo cuerpo de la fachada sobre la puerta, y que representa á Jesu Cristo y el apostolado. A la figura de aquél le falta la cabeza, y es su tamaño de dobles proporciones que el de sus discípulos.

Hay en los pliegues de sus vestiduras, en la colocación de los paños, y en el trazado de los extremos, la sencillez no amanerada que caracteriza á la estatuaria de la duodécima centuria, en la que casi olvidado ya el severo y armónico idealismo artístico del gusto latino bizantino, se impuso con su dureza y su caprichoso descuido el arte románico, de transición, del que tan bellos recuerdos he encontrado en mis excursiones castellanas, y al cual eclipsó muy pronto con su grandeza el incomparable estilo ojival.

A la derecha de este grupo hay un sepulcro mural, cerrado con una balaustrada, sobre la que se



vé un timpano semicircular dividido en dos partes por la ornamentación. En el arco que le circunda se lee esta inscripción.

ANGELVS ✕ REX : SABBAOTH : MAGNVS : DEVS :
EST : ET : DICITVR : AGNVS : DEI : NVNCIVS.

Deabajo de ella, y entre las figuras de San Juan é Isaias, que sostienen cada uno un rollo, el primero con la inscripción *Ecce agnus Dei* y el segundo con la de: *Sicut ovis*, se vé un limbo cuyo centro ocupa la representación simbólica del Agnus y en su periferia se lee:

VOCOR : AGNVS : SVM : LEO : FORTIS
✚ MORS : EGO : SVM : MORTIS.

Cruza el timpano una faja horizontal en la que dice:

✚ PORTAM : PER : HANC : CELI : FIT :
PER : VIAM : CVIQVE : FIDELI :

y en el diámetro inferior, que lo cierra, esta otra:

✚ HVIS : OPERIS : AVTORES : RODERICVS : E.

Entre ambas líneas hay otro limbo, con el lesus entre el *alpha* y *omega*.

El enterramiento guarda una estatua yacente con hábito sacerdotal y algunos suponen que son los del obispo citado.

En el estrecho, carcomido y ahumado lienzo de la derecha es donde se conservan las esculturas

de más antigüedad y mérito. Tres columnas románicas á cuyos fustes están adheridas tres estatuas de estrecho y severo ropaje, y cuyas cabezas antes de que cayeran, debieron apoyarse en la parte anterior de sus historiados capiteles, sostienen dos arcos ojivales de posterior construcción al parecer, y que dividen el espacio en otras tantas partes. En el hueco que dejan hay incrustadas en la pared varias esculturas, de las cuales las que ocupan la parte principal, que es la media, son, en concepto del Sr. Amador de los Ríos, de notable mérito arqueológico, por lo extraño de sus bien conservados detalles, y pertenecen á una época anterior á la del obispo Ciscante, correspondiente sin duda á la de la primera construcción, como la del ábside, que debió erigirse durante los siglos X y XI cuando la sede de Armentia estaba en su apogeo. En la columna del rincón hay un grupo excelente que representa el sacrificio de Abraham. Difícil es acertar lo que representan las del centro, como no sea la condenación y salvación de las almas, y hay en su trabajo tal carácter de antigüedad y tan notables detalles, que de publicarse en un grabado, que fielmente las representara, excitarían sobremanera la atención de los inteligentes.

Penetramos en la iglesia, y al través del embalduramiento clerical de blanco y ocre, que como es sabido afea y desnaturaliza la mayor parte de

nuestros antiguos templos, examinamos aun enhiesto, si bien recortado y pobre, el conjunto que se alzó á fines del siglo XII. La imposta ajedrezada, hermosos capiteles en los altos pilares y en las chatas columnas del coro, arcos en ojiva que anuncian ya la mano del gótico alarife, recuerdan en el interior la antigua fábrica disfrazada después con modernos adornos y altares, que han venido á quitarle su primitivo carácter.

Una escalera de caracol conduce á la torre, que es de reciente y pobre construcción. Dimos vuelta al pequeño pasadizo, resto del antiguo claustro, en el que el cura guarda su trigo, su vino y su aceite. Ibamos á dar por concluida la visita, cuando el párroco nos dijo que en el desván, sobre las bóvedas de la iglesia, había unos curiosos bultos de escultura.

Dió Amador la orden de subir, y pasando por las habitaciones del cura, tomamos el rumbo de aquellas alturas. El cura se echó al hombro una escalera de mano; tomé yo un farol en el que ardía un pobre cabo de vela, y, uno tras otro, espantando una camada de gatos que retozaban en el pajar, subimos la primera pared, tropezando en las vigas y resbalando á menudo en las convexas rampas de la bóveda de la iglesia. El farol apenas alumbraba; los gordos se escurrían con su mole por entre los escombros, los flacos agarrados de las

manos se daban mútuo apoyo cada vez que en aquella original excursión, puesto en falso un pié, perdían el equilibrio, y mientras tanto el cura afianzaba su escalera de asalto, subía el primero, y la aseguraba después, para que al ascender los expedicionarios no dieran con su humanidad en el polvo.

Al fin nos hallamos sobre la bóveda del crucero. Allí estaban en los cuatro ángulos ó pechinas, los bultos de que hablaba el cura. Allí debió alzarse magestuoso el domo ó cúpula que la iglesia tuvo y cuyos arranques se conservan aún. Sobre los cuatro capiteles de donde partían los arcos que forman hoy la bóveda moderna, se alzaban las pechinas que iban á sostener la base de la cúpula. Allí están aún según el estilo románico las representaciones simbólicas de los cuatro evangelistas. Allí, en la bóveda oscura, sin que nadie se acuerde de ellos, ostentan el águila, el toro, el león y el angel, sus ropajes, sus libros, sus estilos y sus alas, allí Juan, Mateo, Marcos y Lucas en singularísima apariencia tal cual no la he visto en ningún otro templo, ni en ningún tratado de arqueología, tienen unido á su tronco humano el simbolo de sus acompañantes por cabeza y remate. Solo algún curioso rebuscador de empolvadas antigüedades, sube de tarde en tarde á contemplarlos, para lamentar después el olvido y soledad en que yacen

estos restos, en una arruinada aldea, desde aquellos famosos tiempos en que los alaveses que los vieron esculpir y alzar, marcharon con su conde ó señor á morir por la independencia patria en los campos de las Navas de Tolosa.

El arte románico estaba en su último periodo cuando se empleó en los ocultos rincones de Alava, no solo con cierta magnificencia en Armentia y Estívaliz sino en la mayor parte de sus pueblos, aunque en reducidas proporciones en éstos. Había visto la Francia en Laon, en París (1163) en Noyon y en Langres, alzarse un nuevo gusto, nacido de una de las escuelas románicas, que, dando á las naves mayor altura, gracias al admirable equilibrio sostenido por los múltiples botareles ó arbotantes exteriores, ofrecía al alarife un mundo nuevo en la construcción, del cual debían salir las incomparables obras del arte gótico en sus distintos periodos. Aun no dominaba esta escuela á principios del siglo XIII en nuestra pobre provincia y por eso el gusto románico se empleó en sus principales templos. El arte ojival resolvió el problema del empleo de arcos de extensa altura en las grandes naves. El arco románico liso, ya sencillo, ya formando las vivas aristas de la bóveda, solo permitió abrir espacios de poca luz. Los antiguos techos planos de las basílicas se convirtieron en bóvedas; el arco sostuvo la nave del

crucero, los brazos, las naves laterales y la nave central; pero el arte quiso darle mayores proporciones, lanzarlo en el espacio, darle más luz, más horizonte, elevarlo hasta el cielo, como la oración que bajo él nacía, y merced á un impulso nuevo las arcadas, el ramaje, el cruzado de las bóvedas, los pilares, las ventanas y la ornamentación toda tendió á elevarse, siguiendo á las curvas ojivales, que con la invención del cristal plano, pudieron inundar de luz y de espacio el interior de los templos, antes apenas alumbrados por las estrechas ventanas que dejaban en su centro las chatas y múltiples columinitas románicas, sus pintorescos y rudos capiteles y sus múltiples y elegantes archivoltas. En el último periodo del arte románico, en la época de transición, se empleó ya el esbelto arco ojival; nuestras iglesias de Armentia y Estivaliz lo tienen. Ambas basílicas no valen tanto como las maravillas que ese arte dejó en Spira, en Santa Eutropia de Saintes, en San Cernín de Tolosa de Francia, en Nuestra Señora de Poitiers ó en la admirable catedral vieja de Salamanca, pero son para los alaveses dos inapreciables joyas artísticas.

.
.

De buena gana hubiéramos permanecido una hora sentados en aquellos escondidos escombros, interrogando al pasado acerca de cuantas ideas

acudían á la mente. ¿La obra del obispo Rodrigo de Cascante se terminó? Concluída y completa ¿qué cataclismo la dejó sin cúpula, sin torre, sin claustro y tan desmantelada como hoy aparece, á pesar de la última restauración remiendo?

De creer es que si la obra grande se empezó á principios del siglo XIII, cuando el obispado de Armentia acababa de ser absorbido por el de Calahorra, ó cuando tocaba á sus últimos tiempos, la falta de importancia que desde entonces debió tener el pueblo por una parte y la preponderancia que la nueva villa de Vitoria adquiría por otra, debieron contribuir á que la obra, suntuosamente comenzada, quedase sin concluir, y se cerrara su nave con bóveda provisional, y con un tejado ordinario el espacio que iba á ocupar su cúpula. El plan del obispo Cascante no debió realizarse por completo y el templo quedó terminado á medias. Si no, ¿qué fecha desastrosa recuerda nuestra historia de Alava á la que pueda referirse la ruina y desaparición de los importantes elementos que faltan en esta iglesia? Ninguna. La obra quedó descuidada y en el trascurso de cinco siglos se fué arruinando al mismo compás que el pueblo. Mientras Armentia perdía su vecindario, y la iglesia su honor de colegiata, debieron irse desmoronando uno tras otro los sillares de su fachada y cayendo sobre el suelo del cementerio que rodeaba al tem-

plo en aquella pequeña explanada, de la que aun se sacan sepulcros y osamentas. La restauración hecha en 1776, verdadera obra de misericordia hecha sin inteligencia y de seguro sin dinero, agrupó desarmónicamente las ruinas que se conservaban, mezclándolo todo y poniendo revueltos en el heterogéneo conjunto actual arcos y capiteles, tímpanos, impostas y sepulcros, adornos, canecillos é inscripciones, pero salvando así de la destrucción completa los curiosos restos de la histórica iglesia de los obispos alaveses.

Al terminar nuestra visita á las bóvedas bajamos á descansar al pórtico, donde sentados á la sombra, y mientras fumábamos un cigarro, recordamos el pasado de aquella aldea y de la sede alavesa, acerca de la cual nuestro compatriota Manteli, publicó, en colaboración del insigne escritor y académico Sr. Navarrete, una curiosa obra titulada: *Reseña histórica del antiguo obispado alavense.* (1863).

El nombre de Armentia procede de las voces vascongadas *Ar-Mendi*, monte de piedra o pedregoso, tal vez por que en el sitio que hoy ocupa el pueblo hubiera antes extenso monte sembrado de piedras, ó por que existiera en él alguno de los primitivos montículos sepulcrales que contenían grandes piedras, como otros varios que aun existen en la llanura. Por Armentia pasó el camino romano

que atravesaba la provincia y algunos suponen que en ella estuvo la población de *Suessatio* marcada en el itinerario, cuyo punto según el sabio académico Sr. Coello corresponde á la inmediata aldea de Zuazo. Como restos de la población romana que aquí pudo haber sobre la vía, se han hallado diferentes lápidas de escasa importancia.

Invadida la Rioja por los sarracenos acudieron á buscar refugio á Alava multitud de gentes cristianas, que erigieron en Armentia su diócesis. A fines del siglo IX figura como obispo de ella Bivere, y en su tiempo los alaveses derrotaron á los invasores en Cellorigo peleando bajo las órdenes de su conde Don Vela. Desde el obispo Bivere (871) hasta don Fortunio que fué el último y murió en 1087, hubo en esta iglesia diez y seis prelados. Este obispo marchó desde Armentia á Roma y al concilio de Mantua á defender el rezón gótico contra el romano, logrando que no se extinguiera aquel á lo menos durante el tiempo en que él vivió. Los obispos de Calahorra absorbieron esta sede, y los canónigos de Armentia dirigidos por su Arcediano, que se llamó *de Alava*, sostuvieron ruda oposición y lucha con aquellos por espacio de más de un siglo. El prelado de Calahorra don Rodrigo de Cáscale fué sin embargo decidido protector de Armentia y á él se debió la reedificación de la sumptuosa obra, cuyos restos se admirán hoy. (1190).

Calahorra privó á Armentia de su silla y categoría, Vitoria le arrebató la mayor parte de su vecindario, y con estos dos padrastros la famosa población alavesa fué desapareciendo poco á poco hasta quedar reducida á lo que es hoy. La provincia celebró algunas veces sus Juntas generales en este pueblo durante el siglo XVI. Hoy solo se vé concurrido el día 28 de Abril de cada año en que se celebra la animada fiesta y romería de San Prudencio patrón de Alava, obispo que fué de Tarazona é hijo de Armentia.

III

Desde la mayor parte de los pueblos de la llanada se distingue al oriente de ella una colina poblada de robles y hayas, sobre cuya cumbre se alza un claro edificio que destaca sus contornos entre el verde azulado de las montañas vecinas. Aquel alto es el de Estivaliz, donde durante muchos siglos estuvo abierto al culto un santuario de la Virgen de ese nombre. Estivaliz es palabra vascongada, compuesta de las dos voces *Eztia* miel y *itz* altura o montecillo puntiagudo. Hay multitud de térmiros en Alava situados sobre una alturita ó en sus inmediaciones, y terminado su

nombre en *izt*, que es lo que lo indica, como: Argomaniz, Betriquiz, Alveniz, Troconiz, Jundiz, Gamiz, Ocariz, Ariñez, Apellaniz, Aranguiz y el mismo Vitoria se llamó en su primitivo origen Gasteitz.

A los que habíamos acompañado al Sr. Amador de los Ríos en la visita á Armentia, se unieron pocos días después Arrese el maestro de todos los literatos alaveses, mas tarde catedrático de árabe en Sevilla y Fernando Casas el inimitable é incansable narrador de cuentos y tipos originales. Desde Vitoria hasta la caseta que está enfrente de Oreitia en la vía férrea, hicimos la caminata en coche, y después subimos entre los árboles las hermosas y solitarias laderas de Estivaliz, ascensión un tanto penosa ya se siga la borrada senda secular ó ya se trepe el repecho resbalando por el césped para seguir á la ventura los espacios abiertos que dejan los matorrales.

Una vez en lo alto, y ya en la vereda empedrada que conduce á la casa donde habita el *Pater* labrador que aguarda aquella hacienda, el panorama que descubrimos es bellísimo. Cierran el horizonte por el oeste las suaves líneas de Badaya y si los pueblos de que están sembradas sus inmediaciones no se aciertan a distinguir bien, vese en cambio á Vitoria extendida en la llanura elevando sus típicos chapiteles por encima de las azuladas siluetas de Gomecha y Zaldiaran. Largas filas de

chopos indican por donde se dilata el caprichoso juego de las sendas y carreteras, y en todo el pintoresco término formando agradables contrastes se ven: el árbol de Ali, los bosques de Yurre y de las honduras de Mendiola y Olarizu y casi a los pies del observador el Polvorin, Santa Lucia, Elorriaga, Arcaute, Ascarza, el histórico alto de San Roman, Zurbano, Ilárraza, Cerio, Aberásturi y otros muchos pueblos. La perspectiva de la parte sur es sombría; allí se ven, entre los accidentes del terreno quebrado, Villafranca, Argandoña, Andollu, Troconiz e Ijona, y por el norte y el este el monte de Oreitia, el de Argandoña y las poco visitadas campas y rincones donde están Arbulo y Lubiano. A la luz de la mañana, aquellas próximas moles de San Adrian, Elguea y Guevara y los contornos de tantos vallecitos cuajados de pueblos adquieren vida y grandiosidad: cuando nosotros contemplamos el paisaje eran las últimas horas del día y la sierra y los valles estaban tristes, pero, en cambio, los rayos crepusculares que atravesaban la ligera capa de niebla que marcaba detrás de Vitoria la línea del Zadorra, daban a la tarde un tinte de magestuosa belleza por la parte de poniente, en cuyo espacio todo eran caprichosas siluetas, efectos mágicos de claro oscuro, nubes de oro y grana, multiplicadas ráfagas de luz y bíblica calma en la tierra y en el cielo.

Bajo este punto de vista Estivaliz es un mirador que vale un tesoro. Si su casa de labor y su olvidada basílica fueran una quinta de recreo, el poeta podría encontrar en ella la verdad de los mas pintorescos cuadros de la naturaleza. Tempestuoso como es el pais, admiraría en el verano el espectáculo de las grandes tormentas que estallan en aquellas alturas, viendo surcar los relámpagos desde la sierra de Urbasa á San Adrian y oyendo el espantoso retumbar de los truenos en los valles que se extienden á sus pies. En los días de calma cuando dora el sol el mar de espigas que cubren el llano de Alava, vería en una preciosa planicie un centenar de aldeas sembradas entre el follage, al borde de hermosos prados, de sinuosos arroyos, entre la red de los caminos y al pie de suaves colinas; admirable cuadro pintado con toda clase de tintas y alzado en magistral relieve por la natural armonia de los encontrados tonos. Este panorama cubierto diez veces de nieve en cada invierno, presenta en la triste temporada otra curiosa perspectiva, otro maravilloso cuadro, jamás descrito, soñado apenas por los aficionados á la contemplación de las bellezas de los grandes paisajes.

Si la naturaleza se ofrece con tanta riqueza, rica es tambien la obra de arte que allí se alza.

Allá bien entrados los años del siglo XII cuando se hacia en Armentia la restauración de la iglesia

de San Andrés, trabajaban también los alaveses en esta colina erigiendo un admirable templo románico sobre el antiguo emplazamiento de otro, que dedicado á la Virgen de Estivaliz ya dejó memorias en la historia desde mediados del siglo X. Construyeron una basílica de monumental aspecto y bastante extensión, contando de seguro con los medios que alguna persona importante legara para este fin. Si fué doña María Gonzalez y Lopez, que en 1138 donó el santuario al monasterio benedictino de Nájera, no lo sabemos, aunque sí puede afirmarse que la época de la construcción y la del donativo no anduvieron muy distantes. Estivaliz por su posición eminente tuvo también casa-torre de los primitivos señores distinguidos que ejercieron jurisdicción en el llano, y de ellos recuerdan, entre otros documentos, el Becerro gótico del monasterio de San Millan, á Aurivita Diego conde en Estivaliz en el año 970, y á Lope Gonzalez en el de 1106. Según el historiador alavés Martín Alonso de Sarria, los alaveses antes de celebrar sus Juntas de la Cofradía del Campo de Arriaga el 24 de Junio de cada año, subían a la colina de Estivaliz y llevaban en procesión hasta Arriaga la imagen de esta Virgen, cuyo nombre está por consiguiente unido á las más antiguas memorias de la insigne república alavesa. Bien cuidada y atendida estuvo la basílica por el espacio de tres siglos

bajo la dirección de los monjes de Nájera y mientras la poseyeron Fernan Perez de Ayala y sus sucesores y en tanto que, despues de haberla adquirido de uno de ellos por 1500 ducados de oro, la poseyó el H. de S. de V. de quien es aun, pero los horrores de la primera guerra civil que asoló nuestro país, no respetaron la dignidad é historia del santuario, y el incendio y la ruina cambiaron por completo su aspecto y su destino.

Hoy solo existen ruinas, felizmente bien conservadas, que pueden servir para una restauración inteligente.

La fachada del oeste por donde se hacia el ingreso al claustro está destruida y solo se conserva de ella algún vestigio de la puerta, que ahora da entrada á un corral. Sobre las ruinas de la casa del *Pater* se alzó la actual vivienda del inquilino labrador que la cuida y la cual ocupa todo el espacio situado entre el brazo izquierdo y el brazo mayor de la planta de la iglesia, comprendiendo también toda su parte anterior. El templo entero se conserva en pie con su preciosa fachada al mediodia. En ella se puede contemplar el gusto románico con todos los caracteres de la época secundaria próxima á la de transición; verdadero capítulo de los recuerdos arquitectónicos, de no escasa valia para nuestra historia monumental. Compónese de tres cuerpos superpuestos: en el

primero, adornan la puerta una elegante archivolta, con rico dovelage que parte de dos bonitos grupos de columnas laterales, con labrados y caprichos fustes y bellos capiteles, cuajados estos de adornos y sembrados aquellos de encontrados filetes, florones, cables y caprichos. Completa tan lindo conjunto la notable ornamentación de la cornisa, al lado de la cual, y en el lienzo derecho se vé el tradicional grupo de la Anunciación. No tiene el segundo cuerpo, ni tanta altura ni tanto trabajo, pero si guarda en su conjunto acabada relación con el anterior y ostenta característicos detalles de la época ya en el trazado de su ventana central y ya en las columnitas y decoraciones laterales que la acompañan. En el tercero está el campanario que en su origen tuvo tres huecos, hasta que una exhalación derribó el más alto, dejando mal parados los dos inferiores que aun se conservan. Tenía esta fachada su portegal ó tejado que cubría el primer cuerpo, á semejanza de los que se usaron en las construcciones de esa época, y de los que en general tienen los santuarios del país, cuyo apéndice desapareció, no quedando más vestigios de él que algunos trozos de madera encajados entre los sillares, ó los agujeros que para colocarlos se dejaron en el muro.

La iglesia en sus reducidas dimensiones ofrece detalles dignos de estudio. Su planta es de cruz

con un ábside á la cabeza del brazo mayor y otros dos sobre los brazos, y con una sola nave. Al entrar se encuentran: á la izquierda la puerta de la escalera de caracol de subida á la torre y á la derecha el primer ábside, en cuyo hueco estuvo el altar de San Hillan. Notables capiteles historiados, dignos de ser reproducidos en las publicaciones ilustradas, sostienen el arranque del crucero, cuyas bóvedas tienen la ruda forma de las primeras tentativas ojivales. En el ábside central se veneró la imagen de Estivaliz, que aunque mutilada aun se conserva, como veremos; y en el ábside del brazo derecho se vé la pila bautismal, raro vestigio también del siglo XII. Cierra esta parte del crucero, frente á la puerta, el emplazamiento de un altar donde hubo un gran crucifijo, y es notabilísima su piedra frontal, por su singular ornamentación, que el Sr. Amador de los Ríos creyó semejante á las de la época visigoda. La antigua salida al claustro está cerrada.

Curiosa y digna de examinarse es la parte exterior de los ábsides, que describen su curva casi al borde de la inclinada pendiente de la colina. Su forma, sus columnas y sus rudas pero características ventanas constituyen un conjunto muy completo de este género de edificaciones románicas.

Cuando se hicieron las obras de la actual vivienda del inquilino se hallaron varios objetos raros y

entre ellos, en el hueco de una pobre celda, el esqueleto de un caballero que aun conservaba su armadura de baqueta tachonada de clavos brillantes, su espada y sus espuelas. Estas últimas se perdieron y la armadura ó vestimenta fué deshecha por los operarios, que creyendo que los clavos eran de oro, la destrozaron para sacarlos.

La piedad ha conservado al través de los tiempos la bella imagen románica de la Virgen de Estivaliz. Bajamos á verla á la inmediata aldea de Villafranca, Arrese, Perea y yo, y la encontramos en un altar de su iglesia, cubierta con un bordado manto de tonelete y disfrazada por completo. Por el ligero examen que hice, comprendí que debajo del ropaje había una escultura de bulto, dejando para mejor ocasión el estudiarla con detenimiento, por que la noche se venía encima y los expedicionarios nos avisaban desde lo alto de Estivaliz, que se dirigían á tomar el coche, bajando por la opuesta ladera.

Un año mas adelante y acompañando tambien al Sr. Amador y al vicerector de la universidad de Sevilla Sr. Alava, pude realizar ese deseo, al saber que la imagen de Estivaliz había sido traída al Hospital Civil de Santiago de Vitoria, patrono de aquel santuario. Desnudamosla de su rico traje moderno, que ocultaba su verdadero mérito, y nos hallamos en presencia de una rara escultura del

siglo XII. ¡Con qué lástima contemplamos su mutilado conjunto! La imagen es de madera, está sentada y le faltan la cabeza, las manos y el niño, que los tiene postizos. En las catástrofes sociales de nuestro siglo, la mano aleve de los combatientes llegó á aquel solitario templo y arrojó á la Virgen de su altar; que fué recogida y conservada por la piedad de los vecinos de Villafranca. Posible es que fuera destrozada en la guerra de la Independencia, y después los pobres aldeanos la vistieron y restauraron como Dios les dió á entender. La imagen estrecha de cuerpo, enjunta y larga está sentada en una silla tosca, de semicircular respaldo, adornado con dos grandes esferas doradas y con un sencillo juego de cuadros negros, sobre fondo rojo oscuro. Otro adorno de rasgos estrellados con contorno punteado forma el collar de su manto, que se cierra en un broche. El manto es dorado, liso, plegado bajo los codos dentro de la silla, y deja ver entre su abertura el cuerpo esbelto y breve redondeado en el talle y cuyo colorido rojo, sin adorno ni pliegue alguno baja hasta la mitad de la falda, terminando en una lista negra. Es la falda dorada también, con muy sencillos pliegues, por debajo de la cual asoman los dos pies, en punta afilada, oblicuos e inclinados ambos hacia la base. No puede darse más rudeza, más sencillez, ni más originalidad.

Cuando se hizo el sumuoso templo debió estar ya labrada esta imagen, que pertenecía al primitivo, á juzgar por el estilo de las labores que aun se conservan en Estivaliz y que revelan un arte mas delicado y mas perfecto que el de ella.

—¡Esta es indudablemente la Virgen de las Juntas alavesas—exclamó el inspirado autor de *Aranzazu*, el estudiioso Manteli al contemplarla—esta es la imagen que durante siete siglos ocupó aquel ábside central que sirve de trono y corona al monumento de Estivaliz! ¡Esta es, no hay que dudarlo, la histórica, la tradicional Virgen, que se alzaba sobre las asambleas populares de Alava, que se alzó mas alta que el trono de Alfonso XI, y ante la cual este monarca juró mantener siempre las libertades del país!

En aquel tiempo de nuestras visitas á Estivaliz se agitó la idea de la restauración del templo, cuyo pensamiento presentó á las Juntas generales en 1867 el diputado general don Pedro de Egaña. Despues nuevas guerras y mayores calamidades han hecho que Estivaliz quede en el olvido. Sin embargo, dadas las patrióticas ideas que como buenos alaveses animan á los individuos que componen la Junta del hospital de Santiago, que tan notables obras está llevando á cabo sin cesar en este establecimiento modelo, esperamos que no tardará en acordar la rehabilitación primero, y la

prudente restauración despues, del histórico santuario de los alaveses, restaurando tambien la fiesta del primero de Mayo, en memoria de nuestro pasado, á cuyo pensamiento se asociaran todos los hijos del pais, con especial entusiasmo. Hoy mas que nunca conviene vivificar los recuerdos de nuestra muy amada tierra siempre libre, modelo secular de las grandes instituciones.

El humilde monumento de Estivaliz no tiene en los legados del arte románico la importancia de la catedral vieja de Salamanca, de San Isidoro de Leon, de San Martin de Fromista, de Saint-Front de Perigeux, de San Pablo de Issoire, de Nuestra Señora de Poitiers, de las catedrales de Mans, de Puy, y de Mayenza, del domo de Spira, del templo de Bonn, y de San Miniato de Florencia; no es en la arqueología una obra importante ni mucho menos, pero para historia de nuestra arquitectura de Alava es el primer templo que poseemos en ese estilo. Toda la provincia contempla desde el llano tan venerables ruinas, y no debe perdonarse á los alaveses ilustrados el que las dejen desaparecer.

SALVATIERRA—ARAYA—GUEVARA
ARLABAN

MARZO DE 1877.

Acabo de recibir el encargo de visitar la región de los sepulcros celtas del llano de Salvatierra y de recoger notas y croquis acerca de ellos; tan agradable orden me brinda, pues, placentera ocasión para ampliar mi caminata, visitando además una parte tan pintoresca como poco conocida de la provincia, la de las vertientes de las sierras de San Adrian y Elguea. El viaje de ida será muy descansado: en el tren. El de vuelta tendrá gran atractivo, regresaré á pie.

En marcha: Hemos cruzado la carretera de la Rioja por Peñacerrada; la ciudad en su asombroso crecimiento deja ya la vía dentro de sus puertas. Pasan á un lado y otro de nuestro camino: el barrio de San Cristobal, camino de la dehesa del despoblado de Olárizu, donde Vitoria celebra su fiesta anual del reconocimiento de los términos jurisdicionales, llamada *la visita de los mojones*; el alto de Judimendi poblado de filas de olmos, y

donde algunos escuadrones de caballería están instruyendo sus quintos; la cortadura de Santa Lucía, cuya loma sostiene la ermita y la agradable casa de campo de Helcel; y nos hallamos en la parte oriental de la llanada alavesa, toda cubierta de aldeas, de caminos bordeados por largas líneas de chopos, de tierras de labor y limitada por la cordillera de Oquina y Berroci. La vía avanza casi por los mismos puntos en que estuvo asentado el camino romano. Dejamos á la izquierda y á Otazu, Arcaya y Aberásturi á la derecha. Arcaya muestra la casa y sepulcro de su hijo el arzobispo de Mesina señor Retana; y Aberásturi su afamado manantial sulfuroso. En un alto á la derecha queda la ermita de Petriquiz, donde antes hubo un pueblo, y hoy solo queda una ermita; más allá Ascarza, donde los modernos estudios romanos colocan la población de *Tullonius*, y sobre cuya aldea está un alto histórico, «el otero de San Roman», como le llama el gran cronista Pero Lopez de Ayala al describir los preparativos del encuentro entre el rey don Pedro y el bastardo don Enrique. En aquel lugar situó su campo el rey *Cruel*, allí fué armado caballero por el príncipe de Gales, con otros cuatrocientos caballeros más, y desde allí ordenó su ejército de españoles é ingleses, en el que se contaban: «diez mil omes de armas é otros tantos flecheros, que eran

estones la flor de la caballería de la Christiandad». Al otro lado se ven: Ilarraza, Matauco y Oreitia, que nada ofrecen de particular; la villa de El Burgo á la derecha con su excelente iglesia, cuyo vecindario engrandeció á costa de los pueblos inmediatos el rey Alonso X, y allá en la falda de un bonito cerro poblado de árboles Argomaniz, patria del ministro de Estado de Carlos III don Juan de Larrea; la ermita de Quilchano y Arbulo con sus balsas pobladas de tencas y ranas, pescadas éstas con ballestas, y aquellas con redes por los vitorianos, á disgusto de las gentes de la aldea, que siembra de estacas el fondo de los charcos para impedirlo. Todo este término es un gran cazadero de codornices para las gentes de la ciudad.

Aquí termina el llano, y la vía penetra en una especie de vallecito flanqueado por la derecha por el histórico cerro que sostiene la preciosa iglesia románica de la Virgen de Estivaliz, para llegar á la explanada donde, con una modesta estación, se alza la villa de Alegria, de la hermandad de Iruraiz (Tres altos ó tres montes). Esta población, que se llamó Dulanci en lo antiguo, se reforzó con el vecindario de seis aldeas inmediatas, que desaparecieron. Tuvo Alegria una famosa torre ó casa fuerte de Lazcano, de grandes dimensiones y de imponente aspecto, que su dueño vendió á Isabel la Católica en 600.000 maravedis. En los puntos

de las antiguas aldeas hay otras tantas ermitas y en la correspondiente á la elevada posición de Henayo, hubo un castillo, y se han encontrado algunos restos romanos. Desde el tren se distinguen dos ermitas góticas, á la izquierda, entre ellas la de Ayala, que guardan curiosos vestigios de su gusto primitivo. Cerca de Alegria estan: la ermita de San Antonio donde en 1872 cayó una exhalación que mató cuatro personas; el alto de la Horca gran cazadero de codornices y perdices; el excelente molino de Acilu; el caserío de Arbolcoi de cuyo monte se sacan excelentes árboles de construcción; Guereñu aldea que casi despobló el cólera y Luzcando pueblo formado por dos casas, cuyos vecinos dice que viven en perpétua discordia. Angóstase de nuevo la vía y pasamos el corto túnel de Chinchetrú, á la salida del cual, nos hallamos ya en el llano de Salvatierra.

La perspectiva ha cambiado por completo: el boquete de la Borunda aparece al frente y desde él parten á la izquierda las colosales cimas de San Adrian y á la derecha la cordillera de Encia. En una amplia elevación del terreno, á la izquierda, se dilata el caserío salvaterrano, rey de aquellos contornos. Dos aldeas, como puestas de avanzada á uno y otro lado del camino la preceden: hacia el norte Gaceo con su venta sobre la carretera de Vitoria, y hacia el sur Langarica, con su hierro

maravilloso que, en creencia aldeana, quita con su contacto el dolor de muelas.

En la estación me esperan varios antiguos condiscípulos, que me acompañan siempre en mis visitas á estas cercanías. Salvatierra, como la primitiva Vitoria y como Laguardia, se edificó en una altura dominando un bonito llano. Una calle central, llamada aquí *Mayor*, forma la arteria principal de la villa: en su extremo norte hay una iglesia: Santa María; en su extremo sur otra: San Juan; y al pie de ellas, sobre el muro, hubo dos puertas con esos nombres. En torno á la calle central otras dos: la del poniente que mira aquí hacia Vitoria, refugio de la nobleza en el siglo XVI se llama *Zapatari*; en la opuesta, mas pobre, hay un sencillo convento de monjas frasciscanas. Delante de la iglesia de San Juan está la plaza principal, y en ella, y al lado de ella, los dos cafés ó sociedades de la población. Presenta la calle Mayor distinguido aspecto por su arreglado y limpio caserío, por su hermoso empedrado y sus aceras. La parroquia de Santa María, gótica de escaso mérito, ofrece una bella portadita del segundo período, y la ornamentación de los arcos del coro, que es plateresca de excelente labor. Las imperiales armas de Carlos V destacan en medio de esta obra, apoyándose en las de la villa; relevante muestra del forzado homenaje que el pueblo del gran comu-

nero el conde de Salvatierra, tuvo que hacer á su vencedor y verdugo. Salvatierra (*Tierra de Alba*, la antigua población así llamada en el itinerario romano), se denominó en vascuence *Hagurhain*, cuyo nombre cambió en el actual el rey Alonso X, cuando la repobló, como sucedía siempre, á expensas de los pueblos inmediatos. El ilustre alaves don Pero Lopez de Ayala fué su primer conde. Su bullicioso descendiente don Pedro se vió sitiado en la villa por las hermandades alavesas en 1443, y habiendo venido en su socorro su primo el conde de Haro, salió de Salvatierra y persiguiendo á sus enemigos causó en los pueblos tremendos daños. En la guerra de las Comunidades sublevó el Conde de Salvatierra el país contra el Emperador; pero por descuido suyo el Condestable de Castilla ocupó á Salvatierra, dejando encargado de su defensa á Martín Martínez de Oquerruri con el diputado general de la provincia don Diego Martínez de Alava. Sitió el conde la villa, fué herido de una pedrada en la puerta de San Juan, y no pudiéndola tomar, se retiró hasta ser atacado por el ejército del Emperador en el puente de Durana, donde la Comunidad terminó. El palacio del conde, que ocupaba el triste solar hoy desierto, que se extiende al lado de la iglesia de Santa María, fué arrasado; se picaron sus armas y su nombre doquier que la villa los ostentaba, y se alzó en

honor de Carlos V, el gran arco de Santa María inmediato al mas fuerte baluarte que la población tenía, llenando todas las puertas de la villa de escudos imperiales, con sus dobles grifos, y de grandes dísticos latinos, que hasta hace poco tiempo se han conservado. Desde la época referida, vió su vecindario alzar en las dos principales calles multitud de casas de importancia. Recientemente se ha demolido una, en la bajada al juego de pelota, que era un tipo acabado del arte del renacimiento: con grandes dovelas en la puerta, colosales y caprichosas ménsulas en las repisas de los balcones, esbeltos ajimeces en las ventanas y sumtuoso artesonado en su ancho portal. Pertencia á la antigua familia de Zuazo, de quien fué tambien la última casa que aun se alza al extremo norte de la calle Mayor, en cuya fachada se ve el escudo con el lema *Verdad* en la banda que sostienen dos dragantes, indicado por la mano en la mitad inferior, y honrado con la alegoría del águila que ataja á la liebre escapada, cuyas armas vuelven á encontrarse en la Capilla de Santa María, donde estan retratados en relieve los fundadores, y en la decoración de la fachada del cementerio, remendada con los despojos de la capilla de San Cristobal, que ellos edificaron. Ademas de esta casa notable, se ven aun otras con grandes y curiosos escudos de armas, y entre ellas las que perte-

necieron á los Ordoñanas, Zumálburus, Luzuriagas, Ochoas de Chinchetru, Gaunas, Bustamantes y Lopez de Andoin.

En la iglesia de San Juan, que es también gótica y de muy notables proporciones, merecen verse el magnífico altar mayor, uno de los mejores del país vascongado, y una bellísima efigie de San Francisco, digna de un museo, que está en la capilla de los Zumálburus. Hónrase la villa con poseer tal vez la mejor escuela municipal de la provincia, que bajo la dirección de un gran maestro, el señor Sagasti, dá instruidísimos alumnos.

—¿Quieres venir á ver la Casa de las Brujas?—me dicen mis amigos.

—¿Y qué es eso?—pregunté.

—Así se llaman las famosas piedras de *Sorguiñ-eche*.

—Precisamente vengo á tomar nota de ellas.

—Pues qué, són acaso un sepulcro de los que tu buscas?

—Ni más ni menos.

—Andando, señores,—me contestan.

Y, como entre gente joven nunca hay obstáculo que merezca tomarse en cuenta, aunque la distancia es larga y áspero el camino, cruzamos la vía férrea y seguimos un sendero por entre las tierras de labor caminando hacia el mediodía, hacia la Sierra de Encía.



Trabamos discusión durante la caminata, acerca del significado de Encia, que yo creo que quiere decir «monte límite», y así me explico perfectamente los prehistóricos nombres celtíberos de Lancia, Numancia, Pallancia, Plencia y otros. Sin embargo nuestra contienda lingüística avanza mucho menos que nuestro camino, porque unánimes confesamos que desconocemos la etimología de aquella palabra. Al pie de la sierra se destacan las aldeas salvaterranas, entre una serie de cónicos montecillos, que alumbrados por el sol de la tarde ofrecen bellísimo panorama. Son los pueblos de Alaiza, Eguileor, Alangua, Arrizala, Opacua y Ocariz, de los cuales, el segundo, tercero, cuarto y quinto se consideran como barrios de Salvatierra. De diez á veinte casas agrupadas en torno de una iglesia componen su vecindario, de modo que, entre todos juntos, no reunen la gente de una aldea regular de otras comarcas. Delante de Arrizala, y á la derecha del despoblado y ermita de Sallúrtegui, distingo desde lejos el interesante dólmen, en pie, en medio de una tierra, con su cubierta redonda como una boina colosal, sin montículo al rededor, ornado solamente con algunos brotes de zarza mora y de espino albar. Está el curioso monumento céltico á 2 kilómetros al S. de Salvatierra; en la unión de cuatro heredades y á la izquierda del camino de Eguileor á Arrizala. Compónenle seis piedras cali-

zas, que sostienen la de la cubierta y proceden de la inmediata cantera de incomparable piedra de construcción, que se llama en la sierra Arrigorista.

Hacemos venir á dos labradores que trabajan en un campo inmediato para que caven en el suelo del dólmen; pero despues de un rato de labor, no aparece ningún vestigio digno de conservarse. A un paso está la casa, antiguo santuario de Andra Mariarana, bien defendido en una noche inolvidable por su dueño, contra una cuadrilla de ladrones que dejó uno de sus héroes, atravesado por un balazo, en el suelo. Inmediato al caserío está el alto de Mendizorrotz, que desde lejos parece tambien el monticulo de un sepulcro. Pero al llegar, notamos que la formación es natural; lo mismo que nos acontece al registrar el que, al poniente de la villa, se alza sobre el cementerio. En el de Arrizaia dejamos al N. y al S. y á 74 y 140 pasos del dólmen de Sorguiñeché, otros dos ya caídos y hundidos en el suelo.

Aquella sierra ofrece el atractivo de las grandes cacerías de palomas, en las épocas de paso, y entre otras ceremonias curiosas la reunión de los ayuntamientos que componen la *parzonería* de Encia, en lo más encumbrado de la cordillera.

Encuentro á Salvatierra preocupada con los tristes recuerdos de la guerra, y nadie tiene humor más que para contar sus desventuras. Dejamos á

la bonita y aristocrática villa alavesa, donde un laborioso vecindario de 1600 habitantes, sin recordar su famoso pasado, vive entre los afanes de su agricultura y de su regular comercio, y tomando la carretera de Navarra avanzamos hacia Eguilaz. A la derecha quedan Munain, honrado con la primera visita que el Zadorra hace á los alaveses, despues de nacer en aquellos altos riscos poblados de robles y hayas, y Vicuña al pie de la peña de su nombre, con las ruinas del suntuoso palacio de los Ordoñanas y con la artística sepultura del magnífico caballero Rodrigo Saez de Vicuña, cuya estatua magistralmente esculpida en mármol, guarda entre otras lindezas artísticas su pobre iglesia. Antes de llegar á Eguilaz y á unos 30 pasos de la izquierda de la carretera, entre esta y la vía férrea, se vé el montículo chato de *El Cementerio*, sobre el cual en uno de los bordes, entre los matorrales y los arbustos, se alzan dos cruces de madera. A la izquierda del montículo se divisa á lo lejos la villa de Zalduendo; á la derecha en el fondo de la sierra de San Adrian se alcanza á ver la erguida ruina del castillo de Araya.

Atravieso la heredad seguido de mis amigos: trepamos á la pequeña alturita: allí en el fondo, en la concavidad de la artificial acumulación de tierras está el grandioso dólmen de Eguilaz; el magnífico sepulcro de los guerreros celtas. Mide

el montículo 280 pasos de perímetro en su base. El monumento se compone de seis megalíticas piedras calizas, y una arenisca, (la que mira al norte), puestas en pié, de cerca de setenta centímetros de espesor por tres metros de altura, coronadas por otra colossal del mismo grueso y de más de cuatro metros de longitud por tres de anchura. Descubierto en 1831, por un labrador que araba con sus bueyes en aquel término, fué explorado en su interior, donde se hallaron multitud de esqueletos, cuyos cráneos bien conservados aún, tenian muelas perfectas y de color natural en sus mandíbulas. Halláronse tambien varias puntas de lanza ó flecha de cobre, algunos de cuyos restos se enviaron á la Academia de San Fernando, con una Memoria que escribió el entonces alcalde de Salvatierra, don Pedro Andres de Zabala, (Enero de 1833). Dice este señor en ella, entre otras cosas curiosas, que los esqueletos eran de hombres y muchachos, ninguno de mujer; y que además del dólmen se descubrió un camino cubierto, que iba á dar á él desde el borde inferior del montículo, formado por grandes piedras y de poco más de un metro de altura, y otro tanto de anchura; y que, en la tierra de alrededor había muchas cenizas y vestigios de fuego. Estos dólmenes que tanto amplian é ilustran la historia de los primeros tiempos de Alava, fueron construidos en la invasión del

pueblo celta, diez y seis siglos antes de Jesu Cristo, y en ellos sepultaban á los principales jefes y servidores que perecian en los combates con los euskaros ó iberos, que desde las inmediatas montañas bajaban á rechazarlos. Los invasores jamás subieron á las montañas ni dominaron el interior de ellas; así es que ni en Guipúzcoa ni en Vizcaya existe ningún sepulcro, ni vestigio de este género. Los celtas para ir á poblar las provincias situadas al otro lado del Ebro, pasaron por el llano de Alava, como la mayor parte de los invasores, pero sin conseguir nunca dominar á los vascongados que, desde las montañas que rodean al llano, supieron resistirse siempre, conservando al través de los siglos su raza, su lengua y su independencia.

Hecha la visita al dólmen, despido á mis amigos que se vuelven á Salvatierra y yo tomo adelante el camino de Egilaz y Albeniz: antigua capital el primero de esta hermandad alavesa de San Millan y que aun ostenta gran parte de su antiguo magnífico monte de grandes robles y hayas, y notable el segundo porque aun conserva el nombre romano de toda aquella tierra: Alveniz (*Alba-itza*) «monte extremo ó punta de Alba,» y por los vestigios de aquella época que se han ido descubriendo en sus cercanías. Visito la ermita de Andra Maria, donde la misma mesa del altar está apoyada sobre la

lápida sepulcral de Sempronio Silon, y llegó, al cabo de un buen paseo, á la de San Juan de Amamio, que tiene tambien curiosos restos. Ya estamos en los términos de Araya, al pie de la imponente sierra de Araz, en la hermandad de Asparrena. El antiguo pueblecito, situado en las pintorescas y solitarias márgenes de un riachuelo que va á la Borunda, entre los despoblados de Amamio y Astrea, debió antes su importancia á su castillo que dominaba el paso para la cordillera, y la debe hoy á las magníficas fábricas de fundición de hierro, que lo han convertido en un centro notable de producción industrial, al que sirve en la vía férrea un apeadero. Donde antes rodeaban á la iglesia de San Pedro, que tambien conserva distintas lápidas romanas, medio centenar de casas de labradores cuya pacífica vida apenas turbaba el ruido de sus cuatro molinos, se nota ahora el constante movimiento de los operarios de las fábricas, y se alzan grandes edificios para el servicio de la importante industria, sostenida por admirables hornos, por amplios y bien dispuestos talleres, y que dá vida á ricos almacenes y á una notable oficina. Traese á Araya la vena desde Somorrostro, y aquí se beneficia al calor de millones de carros de leña, procedentes de grandes montes de que la fábrica es dueña. Los señores de Urigoitia, sus actuales poseedores, acaban de erigir una casa palacio con

amplias dependencias, que hermosean sobre manera aquellos retirados y agradables campos y edificios donde el vapor que sale de las máquinas y las columnas de humo de sus chimeneas, anuncian desde lejos que allí se agita la poderosa vida moderna y suben á confundirse con las nieblas que resbalan en la gigante espalda de los bosques y peñascales de San Adrian.

Mayor vecindario é importancia civil tuvo siempre la inmediata villa de Zalduendo, población de unos setenta vecinos, entregada en dote á doña Costanza, hermana del gran Canciller Ayala, cuando se casó con el señor de Guevara, don Pedro Velez, que la unió á su jurisdicción feudal. La situación del pueblo es despejada y alegre; distinguese desde ella todo el pintoresco llano de Salvatierra, con el extenso caserío de esta villa. Tiene Zalduendo muy buenas labranzas y distinguidas casas y en sus inmediaciones hay ricos montes que dan excelentes maderas de construcción. En la villa, por la mañana muy temprano, ya que el tiempo está despejado para subir al puerto, tomo un par de guías conocedores del país y partimos para Galarreta. Todo es calma en la aldea: los habitantes han ido á las piezas; las puertas de las casas están cerradas; en el pórtico de la iglesia de la Asunción pasea el cura al sol, en compañía de dos ancianos; unos cuantos niños descalzos corren y

gritan en una era saltando por encima de las paredes. ¿Es Galarreta la antigua *Gebaláeca* de Ptolomeo, como algunos historiadores sostienen, situada sobre el viejo camino de Vitoria y de Salvatierra á Guipuzcoa? Esta vía, la única frecuentada por los viajeros en los pasados siglos, ha visto pasar á los reyes de Francia y de España, á los embajadores y á los guerreros, y tiene renombrada fama en los viejos anales. ¡Cuán solitaria está hoy! Nosotros subimos por ella sin encontrar á nadie, y solamente percibimos en lo alto entre los robles y hayas el canto de los pájaros, el ruido de los riachuelos que bajan despeñándose y el lejano chillido de unas cuantas carretas, cargadas de leña, que van hacia Salvatierra. A mi derecha, allá en el fondo está Araya con sus chimeneas humeantes; encima, erguido, pintoresco, admirable, el castillo de Morutegui que parece tallado en la misma roca, y á mi derecha un bosque extenso de hayas sobre el que vaga, ocultando las peñas, la ligera neblina de la mañana. Descansamos de cuando en cuando, fumando un cigarro al sol, y oyendo las descripciones puramente agrícolas que mis guías me hacen, acerca de las producciones de estas montañas y de los inmediatos valles; y después de más de hora y media de jornada y de sosiego, sin dejar este pedregoso e interesante camino, llegamos al famosísimo puerto de la Peña Horadada, al pie

de la cumbre del Araz. Mi barómetro marca una depresión que corresponde á cerca de mil quinientos metros sobre el nivel del mar. El misterioso y original boquete, por el que penetra el camino, se abre ante nosotros.

He aquí un túnel primitivo, anterior, treinta siglos, á nuestros celebrados túneles del día. Pene- tremos: por aquí han pasado centenares de gene- raciones: hoy apenas pasan los cazadores, los pas- tores, las gentes que van á las romerías y alguno que otro curioso como yo. La obra está abierta á pico en esta parte de Alava y en un espacio de unos 25 metros, pero el resto hasta más de otros sesenta es natural. La porción artificial es menos ancha que esta última, en relación de unos 7 á 10 metros, y la bóveda viva se presenta á una altura que no se alcanza con el bastón, la suficiente para que puedan pasar carros y coches bien cargados. La gran caverna está abierta en la dura caliza que compone la roca de estas alturas, y se vé dominada por ambos lados por eminentes y pelados riscos, que la dan un aspecto imponente. En el mismo macizo de las peñas, y como si fuera una miste- riosa gruta de la que no es posible formar idea sino viéndola, se arregló desde los antiguos tiem- pos una venta, que aunque de terrible aspecto es muy deseada y hasta confortable. Ordeno que se prepare un buen almuerzo mientras giro una dete-

nida visita á aquel grandioso paisaje. Inmediata á la venta, y dentro de las peñas está tambien la ermita de San Adrian, que dá nombre al puerto y á la cordillera. El conjunto no puede ser más sorprendente, y dudo que en los paisajes de los Alpes se ofrezca á la contemplación un punto de vista como aquel. Al asomarme á la vertiente de Guipúzcoa, no puedo menos de lanzar un grito de asombro. La tierra surge en relieve desde los abismos, y á derecha é izquierda los pelados picos de la sierra dorados por el sol llegan hasta el cielo. A un lado está la derruida fortaleza de San Adrian, bellísimo modelo para un atrevido acuarelista; el camino empieza á descender serpeando por entre las peñas primero, despues apareciendo y desapareciendo entre los espesos bosques. A mi izquierda se levanta una gradería de colosales riscos y parece que San Adrian se abre para invadir el mundo. Hacia el N.O. avanzan las calcáreas cimas de Aitzgorri, con su afamada cruz de hierro, amparada por su cueva de piedra; á un lado surgen las cortadas crestas de Aránzazu y la titánica masa de Aloña, donde existe el famosísimo santuario de la Virgen, (1); á nuestros pies, pero muy en lo profundo, yacen las deliciosas y solitarias selvas donde

(1) El Sr. D. Sotero Manteli publicó en 1872 un precioso libro-leyenda, con el título de ARÁNZAZU, en el que expone la tradición de estas montañas y hace un detenido

brotan las cristalinas aguas de la fuente de Iturribeguieta, origen del río Oria; la cañada y camino de Cegama cortada por la vía férrea del Norte que avanza por estas faldas, de túnel en túnel, como en las opuestas le hemos visto cruzar el pintoresco llano; al frente se levanta sobre Cegama el puerto de Santa Bárbara; más allá la abandonada torre de un telégrafo óptico, y á mi derecha los altos de Echegarate, Idiazabal y Berranoa, las soledades de Ursuaran y los bosques de Marinamendi. Extasiado en la contemplación de tan agreste cuadro, el más montaraz y abrupto sin duda del Pirineo vasco, ni acierto á trazar un croquis, ni puedo precisar el recuerdo de la curiosa disposición geológica de los terrenos que vengo atravesando desde ayer. Al fin, el dibujo sale, como Dios me da á entender, y atendiendo á las advertencias de mis guías de que el almuerzo se estaba enfriando, dejo con pena aquel mirador incomparable, que tantas ideas ha hecho cruzar por mi imaginación.

No unas cuantas cuartillas, sino un voluminoso tomo quisiera tener á mi disposición, para consig-

estudio de las costumbres vascongadas en la edad media.

Tambien el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Miguel Rodríguez Ferrer hizo una detenida excursión á las montañas de Aránzazu en 1877, para el reconocimiento de la caverna de Aitzquirri y publicó despues un notable folleto, lleno de curiosísimos datos, titulado: *Aitzquirri y Aránzazu*.

nar á mi gusto cuanto he visto y he sentido en estas placenteras excusiones, porque me causa pena el tener que condensar en breves frases, los interesantes cuadros que el pais ofrece y que tan poco conocidos son.

Se almuerza, se charla y se fuma de largo, y vuelta á desandar el túnel de San Adrian; mis guías deben volver á su casa, y yo he de avanzar, si puedo, en todo el día, hasta las inmediaciones de Guevara. Al dar vista á los llanos de Vitoria y Salvatierra ¡qué distinto el paisaje!, ipero cuán bello! Todo parece que se toca con la mano: doscientos pueblos, el curso entero del Zadorra, los altos de la Rioja, de Pancorbo, de Guibijo, de Orduña, Gorbea y Amboto; sesenta leguas de circunferencia, comprendidas por esos azulados y ondulantes picos! Antes de descender, hago alto. Apuntemos en mi album la línea geológica de esta comarca: Las alturas en que estamos son calcáreas del terreno secundario cretáceo, con abundantes fósiles Orbitolinas cónicas y Requenias. Al otro lado del puerto, en Guipúzcoa, he visto esquistos negros calcáreos, con Trigonias, grandes Ostreas y otros restos, y esta misma calcárea con Requenias debajo de ellos y mas inferiormente arcillas areniscas y pizarras. En cuanto empieza el descenso del puerto por el mediodía hay una gran extensión de bancos cuarzosos y areniscos amari-

llentos con fajas de esquistos; debajo, en el tercio inferior de la cuesta, aparece la calcárea arcillosa muy dura, con grandes estratos de margas, formando múltiples capas, con algunos Ammonites y por último el llano, á semejanza del de Vitoria, es de una profundísima marga azulada con Spatangus ó Mieraster. Las alturas que formando la cuenca suben hacia Vicuña y altos de Encía, tienen idéntica constitución, encontrándose sucesivamente: las margas, la calcárea arenisca, las arenas y cantos rodados, con muchos yacimientos de cuarzo y en las cimas los conglomerados de carácter numulítico. Toda la superficie está sembrada abajo de cereales, legumbres, patatas, prado y bosque y en las vertientes y cumbres, de robles y hayas.

De los caseríos de Araoz, que hemos dejado al otro lado de la sierra, eran los famosos canteros Monterillas, que pasaron por los mejores constructores de este país. Los guías me acompañan hasta Gordoa, y desde allí se vuelven á su pueblo; poco después traspongo el alto que domina á Narbaja. Desde aquí se distingue al pie de la gran sierra de Elguea, el retirado y pintoresco barranco de Ubarrundia. Todo este país es abundante en superiores canteras de piedra arenisca, viva y azulada, muy buscada para la construcción, y está poblado también de ricos montes. Allá al N., metido en la sierra, está Arriola, á la márgen de un

riachuelo, con su antiguo y presuntuoso palacio; al pie de esta altura la fuerte Narbaja, antiguamente rodeada de murallas, con extenso castillo y con su concurrida alhondiga; hacia el Sur, entre las colinas en la hermandad de Barrundia, se destaca el caserío del pueblo de Heredia, famoso por el fusilamiento de los 122 franceses peseteros que cogió Zumalacarregui en Gamarra en Marzo de 1834; y al pie de Guevara la aldea de Etura, cuyo cura, mi condiscípulo Eguilaz, es el cazador mas afamado de toda esta tierra. Pasado Narbaja, y en el frondoso término inmediato, llego al convento de religiosas cirtencienenses de Santa María de Barria, cuya abadesa, señora del Compás y Lachabaria, dominaba antes en absoluto toda esta hermandad y sus pueblos colindantes. Fundose el monasterio en el siglo XIII, por la casa de Mendoza, y ha dependido siempre del de las Huelgas de Burgos. Hoy, en que ni los pueblos de Alecha, ni Aguirre, ni Barria existen, se halla reducida esta solitaria mansión al convento con las casas de su dependencia. Aquí acuden de todos los pueblos del contorno las personas que han sido mordidas por algun animal; y durante muchos años se ha hecho gran exportación de escapularios y evangelios preparados en este santuario. El sitio es delicioso en la buena temporada, y no faltan en sus cercanías tradiciones que recojer. Desde Narbaja

tomo la carretera que cruzando parte de Ubarrundia se dirige á encontrar la de Salvatierra, y en ella dejo atrás los pueblecitos de Aspuru, Larrea patria del bravo general don Bruno Villarreal, Hermua y Ozaeta. A lo lejos, al pié de los montes de su nombre, queda Elguea en un alto, con ricos bosques de roble fresnal para construcción y especialmente para la cubería de la Rioja. Son afamadas las parejas de bueyes de esta comarca, de raza fina, pequeña, rojos de piel y de blanco hocico, que arrastran tan enormes pesos como los mejores de las provincias. El arroyo de Elguea cría muy delicadas truchas.

Las faldas del norte de Guevara estan cubiertas de espesos robledales, y en toda esta zona hay tambien frondosos robles de *plantio* en terreno llano, muy productivos y de un aspecto tan bello como las plantaciones forestales alemanas. La carretera contornea las alturas, é inclinándose al mediodía sale al puente de Maturana, delante del histórico castillo de Guevara, hoy imponente ruina. Tomemos la orilla izquierda del río Zadorra y llegaremos al palacio de los ilustres Ladrones de Guevara. Aquí se alza mudo, pero elocuente en la historia de Alava. Sus tres altivas torres estan rajadas y abiertas al viento: el abandono primero y el incendio despues, profanaron esta orgullosa cuna de los condes de Oñate y de otras muchas

casas nobles. La construcción es del siglo XV, y aun, en diferentes puntos, ostenta el escudo de la casa: las tres bandas diagonales cargadas de armiños en campo de oro. En el interior reinan el olvido y el silencio. Dejó el fuego terribles huellas de su paso, y hoy mismo se recoje entre los escombros el trigo calcinado, resto de las grandes existencias que aquí había cuando Martín Varea lo quemó en la primera guerra civil. Pasado el puente de mampostería, está el pueblo y allá en la cima del inexpugnable risco, se alza amenazadora la ruina del castillo. Fué este una maravilla de ejecución, restaurada en el siglo XV. Sus fortísimas murallas tenían grandes torreones cilíndricos con elegantes almenas en sus flancos, y la torre principal constaba de tres cuerpos: el inferior cuadrado con ocho torreones, el segundo cuadrado también con cuatro torreoncillos de apoyo cónico y el superior cilíndrico. Tanto la entrada principal de la fortaleza, como el acceso á la torre, como las defensas interiores, se construyeron con toda la elegancia del mas rumboso arte militar de la bulliosa época de los bandos y hermandades. La meseta superior de la torre estaba á 130 pies de altura, á la que daba subida una escalera de caracol. Utilizado por los carlistas en 1836, mantuvo enhiesta la bandera del Pretendiente hasta algún tiempo después del convenio de Vergara; y en

1841 fué volado por orden del gobierno. El pais recuerda aun con interés las sangrientas acometidas de que fué objeto por las tropas de Martin Zurbano, «Varea».

En este solar nació, de don Pero Velez de Guevara, Sancho Perez, á quien su padre dió el pueblo inmediato de Ullíbarri-Gamboa, tomando este apellido y siendo el primer jefe del famoso bando *Gamboino*; cuyo hijo bastardo Juan Lopez de Gamboa trasladó con sus descendientes á Zumaya, Olatz y otros pueblos de Guipuzcoa, la bandera, odios y nombre de este bando.

Pasada la noche en el histórico pueblo, he visitado los términos de Maturana, donde se coge el mejor potaje de la provincia y los feraces labrantes de Urizar y Mendijur, pequeños pueblecitos de las hermandades de Guevara y Gamboa, y tomando despues la orilla derecha del río Zadorra, he seguido las revueltas de su curso pasando por Zuazo, Mendizabal y Landa hasta descansar en Ventabarri, en el renombrado puerto de Arlaban. En extremo pintoresco es tambien este camino ribereño, esta hermandad de Gamboa cuajada de pueblos como Landa, tan artísticamente situado en un cabo peñascoso sobre el río, patria de Ochoa de Landa, Tesorero de doña Juana la Loca; otros, de caserío tan exigüo como Mendizabal, Zuazo, Garayo, Orenin y la feudal villa y hermandad de

Larrinzar que apenas tiene doce viviendas; otros ya de mayor circuito como Nanclares y Marieta; y todos ellos rodeados de bien cultivadas tierras, vecinos á magníficos montes y dueños de preciosas canteras de piedras de construcción.

Desde Ventabarri me interno un poco en Arlaban. ¡Cuántos recuerdos vienen á mi mente en este sitio, al lado de la fuente ferruginosa, á dos pasos de los sulfúreos manantiales, en la antes favorecida carretera de Madrid á Irún! Aquí subieron muchas familias de la provincia, en 11 de Julio de 1663, á despedir á los cien jóvenes alaveses, que con su capitán y bandera fueron á servir á la patria á las órdenes del almirante Oquendo, en el galeón Nuestra Señora del Buen Consejo; aquí derrotó el valiente general Mina á los franceses cogiéndoles considerables convoyes, y aquí se riñeron sangurientas batallas, entre las tropas carlistas y las del gobierno.

Este camino es hoy recorrido durante el buen tiempo de Junio á Octubre, por multitud de carruajes que conducen bañistas desde Vitoria á los establecimientos de Escoriaza, Mondragón y Santa Agueda. El aspecto del paisaje es triste y severo, y durante el resto del año bastante solitario.

Como en la venta, y espero al coche que conduce el correo á Vitoria y con objeto de ganar tiempo, me decido á bajar en él hasta Durana. Dejo, en

efecto atras: á la histórica población de Ullíbarri-Gamboa, el sitio de nacimiento de los antiguos bandos, que ocupa una excelente posición sobre el Zadorra, al pié del alto de Gaztelu, y que ostenta dos hermosos puentes; á Arróyave, de la hermandad de Arrazua, empinado en una altura con su agrupado vecindario y su alta torre; á los guerreiros altos de la ermita de Restia sobre la derecha de la carretera; al pequeño pueblo de Amárita en el llano, con su bonito monte de espino albar y su acreditado cazadero de sordas y ánades, y á Men-divil, y echo pié á tierra en Durana para tomar un dibujo del histórico puente: el Villalar Vascongado, donde las tropas imperiales salidas de Vitoria, que mandaban don Martín Ruiz de Avendaño, y los capitanes Asua y Valenzuela, derrotaron al Conde de Salvatierra en Abril de 1521, cogiendo prisionero á su principal capitán Gonzalo de Varaona, que fué inmediatamente decapitado en Vitoria. Tambien es de sobra pintoresco este lugar, donde al pié del alto de Urcagacha se unen los ríos Santa Engracia y Zadorra, lamiendo despues las pocas casas del pueblo, dominadas por el alto de San Esteban, donde se halla la iglesia. El puente tiene siete arcos y una ermita en uno de los extremos. Terminada mi tarea recorro á pié la distancia que hay hasta la fábrica y posesión de Escalmendi,

entre la carretera y el río, donde un montículo escondido detrás de la venta, ha llamado siempre poderosamente mi atención. Aquel amontonamiento de tierras es artificial, y me consta que, cuando hacia 1852 se hizo la gran fábrica de harinas, que hoy pertenece al Sr. Ordoñana secretario perpétuo de la Asociación rural de Montevideo y á su sobrino el Cónsul del Uruguay en Vitoria Sr. D. Julian Quiroga, se hallaron algunas grandes piedras al sacar tierra del montículo para terraplenar el suelo de las nuevas construcciones. Despues, nadie se ha ocupado de este punto y solo he llegado á saber que los dependientes de la casa, cuando algunas veces han necesitado piedra, han roto, á barreno, una muy grande de las descubiertas. Llego á Escalmendi, tomo detenida nota del terreno, y desde luego me aseguro en la idea de que el trozo de piedra que sale al pié del montículo detras de la venta, pertenece á un dólmen. No puedo detenerme más en este viaje, y al paso, subo tambien al alto inmediato de *Capelamendi*, á la izquierda de la carretera. El montículo es natural, pero en su fondo se ven las piedras areniscas de otro dólmen, que se descubrió poco despues de la demolición de la ermita que coronaba la altura. Añado la nota de estos dos hallazgos á las de las estaciones prehistóricas de Eguilaz y Arrizala, y vuelvo á Vitoria con ánimo de hacer

algún estudio en Escalmendi en mi primer viaje á
esta tierra

AGOSTO DE 1879.

He registrado á muy poca profundidad el montículo de Escalmendi ó *Euscalmendi*, segun creo que debe llamarse, esto es: «Monte de los euskaros», y muy pronto ha aparecido la forma del dólmen, cuyas piedras, despedazadas por su parte superior, constituyen un espacioso circuito. Dentro, he hallado hasta diez ó doce esqueletos, dispuestos en capas de á tres, con intermedio de piedras de cayuela, algunos de cuyos cráneos y huesos largos conservo. Aun estan sin explorar las tres cuartas partes del montículo, que de seguro, contiene otro dólmen grande compuesto.

DE VITORIA A VILLARREAL—ARAMAYONA

Y ZUYA

4 DE MAYO DE 18.....

Tenía yo extraordinario empeño en que el literato vascongado Sotero Manteli terminase su comenzada leyenda *La Dama de Amboto*, allá, hace ya algunos años, cuando juntos discurriamos y trabajabamos en nuestros pacíficos hogares de la Cuchillería y de la calle Chiquita, y cuando juntos tambien, haciamos nuestras correrías á caballo, en coche y á pié por Cuartango, Abalos, Toloño y Laguardia y otros puntos, en busca de palpitantes asuntos para nuestras aficiones. Habiame manifestado mi amigo, que para dar á su obra todo el colorido necesario era preciso que visitáramos á Barajuen, Andramaria y Arejola, en el hondo y pintoresco valle de Aramayona, y vino á realizar el propósito de tal expedición la feliz casualidad de que la Provincia de Alava celebrara sus Juntas generales en este punto. Preparados pues, los lapiceros, las carteras, los bastones y los

anteojos, tomamos un coche en la hermosa mañana del 4 de Mayo de 18...., anticipándonos poco más de media hora á la salida de los Procuradores representantes de nuestra muy querida tierra.

Si bello y placentero estaba el día, no iba peor acondicionado nuestro humor, al ver con qué galas y alegrías se preparaban los pueblos á esperar el paso de la Diputación y de su animado cortejo. Desde el portal de Arriaga hasta el Crucero de las carreteras de Francia y Durango, multitud de grupos esperaban al pie de los frondosos olmos, que entonces decoraban el camino. En el Crucero los mozos de Betoño con sus escopetas y cohetes, y las mozas con su encintorroteado pandero, miraban con impaciencia hacia la ciudad esperando que el alegre y combinado repique de las campanas de todas las torres, anunciara que el caballero Diputado general y los procuradores, dejando el Palacio de la Provincia habían montado á caballo y emprendido su camino por las Cercas adelante.

Tambien en la larga carretera de Gamatra mayor había gran número de paseantes y curiosos. Nosotros cruzamos aquellos feraces campos, el ria-chuelo de Santo Tomás tan abundante en cangrejos, el hermoso puente de Gamarra sobre el Zadorra, el arco de verdura y de cintas y pañuelos que los mozos habían erigido con su corres-

pondiente inscripción, el pueblo, patria del ilustre obispo de Cartagena don Francisco de Gamarra, y del inolvidable fundador del Seminario conciliar vitoriano don Domingo A. de Aguirre, y subimos la cuesta de Araca, por donde Longa y los suyos cayeron vencedores sobre el puente, en la tarde de la famosa batalla de Vitoria. Los jóvenes de Durana y de Gamarra menor habían levantado otro arco en este punto, y al pie de él estaban apostados con sus flamantes trajes del día de fiesta. Otro encontramos en la aldea de Miñano, que como los demás pueblecitos de la llanura se compone de un pequeño número de casas de labradores, con sus huertos más pequeños aún, y una diminuta iglesia, asentada por lo general en el repecho más alto del terreno. De allí á la aldea de Luco se vá en un momento. Y entramos en la actual región del vascuence. En Miñano no se habla la incomparable y primitiva lengua euskara y en Luco y Urbina sí. Es verdad que, según confesión de muchos viejos, aún se hablaba también á mediados del último siglo en gran parte de la llanada y en la de Salvatierra y hermandades vecinas. Tiene Luco sobre la izquierda de la carretera su esbelta iglesia y torre, y en aquel templo yacen las cenizas del ilustre obispo de Calahorra don Juan Bernal Díaz de Luco, una de las eminentias españolas que más se distinguieron en el

Concilio de Trento (1552). Hizo este prelado el puente que une el barrio de Luco Arzamendi con Luco Aldea y Venta Aldea, que son los que componen el pueblo. A muy poca distancia pasamos el lugar de Urbina, que tiene también un buen puente sobre el mismo río de Santa Engracia. En Luco termina la hermandad de Ubarrundia y empieza la de Villarreal en Urbina. Celebra animada romería este pueblo el día de San Antolín, 2 de Septiembre, á la que solfan acudir muchos vitorianos, y cuantas gentes entendían que el Santo curaba los dolores de vientre. El horizonte se cierra por el norte, sobre la izquierda con el alto de Gojain, y de frente y la derecha con los montes de Villarreal y Arlabán.

II

Al pasar por debajo de Gojain me dice Manteli:
 —Aquella iglesia tiene una ventana románica.
 —Es la de Gojain;—le contesté—una pobre aldea compuesta de seis ú ocho casas. Ahí venía yo de muchacho en algunos domingos, desde Villarreal, para ver su extraño campanario y merendar con el cura. ¿Quieres que examinemos esa altura?

—Andando, puesto que nos sobra tiempo— contestó el autor de los *Recuerdos*, haciendo que el cochero se detuviera y abriendo la portezuela.

Subimos con un poco de trabajo á la pintoresca alturita y contemplamos detenidamente aquel humilde ábside de la duodécima centuria, los despedazados canecillos de la cornisa y alguna que otra labor que aún se conservaba. El interior del templo está, como la mayor parte, muy mal remendado y encalado. Busqué allí en vano, porque se suelen encontrar en estos templos, alguna imagen de la época referida y no la hallé. El pueblo estaba casi desierto; sus pocos vecinos habían bajado á la inmedia Venta de Antolín, á levantar su arco y á esperar á los *Junteros*.

—Pobre y reducidísimo parece Gojain— exclamó Manteli, al tomar de nuevo la cuesta para bajar á la carretera.

¡Pobre y reducido! ¡Pues si hoy lo viera! En un dia tristísimo de la última guerra, en 1876, cuando las tropas se retiraban sobre Vitoria, después de haber incendiado parte de la población de Villarrreal, dieron fuego también á Gojain, y una casa, una sola, se salvó de aquella horrible desolación.

—Pero dime— exclamó mi compañero, deteniéndose en lo alto de la cuesta,— aquella finca con su gran casa y sus torrecillas, con sus extensas tierras de labor y sus arboledas, que se destaca al

pié del monte y al otro lado de la carretera, es si no me engaño la *Granja del Retiro*, ¿eh?

—La misma es, si señor, y si desde aquí ofrece tan agradable perspectiva, digna es de ser visitada con detención. Allí la transformación ha sido á la inversa que en Gojain; yo he conocido esos campos yermos, sin un árbol, tristes y visitados solo por los pastores ó los trajinantes que bajaban de Arlabán; y hoy, ya lo ves, desde aquí se distingue que allí la inteligencia y el dinero han obrado el milagro de que se multiplique la vida. ¿Deseas que visitemos esa finca?

—¡Pues no lo he de desear! ¿No ha realizado en ella un hombre de bien, laborioso y entendido, una obra beneficiosa para el país? Veamos su trabajo.

El coche nos condujo más allá de la venta de Antolín á un camino derivación de la carretera, y desde él á la Granja del Retiro; llamada, entre las gentes del país: La Rabea.

Inolvidable impresión nos dejó la visita. La empresa realizada por el Excmo. é Ilmo. Sr. Don Miguel Rodríguez Ferrer, es digna de elogio por muy formales y diversos conceptos. Fué este señor en 1843 Jefe político, é Intendente de la provincia de Alava en 1843. Recuerdo que entonces dijo, al distribuir en Vitoria los premios en la Academia de Bellas Artes: «Este suelo pacífico y laborioso

es para mí una segunda patria», y en efecto, el Sr. Ferrer debía portarse con él con todo el amor de un hijo verdadero. Hombre estudiioso é incansable ocupó en Cuba, después, distinguidos puestos y dirigió la explotación de una notable posesión suya. Al volver á España escogió nuestra provincia para establecer en ella un importante centro agrícola de propaganda y de enseñanza, en el que se proponía invertir su capital y sus conocimientos, á pesar de lo triste, estéril é ingrato del suelo y del cielo y de las poco alhagüeñas predicciones de muchos entendidos pobres de espíritu. «Quería contribuir él también por su parte, en obsequio á Alava, á propagar y practicar las nuevas ideas que sobre agricultura procuró extender la Diputación al establecer la Granja Modelo.» Y, poniendo manos á la obra, se le vió bien pronto adquirir y acotar este campo de doscientas setenta hectáreas ó sea de más de cien fanegas de sembradura, destinando treinta á cultivos, cuarenta y seis á prados y las restantes á arbolado y servicios. Ahí se la contempla hoy en próspero y agradable estado. A la cabeza de la finca álzase un palacio estilo del siglo XV, asentado sobre firme y nuevo emplazamiento, con sótanos-almacenes, planta baja, principal y dependencias superiores. Un torreón-mirador decora la parte central de la fachada, que ostenta un pabellón orlado de

verdura á cuya sombra salta entre rústicas piedras la corriente de una fuentecilla; sobre el pabellón el balcón del piso principal y á cada lado dos esbeltas ventanas con remate de medio punto. Flanquean el palacio cuatro torreones almenados, con altos chapiteles, al rededor de cuyas aéreas viviendas revolotean las palomas. En uno de ellos, rindiendo culto á los deberes que la ciencia demanda al agricultor, un pararrayos ampara el edificio. Desde las paredes laterales arrancan dos fachaditas más bajas, que corresponden á los caseríos y extensas cuadras de 760 pies de longitud por 20 de ancho, completadas por vastos depósitos superiores de heno y forrajes, dispuestos con arreglo á los sistemas más aceptados en el extranjero. Un hermoso jardín, cuajado de flores en la buena temporada, forma con sus sendas, delante de la casa, excelente paseo, y en él se vé trazada en relieve, con todos sus detalles geográficos, la isla de Cuba, que surge en medio de un lago de figura elíptica de 600 varas cúbicas de capacidad; precioso detalle, cuya contemplación ilustra y distrae á los visitantes. Las cuadras y almacenes de la parte posterior del palacio, forman con los dos caseríos, en que terminan, un gran rectángulo en cuyo centro se vé el depósito de fiemo y el estercolero, terminado en un lindo gallinero de estilo suizo. Fuera de este perímetro están el abrevadero y el



aljibe, que se alimentan de un cauce de agua que baja por una regata artificial desde la inmediata montaña y que envía aguas suficientes para todos los servicios de las casas y riego de la finca. Tiene esta la forma rectangular exacta y está dividida en cuatro grandes zonas, cuyas líneas marcan otras tantas de chopos lombardo y de pino albar. Una gran calle central de 10 metros de anchura, divide también el terreno en dos partes iguales en el sentido de su mayor longitud. Otro ancho paseo limitado por arboledas circunda á toda la posesión. En sus regulares departamentos se cultivan: los prados naturales cercados ya de seto vivo; cereales y plantas forrajerás; vides; nogales, castaños, manzanos, chopos y mimbres; y en los que rodean á los edificios hay parques, cuadros de fruta, y de pinares y ailantes, y semilleros de robles, encinas, abedules, castaños, de especies nacionales y extranjeras. Hay en aquellos cuadros más de 2.000 manzanos, 800 perales de muy variadas clases, ciruelas-pasas, melocotones y otras muchas frutas. Encuéntranse además tres robledales, un laberinto formado por estos árboles, cuatro pinares de otras tantas especies distintas, (de Jerusalén, de Escocia, silvestres y marítimos), una gran colección de árboles resinosos en la gran avenida central y multitud de manzanos y árboles de sombra en los extensos paseos de la cerca.

Conocido el buen gusto del Sr. Ferrer no hay para que decir que tanto en las habitaciones del palacio como en las dependencias, está todo tan provisto y bien arreglado como una finca de esta clase lo requiere, y que en la capilla, en los salones, en el pequeño museo agrícola y de historia natural, que se va formando, y hasta en los menores detalles, se vé la dirección del hombre de mundo y de conocimientos. Docto y amante de los recuerdos históricos, recogió en Vitoria el Sr. Ferrer cuando se demolió la Cárcel vieja que se alzó sobre las ruinosas paredes del palacio del Conde de Salvatierra, el escudo de armas de éste, que se mando picar por el Emperador al terminar las Comunidades. Hoy se le puede contemplar en la Granja del Retiro, con su corona y sus tenantes laterales de la época del renacimiento, y al pie del cual se lee la siguiente inscripción: *Este escudo picado, con sus adornos—fueron incrustados aquí —para librarse de la desolación y el olvido— siendo despojos—de los sucesos históricos de Castilla—en 1521. Los debió al M. I. Ayuntamiento de la ciudad de—Vitoria—Miguel Rodríguez Ferrer —gobernador que fué de esta provincia—el que levantó este edificio—en 1862.*

No puedo detenerme más en esta rápida reseña. La obra del antiguo Intendente de Alava, aunque no se hizo para el recreo y el descanso, sino para

plantear las útiles reformas de la agricultura y de la ganadería especialmente, sirve hoy á maravilla á estas grandes ideas y se ha convertido en recreativo y placentero sitio. El caudal, el tiempo y el saber empleados aquí, van dando óptimos frutos. Donde antes en estériles campos solo crecían la argoma y el espino, vive ahora una vegetación lozana y donde reinaba la soledad se está formando un pueblo. Aquí el Sr. Rodriguez Ferrer ha practicado las grandes doctrinas del ilustre D. Fermin Caballero acerca de la Población rural. Su obra es pues, un gran ejemplo y una gran enseñanza. Este desierto se ha poblado gracias á su perseverancia y al empleo de cuantiosos medios. En su cariño al país, tan palmariamente demostrado, no solo le ha hecho este inapreciable servicio sino que, como es sabido, dedicándose á estudiarlo con empeño, ha publicado una curiosísima obra titulada *Los Vascongados*, que, en todas las páginas debidas á su pluma, está respirando afecto á la noble tierra y á sus hombres, cuyo obsequio han sabido apreciar muy de veras cuantos han leído aquellos y otros trabajos redactados acerca del país por el estudioso, concienzudo y laboriosísimo autor de ese otro admirable libro que se llama *La grandiosa Isla de Cuba*. No conocía yo al Sr. Rodriguez Ferrer cuando visitamos *El Retiro*, pero admirado de su obra, la celebré

cien veces, poniéndola como tipo digno de imitarse, en mis discusiones con los labradores del país, y enviándole siempre mis mas sinceros para-bienes al recordarla.

Dejando muy satisfechos aquel centro agrícola, honra de mi provincia avanzamos hacia Villarreal, siendo saludados en la revuelta del molino de Vechina por muchos amigos que habian salido hasta aquel punto á esperar á la representación foral, que ya debia estar cerca porque el viento nos traía el eco de los repiques de campanas de Luco y de Urbina.

Villarreal, la antigua Legutiano, situada en un repecho vecino á las alturas, fué antes una villa cercada, cuyos límites determinaban el arco del Concejo por el mediodía y la parroquia de San Blas por el norte, compuesta de una sola calle que les unia, y de otra que derivaba de ella. Después, creció á lo largo del camino viejo, prolongándose hasta la ermita de abajo. La carretera de Vizcaya le dió nueva vida aumentándole con otra extensa calle. Situada entre los ríos Ibarbaltz ó Santa Engracia y Bostiballeta, tiene fácil acceso á sus campos de labor que caen por el poniente hacia el primero, pero se eleva considerablemente sobre el segundo, al cual conducen cuatro rápidas bajadas por el lado opuesto. Una de ellas, la central, era el camino que daba á la fortaleza de los Avenda-

ños, imponente castillo de los señores de la villa, sobre cuyas ruinas, y con cuyos materiales, se hicieron las escuelas, el juego de pelota y la carnicería. Cedida esta villa á Juan de San Juan de Avendaño á fines del siglo XIV, estuvo en poder de esta familia hasta fines del XVII, en que después de largos pleitos logró su vecindario sacudir tal dominación. Villarreal es una de las mejores poblaciones de la provincia, á pesar de que no cuenta mas de 500 vecinos. Tiene en su bonita plaza, en un ángulo, la casa consistorial, una doble galería cubierta para paseo y recreo, una acera anchurosa y un café. Su caserío es bastante regular. En sus cercanías están: el agudo pico de Chuliando; el gran monte de Albertia con frondosos robles, que sirvieron para nuestra antigua marina de guerra; las minas de plomo de Berunegui y Gorosabel, aquéllas abandonadas después de grandes trabajos y éstas en explotación; las ferrerías; sus pintorescas ermitas; los criaderos de vena de hierro; multitud de canteras de excelente piedra de construcción y buenos paseos por las carreteras de Ubidea, Vitoria y Ochandiano. En el extenso término de su hermandad, á la cual pertenecen Urbina y Gojain que ya hemos visto, están: Urrúnaga escondido en las revueltas del río; Nafarrate elevado en una altura al poniente, y Elosu á corta distancia sobre el camino de Ubidea, famosa aldea

por sus fábricas de alfarería. El gigante Gorbea, el pelado Amboto y las frondosidades de Albertia, cierran el horizonte de su paisaje por el cercano límite de Vizcaya y Guipúzcoa. Villarreal ha celebrado inolvidables fiestas llamadas *las Cofradías*, en el mes de Setiembre, á las que asistian siempre los alegres y bulliciosos vitorianos.

III

Mas allá de Villarreal la carretera bifurca. Tomamos la dirección de la derecha para empezar á subir el monte de Albina, al través de cuya exuberancia se abrió la hermosa calzada que conduce al valle. Bien pronto se cierra el horizonte; los árboles ocupan todo el paisaje; interminables masas de espino álbar, los robles y algunas hayas llenan el espacio. A mitad de camino llegamos á la caseta del peón caminero inmediata á la ermita de la Virgen de Mariaca, tipo de las ermitas del país. Una ancha tejavana sostenida por gruesos maderos-pilastras forma el pórtico, desde el cual se distingue el interior. La puerta está cerrada, pero una gran verja formada de balaustres torneados y teñidos de rojo que se eleva desde un pequeño zócalo de piedra, permite orar ante la imagen y

dejar en el templo una limosna. No hay nave, ni ventanas, ni ábside; las ermitas vascongadas, en especial las de las montañas para adelante son originales, típicas, sin ningún punto de semejanza con las del llano y con las castellanas.

En el centro de aquel hermoso bosque de Albina encontramos a nuestros amigos de Aramayona, que habían elevado un arco magnífico, y que en compañía de una docena de preciosas *nescatillas* vestidas de blanco y de otros tantos jóvenes, aguardaban la llegada de los Procuradores. Hicimos con ellos un alto delicioso, les escribí el pequeño discurso de salutación que el regidor Ruiz de Mázmela había de pronunciar al avistarse con el Diputado general, tomamos un ligero «tente en pie» y pocos minutos después al avocar al alto de Cruceta, mi compañero Manteli, viéndose sobre el pintoresco valle, tantas veces soñado por él, lanzó un grito de alegría y ordenó al cochero que se detuviera.

Es efectivamente deliciosa la sorprendente vista que ofrece aquel hondo valle situado en la unión de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya. El horizonte está limitado al poniente, por las cimas de Arangoio y por los picos de Echagüen y Santa Cruz; al norte por la famosa peña de Amboto y las alturas de Larrazabal, y al oriente por los montes donde se asientan Barajuen, Uncella y Ascoaga. Desde estas

montañas descienden rápidas pendientes cubiertas de castaños, nogales y tierras de labor y salpicadas de multitud de hermosos caseríos y de varios pueblecitos llamados aquí *anteiglesias*. Todas las bajadas concurren en la cuenta de dos riachuelos, en cuyas orillas se distingue la población principal Ibarra, centro y cabeza de todo el valle de Aramayona. Parece este el molde de las altas peñas que le rodean, de modo que si las rocas de Amboto y Echagüen quisieran esconderse y dejar el plano de Albina unido con el de Larrazabal, bastaría que cayendo de cabeza se sepultaran en aquella hondonada, mostrando sus anchas bases al descubierto.

—He aquí,—dije á mi compañero—los detalles de este magnífico cuadro, que has escogido como escenario de tu leyenda vascongada. Allí está Amboto cuya desnuda frente caliza gris, verdadera atalaya de esta formación cretácea, como la de Udala, se eleva á 1361 metros sobre el nivel del mar. En su masa guarda por esta parte filones de blenda y de galena y por la de Vizcaya yacimientos de siderosa y de piritas cobrizas, y en ambos lados terebrátulas fósiles. De aquel orificio que tiene eu su cara principal sale de vez en cuando lanzando chispas la famosa *doña Urraca*, según aseguran muchos viejos aramayoneses, aunque nadie lo cree. A la derecha sobre aquellos caseríos

están, camino de Udala, los campos, y monte de Larrazabal, donde las tres provincias tienen su vértice ó punto de unión.

En las arboledas de los caseríos que se cobijan al pie de la magestuosa peña, están las anteiglesias de Gánzaga y Echagüen y desde allí parte el camino de las soledades de Achin y Urquiola. Mas abajo, en aquella especie de tiesto florido, bordado de vegetación está la ermita de Andra María, donde los aramayoneses celebran su gran fiesta el 8 de Setiembre, comiendo todos juntos y formando uno de esos cuadros pintorescos, cuya descripción detallada te encantaría. Allí á lo lejos se alcanza á ver un caserío, cuya parte posterior da á lo mas solitario del norte: llámase en vascuence Ipurdiotz, es decir «trásero frío». A nuestra izquierda, detrás de esos montes está Olaeta, otra pequeña anteiglesia, como la que vemos al pie de esas peñas que es la de Aréjola; en ella, la parte que mira á Ibarra se llama Arriola, y su casa primera la «de abajo» es Bengoa, el caserío de mis abuelos, y hacia este otro lado esa blanca y grande que se divisa aislada es la de Leiva, antiguo solar del ilustre Martínez de Leiva, embajador de Alfonso XI y árbitro arreglador entre Vitoria y la Cofradía de Arriaga en 1332, caserío muy renombrado mas tarde con la triste historia de *La Emparedada*. A nuestros pies se alza la torre esbelta

de la anteiglesia de Ullíbarri, y por delante de ella, ves como avanza entre los árboles la carretera vieja, que pasa por el pintoresco sitio de Gureya. La carretera nueva, más cómoda, toma á la derecha y da vista, á la parte de oriente, al otro lado de este alto.

Por aquella cortadura de monte oscuro, sobre la cual surge la peña de Udala, pasa en estrechísima garganta, al lado del río que nace en este valle, la carretera para Bolinchu, baños de Santa Agueda, Garagarza y Mondragón; y en estos altos de la derecha ves ese pueblecito, al cual se sube por escaleras de roca que es el famoso Barajuen, donde los infames señores nobles de la casa de Múxica tuvieron su castillo, terror de la comarca, al fin humillado por ella.

Por indicación del poeta legendario hicimos que el carro tomara el camino nuevo, y nosotros bajamos, á la sombra de los castaños, por el viejo, por la fuente de hierro y Gureya hasta el cementerio de Zalgogaray, situado en un repecho á la entrada de la población de Ibarra, ó de *La Calle*, como la llaman los de los caseríos. En aquel olvidado lugar reposan las cenizas de mis abuelos, de los patriarcas Bengoas de Arriola. Dejé á Manteli que se extasiara, contemplando las anteiglesias y alturas desde lo hondo del valle, y que tomara notas y más notas en su cartera, y fui á sentarme

al pretil del campo de la ermita de Santa Ana, donde mis antiguos condiscípulos Luco é Isasmendi terminaban la decoración de un suntuoso arco, elevado en honor de la popular Asamblea de la muy noble y muy leal provincia. ¡Con cuánta alegría nos hemos abrazado siempre en aquel hermoso rincón de la tierra euskara, los leales amigos que pacíficos y felices viven en él y los que de vez en cuando acudimos desde lejanos pueblos!

De la ermita al Establecimiento de baños sulfurosos, que posee el renombrado fondista vitoriano Sr. Quintanilla, no hay mas que un paso. Nuestra primera visita fué para él, complaciéndonos en extremo su distribución y servicio. Un inmenso salón circular, alumbrado por lo alto, constituye la pieza principal de reunión y recreo, y en otra banda circular también, que le rodea, están los bonitos y cómodos cuartos de baño. Fuera, en pintoresco sitio, brota el abundante manantial, cuyas aguas, de una intensidad mineral extraordinaria, han adquirido gran fama en las curaciones, atrayendo al valle una gran concurrencia de gentes, que de año en año va en aumento y que dá gran vida á aquella, antes tranquila y casi olvidada población. Inmediata á los Baños, se alza la fonda, que con decir que es una sucursal reflejo del Hotel Quintanilla de Vitoria, no necesita más descripción, ni más elogio.

El pueblo, formado por una calle, en este punto, sigue la dirección del río, hasta la Plaza, donde viene á concurrir otra, que sigue también la de otro riachuelo. En la Plaza hay una Casa Consistorial, de severo aspecto, con paseos cubiertos, grandes balcones y extenso salón de concejo. Durante la temporada de baños, en los días festivos, y en la época de «los San Martines» de Julio, así como en las antiguas solemnidades de las Juntas, ¡qué animación la de aquella plaza, con sus grandes novilladas, con sus bailes al tamboril y sus fogatas é iluminaciones nocturnas! Aramayona siempre ha tenido excelentes tamboriteros, que ejecutan «por música», como todos los del país, cuantas composiciones se les presenten. En aquel reducido espacio plano, único de todo el valle, han bailado los Diputados, los Procuradores y las principales señoras, sus *aurrecos*, *achescos*, y *arin arins*; allí el alegre y bullicioso tumulto de los *mútiles* y de las *nescachas* de las anteiglesias y caseríos, se agita en los días festivos con el entusiasmo de siempre, y no es extraño ver á las gentes forasteras tomar parte en las bandas de bailarines y recibir las solemnes culadas, conque se ameniza la duración del aurreco. En la misma plaza están la ermita de S. Sebastián y un café. Tiene la población unas cien casas y ochocientos habitantes, que se dedican á la agricultura y á la

ferrería. Componen el ayuntamiento del valle además de Ibarra las inmediatas anteiglesias de Arejola, Ascoaga, Barajuen, Echagüen, Ganzaga, Uncella, Uribarri y Olaeta.

Pasados los días de las Juntas, que se celebraron con ese ardiente entusiasmo popular y con esa sencillez conque los alaveses han sabido siempre practicar sus seculares y democráticas costumbres; terminadas las magnificas fiestas en honor al Cuerpo universal de la Provincia, reunido aquellos días en el valle en asamblea soberana: quedamos entregados por completo á nuestras excusiones, hechas en compañía de los amigos, nuestros incomparables cicerones. Fueron estas varias. Una á la anteiglesia de Barajuen, que aun conserva delante de la puerta de su iglesia el roble á cuya sombra se reunía el concejo general del valle para acordar lo más conveniente á su administración y representación. No queda resto alguno de la torre-castillo de los Múxicas, señores feudales de este valle, condes de Aramayona, que aprovechándose de la anarquía que en toda la nación reinaba en el siglo XV, y de los sangrientos bandos que asolaron á las provincias durante ese tiempo, se atrevieron á imponer á los habitantes del valle hasta el derecho de que les entregasen las mujeres más bellas, que el Conde señalara; castigando á los padres ó hermanos que se resistían, con la

pena de colgarles ahorcados de una almena de aquel asqueroso torreón. Bien es verdad que en tan calamitosos tiempos no hubo un solo pueblo en las provincias y en Castilla que no sufriese las bárbaras imposiciones de la poderosa nobleza, y que las crónicas de todos ellos estan plagadas de horribles detalles. Estos Múxicas pertenecian al bando Oñacino como los Butrones sus parientes de Vizcaya y tanto en las peleas de Alcundia de Lejarra (1422), como en la de Mondragón, Zumárraga, Legazpia y San Millán, hasta bien avanzado el siglo, tomaron principal parte, causando grandes estragos en el pais. Don Pedro de Avendaño señor de Villarreal tomó á Aramayona, ayudado por los vecinos en 1447, siendo después recobrada por los Múxicas. Protestó siempre Aramayona contra las infamias de su conde y obtuvieron de los reyes Católicos el que les enviase un juez que persiguiera tales crímenes y les devolviera su libertad. Así quedó acordado, y los aramayoneses entraron con su hermandad á formar parte de la provincia de Alava, en el uso de sus libertades, exenciones y costumbres en 1489, cuando aun vivía en su castillo el tirano Juan Alonso de Múxica. Recuerdan los del valle la tradición referente á un caserío que está, sobre los Baños, entre Arejola y Echagüen, en el que una moza al ver que iban á arrebatarla los del conde, se embardurnó el rostro con

la mezcla de la cocina que estaba preparando para los hombres que trabajaban en la era, y logró con su repugnante aspecto ahuyentar á los que la pretendían.

Hicimos otra caminata á Andra María y Aréjola, donde la casa de Mazmela nos obsequió con ricos sagardua y tencas de su pesquera; otra á las inmediaciones de Amboto, y otra á los caseríos del Camino de Santa Agueda. Cuando Manteli hubo tomado una nota detenida de aquellos históricos lugares de Zalgogaray, Turrion, Amboto y su *dama*; dispusimos la vuelta á Vitoria, llevando con nosotros multitud de tradiciones del valle de las brujas.

—Pero ya que estamos de correría histórica—me dijo, cuando trasponíamos el bosque de Albinagoya—¿no te parece que debíamos completar ésta, yendo á visitar las señoriales casas de Manurga, asiento de la familia de los Hurtados de Mendoza, á quienes tantas veces recuerdo en mi leyenda?

—Aplaudo la idea. Así como así, también Zuya, otro interesante valle, esperaba mi viaje descriptivo, de modo que, sin vacilar daremos esa vuelta. Dejaremos el coche en Villarreal, montaremos á caballo y saludando á los puchereros de Elosu, dormiremos esta noche en la hermandad de Cigoitia.

Así lo hicimos, y durante nuestro viaje versó la entretenida conversación sobre el valle aramayonés y sus patriarciales caseríos y sus sencillas costumbres y sobre la belleza de la calle y de las antiguas iglesias, como estación de verano, y sobre el curioso folleto que acerca del hondo rincón vascongado podría escribirse.

IV

El terreno por donde á la sazón caminábamos era bien distinto. El severo Gorbea escondía su cima entre las nieblas, el país es montuoso pero con pocos atractivos y yo no sé porqué se me figuraba que aquella porción de la provincia se parecía muy poco al resto de ella. Sin tocar en Cestafe, ni en el despoblado de Gorostiza, entramos en Acosta pequeña aldea, hoy olvidada, pero muy citada desde el siglo IX en el Becerro gótico y galicano de diversos monasterios, por la abadía de San Vicente que entonces existía en ella, y cuyos señores tuvieron gran importancia y jurisdicción en tiempo de los primeros obispos de Armentia.

En Murua, sobre el río que baja de Gorbea para ir á Ondátegui y cuyas aguas tienen proyectado

los vitorianos llevar á la ciudad, recordamos á los famosos *dómines* de latín, que educaban antes á multitud de jóvenes en esta aldea; vimos los restos de su viejo palacio, tal vez el de alguno de los descendientes de aquel Martin Lopez de Murua, origen, y el mayor, del linage de Oñez, y cabeza del bando ofíecino, abuelo de los poderosos Lazcanos de Guipuzcoa, cuyo Murua nació en aquella aldea; y nos enseñaron la casa que ocupó una célebre fábrica de pólvora, que allí se situó por la excelencia de las leñas secas, que se destinaban á su confección. A muy poca distancia, en una cumbre y cerca de los extensos bosques de roble que dieron á las armadas magníficos materiales de construcción, se alza Manurga, de regular vecindario y de muy buen aspecto. Buscó Manteli la casa solar de los Hurtados de Mendoza y pronto dimos con ella sin preguntar á nadie, porque el escudo partido por la banda engolada y cargado con las cadenas de las Navas, que es el de ese apellido, nos lo indicó bien pronto, al distinguirle en un amplio caserón señorial del siglo XVII, en el que nacieron don Diego y don Juan generales y secretarios de la corte de los Felipes. Recorrimos detenidamente la casa y visitamos luego el palacio de Verástegui y Asteguieta, donde nació el muy ilustre don Prudencio María de Verástegui, diputado general de la provincia en la memorable

época de fines del siglo pasado, cuya estatua se vé en la escalinata del Palacio de la Diputación en Vitoria. Tambien tiene esta populosa aldea ricos montes de roble.

Satisficha la curiosidad de mi compañero y anotados algunos curiosos apuntes en nuestro albums, subimos la pequeña derivación del Gorbea que separa á la hermandad de Cigoitia del curioso valle de Zuya, tocando en la aldea de Zárate como primer pueblo que encontramos, situado en una altura y con curiosos restos de un torreón que perteneció al conde de Lacoriana. Entre sus casas notables vimos la que fundó don Juan Ochoa de Valda y Zárate hombre erudito y que ocupó muy distinguidos puestos.

Dominando todo el valle que íbamos á recorrer, se alza imponente el gran monte Gorbea, cuya falda meridional pertenece á Alava y la opuesta á Vizcaya. Alzanse sus cimas á 1538 metros, altura algo menor que las de San Adrián, y ofrece en su constitución geológica dos formaciones distintas, que dan á sus cumbres distinto aspecto tambien: la silícea formada por arenisca cuarzosa determina su cima redondeada sobre Zuya, y la calcárea es la que dá el aspecto abrupto, quebrado, como de ruinosas murallas, de color azul parduzco, cristalinas y desnudas de vegetación á la otra. En la vertiente alavesa, hacia la base,

están las margas azules del terreno cretáceo, y en la vizcaina, abundan de abajo arriba, las psamitas azules, las calizas arcillosas del mismo color y los esquistos y areniscas. Se une por sus faldas del oeste á los grandes montes de Altuve, y mide, solo sobre este valle de Zuya, un perímetro de siete leguas. Está poblado de hayas, robles y tocornos: tiene extensos bosques sombríos que cobijan mucha caza mayor; grandes laderas bajas desnudas de arbolado para pasto; abismos terribles donde se forman grandes neveras; repliegues ocultos que apenas son conocidos y sobre su cima redonda una espaciosa llanura cubierta de plantas de mil especies, desde la que se descubre el mas extenso y admirable panorama de las provincias vascongadas. La expedición á estas cumbres suele ser objeto de gran atractivo para muchas gentes, y dá motivo para escribir un interesante capítulo.

Bajamos desde Zárate á la villa de Murguía capital del valle, situada en un bonito llano cruzado por dos ríos y poblado con bastantes árboles. Su posición sobre la carretera, su categoría y sus notables casas, dan á su escaso vecindario de unos treinta vecinos, especial importancia en la comarca. Aquí se conservó durante algunos siglos la columna cruz de piedra levantada en memoria del zuyano don Fernando Ortiz de Zárate, jefe de los

oñacinos, muerto en el pueblo por los gamboinos. La casa de ayuntamiento es de muy grandes proporciones y tiene capacidad bastante para haber sido en un tiempo, además de Concejo con bastantes dependencias y archivo, escuela y cárcel. En su salón se eligen los procuradores por el voto de todos los vecinos, sin distinción alguna, como se hace en la mayor parte de las hermanadas. Tiene en su templo algunas obras de arte, y llaman la atención las posesiones de los señores Ortiz de Zárate y Sautu bienhechores de aquella comarca. Es el valle de Zuya de figura oval, y comprende dos villas y nueve aldeas, con una extensión de legua y media y un perímetro de cuatro, al pie del citado monte Gorbea. Aquellos diversos pueblecitos, rodeados de bosques unos y de cortas tierras de labor, donde se cojen los cereales bastante para la sobria y modesta vida del valle, ofrecen un aspecto muy agradable. No faltan frutas en sus huertas ni abundantes ganados en sus campos, y brinda la parte baja bastante caza para los aficionados, y la alta caza mayor para los verdaderos cazadores. Tres copiosas fuentes dan origen á otros tantos ríos, cuyas limpias aguas crian truchas asalmonadas de especial estimación. Tampoco faltan en sus montes yacimientos metálicos, ni ricas canteras de piedra, ni inmensas cantidades de maderas y leña de construcción y consumo.

Al poniente y mediodía de la villa capital se ven las aldeas de Amézaga, bastante populosa y muy bien situada á la orilla del río; Guillerna puesta en lo alto de un cerro, y Luquiano con tanto vecindario como Murguia y con excelentes casas. En sus inmediaciones, y cerca del despoblado de Uraviano, se alzó orgullosa la casa torre de Echavarri-Zárate, «infanzona, divisera, armigera, de voz y apellido y bando general, con coto redondo, iglesia y patronazgo.» Allí lucieron su alcurnia y hazañas los Zárate famosos, descendientes de don Fortun Saenz de Salcedo y Ayala, descendiente á su vez del infante de Aragón don Vela, que está enterrado en la capital de Ayala, en Respaldiza. Dice la tradición que admirado un rey de Navarra de las bellas cualidades de don Fernando de Salcedo hijo menor de don Fortun, en una recepción que este le hizo en su casa, exclamó contemplándole «*Zu zarate oneria,*» cuya frase vascongada equivale á «Tú serás el mejor»; y que habiéndose, con el tiempo, separado de su padre, vino á poblar esta tierra aceptando el apellido Zárate en vez de el de Salcedo. El fundó aquí una verdadera dinastía de ese nombre, tomando parte en las luchas del país en favor de los Oñecinos, y muriendo en la batalla que se dió á principios del siglo XV á orillas del río Zadorra, en la que con su hijo y sucesor don Fernando derrotó á

los gamboinos. En la pelea á consecuencia del movimiento que armaron los combatientes, se cubrieron por completo de polvo las hojas acuáticas anchas y en figura de corazón llamadas *panelas*, de que están llenas muchas partes del río, y los vencedores, tomándolas como recuerdo de su victoria, pusieron ese signo en sus escudos, particularidad especial de la heráldica alavesa, que la ostenta en muchas de sus familias. Su hijo fué muerto en Murguía; su biznieto don Martín estuvo con los alaveses en la Conquista de Granada, y edificó la casa-torre del lugar de Antezana, y otros descendientes alzaron las de Asteguieta y las de varios pueblos más. En el libro Becerro de la casa de Martinez de Salvatierra de Vitoria, constaban todas estas curiosas referencias.

Hoy mismo se ven en diferentes casas del valle las armas de los Zárate, que llevan un sauce en memoria del apellido Salcedo, cinco *panelas* rojas en sautor, y orla roja; á cuyos primitivos timbres se añadieron después las aspas de Baeza y otros atributos.

Tambien el pueblo de Apérregui recuerda la torre y solar de los Ochoas Lopez de Sarria, después afamados Apérreguis; y el de Jugo al opulento corregidor de Guanajato don Lorenzo de Inchaurregui; y Marquina á los marqueses de Prado y á los Palacios y Uriondos; y Sarria á don Domingo

Martinez de Murguia, su hijo ilustre, bienhechor de la ciudad de Cádiz, que reconocida á sus grandes beneficios dió su nombre á una de las calles.

Mayor vecindario tenía antiguamente el valle, porque aun se señalan las casas aisladas y términos determinados, de los despoblados de Aréchaga, Urrechu, Monreal, Uraviano y Mañarrieta, antiguo priorato benedictino existente en el siglo XII.

Tomamos desde Murguia la ruta del santuario de Oro pasando por el pueblo de Vitoriano, crecida población muy bien situada en un llano entre dos ríos, y en la cual tuvo su torre y coto redondo la casa de Urbina de Vitoria. No hay tradición, documento, vestigio ni razón alguna para suponer siquiera que aquí pudo estar la ciudad de *Vitoriac*, ni en ninguna referencia formal de la historia del país consta hecho ni recuerdo alguno que pruebe la dominación de la gente goda en este país. Bellísima es la situación entre empinados riscos de la hermosa iglesia de la Virgen de Oro, á la que no solo los Zuyanos, sino todas las hermandades comarcanas suelen acudir en romería, y no puede darse nada más original que aquel delicioso mirador de la sierra de Arrato, desde el que se domina el valle entero.

Bajamos á la inmediata villa de Domaiquia y des-

de aquel punto á la carretera, al pie de las ruinas del castillo de Zaitegui. Nos urgía volver á Vitoria y, con harto pesar, no pudimos visitar la aldea de Mendarozqueta, pequeño rincón, fecundo semillero de hombres distinguidos como Ochoa de Mendarozqueta obispo de Palencia, los Inquisidores Arzamendi y Rodriguez de Buruaga y el asesor del Perú Sarralde y Rodriguez de Mendarozqueta, compañero de don Lope Diaz de Haro en la batalla de las Navas. Con iguales deseos saludamos desde lejos los pueblos de Artaza, su ermita de San Miguel de Villabona y su gran encinal; de Foronda con sus casas notables y sus recuerdos de las Juntas; de Antezana con su rollo feudal y su cárcel; de la fuente de Lendia y bocazon de Zaragua; de su río Zalla, cuyas finísimas y especiales arenas tienen gran aceptación en el revestimiento de las fachadas en la ciudad, por sus condiciones de resistencia; de Mendiguren que guardó hasta hace pocos años un gran cuadro debido al pincel del Ticiano, que representaba la Asuncion y fué habilmente robado; de Aranguiz lugar notable por las muchas Juntas que durante los siglos XVI y XVII celebró en él la Provincia, para enviar soldados á todas las campañas en que se disputaba la gloria de la bandera española.

Y diciendo «Adios» á los solitarios Araca y Abechuco, y á la concurrida venta del Cuerno, centro

predilecto de las meriendas de los vitorianos, al histórico puente de Arriaga y á los campos y aldea de este nombre, entramos en la ciudad cuando el sol trasponía la ondulada línea de la sierra de Badaya.

la "experiencia" con su "expresión" con su "interpretación".
Pero lo que es más importante es que el autor de la obra
debe ser el que interprete la obra en su sentido original.

En resumen, la "interpretación" es la "interpretación" de la obra.

que no se pierde la oportunidad de gozar de algarabía
estimando el trabajo consumado con tanto ardor.

DE VITORIA A SANTA CRUZ DE CAMPEZO

NOVIEMBRE DE 1879.

EN el *Círculo Vitoriano*, inolvidable tertulia de la gente más animada de la ciudad, se había formado hace pocas noches un plan de sangrienta campaña, con objeto de emprender un ataque en regla contra las palomas pasajeras, que en la presente época invaden los extensos montes del mediodía de la provincia. Y como Vitoria es la población por excelencia de los cazadores á docenas y de los inteligentes perros; de los verdugos de las codornices del llano y de los perseguidores de los corzos de Altuve y Gorbea, el plan de la expedición á la agreste sierra de Yoar, fué recibido con aplauso por los más desocupados y decididos. La expedición debía ir cazando por los montes de Oquina, Apellániz y Corres, á «ir á caer» á Santa Cruz, donde, después de un día de descanso, se dedicaría á la espera de palomas. Prometí ser uno de los expedicionarios, con la condición de que en vez de escopeta y burjaca

llevaría mi álbum y mis lápices y de que, en vez de seguirles por los montes, iría por la carretera, acompañándoles en la esencial operación de pasar un día de broma en la villa vecina al monte Yoar. Ellos traerían sus burjacas repletas de palomas y yo veinte hojas de mi cartera cuajadas de notas y croquis.

Partió la guerrilla con dirección á Otazu y Gámiz un día antes que yo, que caballero en un flamante rucio de Aramayona y con un buen espolista por compañero, salí también una fresca mañana de noviembre con dirección al puerto, dejando atrás á Santa Lucía y Elorriaga y tomando la extensa recta de más de media legua de tirada que, pasando á la derecha de Arcaute, de Ascarza, del histórico alto de San Román, cruzando la vía férrea de Salvatierra y á poca distancia de Arcaya y Aberásturi, que están á la derecha, va á dar á la aldea de Argandoña. No se separaron de mis ojos en el trayecto los conocidos altos de Guevara, Argómaniz y Estívaliz, que son los puntos más culminantes de aquel paisaje en el llano, y con el recuerdo de su pasado iba entretenido, en los ratos en que mi espolista, un veterano de las campañas de Cuba, no me refería el sorprendente ataque de la Perrera, los pasos de los ríos en la Manigua y la triste vida de los hospitales y de los campamentos. A lo lejos distinguía las

esbeltas y altas torres de El Burgo y de Alegría, los caseríos de Villafranca y las hondonadas de Acilu en la hermandad de Iruraiz. La vista de la elevada posición de Trocóniz, con su iglesia rodeada de árboles, me trajo á la memoria la de mi antiguo condiscípulo, el párroco de aquel pueblo, Víctor Nafarrate, que á la sombra de aquellos olmos reunía los días festivos á los jóvenes del pueblo, y tomando su violin, en el que era consumado maestro, se convertía en músico del pueblo, para que sus feligreses se distrajeran sin ir á la taberna, con toda la honestidad posible. Llegamos á las aldeas de Andollu é Hijona, pasando próximos á varios montes llenos de hermosos robles, é hicimos nuestro primer alto en Eguileta, punto notable como cazadero de codornices, así como es celebrado por su abundancia de cangrejos el riachuelo que desde la inmediata aldea de Herenchun, va á Gácerta. Herenchun, con su barrio de Abaunza, es la aldea que pagaba á su señor, como contribución, dos cestas de *petrechicos* ó setas pequeñas y dos cabritos.

Eguileta está al pie del puerto de su nombre, y ofrece el pacífico y sencillo aspecto de todas las aldeas del llano de Alava. Unas cuantas casas espaciadas alrededor de sus huertas, sin orden alguno, y una pobre iglesia remendada todos los

siglos. Mientras preparaban un refrigerio, di una vuelta por aquel lugar. Al lado de un sendero limitado por matorrales cubiertos en su mayor parte con las enredadas ramas de los ajanes, que blanquean en toda esta tierra con su pelusa, se alza una casa de labor delante de la pequeña era, tapizada de helechos secos. No hay nadie en ella: los vecinos están todos trabajando en los campos. Un carro descansa á la entrada de la tejavana del pajar; dos arados reposan sostenidos en el quicio de la puerta y varias gallinas pasean á sus anchas por aquel vestíbulo abandonado. La vivienda tiene dos pisos: el bajo con ventanas de rejas, donde están la cocina, el arcón de los comestibles y la artesa y enfrente las cuadras; y el principal, con entablado y lustroso pavimento, blancas cortinas con flecos de borlas y sostenes dorados y limpias camas de armadura de madera y colchas blancas y rameadas. Todo es pobre y escaso, pero pulcro y arregladito.

En la revuelta del camino oigo cantar á un muchacho. Le veo encaramado en una barrera y escalando las primeras ramas de un nogal; canta muy sosegadamente y con gran complacencia la mitad del Padre nuestro; un niño de tres años, rubio y fresco, con los pies descalzos, le contempla y le llama desde el pie del árbol:



—¡Calla, majo!—contesta el muchacho desde su altura—¡calla, que estás en misa!

Y á los pocos momentos una mujer desemboca en la era, se dirige á los niños, hace bajar al cantor, dándole un par de suaves manotazos, y me dice:

—Señor; no gana uno para pantalones con estos demonios: ¡si parece que le ha criado alguna cabra! ¡Todo el día de Dios estoy tras de él de esta maner! ¡Y luego dicen que no está una bien entretenida en la aldea!, ¿verdad, señor?

Dí á los niños algunos perros grandes y chicos que llevaba, con gran placer del cantor, que desapareció entre las revueltas del camino gritando:

—¡Abuelo!, ¡abuelo!, mire, ¡mire cuánto dinero!

Mientras almorcamos me hice cargo de la perspectiva del puerto que íbamos á subir. Siete ó ocho colinas, al parecer aisladas, como otros tantos torreones que defendieran una muralla, avanzan hacia el llano cubiertas de hermosos robles. En los vallecitos intermedios la niebla marcha suavemente, al impulso de la brisa de la montaña. La carretera se dirige hacia el barranco grande entre los altos de Ichucha y San Juan, detrás de aquel se alzan las cimas de Garaiza, en el intermedio la punta de San Cristóbal y hacia los términos de Ullibarri la loma pelada de las Majadillas con algunos robles en su cresta. Más

arriba de San Juan, sigue la línea del puerto y el monte de El Robledal.

Empezamos á subir la cuesta por una gran revuelta, en cuyos bordes aparecen á miles esos magestuosos y corpulentos pobladores de las grandes soledades, de colosales raíces y blancos troncos teñidos de caprichosas manchas: las hayas. La subida dura casi una hora; sobre la silueta del arbolado de la izquierda aparece una blanca ermita, de roja techumbre y alta espadaña empinada en unas rocas: es el santuario de San Vítor, el de Elorriaga, que escapó desde la era á aquella soledad con trillo, bueyes y todo. Los hayedos cubren las vertientes del puerto; en el fondo, por el barranco, sube un sinuoso camino: el atajo del puerto que los aldeanos y los arrieros frecuentan. La perspectiva es aquí imponente; el bosque lo invade todo; las verdes hojas de las hayas amarillearon hace tiempo; ahora se han vuelto encarnadas para morir y empiezan á caer. Debajo de sus ramas sólo se ve el oscuro helecho que tapiza la superficie entera del suelo. Alternan con él en los claros y bordes la alta argoma con flores amarillas, y las de los pobres brezos, pequeñas y no muy abundantes. Esta carretera, trazada en la vertiente norte de la montaña, es siempre sombría, fría y húmeda. En la época de las nieves y de las lluvias debe ser terrible. Llegamos

á lo alto del puerto, donde el atajo va á unirse con el camino, y donde dando una revuelta se distingue la tierra de la hermandad de Arraya. El barómetro marcaba 735 milímetros. El viento N. E. empezó á azotar fuertemente nuestros rostros. Allí eché pie á tierra; la bajada parecía fácil. En la revuelta están construyendo una casa para caminero y portazgo. En vez de seguir la gran curva que describe la carretera, tomamos el atajo, y bien pronto llegamos á la aldea de Azáceta, situada al pie de los altos de Oyana y Tierras blancas, con una fuente á la entrada y otra á la salida. La carretera sigue la cuenca de un riachuelo, cuyas orillas están pobladas de árboles, espinos-albares llenos de rojos frutos, los abillurris de los vitorianos. Bien pronto se cierra el horizonte y se penetra en el barranco de Vírgala. El camino da una serie de vueltas, entre las vertientes cubiertas de hayas y de pintorescos peñascos. A la izquierda, hacia la mitad del trayecto, las peñas forman una soberbia fuente natural á ocho metros de altura, en la que de un boquete brotan las aguas, que caen por una gradería de cuatro grandes escalones cubiertos de verde liquen, en el riachuelo inmediato á la carretera. El modelo es delicioso para una acuarela; hicimos alto; el espolista echó un cigarro, y yo, desde mi jamelgo, copié aquel artístico detalle.

Va bajando el puerto poco á poco y al fin de una revuelta llegamos á tierra llana, en Virgala mayor. Un poco antes de llegar está, á la izquierda del camino, el gran manantial de Iturriotz, hijo de los montes de Berroci, que, recogido en parte, allí mismo va conducido, con arcas de registro, á la villa de Maestu. Muy poca gente encontré en la bajada del puerto: varios carreteros que conducían traviesas desde los altos de Santa Cruz de Atauri; un chico y una chica caballeros en dos burros, que traían harina á Azáceta desde el molino de Alecha y una compañía de ópera, compuesta de varias reverendas cubas y distinguidos pellejos de exquisito vino de la Rioja, que iba á dar funciones y á alegrar los espíritus en los pueblos de Ochandiano, Durango, Zornoza, Abadiano y otros, cuyos municipios la habían ajustado para esta temporada. Marchaban en pesados carromatos, cuyos dueños iban durmiendo debajo del toldo, mientras las parejas de bueyes de Virgala, ayudaban á los seis poderosos machos que tiraban, á subir aquellas dilatadas y ásperas cuestas.

Virgala mayor está á la izquierda de la carretera, al pie de Campanoste. Tiene una casa de grandes armas, una torre esbelta y elegante como la de Arriaga y una abundantísima fuente. Al oeste se vé la alta cima de Capildui, de 1175 metros de elevación, poblada de encinas en su

parte alta y llena de peñas y carrascos en la inferior, donde antes se criaban excelentes azcarrios. Al pie de él quedan los montuosos términos y pueblos de Berroci y Oquina; el primero, que recoge gran cosecha de legumbres, habas, lentejas y riquísimos cuadrados ó muelas; y el segundo con excelentes manantiales de sabrosas truchas y con su terrible *sima*, en lo alto del monte, en forma de boquete horizontal, abierta entre una gradería de peñas con más de 20 metros de diámetro, y en la que se oye el ruido de las piedras que caen, hasta dar en el agua, por espacio de algunos minutos. Tuvo esta sima una barandilla de precaución, pero la han destruido. Vírgala mayor contaba hace poco tiempo 25 vecinos y hoy sólo tiene 16. Lo mismo le sucede á Vírgala menor, situada poco más adelante, á la derecha; antes tenía once vecinos y hoy apenas llegan á ocho. Su pequeña iglesia conserva algún vestigio románico y su caserío es muy pobre. La cosecha de estos pueblos es muy escasa en maíz, patatas, trigo y lentejas. Las chimeneas están todas rodeadas de madera, para preservarlas de la acción de las aguas. Dicen en esta tierra que los de Vírgala no cojen cosechas porque apedrearon á San Fausto, y la verdad es que son los únicos pueblos de la comarca que no van á las famosas romerías de aquel Santo.

En media hora se va desde los Virgalas á Maestu, cuya torre se destaca sobre una loma, al pie de los montes de Arboro, más allá del alto de Coscorrones.

II

En Maestu, villa cabeza de Arraya y Laminoria, á cinco leguas de Vitoria, hicimos alto. Tiene el pueblo excelente aspecto y muy buenas casas, distribuidas irregularmente en número de unas 85, con 70 vecinos. Su situación por la carretera, á cuya izquierda se dilata, es llana, pero hacia la parte de norte y oriente es elevada sobre un pintoresco vallecito cubierto de huertas, que riega el río que baja de Virgala. Tuvo la villa, sobre su parte septentrional, la casa-fuerte de los señores de Arraya, cuyo título gozaba á fines del siglo pasado el insigne fabulista español, hijo de Laguardia, don Félix María de Samaniego. Detrás de este fuerte estuvo la famosa posada de Fachen-dá, punto de reunión de la numerosa arriería que frecuentaba este, antes único, camino de Navarra. Muestra la población una fuente de primer orden, con ocho caños, nutrita por el manantial referido, cuya obra hizo el inolvidable arquitecto de Elo-rrío, mi amigo don Rafael de Zavala. Costó su

ejecución 12.000 duros, producidos por la venta de maderas y carbones en 1865. Los antiguos barrios que comprende Maestu son: al norte Mendi, al oriente Larrinzar, al sur Larranegui y al poniente Perlaco. La iglesia es de trazado ojival, recomponida en estilo jónico, con muy elegante cornisa. En las claves de sus bóvedas además del anagrama de J. S. se ven escudos con estrellas y calderas, lo que indica que la construyó un Rojas, el mismo que tuvo su casa inmediata á aquél templo, en la llamada hoy «El Serralio», que en el escudo de su puerta muestra la inscripción «Jesu Cristo Salva Nos». Hay también una casa armigera, con lises, calderos y barras de bastardía, cuyo lema no pude leer. Desde Mendi se distingue sobre las huertas un bello paisaje, lleno de casitas de servicio, de labores y de arbolado, todo en cultivo de riego. Allí hay un molino, un puente pintoresco, caminos orillados de matorrales, y á un lado y otro las montañas. En el fondo, en una cortadura por donde avanza el río de Roitegui y Cicujano, en un detalle precioso del terreno, que parece un juguete de construcción con sus peñascos, sus casas, su torre y sus árboles, se ve la aldea de Leorza. Sobre los primeros montes se distingue Alecha y más arriba Arenaza de la hermandad de Laminoria, país pobre, abundante en maderas y en lentejas y en grandes nieves durante la mala estación.

La escuela de Maestu es de excelente aspecto en su exterior, aunque no muy bien dispuesta en su interior. La torre ostenta un balazo como testimonio del sitio de Zumalacárregui; y en la casa vieja de la Trini hay en la puerta rudas pero curiosas labores, que parecen del renacimiento. En Perlaco están el bonito juego de pelota, el doble juego de bolos cubierto y las mesas y bancos donde se juega al mus á la sombra de los tilos y donde se celebra también el mercado los lunes. En el café juegan los desocupados al mus, al julepe y al tomate.

Quéjanse en la villa, y esto sucede en muchas de la provincia, de que en cuanto algunos vecinos se hacen ricos, la abandonan y se trasladan á Vitoria, causa positiva de que los pueblos puedan mejorar poco. Nuestras visitas en Maestu fueron á las ermitas de San Martín y de la Virgen del Campo, porque nos aseguraron que tenían labores de escultura. Así es en efecto. San Martín, situada al otro lado del río, sobre el camino de Navarra y sobre la antigua animada ferrería, hoy destrozada, es un curioso resto del primer periodo ojival en su más ruda sencillez. Un precioso portal de cinco arcadas le dá ingreso. Tiene en sus detalles tres arcos dentellados, uno ajedrezado, otro de cuentas y ajedrez menudo, otro de dentellones y cañas cilíndricas y, en fin, el arco de ingreso. Corona este

conjunto una cornisa sencilla sostenida por varios curiosos canecillos con figuras. El interior es pequeño, compuesto de una nave con aristones góticos sencillos. Sobre el coro hay una ventana, que es un lindo modelo del arte románico-gótico en su más elemental trazado. A esa abandonada y ruinosa ermita venían los carlistas durante el sitio en la primera guerra, y aún quedan en sus paredes inscripciones que recuerdan su estancia. Esta curiosa ermita, de seis siglos y medio de antiguedad, bien merece ser restaurada con cuidado. La del Campo es de idéntico gusto y época; está encalada y pintada y abierta al culto en la romería que se celebra el día 3 de Mayo, cuando las jóvenes del pueblo renuevan el pañuelo bordado con los atributos de la pasión, que la «Cruz del pañuelo», situada á la izquierda de la carretera, ostenta en un cuadro durante todo el año, sobre su brazo derecho.

Al frente de la villa, por el poniente y debajo de la elevada cumbre de San Cristóbal, se ve la villa de Apellániz, de numeroso vecindario, con gran fuente y buenos molinos, grandes dehesas de robles, castaños y una afamada cantera de arenisca roja y suave para piedras de afilar. Tuvo gran crédito en este pueblo el artista fabricante de fustes para las sillas de montar, cuyas obras no tenían rival en el país.

Bien de mañana al siguiente día emprendimos la caminata hacia Santa Cruz, dando la vuelta que la carretera forma al pie de la altura de Gustaldapa y dejando á la derecha el elevado Manchibio, sus barrancos y las minas de asfalto en explotación. El terreno cretáceo de la llanada de Vitoria termina en los altos de Eguileta, donde aparece el numulítico ocupando toda esta planicie de Maestu y las alturas de Roitegui y Sabando, que está terminado sobre Apellániz en la sierra de Izquiz, donde se presenta el terciario con pudingas. Casi en Maestu mismo y en el camino que emprendíamos vuelve á aparecer el cretáceo. Las pudingas y los fósiles Numulites están en lo más alto de las peñas desnudas; en Maestu vuelven á verse las margas azules con *Spatangus*; hacia la mitad de las alturas de la parte de oriente grandes fajas areniscas y formaciones de cuarzo, y, por último, en lo más elevado la calcárea con fósiles Numulites y *Ambli pigus*. La estrecha, honda y sinuosa garganta que forma la cuenca del Ega y por la cual marcha la carretera desde Maestu hasta cerca de Santa Cruz, tiene más de legua y media de extensión y está poblada de robles y hayas en toda ella. Sólo frecuentan este camino los porteadores de vino y de

maderas. En un pequeño llano, á la derecha del río, se ve una antiquísima ermita, que merece visitarse. Más adelante, incrustada á grande altura en las rocas y debajo de un muro vertical de grandes masas de caliza, se encuentra la de San Bartolomé. Una peña casi aislada, que imita el espectro de un castillo y que se alza sobre las encontradas curvaturas de los montes, indica la posición de la villa de Atauri, que con su situación en una vertiente y la frondosidad de su término, parece un paisaje suizo.

Nada más pintoresco si un cielo limpido acompaña al cuadro. Las peñas avanzan por la izquierda hasta unas cuantas huertecillas escalonadas, cuyas paredes están llenas de trepadoras plantas. La carretera al pie y á la derecha las cubiertas márgenes del río, un puente alto oculto entre la hiedra, más arriba varias casas rústicas y encima la iglesia con su torre de media naranja y pináculos, y al lado un vetusto caserón con armas y multitud de desiguales ventanas, y otra de oscuro color más arriba y sobre ella el bosque frondoso coronado por la calva roca aislada, desde cuya base arranca la cumbre caliza y desnuda. En la orilla del río grandes árboles y muchos matorrales, el horizonte angosto, cerrado por los montes y al pie de las hayas y encima de los carrascos gigantes huellas negruzcas de las aguas que du-

rante las tormentas y los deshielos se derrumban por las rocas cortadas á pico.

Al salir de la villa, apenas se ha entrado en ella, hay una sencilla ermita. En su blanca pared hubo marcado el contorno de una trucha de 9 libras, muerta de un balazo en el río inmediato.

Algunos centenares de chopos, ya amarillos en estos días del otoño, adornan la carretera en un gran trecho. Después montes y más montes, y las solitarias hayas y el ruido de la corriente que se retuercen entre los peñascos del fondo, y una cesta destruida y algunos arroyos que bajan presurosos de las cimas, y multitud de ganados, de vacas y bueyes que pastan en las pequeñas praderas y de blancas cabras que asaltan un inaccesible atajo, que se encaraman en las peñas y que balan desde aquellos empinados riscos.

Desde lejos se alcanza á ver la esbelta torre de la villa de Antoñana, con sus columnas, su cimborrio y su linterna. Al pasar por frente á ella, se vé la población, de triste y severo aspecto con sus destrozadas murallas y decapitados torreones sobre el río, asentada sobre un durísimo suelo de roca, con sus dos calles y sus cincuenta casas. Fortísima fué en un tiempo y grande su jurisdicción según cuentan. Las estrellas y las calderas de la casa de Rojas y Guzmán, que se ven en algunas de sus armas pregonan que perteneció al conde

de Orgaz, de cuyo señorío supieron hábilmente emanciparse sus habitantes. Cerca de Antoñana hay un magnífico retamal, el único de la provincia.

Un cuarto de hora más allá se alzan enhiestas y artísticas las peñas de Corres; el Ega pasa el original y pintoresco Puente alto, en el camino de Genevilla á dos pasos de la carretera, y esta, al llegar á la casa del peón caminero á una media legua de Antoñana, bajo las cimas de Piérola, entra en el despejado terreno de Santa Cruz de Campezo, ante el cual, cerrando todo el horizonte por el mediodía, se levanta gigante la asombrosa montaña de Yoar. Detrás de los altos montes que hemos atravesado, quedan, á la derecha: Arlucea, afamada y fuerte plaza de Armas en los siglos XI, XII y XIII, hoy villa rica por sus montes de haya, boj y roble y notable por sus peñascales y sus inexploradas cuevas; Marquínez, antigua villa también, formada por los pueblos de Marquina de arriba y Marquina de abajo, en la hermandad de su nombre, perteneciente antes á la jurisdicción de las Tierras del Conde de Salinas, notable por sus ermitas ojivales de Violarra y San Juan, al pie de las conocidas peñas de Botondela y Zaracolanda, por su preciosa vega de manzanos, por sus centenares de cabras que pastan en Izquiz, por sus fábricas de teguillo de roble y sus carboneros. En el terreno numulítico de sus

cercanías se hallan grandes fósiles Gerithium. También está en aquella comarca la montuosa villa de Corres de la hermandad de Arraya y Laminoria, con su característica peña, con restos de sus murallas y de su castillo, antes sujetas al marqués de Valmediano. Sus arroyos crían excelentes truchas, y todos aquellos extensos y poblados montes de Izquiz, muchos corzos y jabalíes.

Detrás de los montes de la izquierda, sobre el límite de Navarra, y hacia las vertientes de la eminente sierra de Andia, quedaban: la villa de Contrasta en la tierra de Arana, cuyo señorío tuvo el valeroso alavés Gauna, salvador de Enrique II en Nájera, y que para los curiosos conserva los vestigios romanos de su notabilísimo iglesia de Elizmendi, llena de inscripciones; Roi-tegui y Onraita, villas del señorío de los Porcelas vitorianos; y Sabando, San Vicente Arana, y Oteo, que á excepción de sus poblados montes y barrancos ofrecen bien poco de particular.

Contemplando el notable panorama que las nieblas y el sol formaban en la sierra de Yoar, entre cuyos juegos de luz se destacaba la prolongada silueta de Santa Cruz de Campezo, llegamos á esta villa á las dos horas y media de haber salido de Maestu. El barómetro indicaba 763 milímetros, de modo que habíamos descen-

dido en nuestra caminata unos 150 metros. Tiene la población muy excelente aspecto y buen caserío. La carretera atraviesa su calle de La Villa y, además de ésta, cuenta las de El Arrabal, La Fuente, Resbaladero, Subida al Castillo, de Montijo, de Pedro Antón y otras. Está edificada en un plano muy pendiente, en cuyo tercio medio se halla la iglesia, de modo que ésta se ve rodeada por tres de sus costados de hermosas graderías de piedra. Tiene el templo una notable portadita ojival del estilo florido, y se compone en el interior de una gran nave, alumbrada por el mediodía por cinco grandes ventanas. Sus capiteles son esculpidos, y conserva dos enterramientos de la época de la fundación, con algunas labores. Tiene ocho altares de severo y elegante aspecto. Pero su rica joya es la sillería de su coro, magistralmente esculpida en nogal, de la época del renacimiento y cuajada de trabajos desde la base de los asientos hasta la esbelta cornisa que terminan aéreos niños. No se conserva memoria del autor de la obra, y sólo dice la tradición que fué hecha por un artista desterrado en la villa, muy aficionado al rico nectar de la vid. También la sacristía es notable. Su ornamentación es imitada á la del coro, aunque no tan buena, y su elegante y rica cajonería es digna de figurar en una catedral. La sacristía es obra moderna y está coronada con una cúpula.

Sobre la iglesia se alza el alto asiento del de-rruido castillo de la villa. Admirable perspectiva se distingue desde allí. La extensa línea del monte Yoar cierra, á 1420 metros de altura, el paisaje por el sur, cubierto de grandes hayas arriba, de robles abajo y de un rico y moderno castaño en el hermoso valle barranco de Larra. Hacia la Sonsierra se pierde la línea de los puertos de Cabredo, Ge-nevilla y La Población; al poniente se ve el alto de la ermita de San Fausto de Bujanda, punto de muy animadas romerías y los montes de San Ro-mán de Campezo; al lado se alzan las raras peñas de Corres y la línea de Izquiz; al frente de la villa al norte y al otro lado de su bonita planicie, de la carretera y del río, el alto de Hornillos con el convento de Piérola en la mitad de su ladera; allá en el confín de Navarra, al pie de Marqui-lano, la fértil vega, las arboledas y la villa de Orbiso; al oriente la carretera, los altos de Ber-rabia y el pueblo de Zúñiga en Navarra, las peñas de Balderana y los encinales de Valderrota; y al sudeste la peña y puerto de Nazar y á sus pies el histórico puente de Arguijas.

Santa Cruz cuenta doscientos cincuenta vecinos que dedicados en general á la agricultura cogen muy buenas cosechas de trigo, habas y castañas, y mucha hortaliza y frutas. Aún se conserva, pero en decadencia, la afamada *fabricación de cucharas*

y objetos manuales de boj, industria doméstica que producía gran rendimiento en otros tiempos, y que ya ha perdido bastante. Los bujarrales van desapareciendo, y aunque se emplean otras maderas, que imitan artificialmente al color de aquéllos, no son de las mismas propiedades y la mercancía desmerece. Celebra la villa sus mercados los sábados, desde Noviembre á Mayo sobre todo, siendo las principales transacciones sobre cerdos, pimientos y frutas. Hay en el centro de la población una gran fuente de ocho caños, con un extenso abrevadero semicircular, que la rodea.

El mismo día de nuestra llegada, por la noche, entró en Santa Cruz la cuadrilla de cazadores vitorianos, que descendiendo de la sierra de Izquiz, venía bien provista de perdices, liebres y palomas. Celebramos un banquete de campo al siguiente, y en él se dispuso ir á la espera de palomas, con ciegas, al monte de Valderrota, donde las aves acudían de preferencia por haber abundante pasto de encino. Discutióse antes si, siendo día de viento, sería preferible cazar al pie de Yoar en los montes de Yerti, Invialadesa y Arriaran que son cazaderos abrigados y de gran fama, ya que sería imposible hacerlo arriba, en la vertiente del gran monte. Previnieron pues sus escopetas y reclamos, lleváronse algunos lazos para algunos que querían cazar separados, y bien temprano,

cuando las nieblas empezaban á despejarse, partieron los cazadores hacia Valderrota llenos de animación. Yo acompañé á algunos de los del pueblo hasta la blanca ermita de la Virgen de Ybernal, y regresé á la villa á disponer mi caminata á Bernedo, á la villa y pueblos de la orilla del Ega.

Seguimos el camino que sube por toda la margen derecha del río, al pie de la eminente cordillera y de los puertos de Genevilla, Cabredo y Marañón, tocando en esta especie de irrupción que la provincia de Navarra hace más acá de la cordillera que la separa de Alava. Una irrupción también muy curiosa es la que se observa en la constitución geológica del suelo. El terreno secundario cretáceo llega desde Maestu hasta cerca de Santa Cruz, extendiéndose hasta la sierra de Toloño, pero el terreno terciario que forma todo el suelo de la Rioja Alavesa penetra sobre La Población y Aguilar, en una estrecha legua al O. de la peña de Yoar, cortando el curso del Ega y avanzando por Genevilla hasta Santa Cruz. Así es que los conglomerados ó pudingas terciarias, nos acompañaron hasta cerca de Marañón, donde ya aparece el terreno cretáceo bien representado en la alta y conocida peña de La Población, al mediodía. El paisaje de toda la orilla del Ega es agreste, cubierto de arbolado, de estrecho horizonte en su mayor

parte y solitario en extremo. Tres horas mortales nos costó esta caminata, en la que no hicimos alto. Los vallecitos que rodean al río están todos sembrados y ofrecen un agradable aspecto. Los montes tienen hayas en la parte alta, encinos, ascarros y bojes en las vertientes, y robles, fresnos, álamos, tilos y frutales en la ribera y en los bajos. La riqueza en canteras de piedra y en curiosos yacimientos minerales no es menor que la vegetal.

En una empinada cuesta de las faldas de la sierra y á la orilla derecha del río se destaca Bernedo, sobre una fértil y dilatada vega. Aún conserva la forma ceñida y propia de su guerrera disposición, aún se ven extensos trozos de la muralla oscura y severa con sus vetustos portales, y aún alza á la par de su torre su ruinosa masa el castillo. Su vecindario es corto y su caserío, excepción hecha de algunas casas señoriales, de mediano aspecto. En el breve tiempo que permanecimos en la villa, no intenté subir á la eminencia del castillo, ni visitar la pintoresca fuente origen del Ega, ni ver el Cristo de Ocon que guarda la gran peña de San Tirso, porque cansado de la caminata y habiéndose puesto el tiempo de mal cariz, me contenté con recorrer la población y tomar algunas notas. Con harto sentimiento también renuncié á visitar la villa de Lagrán, patria de los Vianas

ilustres, del primer conde de Tepa, del traductor de Flavio Vegecio, del magistrado Sagarzurieta, y del insigne matemático brigadier Saenz de Villa-verde.

Después de comer tomé de vuelta el camino de Santa Cruz, á donde llegamos ya muy entrada la noche. Allí encontré á los vitorianos, que habían reunido un montón de 143 palomas, y que se disponían á repetir la fiesta montaraz al día siguiente, mientras venía de Vitoria el coche en que habíamos de regresar. La segunda jornada produjo 112 palomas; los cazadores estaban entusiasmados y no sabían cómo agradecer las atenciones y auxilios que encontraron en varios distinguidos amigos vecinos de la villa, que no supieron qué discurrir para obsequiarnos. Yo hice en ese día una expedición al convento de franciscanos de Piérola, hoy desierto, que es de muy poca importancia. En su templo gótico campean los escudos de los Rojas, y su moderna historia está llena de tristes recuerdos relativos á nuestras guerras civiles.

Preparado ya el coche, y caballero mi espolista en el rucio que yo había llevado, dimos en breves horas la vuelta á Vitoria, deteniéndonos tan sólo en el alto de Eguileta á disfrutar del incomparable panorama que ofrecía el llano de Vitoria completamente oculto por la niebla, asemejando un gigantesco lago, de entre cuya densa superficie surgían

los picos de Guevara, Argómaniz y Estívariz, como otras tantas islas flotantes y la oscura silueta de Vitoria entre la leve cortina de vapores, que empezaba á arremolinar el viento del noroeste. El sol en tanto doraba las cimas de San Adrián, Amboto y Gorbea y proyectaba sobre nuestro elevado mirador la sombra de las hayas, que nos hizo volver á montar cuanto antes y engolfarnos, bien abrigados, en la niebla de la llanura.

Conducidos por la oscura intuición de que debíamos tener la noche en la cima, nos dirigimos al vértice de Vizcaya el día 10 de Noviembre, en compañía de un par de amigos que iniciaron su ascenso en mediodía de ayer viernes y se quedaron a vivir cuadros y fotografías en la cima. Nosotros habíamos comenzado a las 10 de la mañana de ayer sábado. Caminamos sin cesar hasta la cima de Gorbea, donde nos quedamos contemplando el resto de la cordillera. A continuación, y sin pausa ni descanso de más de media hora, viajamos hacia las cumbres cercanas en busca de un saliente suspendido en el valle en el que nacían los ríos que drenan la glacia, que los científicos designan como fondo de presa. Una vez allí, nos quedamos en contacto con Chabaud, que nos dio el visto bueno, y al instante todo el equipo se puso en marcha para regresar a la cima.

NOTAS

Algunas de las más valiosas informaciones sobre la guerra de los Estados Unidos con el Imperio japonés se han obtenido de los informes de los oficiales estadounidenses que participaron en la misma. De acuerdo con el informe del general George F. MacArthur, director del comando supremo en el Pacífico, se observó que el enemigo se mostró más temerario y audaz que en su anterior guerra con China. La estrategia japonesa se basó en la sorpresa y la velocidad. Se realizó una serie de ataques rápidos y sencillos que lograron resultados inesperados. Los ataques fueron ejecutados con gran habilidad y precisión. Los Estados Unidos respondieron con rapidez y eficiencia, pero tuvieron que luchar contra un enemigo que era más temerario y audaz que en su anterior guerra con China.

El informe del general MacArthur también menciona la importancia de la aviación en la guerra. El uso de aviones de combate y bombarderos resultó decisivo en la victoria estadounidense. Los aviones estadounidenses lograron dominar el aire y desbaratar los ataques del enemigo. Los Estados Unidos también contaron con la ayuda de sus aliados, como Australia y Nueva Zelanda, que proporcionaron apoyo logístico y naval. La victoria estadounidense en la guerra con Japón fue el resultado de la combinación de factores, entre los que destaca la superioridad tecnológica y la estrategia militar.

ZALDIARAN—TREVIÑO—PEÑACERRADA
RIOJA ALAVESA

JULIO DE 1876.

I

CUANDO terminó la última infausta contienda civil tuve la satisfacción de realizar por décima vez el viaje de Vitoria al Ebro por Peñacerrada, en compañía de un par de distinguidos amigos tan inteligentes en multitud de conocimientos como aficionados á estas cortas é interesantes excursiones. Desde 1871 habíame comprometido con el sabio ingeniero francés M. Chardon, que conocía todo el Pirineo desde Figueras á Irún, y que iba estudiando el resto hasta Galicia, á acompañarle á un paseo por los altos de Peñacerrada y Toloño, viaje que hubiéramos realizado en aquel verano á no haberse empezado ya á notar en el país los primeros síntomas de la guerra, que tan terribles consecuencias nos había de producir. Apaciguada la comarca, M. Chardon me recordó mi compromiso, y al ir á buscarle al Hotel Quintanilla el día de mi llegada á Vitoria, le encontré acompañado

del espiritual M. Tréport (así le llamaremos) corresponsal de varios periódicos políticos y literarios de París, que había recorrido medio mundo y que se decidía á pasar cuatro ó seis años viajando por España.

Supo M. Tréport que su compatriota el ingeniero iba á dar una vuelta por estas montañas, y le suplicó que le admitiéramos en nuestra compañía.

— De este modo — me dijo M. Chardon — el viaje no será sólo científico sino histórico, porque monsieur Tréport gusta mucho de ver castillos viejos y ruinas y de apuntar cuentos de los antepasados.

Mucho me alegré al ver tan honrosamente reforzada nuestra exigua tropa expedicionaria; y dando á la historia y á la ciencia su participación correspondiente en el tiempo y en el camino que teníamos á nuestra disposición, únicamente se discutió en la sesión preparatoria, la clase de caballería ó vehículo que debía conducirnos.

— Yo — dijo M. Tréport — cuando la expedición es como ésta, de ocho á diez leguas, si hay buenos caminos los recorro á pie por comodidad, y si son malos, hago lo mismo por necesidad.

Por su parte M. Chardon nos demostró con los itinerarios de su cartera, que en dos meses acaba de recorrer en los Apeninos ciento sesenta leguas á pie.

No hubo más que hablar, y quedó aprobado el siguiente plan: Dehesa de San Bartolomé; Zaldiaran—Condado de Treviño, Cuevas de Laño—Peñacerrada; Montoria—Puerto de Herrera—Laguardia—El Ciego—Palacio de Abalos—Labastida—Salinillas y Miranda.

He aquí el rápido bosquejo de nuestra correría. Al sur del llano de Alava están los montes de Vitoria, hacia los cuales tomamos por la senda del Prado, monte del Pico, y aldea de Berrosteguieta, que guarda en su iglesia algunos bellos restos románicos y una *espina* de la corona de Jesu Cristo. Desde la aldea empezamos á subir el puerto siguiendo la ruta de los caseríos de Atauri.

Traspuesta la altura desde la que disfrutaron admirados mis compañeros de la bellísima perspectiva de la llanada de Vitoria, nunca bien ponderada, avanzamos por un cerro entre los helechos y argomas, teniendo al frente los altos que nos separaban de Treviño y en el fondo de un largo y estrecho valle la dehesa agrícola y estación prehistórica de San Bartolomé. Su cariñoso dueño el respetable y sabio anciano don José María de

Ugarte, fundador de las magníficas fábricas industriales de San Juan de Alcaraz, y fundador también de esta dehesa, nos esperaba en ella.

El sitio es solitario, agreste y triste: solo la buena y vizcaina voluntad de un hombre de hierro como el Sr. Ugarte pudo decidirse á poblarlo. Allí había una antigua ermita arruinada, que dió nombre al término. El animoso vitoriano alzó una cómoda y excelente casa de labor con todas las dependencias del servicio agrícola, roturó mucha parte del valle y de las inmediatas pendientes, llevó sus colonos al nuevo poblado y emprendió la modesta explotación agrícola de aquel antiguo desierto. Pero su actividad no se satisfizo sólo con la práctica del arte rural. Conocedor de los estudios antropológicos y prehistóricos en los que hizo bastantes descubrimientos en el medio-día, presumió que la situación especial de estas alturas sobre la llanada vitoriana podría haber sido favorable al establecimiento en ellas de las primeras gentes iberas pobladoras del país. Desde luego confirmó sus presentimientos el hallazgo de algunas toscas hachas de piedra características de aquellas remotas edades. Cuidó con atención el movimiento de las tierras en las labores agrícolas y un día (1864) se halló en presencia de un raro vestigio, de época muy posterior, pero que indicaba la estancia de gentes notables en estos valles,

con el encuentro de dos brazaletes de oro, de tosco trabajo y contestura, que pesaban algo más de diez y nueve onzas. Sus exploraciones continuaron sin cesar y desde entonces acá, ha logrado reunir sin salir de este punto, una numerosa e importante colección de hachas, cuchillos, flechas, cuñas y vaciadores de piedra y hueso grabado y morteros, manos, moldes y otros objetos de la edad prehistórica, así como algunos restos fósiles del Egus fosilis, Hipariom, etc., cuya contemplación nos distrajo largo tiempo. Convinimos desde luego en que San Bartolomé es una de las muchas estaciones primitivas que se han de catalogar y definir en nuestras montañas el día en que vulgarizándose más estos conocimientos se vayan explorando todas ellas, y en que, hoy por hoy forma ésta el capítulo primero de nuestro pasado prehistórico, siendo el segundo el de los dólmenes célticos cuya región y caracteres en Alava está mejor determinado. Siempre le quedará al Sr. Ugarte la gloria de haber sido el iniciador de estos estudios y mucho celebraríamos, que sus esperanzas, de completar tales descubrimientos y de examinar algunas cavernas, coronen dignamente sus laudables tareas.

Tomaron nota de todos los objetos hallados mis eruditos compañeros, celebrando de veras su paso por la escondida dehesa, y mientras M. Chardon examinaba con el Sr. Ugarte los trabajos de

perforación de la galería de las aguas y la clase y extensión de sus labores agrícolas, nos arriesgamos M. Tréport y yo á escalar la alta y tajada cima de Zaldiaran, allí inmediata, donde por espacio de algunos siglos se alzó un fuerte castillo, del que hoy apenas quedan vestigios entre las peñas. Le recordé que el fasto mas curioso de la historia de aquel cerro, era la estancia en él del campo del pretendiente don Enrique de Trastamara, en 1367, cuando preparó la batalla contra el rey don Pedro el Cruel, que apostado en la altura de San Román, sobre Ascarza, en medio del llano, no se atrevió á dar la batalla rompiendo adelante por el paso de la Puebla, sino que, retirándose, pasó el Ebro por Logroño, yendo á luchar con su hermano en los Campos de Nájera, donde alcanzó señalada victoria. Dijele hacia donde, sobre poco mas ó menos, estuvieron los diferentes cuerpos de ejército de don Enrique, señalándole en Gomecha, Aríñez y cercanías de Vitoria la posición de la vanguardia mandada por Beltran Claquín, y alrededor de Pico-zorrotz los mil castellanos con don Pero Lopez de Ayala que llevaba el pendón de la Banda; en Esquibel, Zumelzu y orillas del Zadorra, la izquierda compuesta de mil caballos al mando de su hermano el conde don Tello y del Prior de San Juan; en esta altura y en el valle y vertientes inmediatas hasta Armentia y Lasarte, el centro, que mandaba

don Enrique con su hijo don Alfonso, el maestre don Fadrique, Fernan Perez de Ayala y el almirante Bocanegra; y en Arechavaleta, Campos de Olarizu y altos de Mendiola, la derecha mandada por el marques de Villena y el maestre de Calatrava. Le mostré las aldeas de Asteguieta, Crispíjana y Zuazo hasta donde avanzaron los exploradores de la vanguardia de don Pedro, y el cerro de *Inglesemendi*, á cuyo punto llegaron los mas atrevidos, acosados por la vanguardia de don Enrique, y en cuya altura se hicieron fuertes unos cuatrocientos infantes ingleses mandados por Mosen Guillen de Feleton, quienes atacados por los que bajaron de la cordillera fueron destrozados y muertos en su mayor parte, con su jefe á la cabeza.

Extensas notas y datos tomó mi ilustrado compañero, y poco después nos despedíamos del Sr. Ugarte, para ir á buscar en el puerto la carretera de Treviño.

III

Mientras trasponíamos las alturas bajando á la abundante fuente de los Chorros, notó el ingeniero que el horizonte y el terreno que se presentaban á

nuestra vista habían cambiado por completo. Era el suelo en el llano de Treviño mucho mas accidentado que en el de Vitoria, su color mas claro y la estratificación de las alturas muy distinta. Habíamos pasado, en efecto, de la formación secundaria cretácea, á la terciaria con rocas á manera de conglomerados, cuyo terreno constituye una especie de isla geológica en este condado, como la ha formado también política durante muchos siglos, no perteneciendo á la provincia de Alava, aunque está enclavado en ella; si bien la formación terciaria pasa la linea de la Puebla y se prolonga por la cordillera de Tuyo, por encima de Pobes y Salinas, hasta cerca de Sobron.

El literato, atravesando por las tierras, se dirigió á examinar el curioso templo de San Vicentejo situado á la izquierda de la carretera, que conserva muy notables labores románicas, mientras nosotros avanzábamos sosegadamente desde Uzquiano hacia las ventas de Armentia, haciéndonos cargo de la configuración de aquel terreno y del bonito paisaje que ofrecían las alturas de Peñacerrada que se destacaban en el fondo, coronadas por los azules y quebrados picos de la eminente cordillera de Cantabria. Comimos en las conocidas Ventas sobre el puente del río Ayuda y siguiendo la margen derecha del río bajamos á recorrer la villa de Treviño y sus alrededores; el Molinacho



y las pintorescas márgenes del río. Los recuerdos de los vitorianos partidarios del emperador Carlos I, que se refugiaron aquí en la invasión del conde de Salvatierra (1520), la llegada de los dos mil soldados imperiales que mandaba el hijo del duque de Nájera, don Manrique de Lara, las conferencias con los representantes de Vitoria, la entrada en la ciudad de los imperialistas anticomuneros, y todas las históricas ocurrencias del levantamiento popular que terminó en Durana, y que tuvo en Treviño gran parte de sus principales fases, fueron el objeto de mi conversación con M. Tréport, á quien recordé también, que esta villa fué el punto mas avanzado que logró ocupar Zumalacarregui en la época mas próspera para los carlistas, en la primera guerra civil.

Uno de los vecinos, que con sobrada amabilidad se brindó á servirnos de cicerone en aquellos pintorescos campos, nos habló largamente de multitud de detalles del condado. Nos hizo ver cuán ricos en labranza, en excelentes mulas y en carneros eran aquellos pueblecitos; la importancia de los numerosos molinos y la belleza que dan al paisaje los corpulentos nogales de sus campos. Las afamadas canteras de piedras de molino que se encuentran en las alturas desde Armentia á Arana, son conocidas en muchas provincias y sirven de base á una industria muy productiva.



Taravero tiene grandes montes de roble para construcción; Franco, dos ricos molinos.

—Y en Dórdoniz, crece la torre, señores!— exclamó, con gran admiración de M. Tréport, que abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Cómo?... ¿cómo que crece la torre?

—Sí, señor; los yugos de donde cuelgan las campanas están apoyados en dos frondosos robles, y es claro, á medida que han ido creciendo los árboles la torre ha crecido también.

Celebró mucho el literato la ocurrencia del treviñés, que continuó diciendo:

—En Araico está el mejor cazadero de sordas del país; Treviño tiene muy buenas canteras de pedernal; en Cucho hay baños y una sierra pelada que cría mucho tomillo y espliego y donde se crian también grandes carneros. Allí al poniente está La Cervilla, al pie de la ermita de San Formero que sombra aquel olmo: á ese santuario subimos en romería todos los años y los mozos de Pangua y San Esteban son los que tienen derecho á la primera danza. En las aldeas de la parte norte hay poco bueno: Ocilla y Ladrera están metidos entre unos vericuetos muy malos; Lezama no tiene más que tres casas; es verdad que Morcador, que está al lado de la carretera más acá de Arana, no tiene más que dos y es pueblo. Allí sobre los riscos de Zurbitu dió el coronel Contreras la carga

con los lanceros del Rey, á los carlistas el día de San Fermin del año pasado; y por aquel paso, de más á la derecha, que es el puerto de Doroño, entró Quesada con el ejército para bajar á Vitoria. Ese pueblo de más abajo es Golernio, donde están los grandes corrales para los ganados. También el terreno que han atravesado ustedes esta mañana es áspero y pobre: En Aguillo están los pinos más cercanos á Vitoria; Ogueta tiene una gran fuente y un gran palacio; Ochate y Ajarte valen poco, y por cierto que por allí anduvo en un tiempo un ladrón que amenazó al cura de Miruri, con pegarle un tiro, si no depositaba cierta cantidad por allí cerca. Pues, señor, unos cazadores de Vitoria amigos del cura, se apostaron cerca del sitio y cazaron al ladrón, llevándole después atado á casa del cura. ¿A que no saben ustedes lo que hizo éste?

—Mandarle dar un buen vapuleo.

—No señor; le convidió á la mesa que tenía preparada para él y para los cazadores, le dió medio duro de limosna, le echó un sermón y le dejó marchar en paz. El ladrón no volvió á aparecer más por estas tierras. Y, á propósito de ladrones, en otra aldea llamada Maraúri, que no está lejos de Miruri, apareció muerto de un balazo en unos chaperros el famoso Temiño, que durante algún tiempo fué el terror de esta comarca.

Nuestro paseo, alrededor de Treviño, duró toda la tarde y al anochecer volvimos á las ventas de Armentia. Muy temprano, al día siguiente, tomamos por la orilla del río arriba con dirección á Albaina, precioso paseo, en tan buen tiempo por lo pintoresco del país. Albaina es, sin duda, el mejor pueblo de Treviño por su fértil y hermosa vega. Allí vimos grandes huertas que producen un constante regalo; allí probamos excelentes truchas y encontramos, en una palabra, un pueblo que, muy retirado del mundo, tiene excelentes condiciones para realizar la vida patriarcal. Siguiendo la orilla del río que baja de las colinas del mediodía nos encaminamos á Laño, que está á unos tres cuartos de hora más arriba de Albaina en terreno muy quebrado cubierto de grandes robledales, y poblado en la mayor parte de las lomas, de pasto de innumerables carneros. Visitamos entre ambos pueblos el boquete por donde se derrumba el río, la pintoresca peña del Moro y las cuevas de *La doctora*, que deben su nombre á una moderna circunstancia.

Según nos explicó el guía, que nos acompañó desde Albaina, parece que allá hacia el año de 1840, vino á este país, sin saberse de donde, una señora ya de edad, que con fundada extrañeza de los habitantes de aquellos pueblos escogió para habitación una de las muchas cuevas naturales que hay en los riscos de Laño. Llegó vestida de negro

y bien tratada y nunca le faltaron recursos para alimentarse. La curiosidad natural llevó allí muchas gentes que hablaron con ella, y cuando los curas de los pueblos cercanos trataron de convencerla de lo mejor que se encontraría en cualquiera de ellos, tales discusiones sostuvo, tales textos latinos y discursos les expuso en diferentes ocasiones, que no lograron sacarla de su retiro, y las gentes, en vista de su especial sabiduría, la bautizaron con el nombre de *La doctora*. ¿Quién era aquella mujer? El guía aseguró que nadie lo sabe, y que, después de una larga estancia en la cueva, desapareció como vino, sin saberse por donde.

Con objeto de ganar tiempo, habíamos subido nuestro almuerzo desde Albaina á las cuevas. Visitamos varias, que siendo naturales en su forma, tienen sin embargo en su interior diversos pisos, boquetes, gradas y rampas artificiales, que indican que fueron antiguamente habitadas. En nuestra curiosísima visita, tomamos multitud de datos y proyectamos hacer con el tiempo, en otro viaje exclusivo, las exploraciones necesarias en el subsuelo, para ver, si como parece muy probable, se encuentran restos de las primitivas edades.

Mientras el guía nos contaba algunas tradiciones más ó menos fantásticas, aguardamos á que pasara un fuerte aguacero que empezó á caer, y dispusimos el calentar el almuerzo en el centro de una

especie de mesa natural, que una de las cuevas tiene á pocos pasos de la entrada. Hizo el guía una buena hoguera, puso entre unas piedras las fiambreras, y nosotros nos sentamos en un reborde que hacía la roca, más adentro aún. Bien entretenidos estábamos fumando y oyendo, mientras M. Tréport trasladaba á su cartera las noticias del guía, cuando de repente sentimos que desde el interior de la cueva venían corriendo hacia nosotros y, antes de que pudiéramos ponernos en pie, tres cabras negras como diablos, pasaron á escape hacia la salida derribando al guía y las fiambreras y esparciendo la lumbre tras de si.

—¡La Doctoral! —exclamó M. Chardon, pegando un brinco y abrazándose, sin poder contener la risa, á su compatriota, que absorto echó mano al revólver, que llevaba oculto bajo su americana.

Una carcajada general respondió al grito de M. Chardon, y repuestos de la sorpresa salimos á la boca de la gruta, á ver la dirección que llevaban las cabras, que espantadas trepaban ya por un risco á mas de treinta metros de altura. Los pobres animales estaban sin duda recogidos en el interior de aquella cavidad y el humo de nuestro almuerzo, al llegar al rincón donde se escondían, les había obligado á salir.

Después de contemplar los grandiosos montes de roble de Bajauri y Obecuri, descendimos de

nuevo á Albaina, y revisando las canteras notables de construcción de piedras de molino, que dominan á San Martín de Zar y á Arana, dejando á nuestra izquierda á los reducidos pueblos de Zumento y Faido, la curiosísima ermita tallada en roca viva de la Virgen de la Peña y la gran aldea de Baroja, subimos la cuesta de Taravero y Moraza por la carretera y dimos vista á Peñacerrada.
—He aquí otra vez el terreno cretáceo —me dijo M. Chardon al llegar á aquella altura.

—Y he allí la patria del mejor escultor que ha producido Alava, el pueblo del inspirado Valdiyielso, la aldea de Payueta, con cuyo nombre se conoció al artista.

IV

Al final de una recta y extensa línea de carretera, en el centro de una cordillera y dominando el pequeño valle que riega el Yuglarez, se eleva la pequeña villa de Peñacerrada, con su apiñado caserío, sus derruidos restos de la muralla y su severa cúpula de piedra en la torre. El paisaje es sombrío, el horizonte triste, el campo montuoso y pobre; la sierra está inmediata, el clima nebuloso y húmedo. Yo encuentro mucha semejanza entre esta villa y las de Bernedo y Maestu.

Está en el territorio, conocido antes con el nombre de Tierras del Conde de Salinas, y parece que su primitiva posición fué la de la altura de Urizarra, que encontramos á la izquierda de la carretera, dominando todo el término y en la cual hubo un fuerte castillo en la primera guerra civil. Antes de entrar en la villa, y al lado de un molino hay un manantial de limpidas aguas tan abundantes, que admira á cuantos llegan á aquel sitio. No existen ya las murallas que hicieron tan fuerte y memorable á Peñacerrada, y, apenas si queda en pie algún portal que recuerda la configuración de los muros y su resistencia. El caserío en general es pobre y propio de labradores. Su iglesia ojival reformada guarda los sepulcros de los ilustres caballeros de Montoria mosen Juan Ramírez y doña Ocenda Ruiz. Tiene la retirada villa pocos vecinos, y de ella fueron hijos los generales Velez de Medrano y Martínez de Bujo que florecieron en Flandes y en Montevideo en el siglo XVII. Plaza fuerte siempre, y con cuatro castillos en sus inmediaciones, tiene su historia guerrera bien nutrida de famosos hechos, relativos á cuantas campañas sostuvieron en los pasados siglos los reyes de Navarra y Castilla y en el nuestro los liberales y los carlistas. Su agricultura no adquiere gran desarrollo, y su importancia verdadera está en la explotación de los montes; como podía estarlo en la de las minas.

Nuestras excursiones desde Peñacerrada fueron á los criaderos de asfalto de Loza y á los terrenos carboníferos de Montoria. Los primeros están situados en un barranco situado al oriente en la orilla de un riachuelo y al pie de la aldea de Loza, como á una legua de distancia de la villa. Allí está la mina *Diana*, que descubierta por el capitán Becerro en 1857, fué vendida por éste en París en 1858 al general don Juan Prim en 150.000 francos. El general constituyó una compañía explotadora, que encomendó al ingeniero de minas M. Reboul la dirección de los trabajos emprendidos inmediatamente con grande éxito. Montóse un horno de destilación, se alzó un extenso almacén, se hicieron los asientos para otros 6 grandes hornos y la fabricación hubiera ido en aumento, á no haberse distraído sus propietarios en otras especulaciones que creyeron entonces más urgentes y productivas. Los trabajos cesaron, y hasta 1875 se conservaron en pie el horno y el almacén; pero necesitando materiales los carlistas para construir el fuerte de San León Fortun en lo alto del puerto de Herrera, apelaron las obras, arrancaron las tejas y las maderas e incendiaron las cubas que contenían el asfalto y el aceite mineral, durando la combustión meses enteros. En este triste estado visitamos ese lugar de la Charca del

Cañamal, cuyos grandes criaderos de asfalto, pertenecen hoy al autor de este libro.

Allí, donde un día el general Prim, el conde de Grady y el barón D'Hasda acompañados de numeroso cortejo de amigos celebraron la entusiasta instalación de las obras, donde las carboneras de Pipaon bailaron «con los señores de Paris», allí donde el inteligente M. Reboul concibió tan legítimas esperanzas para la explotación en grande de los asfaltos y aceites, encontramos la soledad y el abandono y las ruinas tan solo de un gran pensamiento. Pero la riqueza principal, casi intacta está aun en aquellos colosales bancos de roca asfáltica, de la que dijeron los sabios geólogos M. M. Verneuil, Collomb y Triger en su visita á estos criaderos. «La roca calcárea de grano fino que contiene el betún está tan impregnada de esta sustancia, que en las hendiduras, y en las superficies desprovistas de vegetación y expuestas al sol corre el asfalto líquido por la superficie en grandes gotas».

Hice á M. Chardon una detenida historia de los trabajos y nos trasladamos después á la escondida aldea de Montoria, situada al S. de Peñacerrada, donde hasta fines del siglo pasado existió el vetusto palacio de los señores de Montoria mosen Juan Ramírez y doña Ocenda, antecesores de los condes de Aguilar. La excursión á esta aldea fué

muy interesante también, por el estudio del terreno. En él descubrió hasta otras cuatro minas de antracita, turba y esquistos el capitán Becerro, que fueron explotadas por algún tiempo, así como descubrió las de plomo y cobre de Berunegui y Cortache en Villarreal, pero, trabajadas todas ellas por modestas empresas de escasos recursos, hubieron de abandonarse, esperando el día en que importantes casas industriales las vuelvan á denunciar y desarrolle en la provincia de Alava, esta segura fuente de riqueza natural, que encierra en su suelo.

Llamó mucho la atención de M. Chardon la formación jurásica, que aparece en este punto en medio del terreno cretáceo, y que está caracterizada por la presencia de multitud de diversos fósiles tan curiosos como los Ammonites, Belemnites, Terebrátulas, Limas giganteas, *Pectens æquivalvis* y otros, de los cuales recogimos una notable colección. La calcárea ciásica está escalonada con bandas de margas azules y de esquistos oscuros, de estructura hojosa y betuminosos. Esta formación tan notable ocupa muy corta extensión entre la carretera del puerto y los altos que se alzan al poniente de Montorio.

Volvimos á Peñacerrada á pasar la noche y á trazar un extenso y detallado perfil del corte geológico que habíamos estudiado desde la mañana,

señalando en la línea ascendente desde el río Ayuda en Treviño hasta Montoria las inclinadas capas de la calcárea blanca en la cuenca del río, las margas rojas y blancas de Franco, la calcárea brecoidea muy dura en Arana y San Martín, la arcilla y las margas blancas inmediatas, la calcárea asfáltica oscura, con fósiles lacustres en las alturas hacia Albaina; las arcillas rojizas con pudingas en el fin del terreno terciario; las calcáreas asfálticas con fósiles en los altos sobre Baroja y Loza y las margas blanquecinas secundarias de Peñacerrada.

V

A las ocho de la mañana del día siguiente, después de atravesar las dos leguas de monte solitario bordeado por hayas y espinos, llegamos al gran *balcón de la Rioja*, como generalmente se llama el puerto de Herrera, en la cordillera de Toloño. Y en verdad, que habrá en España muy pocos balcones con mejores vistas que aquél. M. Tréport estaba entusiasmado. Teníamos á nuestra derecha las escarpadas cimas de Toloño, donde los carlistas habían levantado el fuerte de San León, y á nuestra izquierda las más elevadas cumbres de la cordillera de Cantabria. La carretera describiendo

sinuosas vueltas bajaba por las faldas de esa cordillera hasta el dilatado llano. Toda la Rioja, con su limpido cielo, con sus hermosos campos, y con sus grandes pueblos se presentaba ante nuestros ojos. El Ebro, el *ur vero*, (río de aguas templadas, de los euskaros) se extendía como una cinta de plata cortando el paisaje de poniente á oriente. Al extremo opuesto de nuestro mirador, cerraban el horizonte las cimas de la sierra de San Lorenzo. A nuestros piés, en la orilla izquierda del gran río, veíamos en la comarca alavesa, las estribaciones de la sierra que abanzában sobre Viñas-pre y Yécora hacia los campos de Oyón; en una altura, como si fuera un recinto de enhiestos tablones oscuros la villa de Laguardia; entre las revueltas del río Lapuebla de la Barca; delante de nosotros el agrupado caserío de Elciego con sus dos torres; más acá, entre los verdes y alegres viñedos, los pueblos de Villabuena, Navaridas, Páganos, Samaniego y Loza; al lado el territorio castellano con la empinada silueta de San Vicente, y la villa de Abalos sobre la carretera; más allá, en Alava los picos y peñascos sobre que se asienta Labastida y en el poniente los altos de Obarenes, de Bujedo y de Foncea. Al otro lado del Ebro, sigue al río la linea del ferro-carril de Bilbao á Tudela y se vé al tren, con su nevado y diminuto penacho de vapor, salir de la populosa Haro,

avanzar rápido á Briones, detenerse, llegar á la Estrella, volverse á parar, y así en una serie de avances, tocar en Cenicero, en la estación de Fuentemayor, detrás de La Puebla y correr á Logroño cuyas múltiples torres, extenso caserío y oscuras masas de vegetación se distinguen al extremo sudeste del paisaje. Más allá hacia las frondosidades de las vertientes de la sierra aún se ven muchos pueblos cuyos detalles alcanzamos á percibir bastante bien con nuestros anteojos. ¡Qué distinto es este panorama de los que entre montes y desfiladeros hemos visto en la parte alta de Alava! Mundo diverso por su cielo, por su terreno, por su clima y por sus producciones y sus gentes, la Rioja forma realmente una comarca que en nada se parece á las genuinas provincias vascongadas. Sin embargo aquí tiene Alava la parte más productiva y casi la más poblada de sus hermanadades.

Mis compañeros no se cansaban de admirar aquél súbito contraste que se ofrecía á su contemplación á dos pasos de los espesos bosques de Peñacerrada. El color verde oscuro de las vertientes, salpicado por las masas de rocas desprendidas de lo alto estaba limitado por las líneas de campos sembrados que cubrían el llano; entre ellas los viñedos ostentaban su magnífico verdor, y las tierras de cereales recién segadas su blanquecina

superficie. Grandes líneas de matorrales indicaban la dirección entrecruzada de los caminos viejos, formando raro contraste con las fuertes fajas de las carreteras, que van de unos á otros pueblos en extensos y rectos trayectos. Los olivares dan sobresalientes tintas y variedad al suelo, y se les vé extenderse sobre las colinas y en los recodos de los vallecitos. El terreno de la Rioja es muy accidentado sin ser abrupto; los altos abundan formando una intrincada serie de bonitas lomas que, si son poco elevadas se ven cubiertas de cultivo y si son más eminentes ostentan peladas crestas ó monte bajo. Como en todos los países de templado y excelente clima, la mayor parte de los pueblos están en alto, al revés de lo que sucede en los países montañosos y fríos que esconden sus villas y aldeas en lo más profundo de los valles.

Ibamos á entrar en la tierra del vino, y en señal de ello encontramos en la divisoria del puerto un gran tonel simbólico, sostenido por cuatro piedras.

El caminero de la alta caseta de Herrera nos preparó un exquisito almuerzo, sacando de su huerta excelentes lechugas, de su corral dos gruesas gallinas y de su estante rico vino clarete y sabroso queso. Dos horas después, entrábamos en la villa de Laguardia.

VI

Laguardia es la población principal de Alava en la Rioja. Aún conserva la primitiva forma y extensión que tuvo, cuando en los guerreros siglos de la edad media fué importante y disputada plaza de armas. Alzase con su gran castillo-torreón cuadrado, con sus robustas murallas y sus fuertes puertas, en un cerro de poca altura, ocupándolo todo, y sobre una deliciosa campiña. Al norte y al lado de la fortaleza, se vé el hermoso templo ojival de Santa María, con curioso pórtico lleno de labores y con un notable altar mayor del siglo XVII, y al extremo opuesto de la villa está la de San Juan, gótica también y con algunas esculturas de mérito en sus altares. La apiñada población consta de varias calles, que tienen en el centro una plaza no muy espaciosa, donde se alza la casa del ayuntamiento. Entre su caserío se distinguen algunas viviendas de históricas familias y entre ellas la del gran fabulista Samaniego y la de los Condes de Salazar. Compónese su vecindario en general, de labradores, de propietarios y de algún comercio. Las casas tienen lagares y bodegas, de modo que los cosecheros no tienen necesidad de salir de su vivienda para las últimas y esenciales operaciones de la explotación vinícola. Además de la abundante

cosecha de vino y aceite, se cogen en la comarca muy buenos cereales, y ricas frutas y hortalizas en sus magníficas huertas. El carácter sencillo y abierto de los riojanos hace muy amena la vida bajo este despejado cielo, lo mismo en el trato común que los días de las fiestas y solemnidades públicas, que saben celebrar con extraordinaria animación y alegría, distinguiéndose sobremanera en sus obsequios á los forasteros.

En la villa de Elciego situada a corta distancia del Ebro, sobre el que tiene un hermoso puente, recorrimos los viñedos y bodegas de Torrea de la propiedad del Sr. Marqués del Riscal, otro de los beneméritos patricios á quienes debe la provincia especial gratitud por sus trabajos agrícolas. La Diputación foral de Alava, celosa del progreso de un ramo de riqueza tan importante como la vinicultura, acordó hacia 1860, establecer en la Rioja los procedimientos que se siguen en la región del Medoc, en Burdeos, en el laboreo y explotación de las vides, y en 1862 hizo venir al entendido y laborioso maestro de bodega de aquella región M. Pineau, para que se pusiera al frente de estas reformas. Uno de los que con más decisión secundaron los propósitos de la Provincia, fué el Marqués del Riscal, que desde luego empezó á practicarlas en sus posesiones de Elciego. Muy bien debió marchar el pensamiento, cuando

en 1867 decía el Diputado general Sr. Egaña, en su discurso de las Juntas de Noviembre: «Cada día ensanchan más y más los nuevos vinos su mercado, siendo recibidos con general aceptación por los consumidores, no solo de fuera, sino de gran parte del mismo país. Las ventas efectuadas en el presente año, en cantidades bastante considerables, y á precios casi triples de los que se han pagado por los vinos ordinarios, demuestran la superioridad que en el concepto público va alcanzando el método de fabricación *Medoc* sobre la antigua rutina y aseguran ya el feliz resultado de los patrióticos sacrificios que, en interés de una de las más considerables partes de su territorio, se impuso hace pocos años la Provincia.» Mas no sabemos que ocurrió poco después que el entusiasmo cesó y apagándose estas aficiones la Diputación despidió á M. Pineau, que llamado por el Marqués del Riscal, cada día más decidido á seguir adelante, le nombró su administrador encargándole la dirección de su magnífica finca de Torrea. Digna de verse es hoy, por muchos conceptos y entre otros por lo que enseña á los vинicultores y aficionados. Las diferentes partes de su viñedo muestran, en el terreno fértil unas 3.400 cepas por hectárea, colocadas á la distancia de 1'71 m. una de otra y en el suelo pobre unas 5.100 á 1'40 m. de separación. Lábrase á azada á 40

centímetros donde no hay piedra y á 80 donde la hay, limpiándose esmeradamente la tierra de todo cuanto estorba á la vegetación. En los terrenos húmedos las cepas están derechas y en los secos inclinadas. El primer año de cultivo se prepara la tierra con una mezcla hecha de una arroba de abono con tierra por cada cepa. En éstas hay estacas que sostienen atadas y derechas las plantas, atándolas con mimbres. No solo el campo está tan magistralmente cuidado sino que los edificios y bodegas se hicieron también de nueva planta para poder realizar con éxito las reformas. El ingeniero Sr. Bellsolá estudió en Burdeos la disposición de ellos y alzó los que en Elciego se admiran por sus notables condiciones. Las bodegas oscuras, embovedadas y con respiraderos al N. contienen 1.000 barricas ó sean capacidad envasada suficiente para 15.000 cántaras. El fruto recogido entra en ellas por railes de hierro en cubos de 85 hectólitros. Un ingenioso sistema de prensas superior á todos los conocidos, económico y rápido, permite hacer la operación fundamental con grandes ventajas. Los condensadores Mimar, recogen y concentran durante la fermentación todos los gases alcohólicos y aromáticos y dejan salir el ácido carbónico. Se conserva el vino en barricas de 280 litros, que para el vino de primera clase se renuevan en cada cosecha. Hasta que clarifica el líquido

están tapadas las barricas con especial arte y esmero y después se dejan descubiertas. Usanse las embotelladoras Taris Ducorneau y Gervais, siempre con botellas nuevas y corchos de primera clase, que se introducen hasta tocar con el líquido sin dejar vacío. Por un procedimiento especial, seguido aquí con grande éxito, se consigue quitar al vino todo el gusto característico del terruño. En las oscuras bodegas hay una notabilísima disposición de estantes, para guardar las botellas en posición horizontal. Han dado estos vinos en diferentes años: 13,4; 12,8 y 11,9 de alcohol. En las quince cosechas que se llevaban hechas hasta mediados de 1876 se mantenían los vinos en perfecto estado de conservación. Por regla general dan las cosechas ordinarias del país, vendidas á 12 reales cántara, un 3,50 por ciento; el producto líquido es de 42 reales por obrada; ahora bien por los procedimientos seguidos en Torrea es de un 155 por ciento, y aun descontando del interés del capital primero, de un 63. Aquí 800.000 reales empleados, han dado en años de mala cosecha un 5 por ciento y en años de mediana un 9,7. Este rendimiento será mucho mayor en cuanto el vino se vaya conociendo. La barrica valía en la época de nuestra rápida visita 680 reales. El vino que resulta no es Medoc, no tiene el aroma tan fino, pero se asemeja mucho:

es y será siempre buen tinto de Rioja, superior por todos conceptos al que se obtiene con la elaboración antigua. Se trajeron 20.000 cepas del Medoc legítimo, se ingertaron también con las del país, y aún así resulta vino riojano como es natural. El vino no es del gusto de los vulgares consumidores de la comarca, pero su venta está asegurada en bastantes mercados extranjeros y algunas populosas ciudades españolas. El transcendental problema de la conservación de los vinos, imposible hasta aquí, se ha resuelto en las bodegas de Torrea. Respecto á la importancia y ventajas de la producción dice el Sr. D. Camilo de Amézaga en una curiosa carta publicada en *La Gaceta Agrícola*: «.....una viña de 26 obradas de Alava, equivalente á una y media hectárea próximamente, plantada en 1874 con barbudos de 2 años, produjo en 1876 á razón de 9 hectólitros por hectárea y en 1877 á razón de 30, siendo más que probable que produzca el doble en 1879. Vendiéndose nuestros vinos por ahora á 75 pesetas hectólitro, que deben reducirse á 45 por las mermas en los cuatro ó cinco años que los guardamos y por el coste del envase, tenemos como producto bruto de la hectárea:

Al tercer año	415 pesetas.
Al cuarto.	1.350 id.
Al sexto, probable . . .	2.700 id.

cifras esta última muy superior á la de las viñas plantadas á la usanza del país.» Tal es la significación de la grande obra de progreso y propaganda emprendida en Elciego por el marqués del Riscal, que de seguro se impondrá con su victoria al método viejo, para el bien del país, para honra de su casa, y para satisfactorio recuerdo de la provincia que un dia ideó y empezó á practicar tan útiles y necesarias reformas.

A la satisfacción que M. Chardon tuvo, haciendo tan curiosos estudios en Elciego, sucedió la alegría de M. Tréport cuando se vió en el memorable palacio de los ilustres Fernández de Navarrete en Abalos. Esta villa no pertenece á Alava, pero está enclavada dentro de su territorio y el último de sus Navarretes era tan alavés de corazón y estaba tan identificado con nuestra provincia, con su suerte y su historia, que yo no puedo menos de considerar á ese inolvidable pueblo como parte integrante de mi provincia. Abalos como la mayor parte de las villas riojanas, poco ofrece de particular en su caserío y en sus templos, pero es como todas ellas fertilísima y hermosa en sus alrededores y disfruta del doble regalo de la belleza del cielo y de la riqueza de la tierra. Su gran joya es su palacio rodeado de deliciosas huertas, y asediado por los pobres que han encontrado siempre en él una verdadera Providencia.

Muy ilustres hijos lo han honrado, entre ellos: el canónigo D. Pedro Fernandez de Navarrete, secretario de Felipe IV, autor de los *Discursos políticos* y traductor de *Los beneficios* de Séneca; el Director de la Real Academia Española escritor ilustre Don Martín Fernández de Navarrete, y por último su nieto el insigne y modesto sabio y literato Don Eustaquio, autor de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, de las ilustraciones al libro de los Virreyes de Nápoles de José Raneo, de las Noticias para la vida de Don Fernando Colón, de la *Historia de la literatura española*, aun inédita, del *Bosquejo histórico sobre la novela española*, publicado en el tomo 33 de la Biblioteca de autores españoles de Rivadeneyra, de la primera parte de la *Reseña histórica de la Sede Vascongada*, cuya segunda escribió su íntimo y amante amigo el literato vitoriano Don Sotero Manteli. Respecto á los trabajos que como un tesoro se conservan en el palacio de Abalos, he aquí lo que decía el inspirado autor de *Aránzazu* en el *Recuerdo* de Abalos, después de un agradableísimo viaje que hicimos juntos para visitar aquel solar:

«Cien y cien comentarios á las tareas que dejó su ilustre abuelo de la Historia de Indias; multitud de biografías de los hombres más célebres de nuestra patria; la historia de nuestra literatura

desde su origen hasta su siglo de oro,.....; la historia completa de Filipinas desde los primeros pasos de su pacífica conquista, con las vidas de los más ilustres españoles que figuran en las vicisitudes por que ha pasado aquel vasto archipiélago desde su descubrimiento; noticias de más de trescientos nombres alaveses que dignamente figuran en las crónicas de los dominios españoles con muchas biografías acabadas; disertaciones científico-literarias, estudios amenos; preciosísimas ampliaciones y rectificaciones en los artículos del Diccionario geográfico-histórico de la Rioja publicado por la Real Academia; todo esto guarda de Eustaquio aquella casa monumental, después de lo mucho que, antes de su muerte, entregó al dominio de la publicidad por medio de la prensa.”

No estaba en el palacio la respetable y cariñosa viuda del insigne Navarrete, pero sus encargados nos enseñaron todas las habitaciones y dependencias de la magnífica mansión. La rica biblioteca que contiene miles de volúmenes escogidos y valiosos manuscritos, los cuadros, los objetos antiguos, el comedor, los salones y las confortables piezas de invierno, llamaron sobre manera la atención de mis compañeros, que no esperaban encontrar en nuestro rápido viaje, ni cunas de tan eminentes personas en la sabiduría, ni palacios en que esta guardara tan ricas joyas.

La villa de Labastida con los peñascos y fuertes ruinas que la dominan, con su estrecho término, sus fértiles huertas, con sus recuerdos del repostero mayor de Enrique II y de los condes de Salinas sus sucesores que dieron su nombre á toda esta tierra, con su rara y curiosa iglesia del Cristo, y su agradable caserío, las ruinas del convento de San Andrés de Muya y los lejanos y pintorescos santuarios uno en las nubes el de Toloño y otro en el valle el de Torrontejo, nos distrajeron agradablemente cuando pasamos por la patria de los insignes alaveses Pinedo, Lasarte, Tosantos, Sajazar y otros que ilustran la historia de su pasado. Briñas, el imponente paso de Las Conchas de Haro, Salinillas de Buradón con sus fuentes industriales y sus baños; la contemplación desde lejos, de los riscos de Ocio sobre el Yuglarez con sus ruinosos restos, de Portilla asentada en un pintoresco y extraño relieve de altísimas peñas y Zambrana con su agradable llano que baña el Yuglarez, con sus huertas cubiertas de ricos frutales con las risueñas cercanías de Santa Cruz sobre la carretera, la vía férrea y el Ebro y las de Lacorzaná con la curiosa altura de Arce tan notable por los hallazgos romanos como por su constitución geológica, todos estos puntos nos distrajeron desde Labastida un día entero, que supimos aprovechar muy bien, para ir á buscar después el necesario y

deseado descanso en el Hotel Guinea de la animada y céntrica estación expedicionaria de Miranda. Un día de reposo nos bastó para poner en orden nuestras notas y al siguiente tomábamos el tren de Logroño, para recorrer al mismo tiempo que la histórica ciudad de Viana, los fértiles campos de Moreda, las asperezas de la sierra de Labraza á Lanciego y la villa y términos de Oyón patria del tribuno insigne, del alavés don Salustiano de Olózaga.

DE MIRANDA A AYALA Y LLODIO

AHORA que están en moda las peregrinaciones, voy á estudiar el proyecto de una, que deben hacer de cuando en cuando los literatos alaveses y los demás de España, para honrar, con la visita á una respetable tumba artística, la memoria del más cumplido caballero y del primer hombre de letras que el siglo decimo cuarto produjera. Quiero contar á mis queridos compañeros en la literatura vitoriana, á los muy ilustrados y estudiosos amigos Manteli, Arrese, Vidal, Herrán, Apraiz, Barráibar, y Arbulo, qué es lo que se ve en el agradable camino de la romería literaria á Quejana, cuya torre-convento guarda las cenizas de don Pero López de Ayala, el glorioso alavés, gran poeta y cronista de cuatro reyes. Los vizcainos harán su romería á la casa-fuerte de San Martín de Somorrostro donde el insigne Lope García de Salazar escribió las *Bien-andanzas y fortunas*, los guipuzcoanos á aquella callejuela de Mondragón, en una de cuyas timbradas pero muy humildes casas naciera Esteban de Garibay; y todos juntos

la haremos después á Azcoitia al palacio del Conde de Peñaflorida para restablecer en él, puesto que en él nació definitivamente, la *Sociedad Vascongada de Amigos del País*, de honrosa memoria.

La vía férrea de Bilbao nos abre fácil paso hasta la tierra de Ayala, en Amurrio, en la hermandad del mismo nombre. El país intermedio, en lo que toca á Alava, merece recorrerse despacio. Con esta intención dejé pues, que el tren tomara por la vía adelante, desde Miranda hacia Pobes, su rápida carrera y yo me encaminé poco á poco, después de pasar por debajo de la vía férrea del Norte, hacia la hermandad alavesa de la Ribera baja que es la que toca en el confín de la provincia. Está éste señalado en la carretera por medio de un pequeño obelisco rodeado de bonitos olmos. La vía de Bilbao, avanza, por la misma cuenca del río Bayas, en terreno terciario, llano y sembrado. Hacia el N. O. se alza el telégrafo óptico en el alto de Quintanilla, que es un gran cazadero de perdices, y en la llanura está Rivabellosa, pueblo doblemente célebre, porque en él discutieron y aprobaron las Juntas generales de Alava en Octubre de 1463 el cuaderno de *Las Ordenanzas*, parte muy esencial del fuero, por el cual la provincia se ha regido durante tantos siglos, y porque en la pequeña altura inmediata hizo sus

observaciones el ilustre astrónomo inglés M. Warren de la Rue, acompañado de los sabios físicos M. M. Clark, Bek, Cleckley, Dowen y Reynolds, en 18 de Julio de 1860, con el magnífico fotoheliógrafo del observatorio de Kew, obteniendo sorprendentes fotografías durante el eclipse del sol, del disco y de las protuberancias, las que contribuyeron eficazmente á que se admitiera desde entonces en la ciencia que dichas protuberancias pertenecen á la cromosfera solar y forman parte de la incandescencia del astro rey de la luz y de la vida de nuestro sistema planetario.

Al lado opuesto de la vía están, Villabezana con sus ruinas sobre el puente de Ygay, y Turiso y su castillo lleno de yedra, muy visitados por los cazadores vitorianos. Empieza el terreno á agruparse en múltiples colinas salpicadas de robles, el horizonte se estrecha y dejamos detrás de aquellas alturas de la izquierda á San Pelayo y el curiosísimo campo romano de Carasta, muy digno de ser explorado. El terreno hasta la angostura de la diminuta y pobre villa de Hereña, en una extensión de más de cuatro kilómetros, es sombrío, árido, montaraz, y solo acompaña al viajero el río Bayas que avanza por la derecha de la vía, tan pobre en su caudal como en la vegetación de sus orillas. Desde Hereña se abre un pequeño valle dominado por cercanas alturas, á su vez corona-

das por los altos de Tuyo. Aquella es la hermandad de la Ribera alta, y allí se ven en lo más bajo, entre los árboles sobre el viejo camino, las ventas de Mimbredo y la casa nativa del señor Zulueta primer marqués de Alava; más arriba el pueblo de Anúcita con su iglesia y torre blanqueadas; más alto Nubilla, con tres vecinos, patria del antiguo ministro del Consejo supremo de Indias Sr. Ortiz de Landazuri, más allá Lasierra, y más arriba, en último término al E., el castillo de Tuyo. Por la izquierda los montes se avecinan á la vía; allá están en ellos la ermita de Santa Marina, el reducido pueblo de Castillo, y la enhiesta iglesia y pueblo de Pobes encaramados en una áspera altura en vistosa posición y al pie de la cual se llega á la estación y al barrio y puente de la villa. Llegué á dicho punto en una mañana de excelente tiempo, y á la clara luz del sol me pareció el conjunto de Pobes, su barrio bajo, su gran puente de mampostería de tres arcos, sus casas del lado opuesto, el bosque inmediato y las peñas de conglomerados que limitan la carretera, de un efecto en extremo pintoresco. La carretera de Vitoria á Salinas aboca á aquel puente y, subiendo por detrás de la villa, se dirige hacia Ormijana y Paul. Hay un excelente cazadero de perdices y sordas en los términos inmediatos á Pobes y Fuente-hoz.



Pasado el puente se dilata de oriente á poniente un valle formado por los altos de Tuyo y los de Badaya, y por la sierra de Lacozmonte á la izquierda. Ante la ruta que seguía se me presentaba el renombrado Portillo de Techá con las villas de Morillas y Subijana al pie, á uno y otro lado del río, que rompiendo por aquella colossal cortadura viene desde el inmediato valle de Cuartango. El cuadro es muy agradable: un camino cercado de piedras y matorrales sube costeando al Bayas á Subijana; los árboles de que están poblados las orillas ocultan el primer término y sobre el macizo de su verdor se alza Morillas con su elevado templo y sus pendientes y el camino de la ermita fuerte y la ermita al pie de la informe masa de rocas y árboles que suben á formar la escalonada cima, por delante de la cual avanza oscura la cortadura opuesta también tallada en la roca y cubierta de vegetación en sus faldas y lomas inmediatas. Allí tiene el pintor excelente asunto para una acuarela y allí recuerda el aficionado que en Murielles tenía ya su castillo uno de los señores particulares de Alava en el siglo IX, que después fué fortísima posición perteneciente á los Ayalas condes de Salvatierra, que en el levantamiento de las Comunidades era del jefe de los Comuneros alaveses don Pedro López de Ayala y que después de la derrota de éste fué arrasado por las tropas

imperiales. Recuérdase también que lord Wellington situó en ambas villas su cuartel general la víspera de la gran batalla de Vitoria, después de haber echado á los franceses de las alturas de Pobes.

Entré en el desfiladero después de pasar el puente viejo, que es una preciosidad como asunto de dibujo por los detalles que le rodean. Aquella angostura, en la que tiene la vía 2 pequeños túneles impone, por su severo aspecto y por la soledad. Las gigantes rocas casi se tocan hasta ocultar el cielo, y sus formas enhiestas, sus verticales derrumbaderos tienen tan extrañas formas que el ánimo se siente muy impresionado. Poco á poco el horizonte se dilata en forma de estrecho valle que cierran por un lado los altos de Badaya y por otro tres picos de rocas coronadas de espinos matorrales y árboles, en las sierras de Lacozmunte y Arcamo. Hasta la aldea de Aprícano, á la derecha de la vía, no se abre el valle de Cuartango; la vía pasa por mitad del pueblo, en el que se ven algunas casas con armas y fachadas pintadas de encarnado. Las rocas verticales empiezan á alejarse peladas y tristes, y allá á la izquierda, en solitario paraje al pie de la sierra, se ve el lugar de Ullibarri. Los montes de Arcamo huyen también hacia el poniente, abriendo espacio al cielo y al suelo. Allí están los Andagostes de Jócano y sobre las

asperezas de los altos de Arriano y Luna están las grandes balsas con ricas tencas y se esconden multitud de jabalíes entre los encinales. Allí están los peñascales con sus pasos para los contrabandistas, ásperos desfiladeros que los cuartangueses llaman Uncejos, donde la sierra cría multitud de pinos y encinas.

Al otro lado del río se ven: Zuazo, con su moderno establecimiento de aguas sulfurosas, y sus peladas faldas de la sierra, por donde parece que suben enfilados algunos escasos robles; Urbina de Eza sobre muy quebrado suelo con bonitas líneas de arbolado y algunas huertas; Echávarri con su pequeño puente, y Tortura muy pobre en su aspecto; pueblos todos de escaso vecindario y de regulares recursos agrícolas. Por la izquierda el valle se dilata más y allí están: el puente y la venta de Marabay, con los cazaderos de la Perdiguera y el Cuco; el aislado y alto pico de Marinda; á lo lejos Luna, con sus antigüedades en la casa de Aranguren y los vestigios de la moderna fábrica de pólvora de los carlistas; y Urbina de Basabe pequeña en vecindario pero grande en los recuerdos del país por ser cuna del ilustre capitán del siglo XVI *Juan de Urbina*, émulo de García de Paredes y de Pedro Navarro en las campañas de Italia, Maestre de Campo de los ejércitos españoles, el tercero y el más popular de los jefes en el

asalto de Roma, defensor de Nápoles en 1528, militar insigne que ascendió de soldado á general y á quien el emperador Carlos I, en premio de sus grandes proezas, nombró comendador de Heliche, alcaide del Obo y de Aversa, marqués de Oyva, conde de Burgomene, señor de Sforcessa y del jardín de Milán y Maestre justiciero de Nápoles. Este alavés insigne murió de un balazo en el sitio de Húpelo y fué enterrado en Nuestra Señora de Pié de Gruta en Nápoles, en 1530. Los marqueses de Montehermoso conservaban en su palacio de Vitoria un magnífico retrato suyo debido al pincel de Pantoja.

El pueblo de Sendadiano situado á la derecha del Bayas y á la izquierda de la vía es la capital del valle. Al lado opuesto y al pie de una angostura están Catadiano y la solitaria ermita del barranco de Escorumbre. Delante de Anda que ocupa una altura y á la izquierda de la vía en una planicie, volví á visitar los tres *dólmenes celtas*, uno de grandes dimensiones ya registrado con su montículo alrededor, y otros tres más pequeños, que determinamos y describimos en Agosto de 1870, el señor Manteli y yo, en una amena excursión que hicimos atravesando desde la llanura la sierra de Badaya, y viniendo á descansar á la casa de los Garay-Peña, de la familia del malogrado poeta vitoriano. El pueblo de Anda cuya posición

es muy agradable sobre el río, tiene en la altura inmediata las grandes canteras de mármol negro, de extraordinario nombre en el país, y de las que se han sacado preciosos ejemplares que hoy lucen en su ornamentación muchísimos pueblos. El puente del ferrocarril en Anda y las colosales piedras de los *dólmenes* son de mármol negro. En Anda se reunen el río que viene de Zuya y que baja de Izarra.

Después del necesario descanso en este pueblo, visité el curioso rincón de Andagoya situado más allá de una cortadura, antes de la cual pasa el Bayas al lado derecho de la vía. Andagoya está sobre una altura, en pintoresca situación, rodeado de arbolados, de pinos y robles, con raros y rústicos edificios y con las ruinas de su famoso castillo entre los jaros, y su vetusto puente ojival. Aquí tenía su fortaleza, su hacienda y su retiro el comunero conde de Salvatierra, aquí preparó su campaña y aquí vinieron los imperiales á perseguirle, y quemaron el pueblo y saquearon y arrasaron su casa. Rincon solitario y no escaso en bellezas naturales, aunque agrestes. Andagoya brinda á los amantes de las leyendas asunto sobrado para inspirarse.

Termina en su término el valle de Cuartango, y el camino avanza encajonado en una garganta de peñascos y robles. Un espeso bosque limita el

horizonte, entre las vueltas y revueltas del río, en una extensión de más de dos kilómetros. A la izquierda avanzan los grandes robledales de Godamo cerca de Abecia, que dan excelentes materiales para cubería. La villa de Cuzcurrita en la Rioja conserva una cuba de 1500 cántaras, procedente de este monte, y llamada María Godamo. Abecia es la patria de Martín Alonso de Sarria autor del *Teatro Cantábrico*. (1621).

La aldea de Abornicano, situada al lado opuesto, frente á Andagoya, que también tuvo un castillo, conserva restos de su importante ferrería, con hermosos olmos y un gran chirrial. El valle se ensancha pasado el monte de Abecia; aparecen tierras de labor, se vé á las mujeres trabajando en ellas, y la hermandad de Urcabustaiz, á la que también pertenecen los dos últimos pueblos, aparece con su elevado, frío y abrupto suelo.

II

La estación de Izarra, detrás de la cual se han levantado algunos edificios de buen aspecto, dista diez minutos del pueblo, situado en un repecho á la izquierda y al pie del alto de las Cruces. Subí á ver el pueblo, en cuya entrada á los antiguos puentes rústicos de tablas ha sucedido otro incli-

nado de piedra. Las gentes trabajaban en las tierras inmediatas. Izarra tiene un abundante manantial de frías y limpidas aguas, cobijado por una arca de piedra á cuya salida forma un gran riachuelo. Avanzando por las ásperas y pedregosas calles que forman las paredes de las semicirculares huertas y eras, llegué á la arboleda que adorna la iglesia. Cada casa aislada tiene al lado su cabaña para almacenar el alimento del ganado. Las puertas y ventanas están al mediodía; en las demás paredes apenas hay algún estrecho respiradero. Las cabañas y cuadras están cubiertas en sus paredes exteriores de ramas y hojarasca cortadas y sostenidas por grandes leños para el abrigo, y para la nutrición de las cabras. Todo esto indica que el país es extremadamente frío, y que aquí los inviernos son horribles. La iglesia misma, situada en un alto que hermosos nogales y fresnos sombrean, tiene su reducido pórtico cerrado, gruesas las paredes, y estrechas las ventanas; en defensa contra las intemperies. Viven de su pobre agricultura treinta y cuatro vecinos en este pueblo.

Más allá, llegué siguiendo la vía, á un hermoso y dilatado bosque llano poblado de frondosos robles y hayas, en los términos de Ondana, al extremo del cual hay un túnel de corta extensión. Al salir de él distinguese la aldea de Gujuli á poca distancia á la izquierda, y en el ábside de

su iglesia, que mira á la vía, se notan las huellas del arte románico. ¡Quién que se detenga en Gujuli no vé el magnífico salto de agua que se precipita desde la línea de la vía al hondo barranco, situado junto á ella en dirección á oriente! El cauce sale de la presa de un molino, y muchas veces antes de hacerse la vía cuando soplaba el viento fuerte de la hondonada, deshaciase el chorro de agua antes de llegar al fondo, se esparría en arremolinada nube de vapor y volviendo atrás á caer en el cauce daba de nuevo movimiento á la piedra de la molienda. Aquí pues, no era verdad aquello de que «el agua pasada... etc.» ImpONENTE es aquel colosal barranco que desde la vía se descubre y que va á perderse en las sinuosas profundidades y peñas de las revueltas de Belunza y del arranque de las gradas de Altuve.

Hice alto en Gujuli y aprovechando algunas horas que aún quedaban de día, me aproximé por Oyardo hacia las soledades de Unzá, que desde lejos se determinan por su famosa peña. En aquel retirado lugar fueron malamente asesinados por sus correligionarios el veterano brigadier carlista Calle y su hijo Antonio, primer capítulo de un tristísimo drama de las desgraciadas contiendas civiles, que empezó en Villarreal de Alava, continuó en el presidio de Valladolid y terminó en la plaza de Nantes, y cuyo interesante desarrollo

ejemplar en lo que cabe, publicaré algún día. Uno de sus detalles será mi visita al triste rincón de Unzá.

Con la madrugada eché á andar, volviendo á Izarra, donde tomé el tren para Amurrio. Antes de Gujuli se llega al nivel mas alto de la línea de Bilbao á Miranda. Mi barómetro indicaba una depresión equivalente á 620 metros sobre el nivel del mar. Bien puede el viajero en todo aquél trayecto que es una maravilla de concepción y de trabajo, dejar la contemplación del lado izquierdo, todo tallado en las rocas, para fijarse solo en los imponentes paisajes que, allá en profundas hondonadas, distinguirá por la derecha. En la cortada roca se ven los estratos horizontales y estrechos, como hileras de bien asentada mampostería ó de ladrillos corridos, que imitan las capas grises y obscuras del terreno cretáceo en sus calizas arcillosas. El paso de Orduña honrará siempre al genio de los hijos de la invicta Bilbao, y la memoria del ingeniero M. Vignolles.

El inmenso monte de Altuve con sus impenetrables hayedos tapiza los hondos valles, y por más que sus árboles alcanzan bastante altura, parecen desde la vía agrupados matorrales teñidos de uniforme y hermoso verdor. Pertenecen este monte al inmediato valle de Zuya. Un río, de abundante caudal desde su nacimiento, el Jaundia,

corre por su fondo y marcha por Astoviza, Barambio y valle de Orozco á unirse con el Nervión en Areta. Sobre tan hermoso panorama se alza la solitaria estación de Inoso, cerca de una gran cortadura. El aspecto de la hondonada es siempre sorprendente, lo mismo cuando en el buen tiempo cubre la vegetación con sus variadas tintas aquél amplio terreno, como cuando la nieve tapizando las alturas, los remansos, los caminos y las copas de los árboles, deslumbra á la vista con su brillante reflejo. Al principio del cuadro solo se vé la carretera de Zuya que á trechos blanquea subiendo hacia las Gradas de Altuve, después empiezan á verse uno, dos y veinte caseríos, que anuncian la proximidad de los pueblos. El alto y gigante Gorbea con sus cimas á 1500 metros de altura se alza al N., y cierran la línea del horizonte las cumbres de los montes de Barambio y Orozco. Suavemente va bajando la vía, describiendo grandes curvas y dando vista á la carretera que baja á Lezama y á los caseríos que salpican el valle. El tren vuela atravesando cortaduras de estratos horizontales y túneles, y dejando siempre á sus pies profundos barrancos, peligrosas pendientes y árboles frondosos. De pronto en una vuelta aparece un hermoso é inesperado paisaje: en un cerrito que domina un valle precioso se alzan, como un juguete, una esbelta iglesia blanqueada,

con cuatro ó cinco hermosas casas alrededor; multitud de árboles rodeaban á la colina por cuyas faldas se dilatan las tierras de labor, salpicadas de líneas de matorrales, de tortuosas sendas de bosquecillos y de caseríos. Es el pueblo de Lezama, el de los magníficos manzanales que producen excelente sidra. Más allá en un rincón solitario se alza un caserón-palacio, con una torre en el centro del tejado: es Larraco, del barrio de Padura, erijido por aquél alavés ilustre D. Juan de Ugarte, que viendo que la provincia abatida, esquilmada y pobre, no podía dar en 1650, el contingente de tropas, que Felipe IV pedía, armó un regimiento á su costa en este valle y con él marchó á servirle. Conserváronse hasta hace algunos años, bastantes antigüedades y recuerdos en esta casa, que poco á poco han ido desapareciendo. La torre ó mirador del tejado es obra reciente. Cerca de Larraco había antes muy curiosas ruinas de la ermita de San Juan.

Mas lejos, en el llano, y por breve tiempo se vé una población dispersa, con blancos edificios en gran número, y se distingue que un tren microscópico con su blanco penacho de humo llega á ella. Es Amurrio, y hasta aquellas hondas líneas de casas ha de llegar nuestro tren, antes de poco aunque parezca mentira, porque nos separa una diferencia de nivel de más de doscientos ochenta metros.

El tren en sus rápidas vueltas nos oculta ese paisaje para volverlo á ver otra vez: Amurrio, Larrimbe y Lezama aparecen de nuevo y de nuevo se ocultan. Caminamos hacia el Sur; un pueblecito de raro y bonito aspecto toca en la vía, y es la aldea de Lecamaña con doce vecinos, que ya pertenece á la tierra de Ayala. En lo hondo, distinguese la ciudad de Orduña con su severo aspecto; se la contempla en relieve, á vista de pájaro, desde esta altura, que empieza á contornear su famosa Peña, cuya alta y quebrada silueta, así como las crestas eminentes de la Sierra Salvada y la peña de Haro á 1180 metros de elevación, se contemplan al poniente cerrando el cuadro con su azulada oscura y compacta masa. Llegamos al túnel y pueblo de Aloria con triste aspecto, en un alto cubierto de arbolado; tocamos en la provincia de Vizcaya en una extensión de un kilómetro; entramos en la hermandad alavesa de Arrastaria pasando por Artomaña, pueblo recogido como los de Alava, situado en un rincón muy frondoso, y por Délica con sus casas cubiertas de hiedra, sus parrales, sus viejas higueras, y la pintoresca fuente al pie de la iglesia que multitud de árboles sombrean. Estamos en el país del chacoli y de las brevas, hemos descendido ya mucho. El horizonte se abre por la derecha, aunque por el lado opuesto sigue incrustado entre las asperezas y derrumbas.

deros de la sierra. La vía empieza á seguir la curvatura de la hondonada y deja al poniente entre los montes al pueblo de Tartanga, con sus rocas de formación ignea, cristalina porfídica y sus bancos de yeso, curioso y aislado detalle de esta sierra. En el punto en que la vía corta á la carretera que sube á la Peña con dirección al valle de Losa, á Berberana y Valdegovía, entramos en el territorio vizcaíno enclavado dentro de Alava, y que forman Orduña y sus cuatro aldeas, puestas como el Santuario de la Antigua en las faldas y llano de la cordillera. La ciudad de Orduña con sus pintorescos alrededores, se extiende á la derecha y á corta distancia del ferro-carril, que desde este punto sigue el curso del río Ibaizabal ó Nervión. A poco más de un kilómetro de Orduña, el camino entra de nuevo en terreno de Alava, pasando por delante de la bonita aldea ayalesa de Saracho, con sus siete barrios y su pintoresco término. Pocos minutos después el tren se detiene en la estación de Amurrio.

III

Así como en las comarcas de Peñacerrada, Maestu y en la Rioja, sobre todo, ofrece Alava pueblos grandes y en la llanada de Vitoria multi-

tud de pueblecitos á cortas distancias, estas tierras de Ayala y Llodio presentan las poblaciones esparcidas en barrios y caseríos. Aquí se vé ya á Vizcaya con todos sus caracteres, y si es pintoresco el llano por su centenar de aldeas desparramadas en breve espacio, no es menos bella, y si más agradable, la perspectiva de estos numerosos caseríos, que con sus blancas fachadas, sus arboledas, sus bien cuidadas tierras de labor y sus cercanos montes, forman un conjunto característico y enteramente distinto del resto de la provincia. En Amurrio estamos doscientos setenta metros más bajos que en Vitoria; el clima es más húmedo pero más templado.

Encontré al llegar muy buenos amigos y discípulos y entre ellos al agrónomo y procurador Abechuco, que me sirvió de inteligente cicerone. Me alojé en la parte central de la bonita villa, en el barrio llamado Landaco. En él están: la estación, las posadas, la ermita y plazuela de San Antón, la cárcel, antigua casa-fuerte, el paso de nivel sobre la carretera de Vitoria, los cuatro caminos y las elegantes casas de los Lezamas. Al lado forman el barrio de Elejondo la iglesia, el cementerio, algunas casas modernas con notables fachadas, gran parte del vecindario viejo y unas curiosas ruinas, arcos y muros almenados recubiertos de yedra, de incierto origen. Siguiendo la carretera hacia el

N. está el barrio de Arrechondo con curiosas casas de labranza adornadas con los parrales del chacolí, con sus cabañas-almacenes y sus hornos semicilíndricos de mampostería á un lado de la fachada, ennegrecidas las paredes. Hacia el N. O. se ven los barrios de Larrínaga y Mendico y los apartados caseríos del de Zaraube, á cuyo costado sube la carretera de Arceniega. Al O. se alzan las cimas de Babio y Santa Cruz, y ya en la hondonada hacia el pueblo el barrio de Alday y la colina de Alturriaga. Desde Landaco el paseo por la carretera de Vitoria ofrece muy agradable punto de vista: algunas casas de moderna construcción limitan el camino, con sus hermosas huertas, sus verjas y sus jardines; desde el puente del Nervión se ven: á la derecha en el barrio de Ugarte la fábrica de *puntas* y Vista alegre, y la jurisdicción de Larrimbe; al frente el barrio de Aviaga y á la izquierda el de Orue, al pie de los montes de Lejarza; y más al N. el de Zavalívar con su fábrica de harinas y la ermita de San Roque, donde se celebra la gran feria de ganado de cerda. Detrás de aquellas alturas y de la de Magalzar, en un escondido valle, están los vestigios de la torre del *Fuerte de Mariaca*, cuyas formas artístico-guerreiras han ido poco á poco desapareciendo, cuya importancia desapareció y cuya curiosísima tradición va poco á poco olvidándose. Los montes de

Undio terminan el paisaje por el norte sobre Lu-yando. El cruce de las dos carreteras dá verdadera forma á esta parte central de la villa, cuyos mejores edificios se han ido alineando en ellas. Todas las casas están perfectamente blanqueadas en sus cuatro lados, excepto en los sillares que forman la simétrica armadura de las puertas y ventanas, los cuales conservando su color oscuro se destacan como otros tantos ojos en aquellos rostros tan bien lavados. Esta blancura contrasta sobremanera con el color oscuro del suelo, con el verdor pronunciado de las arboledas, huertos y matorrales y con el tono más intenso aún de los montes, dando al paisaje encantador aspecto. Una docena de casas y algunos chopos se agrupan en torno á la iglesia de Santa María, como para honrarla y acompañarla. El templo, como todos los de esta tierra, es fortísimo, de abrigado pórtico, de pocas luces y de pobre arquitectura. Muchas de las casas antiguas tienen grandes armas en sus fachadas, evidente señal de que salieron de estos valles multitud de gentes de valer. País de laboriosos labradores, produce regular cosecha de cereales, mucho maíz y legumbres, abundantes castañas y excelente chacolí, cuya plantación y explotación van en aumento. Amurrio con sus veintiseis barrios, tiene más de 200 casas y 1.300 habitantes.

Esta villa es el punto de partida para recorrer la tierra de Ayala y visitar á Quejana. Preparado un macho dócil y corredor que me llevara, y á las órdenes de un despejado muchacho de 13 años, León de Murga, que iba á ser mi guía, me puse en pié antes del alba, la mañana del 6 de Noviembre de 187.... Desde el balcón de madera de mi posada de Landaco, contemplé el hermoso crepúsculo y el amanecer de aquel día. El cielo oscuro cubría toda la extensión del valle; con la primera luz del alba las nieblas empezaron á subir desde las laderas, rompiéndose en las líneas del arbolado. De todas las chimeneas subían pausadas columnas de humo. Destacáronse poco á poco los verdes macizos de la vegetación sobre las blancas fachadas de los caseríos. Había amanecido ya, pero aun no se veía el sol, porque en estas hondas vegas los montes lo ocultan mucho después de su salida y mucho antes de su ocaso. Al fin las altas cumbres de Altuve se tiñeron con arreboles de fuego, entre cuyos brillantes resplandores se percibían muy bien las agrupadas siluetas de las hayas. Abajo, el valle, oscuro aun en sus tintas, arriba un mar de lumbre entre las estrechas fajas de las nubes y las crestas de las cordilleras. Empezaron á salir los labradores con dirección á las tierras. Desde lejos se veía el acompasado aliento que despedían las parejas de bueyes en el camino. Por las calles

y pasadizos de la villa pasaban y volvían multitud de mujeres y muchachos. La campana de San Antón tocó á primera misa. Mi patrona me presentó el chocolate y cinco minutos después emprendía, á caballo, el camino de la Casa alta con dirección á Quejana. Más allá de la Casa alta se percibe un hondo valle que la carretera divide por medio; aquella es la verdadera Ayala. Por el poniente los montes cubiertos de robles están cerca, por el norte, muy elevados distan más. En una hondonada á la derecha está Olavezar y antes de llegar frente á él, en un alto tocando á la carretera y en el término de Zaraube, se vé el cercado donde se reunian antes para la elección de alcalde los valles de Amurrio, Lezama, Oquendo y Ayala; aún se conserva allí la mesa de piedra. Toda la carretera hasta Arceniega está limitada por una pared de piedras de un metro de altura, que adorna el camino y proteje las heredades. A la izquierda en muy superiores terrenos de labor se ve á Izoria, pueblo de muchas higueras, en el que nace el río de su nombre, que pasa la carretera en el hondo término de Arriaga y va por Murga al Nervion. Detrás de unas lomas, en un valle, se ve el pueblo de Murga, cuna del insigne alavés bienhechor de esta tierra don Estanislao de Urquijo, marqués de Urquijo. Nació en la vieja casatorre del pueblo, en la que tal vez fué solar del

belicoso Ochoa de Murga, desterrado con los demás jefes de los bandos gamboinos y ofecinos á Estepona, por Enrique IV en 1457. Más arriba y al lado de la iglesia, se alza el gran edificio que ha construído el marqués para escuela y habitación del cura y del maestro. Desde Arriaga y Arechavala la carretera empieza á subir hasta el elevado pueblo de Respaldiza capital de Ayala. Allí se vé su iglesia con dos torres, rodeada de frondosos y magníficos árboles. Hice alto en el pueblo, que tiene muy buenas casas particulares de recreo para verano, y subí á ver su templo. La hermandad de Ayala tiene en aquella altura y unida á la iglesia su casa consistorial: con gran fachada y balcón coronado con las armas de la tierra. En la cuadrada y fuerte torre de la derecha está la cárcel, en la otra el campanario. ¡Qué cómodo y bello mirador forma delante del pórtico al mediodía, aquella plazoleta sombreada por los magestuosos árboles! Tiene el templo un ingreso románico con labrados fustes y sencilla archivolta, pero blanqueado de cal y oculto por la doble puerta. A la derecha está la tosca figura de un fraile con esta leyenda: *Era MCCV hic continentur abas Petrus.* El interior reformado nada tiene de particular. En una capilla se ve una piedra de corte prismático triangular, que cubre una sepultura y que no tiene más inscripción ni adorno que unas toscas rayas.

Se supone por tradición que es la que cubrió el Sarcófago del conde don Vela, hijo del rey de Aragón Sancho Ramírez, y á quien se dió el señorío de Ayala. Fernan Pérez de Ayala, padre del canciller Pero López, puso «en romance de su tiempo» cierta «antigua escriptura» debida á este don San Velazquez «un muy grande cauallero, de los de Ayala», y antecesor de ellos. En el altar mayor y en lado del evangelio se vé otra piedra igual, que tal vez cubrió los restos de la condesa doña Juliana de Avalos, según indica el escritor Amiano. La iglesia conserva además memorias de don Antonio de Jáuregui, alferez real y procurador general de Valladolid de Indias (1759) y de don Juan de Gorbea, que dejó la casa de Cerrajería (1708). El conde de este nombre tiene en Respaldiza un magnífico palacio, y sus señores han dejado siempre muy grato y respetable nombre en el valle. El cementerio es muy notable; fué arreglado en 1858 por el Sr. Icabalceta y ampliado y suntuosamente decorado en 1878 por su sobrino don Xavier de Alday. Dejando aquel agradable punto cuyo horizonte limitan el monte de hayas de Echaurren, los altos robledales de Izoria, el pico de Babio y los altos de Zarandona y de San Pedro, tomé por la carretera adelante, al pié de las Nogalicas, dando gusto á mi jaco, que se dirigió al abrevadero de la fuente erigida en 1844 por don Dámaso

de Cerrajería, mientras el guía reforzaba su máquina en la taberna inmediata con un buen sorbo de tinto riojano. Sobre mi izquierda se alzaba el alto de Villodas, y detrás de él, según decia el muchacho, estaba situado Quejana.

IV

A poca distancia de Respaldiza, hay á la izquierda de la carretera una casa que se llama del *Laurel*. Allí empieza el camino que conduce á Quejana. ¡Coincidencia singular! Qué signo, ni qué pabellón más propio había de indicar al viajero la senda que conduce á la casa y sepulcro de un gran poeta, que un hermoso laurel plantado en el punto de partida. Corté un ramo de aquel árbol inclinado, que como una simbólica bandera se levanta sobre la tapia del aislado caserío, y dejé que mi guía marchara adelante por la estrecha, pedregosa, torcida y pobre vereda, que al pie de la altura de Villodas se mete por entre las zarzas y los árboles para ir á buscar el vallecito del solar ilustre. Corto es el trayecto pero ingrato, y abierto todo el á media ladera. Se va viendo al noroeste la puntiaguda colina que sostiene la esbelta iglesia de Menagaray, el pueblo de este nombre y la alta colina de Peregaña, en cuya falda se destaca la

aldea de Beótegui ó Perea. ¿Sabría el malogrado poeta vitoriano de este apellido, que el único pueblo que así se llama, estaba vecino y el más inmediato al del gran Lopez de Ayala? Desde el recodo que forma el monte, donde el camino vuelve también, se distingue de pronto la población de Quejana. Detuve mi cabalgadura, contemplé con emoción el cuadro y lo trasladé á mi álbum en ligero croquis. En el encuentro del alto de Peregaña con otro poblado de robles y al pie de éste, se alza un conjunto de edificios medio oculto entre los árboles, compuesto de un ancho torreón con almenaje cubierto por un tejado y corrida cornisa de ménsulas, del ábside de un convento con fuertes estribos y pobre espadaña, de otra torre más modesta y de las dependencias del convento. Tierras sembradas y árboles frutales cubren el suelo, la vertiente baja al fondo del valle por donde corre un arroyo, en la falda de Peregaña desde el extraño caserío de Rubina sube un sendero á otros dos caseríos, y más acá en primer término avanzan á los dos lados del pedregoso camino varias casas de labranza con sus cercados de piedra y sus huertas. Esta es, sin duda, la mitad del pueblo; á mi izquierda en un repliegue del monte se alza la otra mitad, con un negro arco de piedra almenado y media docena de casas de pobre aspecto. El lugar es, por cierto, de verda-

dero retiro. Un rincón al pie de los montes, con nebuloso cielo y quebrado y pobre suelo.

Avanzamos; el muchacho devorando con la vista las manzanas que amarillean en la huerta al pie del convento y yo entregado á los recuerdos del gran poeta. Conforme me acercaba crecían los detalles. Todo el grupo de edificios descansa sobre una dilatada terraza que sostiene un murallón enteramente tapizado de yedra, la cual envuelve también un redondo baluarte descabezado. Alrededor del convento, en la ladera, está el campo de la famosa feria que allí se celebra el dia de San Juan. Aun aparece otro bellísimo detalle: un campanario aislado, negro, de vetustos sillares, con dos grandes vanos ojivales que cobijan dos campanas; un gallardo álamo le hace compañía, un rudo tejado cobertizo se apoya en su base y le rodea dejando ver en el interior las paredes ennegrecidas por las fogatas; rústicas paredes de piedra sostienen los torcidos puntales de la tejavana y delante de tan original torre del siglo XIV, una linda fuente vierte en el abrevadero su cristalino raudal. Alrededor, el prado verde esmeralda; los sillares salpicados de negro y blanco; encima de las campanas una línea de tejas, en cuyos huecos ha agarrado un rosal espino donde cantan los pájaros. ¿Quiere un asunto más natural ni más peregrino el más inspirado acuarelista? Ni aun las

figuras que le animen faltan; son las doce de la mañana, dos chiquillos se cuelgan de la soga de las campanas y un alegre repique, que entre otras cosas convida á comer, turba el patriarcal silencio de aquellas soledades.

Pasé el puente ojival que hay delante del monasterio, y sin fijarme en un gran edificio con arcos del siglo pasado, que se alza á la izquierda, fui á contemplar el gran torreon-capilla que se levanta enfrente. Su forma es rectangular, está construido de muy bien labrada y asentada mampostería, tiene extensas almenas cubiertas, óculos y ventanas del segundo periodo ojival en su parte inferior, y altas ventanas con ajimez defendidas por salientes verjas de hierro. Prestan sombra á aquellos respetuosos muros algunos grandes áboles de una huerta inmediata. En la vuelta del ábside del convento, hay un pórtico postizo de moderna construcción, por el cual se entra á un patio muy estrecho que sirve á su vez de ingreso á la torre y á la iglesia. A la izquierda se vé la curiosísima puerta de la torre-capilla. Es ojival, sencillísima, de tres arcos apoyados en otros tantos capiteles y pilastras, en cuyas molduras por único adorno se ven unos ángulos trazados con simples rayas. La altura del arco es muy poca, y las dovelas del exterior son proporcionalmente grandes. El sólido portón ostenta una aldaba muy notable compuesta

de dos grandes piezas circulares orladas, que sostienen, la superior el pesado anillo del llamador y la inferior el macizo del golpe. Un modesto adorno rematado con una cruz de San Juan, encabeza esta curiosa pieza de hierro. Debajo de ella cierra las dos hojas de la puerta un colosal cerrojo cilíndrico, con encaje de candado en su mango. Cuatro rústicas gradas unen el piso del patio con la entrada de la torre.

Las religiosas dominicas del convento nos enviaron la llave y entramos. ¡Qué interesante es aquella gótica capilla hoy olvidada, abandonada y cerrada al culto! Suponed una sola y alta nave de cruzada bóveda ojival, cuyos arcos arrancan de dos rudos capiteles, y cuyo techo y paredes conservan la imitación de la menuda sillería concer-tada que trazó el decorador con negra tinta. Supo-ned en el testero un altar del siglo XIV, compuesto de multitud de tablas con ricos detalles y de inapreciable valor artístico é histórico; un frontal del mismo estilo y mérito; en el centro de la capilla, al pie del altar, el admirable sarcófago del gran Canciller y de su esposa; en las paredes dos se-pulcros murales; detrás un corto espacio muy pequeño que cae debajo del coro, oculto con tupida celosía de madera, y en una pared la modestísima lápida de mármol, donde una inscripción declara quienes erigieron aquel santuario sepulcro; supo-

ned este cuadro alumbrado por la luz del medio-día, que penetra por una ventana ojival y tendreis idea de la primera impresión que aquel sitio causa. Pero, abarcado todo esto de una mirada, el corazón se siente avergonzado. Tan gloriosa memoria, tan histórico sitio, tan rica tumba, yacen indignamente abandonados entre el polvo, entre un montón de vulgares objetos del servicio y con señales del más censurable olvido. Y esto es inexplicable; los sucesores de don Pero Lopez, el Duque de Berwick y Alba, las religiosas que él y su padre instalaron allí, y que por ellos mantienen su culto, nunca debieran haber permitido que las ricas tablas góticas se cubrieran, cuando quiera que fuese, con aquellos horrorosos marcos de altar sin santos que aun están sobre la mesa, que el culto de aquella capilla se perdiera, que la lámpara dejara de arder, que el pavimento se desrozara, y que los sarcófagos de tan ilustres próceres, quedaran allí abandonados y sin otro amparo que estar bajo llave. Claro es que este olvido es antiguo, que el clérigo que cubrió aquellas tablas lo haría tal vez hace dos siglos; pero siempre es tiempo para remediar el mal, para reparar los desaciertos pasados y para honrar como se merece un monumento como este, que es sin disputa, el primero de la provincia de Alava.

Con extraordinaria complacencia examiné aquel

curiosísimo enterramiento, que apenas se alza ochenta centímetros del suelo. Compónese de una ancha base ó lecho de alabastro sostenida por diez leones, que tienen entre las garras bustos de niños, monjes y ancianos: los lados del lecho están ornados con elegantes árcos que forman estrellas, dos entre cada león, con figuras en sus centros. Sobre esta lujosa base yacen las estatuas de don Pero y de su esposa doña Leonor de Guzmán, de tamaño natural y perfectamente esculpidas en mármol blanco. La del gran Canciller ocupa el lado de la epistola y la de doña Leonor el inmediato, teniendo ambos la cabeza hacia el poniente, esto es hacia el coro, y los pies hacia el altar mayor. Corresponde la de don Pero al gusto de mayor ostentación de que los artistas hicieron gala á principios del siglo XV. Tiene en la cabeza un sencillo capacete con visera ó cerco, que deja ver su apacible rostro ornado con dos redondas guedejas de simétrico y conforneado cabello, que baja por los lados á recogerse en redondo por encima y detrás de las orejas. La cara es redonda, llena y sin barba, un poco rudamente hecha, salida la frente, recta la nariz y pequeña la boca, teniendo los ojos cerrados como el que goza de reposado sueño. Sobre la cota de acero, que no se le vé en la parte superior, tiene puesta la aljuba con ricos bordados de oro, cerrada sobre el pecho con una línea de gruesos

botones y ornada del hombro derecho al costado izquierdo con la *Banda* famosa, de la insigne Orden que creara en Vitoria Alfonso XI. Las mangas de la aljuba se abren dejando ver la férrea armadura del antebrazo, y lleva en las manos riquísimos guanteletes ó manoplas salpicadas de preciosos adornos. Sostiene con ambas manos una colossal espada, cuyo puño labrado viene á dar sobre el pecho y cuya vaina, rodeada del lujoso bálteo ó talabarte cuajado de pedrería, le llega hasta más abajo de las rodillas. Sobre la falda de la aljuba lleva el cinturón ó cíngulo militar con floreados morlanes ó rosas de oro, y pendiente de él, al lado siniestro, el puñal de la misericordia. Las piernas y pies están vestidos con las aceradas piezas de batalla, y estos últimos reposan en un perro que lleva en su collar las armas de la casa, ya borradas.

Más humilde es la estatua de doña Leonor, cuyos restos guarda el revuelto polvo del Convento de San Francisco de Vitoria. El rostro es tímido y modesto y está rodeado de simple toquilla que le baja hasta los hombros. Tiene un peto ó justillo cerrado al cuello, con pobre cinturón ajuntado, y bajan sin ostentación ni ampulosidad los pliegues de su enjuto vestido, hasta mitad de los pies. Sobre él lleva un manto que deja ver las colgantes anchas magnas del ropaje y la pelliza, y las elegantes

mangas de aquel, labradas á cuadros, y terminadas en rizado encaje sobre el ajuste, por cuya cinta corre una mística inscripción. Tiene ambas manos sobre el pecho á desigual altura y en la izquierda un libro. Su estatura es de ocho dedos menos que la de don Pero y en la linea de los pies se ven dos perros vueltos, como apoyo. Si el artista quiso significar que á tan esclarecido capitán y gran cortesano, correspondió una esposa modesta y recañada, bien lo logró de veras en esta obra.

Dos grandes tapas de madera pintadas, que debieron cubrir ambas estatuas, andan por allí rodando. En una de ellas alcancé á distinguir el escudo de la casa de Guzman. ¿Y el de Ayala? Picados de orden del emperador Carlos V todos los escudos del Conde de Salvatierra en 1521, no había podido jamás, ni en Salvatierra, ni en Cuartango, ni en la posesión del Retiro del Sr. Rodriguez Ferrer, ni en el histórico castillo de la Torre de Mormojon en Palencia encontrar las armas de Ayala, así es que supuse que gozaría de tal complacencia en Quejana y no me engañé. En las gólicas tablas del altar están muy repetidos: de allí los copié con su extraño adorno. Dentro de un cuadro que en el medio de sus lados se amplía en semicírculos, estaba el escudo cóncavo por el *gefe* y afilado en ojiva por la punta. En la bordura ó orla lleva las aspas de la toma de Baeza, ó sean

ocho sotueres de oro, y en el escudo dos lobos pasantes uno sobre otro, de sable, es decir negros.

Inmediato estaba el escudo de Guzman, compuesto de dos calderas ajedrezadas de oro, gringoladas de siete cabezas y cuellos de sierpe en cada asa, tres de la diestra afrontadas con tres de la siniestra en abismo, y las cuatro que salen fuera por cada lado de espaldas, las dos ranversadas y todo sobre fondo azul.

Muy notables son por todos conceptos aquellas tablas del altar y de la mesa altar, malamente escondidas en parte. Compónense de varios cuadros pintados en 1396, puestos en dos líneas. En el centro de la superior está representada la Resurrección, á la derecha la Coronación de la Virgen, y al lado Jesús y los doctores, y la Cena. En el inferior: el primer cuadro de la izquierda representa á Pero Lopez y su hijo Fernan Perez arrodillados delante de San Blas, con grandes cintas alrededor de sus rostros en los que indica quienes son; el otro el Ave María; el inmediato la Visitación, el Nacimiento y la Adoración. Los del costado derecho no se ven, allí estarán retratadas probablemente doña Leonor y doña Eloisa de Cevallos. El frontal del altar tiene el Nacimiento y la Adoración. Todos ellos están rodeados de leyendas, y de franjas exteriores con las armas de Ayala y Guzmán.

En las paredes inmediatas se ven los sepulcros



murales, con las estatuas yacentes, de Hernan Perez
? hijo de Pero Lopez y de su mujer doña Eloisa de
Cevallos, cuyas pobres esculturas no alcanzan, ni
con mucho, á la importancia de las de sus padres.
Fernan Perez lleva toda la barba, tanto en la esta-
tua como en el cuadro. En el lucillo de doña Eloisa,
han arrinconado una bella imagen de alabastro de
San Jorge, de curioso mérito por su antigüedad y
detalles. Y por fin la pequeña y pobre lápida in-
crustada á unos tres metros de altura, debajo del
coro, dice así: «*Esta capilla mandaron faser don
Pero Lopes de Ayala é de Salvatierra, et chanciller
mayor del rey et donna Leonor de Gusman su mujer
anno del nascimiento de nuestro Salvador Isu Xpo
de mill e trescientos e XC e IX annos.*

Aún así abandonada y todo ¡cuánto respeto no
infunde y cuánto no inspira al hombre ilustrado
aquella monumental y admirable capilla histórica!
Largo tiempo permanecí en ella tomando notas,
dibujando y trayendo á mi memoria las glorias de
aquel alavés inmortal. Allí yacen entre el polvo los
despojos del renombrado caballero, que nacido el
mismo año en que su padre, con otros cofrades de
Arriaga, entregaban voluntariamente la provincia
á la Corona de Castilla, haciendo el solemne pacto
de la conservación de sus libertades, fué paje del
rey don Pedro, partidario después de don Enrique,
alferez mayor de la órden de la Banda, prisionero

de los ingleses en la batalla de Nájera, encerrado en Inglaterra, alcalde de Vitoria en 1374, alcalde mayor de Toledo en 1375, embajador en la corte del rey de Aragón, conde de Salvatierra por don Juan I, su embajador en la corte de Carlos VI de Francia, al que sirvió de consejero en la batalla de Rosebeck; héroe en la batalla de Aljubarrota donde cayó, cubierto de heridas, abrazado al pendón de la Banda; prisionero de los portugueses y metido en una jaula de hierro en el castillo de Oviedos por espacio de quince meses; rescatado por veinte mil doblas que reunió su mujer doña Leonor, más diez mil que dió el rey don Juan, más diez mil francos en oro el rey de Francia, más lo que dió el maestre de Calatrava su cuñado y otros caballeros; Consejero después en la regencia de Enrique III; Canciller mayor de Castilla en 1398; estudiante retirado en San Miguel del Monte cerca de Miranda, y que murió anciano ya en Calahorra en 1407, cuando sus hijos Fernan Pérez y Pedro López eran, aquel merino mayor de Guipúzcoa y éste alcalde mayor de Toledo. Allí yacen los despojos de aquel cerebro privilegiado, que tradujo el libro del *Sumo bien* de San Isidoro de Sevilla, las *Morales de Job* de Gregorio Magno, la *Consolación de Severino Boécio Romano*, las *Decadas* de Tito Livio, la *Historia Troyana* de Guido de Colonna, la *Calda de los Príncipes* de Juan de

Boccaccio; que escribió el gran poema, monumento de su siglo, titulado *Rimado del Palacio*, y gran parte de él mientras sufria la dura prisión de Oviedes; que redactó la *Crónica del rey don Pedro* y las de *don Enrique II, don Juan I y don Enrique III*; que compuso la *Historia de su casa* y *El Libro de Cetrería*, éste último también durante su prisión en la jaula de hierro en Portugal. Allí está la memoria viva del gran poeta del siglo XIV, personificación la más completa de la grandeza de la sangre, del poder y de la inteligencia de aquella época. No hay, no, lugar más sagrado para los alaveses, después del campo de Arriaga, que aquel recinto estrecho de Quejana, tan indebidamente abandonado por los que ya por el parentesco, ya por la gratitud, ya por su calidad de hijos de esta tierra, debieran devolverle el sumtuoso respeto que se merece. Bueno que los mercaderes que acuden anualmente á Quejana, miren sin saber lo que miran aquel cubierto y cerrado torreon, pero iy los de la familia, y los doctos y académicos y los amantes de las glorias de la provincia y las disculpables señoras que aquel claustro guarda! En obsequio del culto que ellas rinden en aquellos altares, cumplió el gran Canciller aquella promesa que hizo en su amarga prisión y que dice así, en las estrofas 757 y 758 del *Rimado*:

«Señoras, vos las dueñas | que por mi y tenedes
 Oración á la Virgen | por mi la saludedes
 Que me libre é me tire | de entre estas paredes,
 Do vivo muy quexado | segunt que vos sabedes,
 Dios por la su gracia | me quiere otorgar
 Que pueda con servicio | siempre galardonar
 A vos et al monesterio | et muchas gracias dar;
Lo que mi padre fiso | muy mas acrecentar.»

Su padre, es verdad, el insigne Fernan Perez de Ayala, edificó este convento en 1375 sobre su casa-torre.

Visité su tumba en la iglesia del monasterio, cuya puerta se abre frente á la de la capilla de Pero Lopez. Nada ofrece el templo de particular, por que en su blanqueo y modernos altares ha perdido casi todo el carácter primitivo, pero en sus paredes laterales, delante del coro, están los dos curiosos sarcófagos de los fundadores. El de don Fernan se encuentra á la derecha de la puerta al entrar, bajo un moderno arco de medio punto. El sitio es muy oscuro y no se pueden percibir bien los detalles. Sin embargo con un poco de detención pude examinarlo bastante. La estatua yacente de don Fernan es mayor que de tamaño natural, tiene un magnífico turbante morisco (ó xásia) en la cabeza, con grandes caídas sobre el hombro derecho, y viste un lujoso hábito talar con

anchas mangas y rico cinto de morlanes. Tiene las señales de las manos destrozadas y le falta la espada. A sus pies hay un león que sostiene el soporte de un escudo. Por delante del lecho corre una inscripción que parece que dice: «dicho cuerpo en hora de cada día... en este coro... hacemos pues... se mandaron sepultar.» La estatua descansa sobre el sarcófago, en cuyo frente se ven los escudos de Ayala y Sarmiento. Enfrente se halla el de doña María de Sarmiento en idéntica disposición. No puede darse rostro más hermoso, ni tocado más rico. Si la dama era tal cual su estatua la representa, especialísima belleza debió tener. Su cabello levantado en dos abultadas cocas está cubierto con sutil redecilla y botones, sobre la cual desde mitad de la cabeza baja una elegante toquilla. Tiene el brial escotado, el vestido con elegante ceñidor, la mantellina ó pellote llena de adornos, las manos destrozadas y las mangas bobas de su ropón así como todo el borde de él picados con mucho arte. También hay un león en sus pies, y también el sarcófago muestra, con los de Ayala, el escudo de Sarmiento que son trece bezantes de oro, puestos cuatro, cuatro, cuatro y uno en campo de gules. La inscripción que, incompleta, como la de su marido, se lee sobre la tumba, dice: «...de su madre, los cuales edificaron é dotaron el hospital de la villa de Vitoria.»

Desde luego se comprende que estos sarcófagos y sus estatuas han sido colocados conforme están muy modernamente, que ambos formaron en el coro del convento un solo enterramiento en posición semejante al de don Pero, y que don Fernan ocupaba en el costado izquierdo conforme se mira al altar y doña María el derecho, ambos acostados juntos.

Tal vez algún día una ilustrada inteligencia restaure estas preciosidades y quite el polvo á las tumbas y vuelva al culto la capilla-torre y entonces el partido monumento de los padres del gran Canciller volverá á ponerse como estuvo y como debe estar.

Las religiosas guardan en el convento otro curioso recuerdo de Fernan Perez, que es la imagen relicario de la *Virgen del Cabello*. Consiste en una silla gótica de plata con su aguja doselete, de peso de catorce marcos, en la que se vé sentada una imagen de la Virgen con su niño sobre la rodilla izquierda. En la diminuta corona de la imagen y dentro de un cristal hay un cabello de la Virgen María.

Después de contemplar detenidamente tales recuerdos, dimos una vuelta por la desierta calle que se extiende hacia las antiguas dependencias y torre del norte de la casa, y examinamos el lienzo de pared septentrional que aun conserva

tapiadas algunas ventanas con ajimeces. Entre las cariñosas memorias de que allí me hablaron, recordando á los pocos que visitan á Quejana, apunté los nombres de mis queridos amigos el malogrado literato y académico don Florencio Javer, y el muy popular é inspirado cronista de Vizcaya, el autor del *Libro de los Cantares* y de otras tantas deliciosas obras, don Antonio de Trueba.

V

Con el deseo de recorrer el resto de aquellos valles hasta el límite de la provincia, me dirigi por la falda de Peregaña al inmediato lindo pueblo de Menagaray, situado sobre la carretera. En una despejada altura que domina mucho terreno está su blanca iglesia, con pararrayos en la torre y varios lozanos árboles alrededor, y entre ellos algunos cipreses que indican el lugar del cementerio. Debajo del templo, en la pendiente, hay vides de chacolí y una cantera con varios olmos. Sobre el camino que sube á aquella colina está el hermoso palacio de Irabien, con frondosa vegetación en su huerta. Pasada la carretera y al pie del monte, se alza el resto del pueblo con pedregosas subidas. Allí se ven la ermita del Cristo, las casas de Mendieta, Gancedo y Larrinaga, que por su

elegante forma contrastan con las inmediatas de los labradores de viejas fachadas, grandes balcones corridos de madera, anchos tejados, tejávandas con bardas y cercas tortuosas de piedra. Alternan con las casas magníficos nogales, odoríferos laureles, multitud de higueras y algunos pinos y acacias. El conjunto es muy pintoresco y con su bonita vega se presta á ofrecer gratísimo retiro en el verano. Por las huertas y á lo largo de las paredes, alargan las parras sus retorcidos brazos luciendo sus verdes pámpanos. En un alto en la línea de la iglesia se eleva el palacio de Barcena. Menagaray es la patria del docto académico, escritor y ministro de Carlos III, don Eugenio de Llaguno y Amirola. Pueblan los bosques del oeste robles y castaños. Al N. se distinguen, sobre el rico monte de Gorbea, las cimas de Garondo y de Mastondo y hacia el este se alza la altísima y pelada punta de Panabarria.

Después de un breve descanso, avancé por los pintorescos barrios de Chiriboa, de Iturbarría que tiene la casa de los Acebales y de Baizabal, todos rodeados de tierras de labor y dominados por pobladas colinas hacia Llanteno, situado sobre el río de este nombre, que aunque de bastante vecindario nada ofrece de particular.

Media legua más allá se encuentra la villa de Arciniega, en excelente situación, con bastante

vecindario, muy buenas edificaciones modernas y varias aldeas ó barrios en su término. Su gran notabilidad es el sumuoso templo de Nuestra Señora de la Encina, colocado al poniente y á poca distancia de la villa en una suave elevación rodeada de magníficos árboles, y que domina un extenso y agradable paisaje y término donde se celebra la concurrida feria de la villa. La iglesia es sin disputa la mejor de todos los valles que tienen las provincias en aquella comarca y parece propia de una populosa ciudad. Fué concluida á principios del siglo XVI, consta de tres naves; su lujoso presbiterio guarda el elegante enterramiento y estatua del obispo don Cristóbal de la Cámara, hijo de Arciniega, y está separado del resto de la iglesia por una gran verja de hierro. Singular é interesante espectáculo debió presentar este santuario en sus extensas dependencias, cuando la Provincia ocupada por los franceses, viendo sus instituciones forales destruidas, reunió aquí sus populares Juntas el 25 de Noviembre de 1812, en prueba de que su autoridad y prácticas continuaban y eligió Diputado general al inclito general don Miguel Ricardo de Alava. En el resto de aquella tierra quedaban entre otros pueblos: Sojo con su gran iglesia de tres naves, los restos de sus cuatro torres fuertes y las tradiciones de su jurisdicción hasta la villa de Losa; Retes en un bonito

valle; Añés con los pingües productos de sus montes de Angulo y los recuerdos del monasterio benedictino de San Vicente que ya existía en el siglo IX; y Lejarzo con tres vecinos, que actualmente pagan mil reales de contribución, solo por el cargo de culto y clero.

Volviendo á saludar desde la carretera al memorable rincón de Quejana, medio oculto ya entre las sombras del crepúsculo de la tarde, regresé á Amurrio á pasar la noche, con ánimo de completar esta expedición visitando en Llodio las magníficas fundaciones que ha establecido el señor Marqués de Urquijo y que forman hoy uno de los capítulos más interesantes de la fisonomía de Alava.

VI

Siguiendo por la estrecha y verde cañada en que avanzan juntos la carretera, el Nervión en el centro y la vía férrea á la derecha, contemplé los diversos paisajes que ofrecen Olavezar, el valle de Zuaza, patria del distinguido consejero de Carlos III don Francisco Policarpo de Urquijo, padre del ministro de Estado don Mariano, la dilatada población de Luyando con sus baños y su viejo puente ojival, y la multitud de típicos caseríos adornados de parras, sombreados por los castaños y erguidos

en medio de lozanos campos de maíz, hasta penetrar en el territorio de Llodio por el boquete de Altui, abierto entre las pendientes de los altos de Mostacha y de Zavale. Pronto se llega al esparcido y numeroso barrio de Gardea, que es la avanzada de Llodio. ¡Cuán risueño es el espectáculo que ofrece este pueblo, tendido á lo largo de la orilla izquierda del Nervión, con sus elegantes casas que parecen diminutos palacios, con su arbolado, su castillo-mirador moderno de San Roque y sus inmediatas y múltiples colinas! Debi á la amabilidad del atento y cariñoso alcalde don Márcos de Uria, á la bondad del laborioso é inteligente constructor don Martín de Murua y á la de mi discípulo el simpático y estudioso maestro de las incomparables escuelas de la villa Sr. Elorza, el singular favor de aprovechar muy bien el tiempo en las pocas horas que permanecí en Llodio.

Para ver de una mirada aquel bonito conjunto de la población y su término, me trasladé, poco después de llegar, al frente de la estación. Bien aprovechado está el terreno de la orilla del Nervión: Más acá de Gardea, está el palacio de Catuja, después Goicoplaza con sus grandes nogales, al lado Zubiaur con su hermosa huerta, inmediatas las casas de Olea y Bárbara; en la opuesta orilla la caseta de Chomin á la que conduce un original puente formado por nueve pies derechos de ma-

dera que sostienen una tabla, único piso, obra curiosa construída por aquel y que jamás ha arrastrado el Nervión en sus avenidas; enfrente la casa de Olavarrieta con sus miradores, sobre ella en la colina el castillo vinícola de San Roque y los sembrados de chacoli de la casa del señor Urquijo; en la orilla opuesta la estación, á su lado Reventorico, antigua herrería, hoy café, con huerta, parras y un gran nogal, detrás de la estación el puente viejo y único de la villa; más acá la embocadura de la calle del Carmen y la iglesia y torre de San Pedro de Lamuza; sobre los tejados y al pie de los robles los caseríos de Ugarte; el gran depósito de aguas recién construido en la altura que domina al palacio del marqués; más allá sobre el río el gran nogal con su plazuela enverjada; al lado el antiguo Errotacho que se llevó el agua el año de 1801, hoy convertido en una excelente casa de Murua y al extremo opuesto, al fin de esta bella perspectiva, el monumental edificio de las Escuelas. A esta linea que corre paralela al río y á la vía, único sitio llano, con un poco espacio donde se asienta el resto del pueblo, en todo el valle, rodean formando delicioso contorno: por las alturas del N. los robledales y castaños de Oleta, detrás las altas cimas de Alpisu y Camarasa, donde están las pintorescas soledades de la famosa ermita de Santa Lucía del Yermo. Al pie de Oleta las ricas

canteras de mármol negro de Vitorica, conocido y usado no solo en las obras elegantes del pais sino en lejanas capitales, y las de Leshéaga (sitio de las cuevas) con sus tradiciones sobre las brujas. Al noroeste, sobre Vizcaya y Oquendo se alzan las Tres cruces y la picota de Achurdin y en sus faldas Altamira y monte Zolloa y al pié en el vallecito la escondida fuente mineral de Iturrichu, cuyo caudal sale á la calle por la embocadura de Larriñchu. Completa el fondo por este lado la alta peña de Gallarraga. Detrás del pueblo y del elegante torreon aparecen escalonados los altos de San Roque, Magdalena y Luja. Alzase al poniente sobre el pueblo, más allá de los arraños de pasto, el alto de Cucullu cuajado de castaños en su base y de robles en sus laderas, y dominando al riachuelo Bárbara. Avanza hasta la embocadura de Altui el alto de Mostacha, con su solitario caserío de Beldio y cierra el horizonte por el Sur en el mismo punto el monte de robles de Zavale ú Olarte, por cuya hondura corre el riachuelo de Santa Cruz. A nuestra espalda están los caseríos de Latiorro, los altos de Mendico con su barranco y caserío, el de Arezalduaga, el de Berrio y la ermita y palacio de San Bartolomé. Al nordeste, á lo lejos, en jurisdicción de Orozco y Aracaldo se eleva la piramidal, altísima peña de Uncetapico, en cuya arenisca cima hay restos de murallones

hechos de cal y canto. Allí se ve también el monte de Urdiola y avanzando sobre Areta el alto del castillo de la Fe, á cuyos pies pasan las carreteras de Orozco y Pancorbo en el mismo confín de Vizcaya. El valle cierra hacia el barrio de Areta en la embocadura de Acheta, más allá de la cual cierran el cuadro las azuladas cimas, que caen sobre Miravalles, Zaldarin y Arrigorriaga.

Tal es el variado y montuoso panorama del valle de Llodio, en cuyas tierras de labor trabaja sin cesar el aldeano, volviendo el suelo con las pesadas layas para poder coger abundante cosecha de maíz y un poco de trigo. Las viñas de chacoli se multiplican, creciendo mucho su cultivo porque dá bastantes rendimientos y satisface con ventaja la necesidad de la bebida. En aquellas pequeñas, pero bien labradas heredades de arcillosa y húmeda tierra, estuve largo rato observando los grupos de layadores, en los que lo mismo los chicos, que los jóvenes, que los hombres maduros, que los ancianos, á las seis de la mañana, en ayunas y en mangas de camisa, cuando aún las nieblas vagaban por la cañada, trabajaban con empeño, volteando los grandes terrones donde ha de hacerse la siembra. Aquella gente laboriosa, fuerte y sufrida vive con una frugalidad pasmosa, y parece mentira que se conserve tan colorada, robusta y alegre con una alimentación exclusiva de maíz, legumbres, berza,

patatas, castañas y agua. También encontraréis en el caserío un cerdito y algunas gallinas, pero no creáis que es para el regalo de la laboriosa familia, no, aquella carne estimada se convierte en dinero y con él se paga parte de la renta al amo. Es por cierto lo que más me ha llamado la atención en toda Alava, lo mismo en los pueblos de la llanura, que en las hermandades del mediodía, que en Zuya, que en Llodio, la frugalidad incomprendible y la sencillez y conformidad conque viven sus habitantes.

Penetrando en Llodio, se vé en la plazoleta de la iglesia una fuente moderna tan elegante y monumental que bien pudiera alzarse en el punto más distinguido de la corte. Rodean al obelisco de rica piedra que le forma, cuatro niños tritones de fundición, que sostienen otros tantos pescados de los que suben esbeltos surtidores á ocho metros de altura. La iglesia, fuerte, sombría y pobre de arte, como todas las de la comarca, tiene magnífica sacristía con excelentes dependencias y guarda muy buenos objetos del culto, debidos á la munificencia del Sr. Urquijo. El nuevo pórtico formado y sostenido por una elegante armadura de hierro, sobre magnífico pavimento de piedra, es una obra de gran vista y utilidad en un país frío y lluvioso como éste. A derecha e izquierda tiene largos asientos muy bien trabajados, en cuyas bandas

extremas acostumbran á sentarse los vecinos de los dos barrios *extremos* de Llodio, que son Gardea y Areta. La plaza es pobre y de muy mal piso. Este es el único defecto que encuentro á una población tan bonita como Llodio, el suelo. Yo creo que abundando tanto la piedra excelente, muy pronto se corregirá este insufrible detalle, porque ya que el cariño del Sr. Marqués de Urquijo á esta localidad le ha dado su fuente, su pórtico, sus escuelas y otras diversas bellezas materiales, no dejará de completar tales reformas públicas, con el adoquinado y enlosado de la parte central y llana de la población. En lo más retirado de ella, frente al rústico y típico caserío viejo de la Granja, está la casa-palacio del protector de Llodio, ampliada más y más cada día con extensos pabellones y galerías, del gusto más moderno, en términos que constituye una deliciosa y rica mansión de verano, en la que ningún servicio ni ninguna comodidad falta. La parte más bella es la que mira al poniente, sobre los preciosos jardines ingleses, estanque, cascada y miradores de su gran huerta. Toda la parte del riachuelo que atraviesa la finca está cubierta de arcos de hierro para el sostén del emparrado, y en el centro de ella, formando el puente, se levanta un elegantísimo pabellón de hierro, cuajado de labores y de exquisito gusto. Al otro lado se extiende el par-

que cubierto de plantas y flores notables, hasta el pié del alto de San Roque, sembrado de vides y coronado por el esbelto castillo-mirador. Tienen la casa y los jardines abundantes aguas, y numerosas bocas de riego, que se alimentan con las que, por una tubería especial, bajan desde el inmediato *Depósito* recién concluido. Esta notable obra que ha costado 30.000 duros se compone de tres grandes depósitos y otras tantas cañerías, una la de la casa del Sr. Urquijo, otra la del pueblo y otra la que va á las Escuelas.

Las escuelas son el gran monumento de Llodio, notabilísimo templo elevado en honor de la enseñanza, recuerdo el más glorioso de cuantos constituirán la distinguida historia del ilustre alavés don Estanislao de Urquijo. Alzanse al extremo norte de la población sobre la carretera de Bilbao, y desde lejos llaman la atención su alta y esbelta fachada de gusto neo-griego, de tres cuerpos, coronada por un ático, construída de piedra blanca con zócalo de mármol y compuesta de una magnífica escalinata, tres arcos de medio punto con pilastras en sus puertas, sobre los que se alzan las seis ventanas respectivas de los pisos primero y segundo. A los lados se dilatan dos cuerpos iguales en extensión y forma, también de mármol de la cantera de Vitorica, elevados hasta la altura de los arcos del centro, con cuatro grandes venta-

nas, con truncada y ornada pilastra en sus medios, y las cuales alumbran los dos grandes salones-escuelas de niños y niñas. Cierra el frente de la fachada dejando espacio para jardín lleno de arbustos y flores, una línea de elegantes pilas-tras y asientos de sillería, que sostienen una verja corrida con tres ingresos correspondientes á los tres arcos del portal. Ideó y dirigió la obra el arquitecto Sr. Cubas. En el interior, toda la parte que mira á la población es la destinada á los niños y la opuesta á las niñas. Admirables son los salones-escuelas, que tienen 82 piés de longitud por 38 de anchura y de muy elevado techo. Todo cuanto ha podido idear la pedagogía moderna en los progresos de la enseñanza se vé allí instalado. Colecciones de mapas de Meisas y Michelot, la preciosa colección de historia natural de Achilles Comte, multitud de cuadros con la enseñanza de artes y oficios, tablas históricas, contadores aritméticos, hojas murales del sistema métrico, dísticos con fáciles máximas de educación y moralidad, extensas y cómodas mesas, servicios de escritura y de costura, mesas de corte y labores, modelos utilísimos de toda clase de enseñanzas objetivas, severas y bien dotadas plataformas para los maestros é inspectores, todo se encuentra allí magistralmente distribuido. Al lado de la escuela está el gimnasio de los niños, con trofeos de

juguetes. Del gimnasio se pasa á un patio sombreado por varias acacias donde están los escusados con agua corriente. Las niñas tienen en el cuartillo opuesto su salón de recreo y su patio. En el cuerpo central posterior y detrás del patio intermedio, están los comedores de los niños pobres con mesas de mármol y servicio modesto y aseado. Allí á un lado hierve la sabrosa olla de la misericordia, mientras los maestros distribuyen en la escuela la alimentación intelectual. Suena la hora del descanso y aquellos hermosos niños, como una bandada de bulliciosos pájaros se distribuyen en dos partes: los que tienen sus casas en el pueblo y los bien acomodados van á buscar el regazo de sus madres; los de los caseríos lejanos y los pobres acuden al comedor, á un lado las niñas los niños al otro y por semanas, bajo la vigilancia del maestro y de la maestra, se sirven unos á otros. Las lágrimas acuden á los ojos viendo aquel cuadro. El Sr. Urquijo no sólo da instrucción á los niños, les dá también la sabrosa comida, y á muchos de ellos el vestido y los zapatos. ¡Bendito sea! Las pobres criaturas, cuyo corazón es de oro, como el de todos los niños, guardan muchas veces el pedazo de pan blanco de aquella comida para llevárselo á sus madres al caserío. ¡Oh! ¿sabéis cuánto se estima un poco de hermoso pan de trigo allí donde no se come más que

borona? No se prohíben á los niños estos inocentes contrabandos, porque significan el impulso del amor y de la caridad nacientes y ¿cómo habría de impedir que arraigaran tan santos gérmenes el hombre que emplea sus recursos en dar incomparables ejemplos de caridad?

Ciento cincuenta niños hay matriculados, de los cuales asisten ahora unos ciento veinte. En el piso principal está la Biblioteca, muy bien surtida en el número y en la calidad de las obras; que más que á los niños puede ser útil á los jóvenes labradores, artesanos y señoritos de la villa, que en ella pueden encontrar un gran elemento de ilustración y de recreo. El edificio cuenta también con una pequeña sala de música y con excelentes habitaciones para los maestros. En la biblioteca hay un libro donde los visitantes consignan sus impresiones. Entre ellas las hay muy curiosas y sobre todo las del pretendiente don Carlos, la del famoso Obispo de Urgel y algunas otras. Todo el mundo sale de aquel establecimiento justamente complacido; las escuelas son las primeras de España, y Llodio, bajo este concepto el primer pueblo de la Nación. ¿Qué mejor elogio cabe hacer de su fundador? Yo, que no le conozco, el último de los que han admirado su obra, le envío mi más entusiasta parabien. ¡Ojalá, que todos los que pueden, sigan su ejemplo! El Sr. Urquijo que ha embelle-

cido materialmente á Llodio, y que ha levantado estas Escuelas, derrama todos los días á manos llenas sus beneficios entre los pobres, ancianos, enfermos, huérfanos y desvalidos; y sostiene toda la cultura, caridad y progreso que la comarca de Murga y Llodio necesita. En cambio el país entero le bendice.

Con tan excelentes impresiones y con la grata compañía de los señores Usia, Elorza y Murua, ocupé el breve tiempo de mi permanencia en aquella región alavesa, llenando bastantes hojas de mi álbum de viaje. Más la hubiera prolongado y bien á gusto, pero aguardabanme los riscos y pueblos de Valdegovía, las hermandades de la Ribera y Bergüenda, y el interesante valle de Salinas de Añana que debiera recorrer y, con harto sentimiento, tomé el primer tren que pasó con dirección á Orduña y en breves horas me hallé al otro lado de las cordilleras, en la animada estación de Miranda.

obligaciones y obligaciones de los demás. La otra es la voluntad de que el sujeto sea libre de elegir entre las alternativas que se le presentan. La tercera es la voluntad de que el sujeto sea libre de elegir entre las alternativas que se le presentan. La cuarta es la voluntad de que el sujeto sea libre de elegir entre las alternativas que se le presentan.

Cuando una acción tiene la finalidad de cumplir la voluntad de un sujeto, se dice que la acción es voluntaria. El sujeto que realiza la acción voluntaria es el autor de la acción. La voluntad de un sujeto es la voluntad de que el sujeto sea libre de elegir entre las alternativas que se le presentan. La voluntad de un sujeto es la voluntad de que el sujeto sea libre de elegir entre las alternativas que se le presentan. La voluntad de un sujeto es la voluntad de que el sujeto sea libre de elegir entre las alternativas que se le presentan.

En resumen, la voluntad es la voluntad de que el sujeto sea libre de elegir entre las alternativas que se le presentan. La voluntad es la voluntad de que el sujeto sea libre de elegir entre las alternativas que se le presentan. La voluntad es la voluntad de que el sujeto sea libre de elegir entre las alternativas que se le presentan. La voluntad es la voluntad de que el sujeto sea libre de elegir entre las alternativas que se le presentan.

102

DE MIRANDA A SOBRÓN, VALDEGOVÍA Y SALINAS DE AÑANA

En una de mis muchas expediciones de regreso desde Castilla á Vitoria, encontré en el tren á un antiguo condiscípulo, que iba acompañando á su madre á los baños de Sobrón. El largo tiempo que nos había separado dió, con sus múltiples sucesos, motivo de sobra para que no bastara el trayecto de Venta de Baños á Miranda para contarnos mutuamente nuestras pacíficas aventuras, así es que al llegar á la animada estación del Ebro, insistió mi amigo en que le acompañaría un par de días, que deberían dar amplio y sosegado espacio á nuestros cordiales recuerdos. Indeciso estaba sobre si aceptaría ó no su proposición, porque el natural afán de volver á ver á los vitorianos me incitaba á continuar el viaje, cuando una especial casualidad vino á favorecer los deseos de mi condiscípulo. Acercóseme el jefe de la estación, mientras yo vacilaba, y me dijo que mi fraternal compañero en las letras vascongadas Fermín Herrán, le

avisaba desde Vitoria, que, noticioso de mi llegada, salía él en coche á pasar algunos días en la inmediata villa de Salinas de Añana, á donde sin excusa ni pretexto alguno debía ir á buscarle, para estudiar aquel original y curioso rincón de la provincia de Alava. Corté pues mi viaje á Vitoria y poco después del descanso y la comida con que nos fortalecimos en la acreditada mesa de Guinea, montábamos en el coche que conduce á Sobrón. Era aquella ruta completamente desconocida para mi amigo, así es que dejando nuestros relatos para las horas de sosiego, hube de irle describiendo el país que recorriamos.

La carretera sigue la dirección á poniente, avanza casi á nivel, por entre el río Ebro que baja por la izquierda y las alturas que cierran el horizonte por la derecha, y apenas se separa de la línea que en lo antiguo llevó el camino romano, en sus primeros pasos por la tierra alavesa. Gran parte de él se utilizó al construir la carretera, y en sus inmediaciones, sobre todo hacia el río, se encontraron ruinas, mosaicos, lápidas y miliarias. Los dos primeros kilómetros pertenecen á Castilla, y ya en adelante el territorio es de Alava. El primer pueblecito que se vé en la falda á la derecha es la villa de Comunión, de unos veintiocho vecinos, agricultores en su mayor parte. El terreno ofrece en la vega huertos, tierras de cereales y viñedo y en

los altos algunos robledales. Al otro lado del Ebro, entre los árboles, se distingue la villa de Suzana. Entre los sembrados de la ladera y como á un kilómetro más arriba de Comunión, está Salcedo, de la Ribera baja, capital de los siete pueblos que componen esta hermandad, con cuarenta vecinos y fértiles campos de labor, que producen entre otras excelentes frutas, pavías, almendras y rico chacolí. Los frailes de Bujedo y las monjas de Vileña se repartían por mitad antiguamente las abundantes rentas que se pagaban al clero en esta aldea, tal vez como recuerdo heredado del antiguo monasterio que en ella hubo. Más cerca de la carretera llegamos á Leciñana del Camino, á cuyo pueblo dió nombre la vía romana, de menos vecindario que los anteriores pero con idénticas producciones como toda esta pintoresca vega. Aún pueden ver y estudiar los aficionados algunos grandes trozos de la Calzada famosa que desde Astúrica á *Burdigala* pasaba por estos puntos, ya que más allá de Leciñana y al pie de los términos de Salcedo, existen grandes trozos de ella. En el llano del Ebro, sobre la orilla derecha, se alzan á lo lejos las villas de Montaña y de Guinicio. Avanza después la carretera por la bonita vega de Fontecha y de la venta de Antepardo, poblada de guindos, cerezos y melocotones de pequeño pero muy sabroso fruto. La villa de Fontecha, que el

camino cruza, está ya en terreno más elevado que el recorrido, cuyo horizonte cierran por el norte y noroeste las altas y cortadas cumbres, y que domina fértiles campos. Su vecindario es de cerca de trescientos habitantes. Como restos curiosos ostenta dos esbeltas torres, que edificaron en testimonio de su rivalidad los Hurtados de Mendoza, después condes de Orgaz, y los Velascos de la casa de los célebres condestables de Castilla, cuyas armas campean en aquellos vetustos muros y en algunos edificios particulares. Dos kilómetros más adelante, sobre el límite de Alava y Castilla, se alza la villa de Puentelarrá, á la izquierda del Ebro.

Tuvo esta población grande importancia por su situación: á ella venía á parar la vía romana, para pasar el gran río, y ella fué la romana *Deobriga*, con su puente, al que debió el nombre, y su fuerte castillo á la derecha del Ebro. Llamóse en la edad media Puente-Larrat, (ó La Rad) y consigna la historia que, viniendo en huída desde Paredes de Nava, el aya castellana que criaba al niño señor de Vizcaya don Nuño de Lara, hijo del valeroso guerrero del Salado don Juan Núñez, á la que perseguía de cerca el rey don Pedro, para apoderarse del tierno infante, destruyeron el puente de Larrat los que la acompañaban, dejando desesperado en la otra orilla al terrible monarca (1351). Al antiguo histórico puente sucedió otro moderno, de trazado

semejante al de Isabel II de Bilbao, que era ornato y orgullo de este pueblo, pero, destruido por los carlistas en la última campaña, continúa aún inutilizado, haciéndose el paso del río por una barca. El vecindario de Puentelarrá es muy reducido.

Desde este punto la carretera se inclina al norte, y deja, á poco más allá de un kilómetro, la orilla del Ebro, para seguir la cuenca del Omecillo. El horizonte se estrecha, las altas montañas que desde Pancorbo han venido formando la azulada y eminente silueta que cierra el cuadro por el mediodía, se ven próximas sobre el angosto paso del río, con sus abruptas formas y sus curiosos detalles. Tres kilómetros más arriba de Puentelarrá llegamos á Bergüenda, sobre la carretera de Pancorbo á Bilbao, villa compuesta de dos barrios: el de Arriba y el del Puente, cuyos habitantes eran en lo antiguo todos del estado noble, por más que aquí también impusieron su planta los señores de Orgaz. Tiene la villa excelentes aguas y manantiales y ricas truchas, y ha sido siempre asiento de la industria de la carretería, logrando merecida fama sus fabricantes de carros y su gran sierra mecánica. La parroquia de San Juan tiene una notable torre; y el hospital guarda los escudos y memorias de los Hurtados de Corcuera sus fundadores, hijos de Bergüenda, y uno de los cuales fué virrey y capitán general de Filipinas (1655).

Dejamos la carretera á la derecha y tomando por el molino de Entrambasaguas, siempre á la vista del Ebro, seguimos hacia sus orillas, no lejos de las que se alzan los establecimientos de Sobrón y Soportilla, á la izquierda y la derecha respectivamente de ellas, en terreno, por naturaleza pobre, aunque pintoresco. Las elevadas cumbres y peñas de Bachicabo y de Besantes, pobladas de bujarrales, bortos, hayas, pinos y helechos, limitan el paisaje por el norte y poniente, para ir á formar la angostura por donde avanza el Ebro, con los montes de Soportilla, derivación de la gran cadena de los Obarénes. El establecimiento de Sobrón se compone de un vasto edificio de tres pisos, cuyas numerosas ventanas se destacan sobre la blanca y dilatada fachada, y de otro más pequeño que alcanza á los dos tercios de la altura del anterior; además de los cuales se están haciendo nuevas, las obras que la creciente afluencia de bañistas exige. Tiene hoy habitaciones para 250 personas, y en breve quedarán instaladas las necesarias para otras 100. En la parte del edificio que mira á la montaña de Sobrón tiene una extensa sala, bien decorada, que es el lugar de recreo de los bañistas, y desde cuyo gran balcón del mediodía se distingue un hermoso panorama. Del establecimiento al río se extiende el paseo de los olmos, cuyos asientos en la apacible sombra brindan grato descanso.

Abundan en sus alrededores los chopos y los fresnos y ábrese allí inmediata una huerta tan productiva como bien cultivada. En el jardín, que el establecimiento tiene al lado, brota el rico caudal de aguas gaseosas alcalinas de la *Fuente de la Salud*, en torno á la cual se alzan los departamentos de baños, más y más numerosos cada año, y la capilla, cuyo espacio se va á convertir en salón de hidroterapia, construyéndose otra nueva sobre el piso de las recientes obras, que miden más de veintidos metros de longitud por siete de anchura. Brota el agua á la temperatura de 20° centígrados, y contiene, además de una gran cantidad de ácido carbónico libre, bastantes partes de carbonatos sódico, magnésico y cálcico y cloruro sódico, cuyos saludables efectos, ya en bebida ya en baños, se recomiendan especialmente para estimular la sensibilidad del estómago y del hígado, para las afecciones gástricas, é infartos hepáticos, para las diatesis, catarros y otras dolencias de las vías urinarias y para las congestiones intestinales. El servicio del establecimiento ha sido siempre esmerado y no muy caro.

La villa de Sobrón, de la hermandad de Afiana, que dá nombre á estos baños, está situada como á un kilómetro de ellos, metida entre las montañas y en situación abrigada y «cara al sol», como dicen los aldeanos. Entre el camino del estableci-

miento y el pueblo hay una buena pendiente, y á su izquierda una ermita llamada de Lantaron, colocada en el alto despoblado que antes ocuparon la villa y fortaleza de ese nombre, de cuyos condes Gonzalo Telliz (897), Fernan Diez (913), Herrera Melliz (929), Fernan Gonzalez (935) y otros, guarda recuerdos la historia. En los peñascos de sus inmediaciones se encontraron numerosas tumbas abiertas en la roca, que debieron corresponder á la población citada y que pertenecían á los primeros siglos de la edad media. Por espacio de largos años corrió por esta comarca la tradición de que en las asperezas de estos solitarios montes de Arcena, fué donde el rey don Favila murió entre las garras de un oso, referencia insostenible á todas luces.

Algunos bañistas se hospedan en la conocida casa de Macarra, fundada por un vizcaíno de este nombre, que poco amigo de batallas en la primera guerra civil, dejó las filas carlistas y se retiró á estas breñas, donde á fuerza de trabajo y economía logró hacerse propietario. Frente á ella, y en la opuesta ribera, se ven los molinos de Tamajon en tierra castellana, que distan de Villanueva de Soportilla poco más de un cuarto de hora. Allí hay otro excelente manantial de aguas medicinales, que ya en los mapas viejos se señalaba con el nombre de «*La Salud*: fuente mineral». Pásase



á ellos desde el embarcadero de Sobrón por medio de un cómodo y seguro lanchón, cuyo detalle y cuya breve caminata dan especial y agradable carácter á la vida de veraneo del establecimiento.

El manantial de Soportilla no tiene para el servicio mas que una caseta, que muy pronto se verá sustituida por un espacioso y elegante cobertizo. Estas aguas alcalino carbonatadas, contienen menos cantidad de ácido carbónico libre que las de Sobrón, pero mucha mayor de bicarbonato sódico y cálcico.

En aquellas pintorescas cercanías, en el paseo, en los jardines y en el salón, dimos mi compañero y yo extensa cuerda á nuestros relatos de estudiantes y de hombres y, confiando en que Herrán aguardaría en Salinas, nos decidimos á hacer algunas amenas excursiones. Recorrimos los inmediatos montes primero, disfrutando desde sus altas cimas de la vista de curiosos panoramas, y estudiando la notable configuración geológica de aquella eminente y escabrosa sierra. En ambas orillas del Ebro y desde la sierra de Arcena hacia Bergüenda y Villanueva de Soportilla, ofrece el terreno dos distintas formaciones: la secundaria, caracterizada por la creta calcárea en los altos y peñas, y por algunas margas azules inferiores; y la terciaria después, con sus conglomerados y pudingas y el suelo arcilloso del llano. La disposi-

ción de las capas, en inclinación casi vertical, se dirige desde las cimas hacia la cuenca. El Ebro se abrió paso formando un sinuoso desfiladero, digno de ser visitado, entre los macizos calcáreos, cuyas fajas oblícuas y cuyas terribles cortaduras dan rudo aspecto á las escalonadas peñas, y sobre cuya vertiente oriental se apoyan, enhiestas también y abruptas, las inclinadas masas de las rocas terciarias. El cuadro que ofrece aquel rudo conjunto geológico, de tronchadas crestas, de altas y escarpadas vertientes y de simétrica disposición, cautiva sobre manera la curiosidad de los sabios y de los profanos. No es difícil encontrar en las excursiones algunos fósiles, y entre ellos, en la creta, Requienias y Ammonites; y entre las pudingas numulíticas, equinodermos del género *Conodypus* y Ostreas. La cuenca del río está, como es natural, cubierta de terreno de acarreo. Traspuesta la alta sierra y desde el límite de la provincia, vimos el precioso valle de Tobalina surcado por el Ebro y por numerosos riachuelos, con más de veinte villas, con sus eminentes cordilleras al mediodía y poniente, al pie de las cuales se alza la histórica ciudad de Frías, y allá á la derecha del alto mirador, perdiéndose á lo lejos sobre el viejo camino de Cillaperlata á Orduña, ó de Briviesca á Bilbao, según algunos, se ven las cimas de la cuesta y portillo de Herrán inmediato á Revilla.

También desde Villanueva de Soportilla es curiosa la excursión al pie de la sierra, hacia Portilla y Bozoó, Santa Gadea del Cid y el notable convento del Espino, pero preferimos recorrer la montuosa región de Valdegovía, las faldas de los montes de Guibijo y la pintoresca subida de la peña de Orduña, que nos debían dar motivo para una inolvidable y curiosa caminata.

II

Por necesidad, y para mayor independencia y agrado, hicimos el viaje á caballo. Desde Bergüenda volvimos á seguir la carretera de Bilbao, que avanza en terreno montuoso poblado de robles y pinos, al pie de Bachicabo, por la orilla del Omecillo. La aldea de Bachicabo, con unos 40 vecinos, queda á la izquierda al pie de los escarpados riscos de su nombre. Algo mas populo es el pueblo de Espejo que el río y la carretera cortan por medio, bonita población, situada en un hermoso valle, al pie de un montecillo, desde el que se descubre una agradable perspectiva. Su fuente es muy notable, y entre su caserío ostenta las viejas torres de los Salazares y de los Artajonas, y una muy curiosa de estilo ojival. Tiene

buenas huertas y lindos paseos á orillas del Omeccillo. En este pueblo hubo un ingenioso mecánico llamado «El Brujo», que dejó gran renombre, por las norias y molinos de viento que construía. En el término de Barcabáo se descubrieron algunos vestigios romanos. Mas allá de Espejo se encuentran la venta Blanca y la de Santa Lucía, y en aquellos collados está el monte de Medropio, penoso pero excelente cazadero de perdices cubierto de carrascos y jaros, y sobre cuya cima aun quedan algunas pobres ruinas enterradas, de lo que un día fué considerable fortaleza.

A la izquierda y á bastante distancia del camino distinguese la peña de Barrio, dominando al pueblo de este nombre, sobre la que se alzó el imponente castillo de Barbéa, en pintoresco lugar, muy escabroso.

Cerca de la carretera y á su derecha en una linda explanada, se alza la vieja aldea de Villamaderne, y en su jurisdicción se ven las referidas venta Blanca con su antiguo y notable puente, la ermita, recién restaurada por la viuda de Varona, y el santuario de Santa Lucía, cuya concurrida fiesta se celebra el último domingo de Setiembre. Entre Villamaderne y la inmediata diminuta villa y hermandad de Bellogin, señalan los mapas viejos unas ruinas de convento de Templarios, de cuyo punto no se conserva memoria siquiera en el país.

La carretera que hasta aquí ha seguido el rumbo al norte, toma con la cuenca del río la dirección á poniente, dirigiéndose al histórico pueblo de Villanafie, que se encuentra á la izquierda frente á la venta Antigua, con su gótico puente, sus almenas y su sorprendente y pintoresco conjunto. Sobre los ríos Omejillo y Flumencillo que se unen aquí, hay dos puentes y una gran ferrería que en otros tiempos fué de primera importancia. La población, aunque de corto vecindario, ostenta muy buenas y curiosas casas, y entre ellas el hermoso consistorio que ha sido siempre el lugar de reunión de los pueblos de la hermandad. Pero su casa notable y su curiosidad principal están en el palacio torre de Varona. Está formada la fortaleza por gruesos muros de mampostería y durísima argamasa, á la que debe su admirable conservación, y remata en fuertes esquinazos de sillería concertada. En el segundo cuerpo de la torre estaba situada la puerta, á la que se subía por medio de una escala levadiza y no tiene mas ventanas que una muy angosta en el cuerpo inferior y varias saeteras en el alto. Tiene la obra una elegante coronación de almenas que recorren la línea del cubo central, que domina á la puerta y la de los otros cuatro que adornan, cierran y defienden los ángulos de las fachadas. Supone la tradición, y así lo consignan las crónicas de esta

casa, que en esta torre de Villanafé, vivió don Pelayo retirado, por espacio de algún tiempo, después del desastre de Guadalete, hasta que los montañeses aclamándole rey, vinieron á darle el mando de las legiones que debían empezar la reconquista. Contigua á la torre está la casa solar tambien decorada y defendida por fuertes cubos, almenas y huecos, con anchurosos y elegantes departamentos en su interior, con un sombrío patio y un reducido oratorio en el que se venera el cuerpo de santa Eurania virgen y mártir. La torre y la casa están rodeadas de un muro barbacana con almenas y saeteras, que dejan defendido un ancho espacio de mas de seis metros. El recinto está á su vez limitado por un profundo foso, que en la actualidad solo abarca la mitad del perímetro de la construcción, nutrido por dos manantiales que en el mismo brotan y por otro que fertiliza el bonito jardín que hay dentro de la casa, construido por uno de los últimos poseedores, el Sr. don Rodrigo Pedro de Varona y Salazar en 1848.

Bien merece un viaje á estos curiosos y olvidados rincones de Valdegovía la histórica mansión de los Varonas, en cuya contemplación encuentra el artista grato solaz, y el poeta asunto sobrado para inspirarse en los recuerdos de guerreros siglos.

En el escudo de armas de la casa, y erguida

sobre el noble morrión, se ve una hermosa matrona, que agita en su diestra una espada rota. Aquella es la heroína del solar, á la que éste debe su apellido. He aquí en breves frases resumida la tradición de los Varonas. A fines del siglo IV el almirante godo Rui Pérez, desembarcó en Laredo é internándose en las montañas, llegó al valle de Losa y más adelante á las márgenes del Omeccillo, al áspero paso de Angosto y á la confluencia del Flumencillo, donde asentó definitivamente su campo. Hizo en él su torre, y alzó para la defensa del valle el castillo de Bóveda, sobre las cortadas y desnudas peñas de este nombre, trabajando después en la repoblación del valle de Valdegovía, autorizado por la concesión que al efecto le hizo el rey Wamba, en una de las Cortes de Toledo. Erigió también la capilla de San Cristóbal en la que fué sepultado. Sucediéronle sus hijos y nietos Ruy, Rodrigo, Pelayo, Martín, Gómez, Gómez y Alvar, todos del apellido Pérez hasta el siglo en que vivían estos últimos en Villanafie, con su hermana doña María. Era esta dama muy esforzada y de muy probado valor en las cacerías de fieras de aquellas montañas. Con motivo de las guerras entre el rey don Alfonso primero de Aragón y doña Urraca de Castilla, á fines del siglo XI, acudieron á ponerse al lado de la reina don Gómez y don Alvar Pérez. Su hermana doña

Maria, no quiso quedar sola en Villanañe, y armada de todas armas, ostentando un blanco cendal en vez de plumas en el casco, partió con ellos al frente de sus soldados. Llegados á Toledo, y después de algunos combates con los moros en los que doña María cobró extraordinaria fama, al saber que el rey de Aragón avanzaba sobre la Rioja, partieron con el ejército castellano en su busca. Iniciada la batalla en los campos de Atinza (sic) penetró doña María, seguida de algunos de los suyos entre las huestes enemigas, en cuanto cerró la noche, y allí luchó por largo tiempo con un caballero, que vencido por ella, resultó ser el mismo rey de Aragón á quien hizo prisionero, después de haber roto su espada en uno de los golpes de aquel personal encuentro. Don Gómez y don Alvar, que acudieron al sitio de combate en busca de su hermana, condujeron con ésta prisionero al rey, á presencia de doña Urruca y de su hijo don Alfonso, en cuyos reales, según el cronista de la casa, besaron la mano al monarca aragonés los ilustres capitanes don Pedro Añsuarez, don Pedro de Lara, don Juan de Mendoza y otros. Doña María no alzó la visera de su casco hasta este momento, y maravillado el rey de Aragón de que una doncella le hubiera vencido, le dió con su anillo las barras de Aragón con la corona real para que siempre figurasesen en el

escudo de armas de su casa y: «puesto que vuestros hechos—le dijo—más que de hembra son de varón el más valiente, de aquí en adelante os llamaremos *Varona*, cuyo nombre conservarán también estos campos donde vencisteis.» Desde entonces los Pérez de Villanafie se vienen llamando *Varona*.

Recuérdase todavía en el pueblo, que los señores de esta casa tenían el derecho de exigir que los vecinos apaleasen los fosos y charcos que la rodean, para hacer callar á las ranas y que no turbasen el sueño de aquéllos. Guardaban el palacio doce grandes perros. Un vecino del pueblo nos aseguró que hacia el año de 1837 mató el mayordomo de esta casa una pantera (?) en los montes inmediatos, y cuya piel conservaron por largo tiempo.

En la venta del Monte la carretera se divide en dos: una que sigue al norte hacia Orduña, y otra que va por Villanafie á Valderejo y Bóveda. A reserva de recorrer la primera, seguimos la segunda, por la cuenca del Flumencillo hacia Villanueva de Valdegovía, capital de estos bonitos valles, que cuentan dos villas y 20 lugares. En aquel hondo barranco del camino nos detuvimos largo rato á visitar el campo y Santuario de la Virgen de Angosto, cuya concurrida feria se celebra dos veces al año, en Junio y en Septiembre.

La soledad y rareza del sitio contrastan con las edificaciones y dependencias del Santuario, y con el gran número de tejawanias y puestos desiertos, que llenan aquel campo, como testimonio de la gran afluencia de gentes y ganados que acuden en las referidas épocas. En el margen del arranque de las dos sierras, que cerca de allí se elevan, cubiertas de espesos chaparrales de encina, está la venta de Burguillos.

Villanueva de Valdegovía ó de Gurendez es una preciosa población de corto vecindario, con fértil vega, y magníficas huertas que producen celebradas frutas y hortalizas. Avanzando por el estrecho paso de la carretera y siguiendo siempre al Flumencillo, entre altas vertientes cubiertas de encinas y robledales, pasamos por el pueblecito de Gurendez, que tiene una gran sierra de agua, y que vive, como la mayor parte de estos lugares, con la rica industria de sus extensos montes. Más allá del pueblo se toca en territorio castellano, dentro del cual, por la áspera vertiente que trae el río, subimos á visitar el curiosísimo rincón de Valpuesta. En muy estrecho y reducido valle, por todas partes rodeado de montañas, saludamos al pobre pueblecito, que apenas cuenta hoy cuarenta vecinos y que un tiempo fué gran sede episcopal. Su apiñado caserío conserva aún en torno, algunos restos de los viejos muros y de la alta torre

que, sobre ellos, alzara el Almirante de Castilla. La moderna y esbelta torre de la iglesia no indica la antigüedad de aquella renombrada colegiata, que en la época del arte bizantino fué catedral y que después, ostentosa colegiata, se vió de nuevo recompuesta y erguida según el gusto ojival, que es el que aún la constituye. Con vivo interés examinamos aquella única nave del decaído templo diocesano, aquellas modernas capillas y aquel reducido y bonito claustro, donde hoy reinan la soledad y el quietismo más imponentes. La silla episcopal de Valpuesta duró desde principios del siglo IX hasta fines del XI, y tuvo el mismo origen que la de Armentia: la acumulación de gentes que vinieron del centro de España huyendo de la invasión sarracena y la destrucción de los obispados castellanos. Valpuesta fué pues una sede de refugio, cuya jurisdicción se extendió por los inmediatos territorios castellanos y por todas las hermandades del oeste de la provincia de Alava, desde Ayala y Arceniega hasta el Ebro, siguiendo las sierras de Altuve, Badaya y La Ribera. El Obispo Juan I fué el prelado que fundó la diócesis en 804, y desde él hasta Munio, después del cual se incorporó esta silla á la de Burgos en 1084, hubo diez y seis obispos. Como vivo testimonio de su pasada importancia quedaron en esta colegiata, desde la edad media hasta el siglo pasado, 24 prebendas de

servicio entre canónigos y capellanes, y aún hace pocos años había hasta 17 servidores. Hoy, la pobre parroquia solo tiene su cura propio, sin que quede otro resto vivo que el viejo organista, del olvidado cabildo. La suntuosidad de algunos trabajos, que guarda el templo, como su notabilísimo altar mayor moderno, y su capilla de la Virgen de Valpuesta, indican al curioso la importancia que tuvo en otros tiempos. Según la tradición, en un viejo enterramiento, yace el cuerpo colosal del esforzado guerrero Lope García de Salazar, prestamero mayor de Vizcaya, que murió de 100 años de edad en el sitio de Algeciras en 1344, después de haber tenido dos hijos legítimos y ciento veinte bastardos, siendo el primero de éstos el insigne caballero y escritor vizcaíno, autor de las *Buenas andanzas y Fortunas*, Lope García de Salazar. La casa-torre de García de Salazar está en el pueblo de Nograro.

No hay para qué ponderar con qué especial interés y con qué detenimiento recorrimos todos y cada uno de los pasos de aquel histórico lugar, ni con cuanta complacencia nos entretuvimos en tomar nota de nuestra expedición á esta famosísima *Vallis positam*, de la que en tiempo oportuno publicaré detallada monografía.

Más allá de Valpuesta, y pasando el imponente y largo desfiladero de San Zadornil, aún se extien-

de la provincia de Alava por la hermandad y valle de Valderejo, por la sierra de Bóveda y por los últimos pueblos de la hermandad de Valdegovía, limitrofes del valle de Losa. El país es pobre y muy montuoso y cría los mejores pinos de Alava. Sus pueblos son de escaso vecindario, de 6 á 18 vecinos, excepto Bóveda y La-hoz que son de más importancia. Corro tiene una ermita y sepulcros abiertos en las peñas.

Después de descansar en Valpuesta, regresamos al dia siguiente á la venta del Monte y emprendimos la subida hacia Osma y Berberana. El camino, en el largo trayecto de más de seis kilómetros hasta Fresneda, es triste y solitario. Al pie de la sierra de Lacozmonte, sobre la derecha, están, á lo lejos, los pueblos de Guinea, con diez casas y Cárcamo con doble número. Espesos encinales cubren aquellas alturas. El lugar de Fresneda se alza en una llanura sobre la carretera y tiene muy pintoresca y fértil vega, atravesada por el Omecillo y la carretera de Bilbao. Al poniente y al pie de los altos de Valpuesta y á muy corta distancia, se vé la villa de Caranca de escaso vecindario, é inmediata está la de Astulez con diez vecinos, dominada por el alto sobre el cual se asentó el fortísimo castillo de su nombre, en muy pintoresca situación y con mucha caza en sus montes. Poco más de un kilómetro más arriba, en la carretera, y á poca distancia del

límite de la provincia, en terreno pobre y escabroso está el crecido pueblo de Osma, en cuyas cercanías se supone fundadamente que estuvo la *Uxama-Barca*, que señala Ptolomeo en esta comarca de los Autrigones. Siguiendo la estrecha llanada de Osma, y dentro ya de la provincia de Burgos, en llano también, se alza la villa de Berberana con su castillo. La carretera sube el puerto de Orduña entre altos pilares de piedra, colocados de trecho en trecho para conocer en el invierno la altura de las nieves, y ya en la divisoria se vuelve á entrar en la provincia de Alava sobre el pueblo de Tartanga y la vía férrea de Bilbao, desde cuya elevada cumbre es uno de los panoramas más deliciosos del país vascongado.

III

Al día siguiente despedí en Sobrón á mi condiscípulo, y aprovechando una gira de bañistas que iban en coche á visitar el interesante valle de Salinas de Añana, realicé también mi expedición, encontrándome en breve tiempo en la casa natal de mi querido compañero Fermín Herrán. El animoso é infatigable literato vitoriano, el elocuente director de la academia Cervántica española, había diezmado en aquellos días las bandas de perdices

de las cumbres de Añana, y me esperaba en compañía de excelentes amigos, y del ex-alcalde de Vitoria, mi joven condiscípulo Joaquín Herrán, para que, á nuestro placer, recorriéramos y estudiáramos aquel originalísimo rincón de la provincia de Alava.

El espectáculo que se descubre al llegar á Salinas es tan inesperado como sorprendente. Dentro de un estrecho valle contorneado por pequeñas alturas, apenas aciertan á distinguir los ojos un cuadro, que á no saber la industria á que sirve de base, nadie podría llegar á explicar. Figuraos una monstruosa cantera de mármol blanco, abierta en el seno de verdes alturas; suponed los cortes verticales marcados con oscuros tonos y salpicados de miles de pies derechos, que sostienen ocho pisos de bancos horizontales de nivea blancura, en cuya cristalina superficie brilla el sol con extraños resplandores; concebid este raro panorama dividido geométricamente en multitud de figuras rectangulares, sembrado de pozos de color verde azulado, interrumpido en su superficie por largas perchas sostenidas en sencillos caballetes, por arroyos cuya cuenca es de madera y cuyo caudal cristalino corre á nutrir las saladas eras, y por un animado concurso de obreros, que tan pronto aparecen al borde de un plano, como se hunden debajo de las galerías, como avanzan por las divi-

siones de la cantera, como cruzan los puentes que unen las faldas del valle. Figuraos, si no una ciudad escondida en un hondo repliegue del terreno, con las calles agrupadas en múltiples escalinatas, á la que, en un día de terrible desgracia, hubieran anegado las aguas, dejándola, después de su paso sin tejados, pero con lagunas sobre los techos, sin paredes, pero con el esqueleto de sus puertas y ventanas, sin pavimento, pero con el rastro de las paredes en el suelo; y, con cualquiera de estas imágenes tendreis una idea aproximada de la que á la mente acude, cuando por primera vez descubre el viajero, la original perspectiva de Salinas de Añana

Examinada una de las *eras* de la elaboración de la sal, pueden darse por comprendidas todas. El agua salada ó muera, á la concentración de 21 grados Beaumé, llega por una cañería de madera, llamada royo ú arroyo, á cada una de las eras. Abrese el orificio lateral, que está obstruido con greda y la corriente inunda la superficie, hasta la altura que señale su perímetro de madera, que es de unas dos pulgadas. La superficie de cada era es próximamente de 240 pies cuadrados. Su suelo está formado por dos capas de greda impermeable, y por un empedrado menudo, perfectamente unido por aquella, y se halla sostenido, en general, por

un subsuelo de madera, que se apoya á su vez en armazones y pies derechos de pino ó de chopo, únicos materiales que resisten la acción de la sal. En cuanto la temperatura del liquido se eleva á 30 grados centígrados, ó en cuanto trascurre el tiempo proporcional para que en toda la superficie se verifique la evaporación lenta, se cuaja, empezando la solidificación de la sal que aparece primero formando una especie de eflorescencia y que cristaliza después en blanquísimos y diminutos cubos. Es un sistema de elaboración primitivo, absolutamente sencillo, en el que la naturaleza dá la sal disuelta y en que el sol y el aire ponen el calor necesario para la solidificación. El hombre no ha hecho mas que arreglar artificialmente los planos evaporatorios, convirtiendo las faldas del estrecho valle del río Añana, en una gradería de ocho pisos, con objeto de aumentar hasta donde ha sido posible la superficie de evaporación, que hoy tiene una área de un millón ciento cuarenta y dos mil pies cuadrados, distribuidos en cuatro mil setecientas cincuenta y cinco eras, de las cuales dos mil trescientas cincuenta y una pertenecen á vecinos de la villa, y dos mil cuatrocientas cuatro á propietarios forasteros.

Hay bastantes eras colocadas á superior nivel que el del manantial que las nutre, cuya alimentación se hace á viva fuerza elevando la muera

desde los pozos internos inferiores, á donde llega la corriente de agua salada, á los pisos superiores, por medio de un sencillo aparato, usado en los primitivos pozos egipcios, y empleado aun para el riego en las huertas de Vitoria. Consiste en un pie derecho, ahorquillado en su parte superior, que sostiene el eje y punto de apoyo de un largo cabrio, que tiene en su extremo posterior una piedra contrapeso, y en la anterior un gancho del cual pende una vara de bastante extensión, á cuya parte inferior se agarra el operario, para dar movimiento al *trabuquete*, como en el valle se llama. De su extremo pende una singular vasija, *el es-cuerzo*, formado por un saco de piel de cabra, única sustancia que resiste á la acción corrosiva de la sal. Con este simple aparato suben la muera de un pozo á otro, y de este á las eras, de modo que, en gran parte del valle, véñse enhiestos los palos de los trabuquetes, con sus varas pendientes sobre los orificios de los pozos, que se llaman *boqueras*. Poco antes de que toda la sal se haya solidificado, se recoje en montones con una especie de pala, denominada *rodillo*, y se conduce al piso inferior de las eras, hasta que llegue el dia de almacenarla ó *entrojarla*. Como es natural, dada la sencillez casi primitiva de la elaboración del rico producto, solamente se hace su recolección en el buen tiempo del año, cuando la evaporación

es posible, mientras no reinan la lluvia ni el frío.

A las personas curiosas á quienes interese el conocimiento de mayores detalles respecto á esta industria, les aconsejo que lean la «Memoria de las fábricas de las Salinas de Añana», debida á la pluma del distinguido hijo del valle D. Adrian de Herran en la que, el respetable y dignísimo Consultor de la provincia, relata con agradable naturalidad, y sin omitir una sola noticia, cuando puede saberse de la vida y particularidades del *Valle salado*.

Examinando detenidamente las salineras, se comprende cuan variada estaría semejante industria si se hallara en alguna de las adelantadas naciones de Europa, en la que, de seguro no se perderían ni una pulgada cúbica de muera, ni un solo dia de beneficio al año, obteniéndose multiplicados los productos. Es verdad que comparado el actual sistema de fabricación que planteó á fines del pasado siglo el comisario regio, arquitecto Sr. La Vallina, con el antiguo, que consistía en esparcir la muera sobre los terrazos naturales se ve ya un adelanto notable; pero, son tantos los procedimientos industriales modernos para el aprovechamiento rápido y completo de las sales, nacen tantas industrias secundarias á la sombra de una fabricación de esta importancia, se han discurrido

tantos medios para dar renombre, concurrencias atractivas y grandes salidas á estos centros productores, que, de seguro, á la fabricación salinera ordinaria, hubieran añadido en el extranjero uno ó varios establecimientos de elaboración permanente, almacenes vistosos, baños á diversas concentraciones y temperaturas y cuantos elementos se saben aunar para hacer producir dinero á todos ellos. Algunas de estas excelentes ideas persigue con cariño el joven y estudioso farmacéutico de la villa D. Ramón R. de Huidobro, y, es claro, como de la gente joven es de la que han de salir estas beneficiosas reformas, no tardarán en unírsele otros que empiecen por aceptarlas y que las planteen. Hoy se cojen en el valle unas 600.000 fanegas de sal, cada año, y se ha calculado que cada catorce cántaras de agua muera dan una fanega de sal, de modo que, como el manantial grande da *nueve cántaras por minuto*, viene á producir dos fanegas de sal por cada tres minutos. ¡Y pensar que pasan meses y meses enteros en que tan riquísimo caudal se pierde en el río Añana, sin aprovecharlo, mientras no puede hacerse la fabricación!

La comunidad de *Herederos propietarios de las Salinas de Añana*, tiene para su gobierno y administración un excelente reglamento y está dirigida por la Junta general, que se reúne al día siguiente

de la popular fiesta de San Cristobal y al siguiente también de la Virgen del Rosario, y por un Diputado y su teniente, cuyos cargos son gratuitos, honoríficos y obligatorios.

Preciosa perspectiva ofrece el valle desde las alturas; cierran el horizonte por el norte las peñas Primera y Segunda, al pie de las cuales avanzan sobre la villa los verdes términos de la Ventosa, y el diminuto barrio de Peruchico, con sus altas casas y sus agrupadas arboledas. Mas allá, hacia donde termina el cuadro por la izquierda, se ven los altos de la Hormilla, y delante, en segundo término, el hermoso mirador de San Cristobal, solar de un antiguo y magnífico templo, destruido en la guerra de la Independencia, al pie del cual se alza la única parroquia de la villa. El caserío de esta, asentado en la pendiente de la orilla derecha de la cuenca, ocupa con sus 1.000 habitantes la mitad del paisaje, sobre las argentinas superficies de las eras de sal, que forman la banda norte de la hondonada. En su extremo se vé el almacén de la Revilla, que tiene una cabida de 28.000 fanegas, y mas arriba, sobre la carretera de Vitoria, que sube á perderse entre el verdor de los montecillos, se vé el antiguo emplazamiento de la ermita de Santa Ana. Allí alza también su arrogante masa la cima de la Atalaya, rodeada de nieblas que el

viento mueve. Por el oriente y entre los terrazos y las eras de este lado, avanza un riachuelo de agua dulce, que en el punto de Entrambasaguas, en el centro del valle, se une al Añana. Dominando á las salineras se vé la oscura masa del almacén Grande ó del Medio, que guarda 78.000 fanegas; y como coronación de tan bello conjunto de blancas eras y verdes ondulaciones, entre caprichosas líneas de árboles, ceñido por viejísimos muros, se alza el convento de monjas de San Juan de Acre, tan artísticamente colocado en aquella altura, que si no existiera, habría necesidad de que la imaginación del poeta lo creara, como detalle necesario del pintoresco conjunto.

A su lado se alza el Almacenico, con 22.000 fanegas; más allá sobre una mota la choza del Muñeco, y, completamente al Sur, donde las opuestas faldas del valle van á unirse, en el término de Santa Engracia, está el sitio de los manantiales, que sostienen la riqueza de la comarca. Sobre la choza del Cubo se vé la línea de los altos de las Encinillas y la áspera subida del Terrazo. Del manantial grande se deriva todo el sistema arterial de alimentación de las eras, repartiéndose en dos grandes canales ó arroyos, el *Royo Suso*, que va por S. E. y N., del cual se deriva á su vez el central llamado *Meadero*; y el *Royo Quintana* que marcha por la banda O. y NO. Además del

manantial grande, que es una maravilla natural, por la pureza y limpidez de sus aguas, por el movimiento constante de las burbujas de aire que acompañan á las corrientes que ascienden de su suelo y por su abundancia, tiene el valle otras tres fuentes de agua salada, de menor cuantía, llamadas Fuente Ontana, Fuente Riva y Callicos. Brotan las aguas en el seno de la formación terciaria, á unos 18 grados centígrados, entre una mezcla de terrenos formados por margas verdoso-rojizas, por yacimientos de sulfato cálcico, de calcáreas oquerosas, y de una especie de roca dura trapeana, verde oscura, rayada de serpeadas vetas blanco amarillentas muy semejantes á la ofita ó mármol ofilico.

Al mediodía del valle y al otro lado de la cordillera, como á la distancia de unos seis kilómetros, se visita el curiosísimo *Lago*, abundante y profundo depósito de agua, que ocupa el fondo de otro vallecito sobre el antiguo camino de Miranda. Su nivel está mas de 50 metros mas alto que el de los manantiales salinos de Añana, y muchos salineros sospechan que debe servirles de alimentación constante, atravesando inmensos bancos de sal, que formaran el núcleo característico de aquellas alturas. El aspecto del lago es sombrío y triste. Asperos caminos conducen á él; rodeanle cerrados

bosques y solitarios cañaverales y solo una ermita y casa de labor representan la vida de tan retirado lugar. La ermita y el lago tienen su necesaria leyenda. En aquellos escondidos pasos sobre el viejo camino había antiguamente una venta, en la venta un ventero muy ladrón y muy malo y á su servicio una humilde criada. Cierta noche se presentó á pedir hospitalidad una viajera pobre: era la Virgen. El posadero la despidió de mala manera y la señora al marchar suplicó á la criada que la acompañase. Apenas traspusieron un trecho del camino, brotaron de la tierra las escondidas aguas y la posada se hundió en los abismos convirtiéndose en oscuro lago el hondo asiento del valle.

No hace muchos años los vecinos de Salinas construyeron un gran bote para distraerse surcando las aguas de la solitaria laguna, y si bien al principio se vió muy favorecida la afición náutica, que dió lugar á alegres expediciones y múltiples peripecias, la excesiva distancia, la poca novedad del espectáculo que pronto se hizo viejo, y las constantes ocupaciones del vecindario, hicieron que la idea y el barco se abandonasen pronto.

• • • • •
 • • • • •
 No olvidaré en mis recuerdos de esta expedición la visita que mi especial cicerone el joven presbítero Sr. Ortega y yo, hicimos al convento de las

monjas comendadoras de San Juan de Acre. Ya en el siglo XI existía en aquel delicioso mirador del valle un monasterio, tal vez de otra orden. Todo en él es reducido y modesto, pero todo respira una calma y una alegría, que se advierten con complacencia en cuanto se pasa el humbral de su patio de entrada. El templo es sencillo en sus formas y de moderna construcción. Por doquier se vé en él la cruz de Malta, de los valerosos caballeros que ilustraron la historia de las expediciones á Tierra Santa. En el altar principal destaca el *Propheta altissimi*, entre dos originales y grandes esculturas que representan á sus padres. En un altar, á un lado una Virgen Dolorosa, imagen predilecta de las monjas, y al otro un San Pantaleón, cuya efigie no he encontrado nunca en ninguna otra iglesia. En el fondo de la pequeña nave el coro con sus fuertes rejas y sus cerradas celosías; dentro, á media luz, las comendadoras que rezan inmóviles ó que cruzan rápidas como sombras. Pasamos al locutorio: en él saludamos á la *Presidenta*, que estaba en compañía de algunas religiosas. El traje es severo y magestuoso sobre todo el de gala, que se compone de mantilla ó velo de raso, gola bordada, la cruz de San Juan en el pecho; pendiente de un hombro el gran cordon de la orden labrado en seda amarilla con adornos negros que figuran los atributos de la Pasión; un

manto (símbolo de la piel de camello que usaba el Bautista), con tres nudos en su extremo posterior, en recuerdo de los tres votos de obediencia, castidad y pobreza, que hacen las religiosas. El hábito es de larga cola, que solo la arrastran en los tres días de gala de la comunidad, que son: el de la elección de Priora, el de la profesión de cada monja y el de su consorte. Hice un dibujo de tan curioso atavío, una copia del cual dejé á la Presidenta, como recuerdo de mi visita.

Al pasar por delante de una estrecha ventana distinguí el escondido rincón de un jardincillo, en cuyo centro se eleva un hermoso ciprés, símbolo de la resurrección, y en cuyo suelo las flores cubren algunas tumbas. Espié un rato: una monja ha muerto; la campana lo repite con lastimeras voces; toda la comunidad desfila en aquel huerto, y entre cuatro comendadoras conducen el cadáver de su compañera. Las monjas avanzan con la vista fija en el suelo y llorando: entre dos de ellas han cavado la fosa, las cuales se postran de rodillas sobre el montón de negra y húmeda tierra. Depositada la muerta en el suelo, sus hermanas la contemplan por última vez: la comendadora parece que está dormida; ha pasado cuarenta años dentro del monasterio esperando la otra vida y al llegar á ella no ha hecho mas que cerrar los ojos y cambiar de sepulcro. Tiene las manos enlazadas al

lado de la cruz histórica de su hábito, como las ha tenido casi medio siglo, como las tendrá hasta que deshechas en polvo nutran los rosales y los lirios que brotarán en la cubierta de su sepultura. La comunidad termina sus rezos fúnebres; después, las monjas se arrodillan una tras otra y besan en el rostro á la difunta. ¡Hermoso grupo de cariños, digno del pincel de un atrevido artista-poeta! ¡Quién pensará al asomarse al valle de Salinas que en medio de las industriales rutinarias faenas, hay en lo alto, dentro de aquellas viejas paredes, ese nido de amores, que no se relaciona con el mundo, mas que por los saludos que le envía con el argentino, vibraute y agradable timbre de su única campana? Después del coro de besos, el cadáver es depositado en la fosa, en la cual arroja cada hermana un puñado de tierra. Nivelado el suelo con las palas, las monjas se retiran rezando; el huerto queda en calma; el ciprés sigue señalando el camino de las incomprensibles alturas, y el cariñoso cicerone y yo aun permanecemos un rato asomados á la reja de la ventana; él contandome esta escena como si la vieras y yo viéndola con los ojos de la imaginación

Dos días pasamos en el valle obsequiados por la distinguida familia de Herran y por el ilustre hijo de la villa, el bravo soldado de la libertad, capitán

general de las provincias vascongadas D. José María Loma.

Antes de tomar el coche que, desde Salinas y por el alto de la Tejera, Paul, Arbigano y Pobes, debía conducirnos á Vitoria, copié en mi album el escudo de la casa de Herran, porque un detalle de sus adornos me sorprendió sobre manera. En la cinta que partiendo del casco ondula por los lados, se lee esta inscripción vascongada: «Aurrerac eta Betibere». ¡Coincidencia singular! Cuando en 1867 colaboraba yo con los inspirados y animosos periodistas Sres. Moraita, Sanchez Perez y otros, en el periódico democrático madrileño *La Reforma* (que después fué «La Republica Ibérica»), estudiante aun, adopté como símbolo de mis pobres tareas una pluma y un lápiz cruzado con el lema: *Aurrerac eta Beti-Bat*: esto es: «Adelante y siempre el mismo». Unido después á Fermin Herran con fraternales lazos en el campo de las letras vascongadas y en nuestros propósitos y aspiraciones, me encontré, al ver por primera vez los timbres de su familia, conque instintivamente había yo adoptado una divisa casi idéntica á la suya, circunstancia que me demostró que no en vano aunamos nuestros decididos pero insignificantes esfuerzos en bien del país. Sobre el escudo de Herran pusieron los tiempos que pasaron para no

volver, un yelmo feudal; sobre el mío, adoptado en un siglo que se ha de imponer á todos, dibujé desde hace muchos años el yelmo frigio, para mayor honra y gloria de nuestra cofradía literaria.



ÍNDICE

DE NOMBRES DE PERSONAS

Acebales (Los), pag. 278.
Adriano (El Cardenal), 23.
Aguilar (Condes de), 220.
Aguirre (D. Domingo A. de), 145.
Agustino (Aurelio), 54.
Alava (D. José María de), 88, 108.
Alava y Esquivel (Diego de), 27.
Alava (Diego Martínez de), 118.
Alava (D. Miguel Ricardo de), 23, 46, 48, 279.
Albizu (D. Fernando de, *El Cura de Elorriaga*), 79 á 84. (*)
Alday (D. Xavier de), 260.
Alegria (D. Ruperto Martínez de), 75.
Alfonso I de Aragón, 307, 308.
Alfonso VIII de Castilla, 21.
Alfonso X de Castilla, 22, 25, 68, 84, 118.
Alfonso XI de Castilla, 22, 68, 84, 110, 159, 268.
Alfonso de Trastamara, 209.
Alten (El General), 41.
Amador de los Ríos (D. José), 17 á 19, 36, 37, 40, 49,

53, 64, 65, 79, 85, 88, 92, 93, 101, 107, 108.
Amarante (El General, Conde de), 43.
Amézaga (D. Camilo de), 231.
Amiano, 260.
Andagoya (El Comunero), 56.
Anda (Simón de), 39.
Andrin (Los López de), 120.
Aperregui (Los), 172.
Apraiz (D. Julián), 237.
Aurivita Diego (Conde), 104.
Arbulo (D. Julián), 237.
Arrese (D. Daniel Ramón de), 18, 101, 237.
Arrest (D'), 86.
Arriola (D.ª María Loreto de), 49.
Arróyave (Sr.), 77.
Artajonas (Los), 303.
Arzamendi (El Inquisidor), 174.
Asua (El Capitán), 139.
Avendaño (D. Martín Ruiz de), 139.
Avendaño (D. Pedro de), 164.
Avendaño (Juan de San Juan de), 155.
Ayala (D.ª Costanza López de), 127.

(*) Estos caracteres de negrilla, tanto en el ÍNDICE DE PERSONAS como en el de LUGARES, indican las páginas en que se trata especialmente el asunto.

Ayala (Fernan Pérez de, padre uno y otro hijo de don Pero), 105, 209, 260, 270, 271, 272, 274 a 276.
 Ayala (D. Pedro López de, Alcalde mayor de Toledo), 272.
 Ayala (D. Pedro López de, Conde de Salvatierra, el Comunero), 23, 118, 139, 211, 241, 245, 269.
 Ayala (D. Pero López de, Canciller de Castilla), 22, 114, 118, 208, 237, 260, 262, 266, 267, 269, 270, 271 a 274, 276.
 Avalos (Condesa D.ª Juliana de), 260.
 Baráibar (D. Federico), 237.
 Baraona (Gonzalo de), 23, 139.
 Becerro (El Capitán), 219, 221.
 Bek (Astrónomo), 239.
 Bellsolá (Sr.), 229.
 Bengoa de Arriola (Los), 159, 160.
 Beresford (El General, Vizconde de), 43, 44, 45, 48.
 Berwick y Alba (Duque de), 266.
 Bivere (El Obispo), 99.
 Bocanegra (El Almirante), 209.
 Bonaparte (José), 41, 42, 45, 48, 72.
 Bonaparte (Napoleón), 72.
Brujo (El), 304.
 Bujo (El General Martínez de), 218.
 Bujo (Sr.), 77.
 Buruaga (Rodríguez de), 174.
 Bustamante (Los), 120.

Calatrava (El Maestre de), 209, 272.
 Calle (D. Antonio), 248.
 Calle (El Brigadier), 248.
 Cámara (D. Cristóbal de la), 279.
 Carlos I de España, 23, 117, 118, 152, 211, 244, 269.
 Carlos (El pretendiente D.), 290.
 Carr (Lord Guillermo), Véase Beresford y 43.
 Casalpaccia (El General), 43.
 Casas (D. Fernando), 101.
 Cascante (D. Rodrigo de), 89, 91, 92, 97, 99.
 Ceckley (Astrónomo), 239.
 Cerrajería (D. Dámaso de), 261.
 Cevallos (D.ª Eloisa de), 270, 271.
 Ciorraga (D. Manuel), 69.
 Claquein (Beltrán), 208.
 Clark (Astrónomo) 239.
 Clausel (El General) 41, 42, 44.
 Coello (D. Francisco), 99.
 Colodro (Domingo), 67.
 Collomb (Mr.), 220.
 Conroux (El Brigadier), 44.
 Contreras (El Coronel), 209.
 Cubas (Sr.), 288.
 Chardon (El ingeniero Mr.), 203, 204, 207, 216, 217, 220, 221, 232.
 Chinchetru (Los Ochoa de), 120.
 Dalhousié (El General, Lord), 43, 45.
 Darricau (El Brigadier), 44.
 Diez (Conde Fernan) 300.
 Digeon (Militar francés), 47.
Doctora (La), 214 a 216.

- Dowen (Astrónomo), 239.
 Druot. Véase Erlon y 43.
 Egaña (D. Pedro de), 70, 110,
 228.
 Elorza (Sr.), 281, 291.
Emparedada (La), 159.
 Enrique II de Castilla, 49, 114,
 194, 208, 209, 235, 271, 273.
 Enrique III de Castilla, 272,
 273.
 Enrique IV de Castilla, 259.
 Erlon (El General, Conde de),
 43, 45.
 Eguilaz (Sr.), 134.
 Eurania (Santa), 306.
 Fadrique (El Maestre D.), 209.
 Feleton (Mosen Guillen de),
 209.
 Felipe IV, 233.
 Fernando VII, 23.
 Flavio (Marco Sempronio),
 54.
 Formerio (San), 212.
 Fortunio (El Obispo D.), 99.
 Foy (El General), 41, 44.
 Francisco I, 27.
 Fririón (El Brigadier), 47.
 Fusco (Gayo Fabricio), 54.
 Fusco (Munacio), 54.
 Galarreta (El Secretario), 24.
 Galdo (El naturalista), 83.
 Gales (Príncipe de), 114.
 Gamarra (D. Francisco de,
 Obispo de Cartagena), 145.
 Gamboa (Juan López de), 137.
 Gamboa (Sancho Pérez de),
 137.
 Gamboinos (Los), 70, 172.
 Garagarza (D. Eugenio de),
 77.
 Garay-Peña (Los), 244.
 Garibay (Esteban de), 237.
- Gauna (Los), 120, 194.
 Gazan (El General, Conde de),
 42, 44, 45.
 Giron (D. Pedro Agustín), 41,
 43.
 Goldschmidt (H.), 86.
 González (Conde Fernan), 300.
 González (Conde Lope), 104.
 González de Mendoza (Los),
 58.
 González y López (D.ª Ma-
 ria), 104.
 Gorbea (D. Juan de), 260.
 Grady (Conde de), 220.
 Graham (El General), 43, 46.
 Guevara (D. Pedro Vélez de),
 127, 137.
 Guevara (Los Ladrón de), 135.
 Guzmán (D.ª Leonor de), 267,
 268, 270, 271, 272.
 Guzmán (Casa de), 192, 269.
 Haro (Conde de), 118.
 Hasda (Barón D'), 220.
 Helzel (Sres. de), 114.
 Herrán (D. Adrián de), 319.
 Herrán (D. Fermín), 18, 88,
 237, 293, 301, 314, 328.
 Herrán (D. Joaquín), 315.
 Herrán (Familia de), 66, 327,
 328.
 Hill (El general), 43, 44, 48.
 Huidobro (D. Ramón R. de),
 320.
 Hurtado de Corcuera (Los),
 297.
 Hurtado de Mendoza (Los),
 58, 165, 167, 296.
 Icabalceta (Sr.), 260.
 Inchaurregui (D. Lorenzo de),
 172.
 Infantado (Casa del), 58, 59.
 Iruña (Andrés de), 56.

- Iruña (*El Bachiller*), 56.
 Isabel la Católica, 23, 115.
 Isasmendi (Sr.), 161.
 Isunza (*Los Ortuños de*), 73.
 Janer (D. Florencio), 277.
 Jauregui (D. Antonio de), 260.
 Jourdan (*El Mariscal*), 41, 42,
 45, 46.
 Juan I de Castilla, 272, 273.
 Juan I (Obispo de Valpuesta),
 311.
 Juan II de Castilla, 23.
 Juan (El Prior de San), 208.
 Justiniano (D. Juan), 17, 18.
 Lacorzaná (Conde de), 168.
 Lamartinier (*El General*),
 43.
 Landa (Ochoa de), 137.
 Landazuri (D. José Joaquín,
 el historiador), 27.
 Landazuri (Sr. Ortiz de), 240.
 Lara (D. Nuño de), 296.
 Lara (D. Manrique de), 211.
 Larrea (D. Juan de), 115.
 Larrea (D. Silvestre), 51.
 Lasarte (Los), 235.
 La Vallina (Sr.), 319.
 Lazcano (Los), 115.
 Leiva (Martínez de), 159.
 Lezamas (Los), 254.
 Loma (*El General*), 328.
 Longa (D. Francisco), 43, 46,
 145.
 Luco (D. Juan Bernal Díaz
 de), 145.
 Luco (Sr.), 161.
 Luzuriaga (Los), 120.
 Llaguno y Amirola (D. Euge-
 nio de), 278.
 Macarra, 300.
 Mantelli (D. Sotero), 18, 37,
 40, 65, 70, 88, 98, 110, 130,
 143, 146, 147, 157, 160, 165,
 167, 233, 237, 244.
 Maransin (*El Brigadier*), 44.
 María de Molina (D.º), 22.
 Martínez (Sr.), 77.
 Mazmela (Sr. Ruiz de), 157.
 Medrano (*El General Vélez*
 de), 218.
 Melliz (Conde Herrera), 300.
 Mendarozqueta (Ochoa de),
 174.
 Mendarozqueta (Rodríguez
 de), 174.
 Mendoza (Los). Véase Gon-
 zález de Mendoza, Hurtado
 de Mendoza y 59.
 Mermet (Militar francés), 47.
 Mina (El General), 138.
 Moelder (Astrónomo), 86.
 Montehermoso (Marqués de),
 25, 244.
 Monterilla (*Los canteros*), 133.
 Moraza (D. Benigno M. de),
 70.
 Morillo (D. Pablo), 43, 44, 48.
 Munio (Obispo de Valpues-
 ta), 311.
 Murga (León de), 257.
 Murga (Ochoa de), 259.
 Murguía (D. Domingo Martí-
 nez de), 173.
 Murua (D. Martín de) 281, 291.
 Murua, (Martín López de),
 167.
 Muxica (Juan Alonso de), 164.
 Muxica (Señores de la Casa
 de), 160, 163, 164.
 Nafarrate (D. Victor), 179.
 Navarrete (D. Eustaquio Fer-
 nández de), 98, 233, 234.
 Navarrete (D. Martín Fernán-
 dez de), 233.

- Navarrete (D. Pedro Fernández de), 233.
 Navarrete (Los Fernández de), 232.
 Olaguibel (D. Juan Antonio de), 29, 35, 71.
 Olozaga (D. Salustiano de), 236.
 Oñacinos (Los), 164, 171.
 Oñate (Condes de), 135.
 Oquendo (El Almirante), 138.
 Oquerruri (Martín Martínez de), 118.
 Ordoñana (Los), 120, 123.
 Ordoñana (Sr.), 140.
 Orodzgoiti (D. Marcos de), 80.
 Orgaz (Condes de), 59, 193, 296, 297.
 Orodea (D. Eduardo), 18, 32.
 Ortega (Sr.), 324.
 Ortes de Velasco (D. Ramón), 70.
 Ortiz (Fortún), 60.
 Otaloras (Los), 73.
 Otazus (Los), 73.
 Pack (El general), 43.
 Palacios (Los), 172.
 Pantoja (Un cuadro de), 244.
Payueta (El Santero de). Véase Valdivielso.
 Pedro el Crnuel, 49, 114, 208, 209, 271, 273, 296.
 Pelayo (D.), 306.
 Peñaflorida (Conde de), 238.
 Perea (D. Obdulio de), 18, 40, 49, 51, 56, 65, 69, 70, 88.
 Pérez (de Villanañe, Ruy), 307.
 Pérez (de Villanañe, Rodríguez), 307.
 Pérez (de Villanañe, Pelayo), 307.
 Pérez (de Villanañe, Martín), 307.
 Pérez (de Villanañe, Gómez), 307, 308.
 Pérez (de Villanañe, Alvar), 307, 308.
 Pérez (de Villanañe, D.ª María), 307, 308.
 Petrus (Abas), 259.
 Pineau (Mr.), 227, 228.
 Pinedo (Los), 235.
 Porceles (Los), 194.
 Prado (Marqueses de), 172.
 Prim (El General), 219.
 Prudencio (San), 88, 100.
 Ptolomeo, 128, 314.
 Quesada, (El General), 213.
 Quintanilla (Sr.), 161.
 Quiroga (D. Julián), 140.
 Ramirez (Mosen Juan), 218, 220.
 Raneo (José), 233.
 Reboul (El Ingeniero Mr.), 219, 220.
 Reille (El General), 41, 43, 45, 47.
 Renneyampff (Van), 86.
 Retana (Arzobispo de Mésina), 114.
 Reynolds (Astrónomo), 239.
 Ribera (Cuadros en el Palacio de la Provincia), 28.
 Riscal (Marqués del), 227, 228.
 Robinson (El Brigadier), 46.
 Rodriguez Ferrer (D. Miguel), 83, 131, 148, 149, 152, 153, 269.
 Rojas (Casa de), 187, 192, 200.
 Ruiz (D.ª Ocenda), 218, 220.
 Ruiz de la Peña (Sr.), 88.

Sagarzurieta (*El magistrado*), 200.
 Salazar (*Condes de*), 226.
 Salazar (*Lope García de*), 237, 312.
 Salazar (*Los*), 235, 303.
 Salcedo (D. *Fernando de*), 171.
 Salcedo (D. *Martín de*), 172.
 Salcedo y Ayala (D. *Fortun Saenz de*), 171.
 Salinas (*Condes de*), 193, 218, 235.
 Salinas (*Los*), 24.
 Salvatierra (*Condes de*). Véase *Ayala y 25, 241.*
 Salvatierra (*Diego de*), 27.
 Salvatierra (*Martín de, Obispo de Segorbe*), 26.
 Salvatierra (*Los Martínez de*), 172.
 Samaniego (D. *Félix María de*), 186, 226.
 Sanabria (*El general*), 83.
 Sancho el Sabio de Navarra, 21.
 Sarmiento (D.^a *Maria de*), 275, 276.
 Sarralde (Asesor del Perú), 174.
 Sarria (*Martín Alonso de*), 104, 246.
 Sarria (*Los Ochoa López de*), 172.
 Sarrut (*El General*), 43, 46.
 Sillon (*Sempronio*) 126.
 Sautu (Sres.), 170.
 Telliz (*Conde Gonzalo*), 300.
 Tello (*El Conde D.*), 208.
 Temiño (*El ladrón*), 213.
 Tepa (*Conde de*), 200.
 Thiele (*Astrónomo*), 86.

Ticiano (*Cuadro robado en Mendiguren*), 174.
 Tirlet (*El General*), 44, 45.
 Torre (*Maestro pintor*), 80.
 Tosantos (*Los*), 235.
 Tréport (Mr.), 204, 207, 211, 212, 216, 222, 232.
 Triger (Mr.), 220.
 Trueba (D. *Antonio de*), 277.
 Tylli (*Militar francés*), 47.
 Ugarte (D. *José María de*), 206, 207, 209.
 Ugarte (D. *Juan de*), 251.
 Urbina (*Casa de*), 173.
 Urbina (*El capitán Juan de*), 243.
 Urgel (*Obispo de*), 290.
 Uriarte (*Los Ortuños de*), 73.
 Urigoitia (Sres. de), 126.
 Uriondo (*Los*), 172.
 Urquijo (D. *Estanislao, Marqués de*), 258, 280, 282, 285, 286, 287, 289, 290.
 Urquijo (D. *Francisco Poli-carpo de*), 280.
 Urquijo (D. *Mariano de*), 280.
 Urraca de Castilla (D.^a), 158, 307, 308.
 Urrestarasu (Sr.), 77.
 Usia (D. *Marcos de*), 281, 291.
 Valda y Zárate (D. *Juan Ochoa de*), 168.
 Valdivielso (*El Santero de Panyuela*), 24, 80, 217.
 Valdivielso (*Mauricio*), 80.
 Valenzuela (*El Capitán*), 139.
 Varaona (*Gonzalo de*), 139.
 Véase Baraona (*Gonzalo de*).
 Varea (*Martín*), 136, 137. Véase Zurbarán (*Martín*).
 Varona (*Los*), 305, 306, 309.

Varona (Viuda de), 304.
 Varona y Salazar (D. Rodrigo Pedro de), 306.
 Vegecio (Traductor de), 200.
 Vela (El Conde D.), 99, 260.
 Vela (El Infante D.), 171.
 Velasco (Los), 26, 31, 296.
 Vendaña (Los), 25.
 Verástegui (Los), 26.
 Verástegui (D. Prudencio María de), 167.
 Verneuil (Mr.) 220.
 Vianas (Los), 199.
 Vicuña (Rodrigo Sáez de), 123.
 Vidal (D. Cristóbal), 18, 88, 237.
 Vignolles (El ingeniero), 249.
 Villarreal (D. Bruno), 135.
 Villatte (El brigadier), 44.
 Villaverde (El Matemático Sáenz de), 200.
 Villena (El Marqués de), 209.
 Vital (Engacio), 54.

Vitoria (Fr. Juan de Vitoria), 54.
 Vitor (San), 80, 182.
 Warren de la Rue (Mr.), 239.
 Wellington (El general Lord), 41, 47, 48, 242.
 Weyer (Astrónomo), 86.
 Zubala (D. Pedro Andrés de), 124.
 Zubala (D. Rafael de), 186.
 Zárate (D. Fernando Ortiz de), 169.
 Zárate (D. Ramón Ortiz de), 70.
 Zárate (Los), 171, 172.
 Zárate (Sres. Ortiz de), 170.
 Zuazo (Los), 119.
 Zulueta (Sr. Marqués de Alava), 240.
 Zumalacarregui, 134, 188, 211.
 Zumalaye (El Magistral), 25.
 Zumalburu (Los), 119.
 Zurbarán (Martín), 137. Véase Varea (Martín).

ÍNDICE

DE NOMBRES DE LUGARES

- Abalos, 143, 205, 223, **232** á
234.
Abaunza, 179.
Abecia, **246.**
Abechuco, 174.
Aberásturi, 102, 114, 178.
Abornicano, 246.
Acilu, 116, 179.
Acosta, 166.
Acre (Convento de San Juan
de), 322, **325** á **327.**
Acha (San Miguel de), 67,
68.
Acheta, 284.
Achin, 159.
Achurdin (Picota de), 283.
Adrián (Puerto, túnel y Ermi-
ta de San), **130**, 132.
Adrián (Sierra de San), 40,
63, 102, 103, 113, 116, 123,
127, 168, 201.
Aguilar, 198.
Aguillo, 213.
Aguirre, 134.
Aitzgorri, 40, 130.
Ajarte, 213.
Alaiza, 121.
Alangua, 121.
Albaina, 214, 217, 222.
Albeniz, 101, **125.**
- Albertia (Monte de), 155, 156.
Albina (Sierra de), 20, 156,
157, 158.
Albinagoya (Bosque de), 165.
Alday (Barrio de), 255.
Alecha, 134, 184, 187.
Alegria, **115**, **116**, 179.
Ali, 62, 69, 102.
Aloña (Monte de), 130.
Aloria, 252.
Alpisu (Monte de), 282.
Altamira, 283.
Altui (Boquete de), 281, 283.
Alturriaga (Colina de), 255.
Altuve (Sierra de), 20, 35,
177, 248, **249**, 250, 257,
311.
Alzania (Sierra de), 20.
Amamio (Ermita de S. Juan
de), 126.
Amárita, 139.
Amboto (Sierra de), 40, 63,
132, 143, 156, 157, 158, 165,
201.
Amézaga, 171.
Amurrio, 71, 238, 249, 251,
252, 253, **254** á **256**, 258,
280.
Ana (Ermita de Santa), 321.
Anda, **244**, **245.**

Andagostes de Jócano 242.
 Andagoya, 245, 246.
 Andia (Sierra de), 40, 194.
 Andollu, 102, 179.
 Andramaria, 143, 159, 165.
 Angosto (Paso y Santuario de la Virgen de), 307, 309.
 Angulo (Monte de), 280.
 Antepardo (Venta de), 295.
 Antezana, 172, 174.
 Antigua (Venta), 305.
 Antolín (Venta de), 147, 148.
 Antoñana, 192, 193.
 Anúcita, 240.
 Añana (Hermandad de), 299,
 314 á 329.
 Añes, 280.
 Apellaniz, 101, 177, 190.
 Apérregui, 172.
 Apricano, 242.
 Aracaldo, 283.
 Araca (Monte de), 45, 46, 63,
 145, 174.
 Araico, 212.
 Aramayona (Valle de), 143,
 157 á 166, 178. Véase Ibarra.
 Ana (Ermita de Santa), 161.
 Establecimiento balneario,
 161.
 Arana (Campo de), 85.
 Arana (de Treviño), 211, 212,
 217, 222.
 Arana (Tierra de), 194.
 Aranguio (Moute), 157.
 Aranguiz, 101, 174.
 Aranguren (Casa de), 243.
 Aránzazu, 130, 131.
 Araya, 113, 123, 126, 128.
 Araz (Sierra de), 126, 129.
 Arbigoa, 328.
 Arbolcoi (Caserío de), 116.

Arboro (Montes de), 186.
 Arbulo, 47, 102, 115.
 Arcamo (Sierra de), 242.
 Arcaute, 72, 74, 102, 114,
 178.
 Aicaya, 114, 178.
 Arce (Altura de), 235.
 Arcena (Sierra de), 300, 301.
 Arceniega (Hermandad de),
 255, 258, 311.
 Arciniega (Villa de), 278,
 279, 311.
 Aréchaga, 173.
 Arechavaleta, 259.
 Arechavaleta, 30, 209.
 Aréjola, 143, 159, 163, 164,
 165.
 Arriola, 159.
 Bengoa (Casa de los), 159.
 Leiva (Casa de), 159,
 Mazmela (Casa de), 165.
 Arenaza, 137.
 Areta, 284, 286.
 Arezalduaga (Alto de), 283.
 Argandoña, 102, 178.
 Argómaniz, 101, 115, 178, 201.
 Arguijas (Puente de), 196.
 Ariñez, 39, 44, 49, 72, 101,
 208.
 Arlabán (Sierra de), 20, 40,
 41, 45, 49, 50, 63, 113, 137,
 138, 146, 148.
 Arlucea, 193.
 Armentia, 56, 87 á 100, 103,
 166, 208.
 Armentia (de Treviño), 210,
 211, 214.
 Artaza, 174.
 Artomaña, 252.
 Arzubiaga, 63, 72.
 Arrastaria (Hermandad de)
 252.

Arrato (Sierra de), 38, 40, 45,
 61, 67, 173.
 Arraya (Hermandad de), 183,
 186, 194.
 Arrázua (Hermandad de), 72,
 139.
 Arrechondo (Barrio de), 255.
 Arriaga, 20, 35, 43, 46, 56, 63,
 69, 70, 71, 72, 87, 104, 159,
 175, 184, 271, 273.
 Arriaga (de Ayala), 258, 259.
 Arriano (Alto de), 243.
 Arriaran (Monte de), 197.
 Arrichea, 67.
 Arriola, 133.
 Arrizala, 121, 122, 140.
 Arróyave, 139.
 Ascarza, 49, 102, 114, 178,
 208.
 Ascoaga, 157, 152.
 Aspárrena (Hermandad de),
 126.
 Aspuru, 135.
 Asteguieta, 43, 62, 65, 66,
 172, 209.
 Astoviza, 250.
 Astrea (Despoblado de), 126,
 Astulez, 313.
 Atalaya (Cima de la), 321.
 Atauri, 184, 191.
 Atauri (Caserios de), 205.
 Avezchuco, 43, 46.
 Avendaño (Río), 69.
 Avendaño (San Martín de),
 63, 69.
 Aviaga (Barrio de), 255.
 Ayala (Ermita de), 116.
 Ayala (Valle de) 171, 237, 238,
 252, 254, 257, 258 á 277,
 311.
 Ayuda (Río), 210, 222.
 Azaceta, 183, 184.

Babio (Monte de), 255, 260.
 Bachicabo, 298, 303.
 Badaya (Convento de Santa
 Catalina de), 39, 52, 56,
 175.
 Badaya (Sierra de), 38, 39,
 42, 49, 50, 56, 101, 241, 242,
 244, 311.
 Badayoz (Hermandad de), 68.
 Baizabal, 278.
 Bajauri, 216.
 Balcón de la Rioja (El), 222.
 Balderana (Peñas de), 196.
 Barajuen, 143, 157, 160, 163.
 Barambio, 250.
 Bárbara (Riachuelo), 283.
 Barbea (Castillo de), 304.
 Barbabao (Término de), 304.
 Bárcena (Palacio de), 278.
 Baroja, 217, 222.
 Bartolomé (Dehesa de San),
 205 á 207.
 Bartolomé (Ermita de San),
 191.
 Bartolomé (Ermita y Palacio
 de San, en Llodio), 283.
 Barrachi (Campo de), 72.
 Barria (Convento de), 134.
 Barrio (Peña de), 304.
 Barrundia (Hermandad de),
 134.
 Bayas (Río), 238, 239, 241,
 244, 245.
 Beldio (Caserío de), 283.
 Belunza, 248.
 Bellogin, 304.
 Beotegui ó Perea, 262.
 Berberana, 253, 313, 314.
 Bergienda, 291, 297, 301, 303.
 Bernedo, 198, 199, 217.
 Berunegui (Minas de plomo),
 155, 221.

Berrabia (Altos de), 196.
 Berrio (Alto de), 283.
 Berroci, 114, 184, 185.
 Berrosteguieta, 205.
 Besantes (Monte), 298.
 Betoño, 35, 47, 63, 71, 72,
 144.
 Betriquiz. Véase Petriquiz y
 101.
 Blanca (Venta), 304.
 Bolinchu, 160.
 Borunda (Boquete de la), 20,
 21, 40, 116, 126.
 Bostiballeta (Río), 154.
 Botondela (Peña de), 193,
 Bóveda, 307, 309, 313.
 Brifas, 235.
 Briones, 224.
 Bujanda (Ermita de San Faus-
 to de), 196.
 Bujedo (Alto de), 223.
 Cabredo, 196, 198.
 Camarasa (Monte de), 282.
 Campanoste, 184.
 Cantabria (Cordillera de),
 210, 222.
 Capelamendi, 140.
 Capildui (Monte de), 184.
 Caranca, 313.
 Carasta, 239.
 Cárcamo, 313.
 Castillo (de la Ribera), 240.
 Catadiano, 244.
 Cellorigo, 20, 56, 99.
 Cenicero, 224.
 Cerio, 102.
 Cestafe, 166.
 Cicujano, 187.
 Cigoitia (Hermandad de,) 165
 á 168.
 Comunión, 294, 295.
 Conchas de Haro (Las), 235.

Contrasta, 194.
 Cortache (Minas de), 221.
 Corres, 177, 193, 194, 196.
 Corro, 313.
 Coscorrones (Alto de), 186.
 Crispijana, 209.
 Cristóbal (Monte de San),
 181, 189.
 Cristo (Ermita del, en Mena-
 garay), 277.
 Cruces (Alto de las), 246.
 Cruceta (Alto de), 157.
 Cruz Blanca (La), 69.
 Cuartango (Valle de), 40, 56,
 143, 241, 242 á 245, 269.
 Cuco (Cazadero del), 243.
 Cucho, 212.
 Cuerno (Venta del), 174.
 Charca del Cañamal (Asfaltos
 de la), 219, 220.
 Chinchetru (Túnel de), 116.
 Chiriboa, 278.
 Chorros (Fuente de los), 209.
 Chuliando (Pico de), 155.
 Délica, 252.
Deobriga, 296.
 Domaica, 67, 173.
 Dordoniz, 212.
 Doroño (Puerto de), 213.
Dulanci 115.
 Durana, 23, 36, 43, 45, 46, 49,
 138, 139, 145, 211.
 Ebro (Río), 19, 21, 22, 41, 84,
 125, 203, 208, 223, 235, 293,
 294, 297, 298, 301, 302, 311.
 Echagüen, 157, 158, 159, 163,
 164.
 Echaurren (Monte de), 260.
 Echávarri de Cuartango, 243.
 Ega (Río), 190, 193, 198, 199.
 Egulaz, 123, 125, 140.
 Eguileor, 121.

Eguileta, 63, 179, 190, 200.
 El Burgo, 115, 179.
 El Ciego, 205, 223, 227 á 232.
 Elejondo (Barrio de), 254.
 Eigurea, 40, 102, 113, 133, 135.
 Elizmendi (Iglesia de), 194.
 Elortiaga, 48, 72, 74, 79 á 85, 102, 114, 178, 182.
 Elosu, 155, 165.
 Encia (Sierra de), 116, 120, 121, 123, 133.
 Encina (Santuario de Nuestra Señora de la), 279.
 Encinillas (Alto de las), 322.
 Entrambasaguas (En Añana), 322.
 Entrambasaguas (Molino de), 293.
 Escalmendi, 46, 139 á 141.
 Escorume (Barranco de), 244.
 Espejo, 303, 304.
 Esquivel, 38, 63, 208.
 Estarrona, 39, 62.
 Esteban (Alto de San), 139.
 Estivaliz, 70, 87, 88, 95, 96, 100 á 111, 115, 178, 201.
 Estrella (La), 224.
 Etura, 134.
 Faido, 217.
 Fé (Monte y Castillo de la), 284.
 Flumencillo (Río), 305, 307, 309, 310.
 Foncea (Alto de), 223.
 Fontecha, 295.
 Formerio (Ermita de San), 212.
 Foronda, 174.
 Franco, 212, 222.
 Fresneda, 313.

Fuenmayor, 224.
 Fuente-hoz, 240.
 Gaceo, 116.
 Gácerta, 179.
 Galarreta, 127.
 Gallarraga (Peña de), 283.
 Gamboa (Hermandad de) 137,
 Gamarra, 43, 46, 63, 71, 134, 144, 145.
 Gámiz, 101, 178.
 Gancedo (Casa de), 277.
 Ganzaga, 159, 163.
 Gararza, 181.
 Garayo, 137.
 Gardea (Barrio de), 281, 286.
 Gardélegui, 35.
 Garondo, 278.
 Gauna, 80.
 Gaztelu (Alto de), 139.
Gebalaeca, 128.
 Genevilla, 193, 196, 198.
 Gobeo, 62, 66.
 Godamo, 246.
 Gojain 146, 147, 155.
 Golernio, 213.
 Gomecha, 38, 39, 45, 63, 101, 208.
 Gorbea (Montaña de), 20, 40, 64, 132, 156, 166, 168, 169, 177, 201, 250, 278.
 Gordoa, 133.
 Goro (Cuevas de), 60.
 Gorosabel (Minas de plomo), 155.
 Gorostiza, 166.
 Granja del Retiro, 148, 152, 153, 269. Véase La Rabea.
 Guereña, 67.
 Guereñu, 116.
 Guevara, 102, 113, 132, 134, 135, 178, 201.
 Guiibijo, 132, 303.

Guillerna, 171.
 Guinea, 313.
 Guinicio, 295.
 Gujuli, 247, 248, 249.
 Gurendez, 310. Véase Villa-nueva de Valdegovia.
 Gureya, 160.
 Gustaldapa (Monte), 190.
 Haro, 223.
 Haro (Peña de), 252.
 Henayo (Monte de), 116.
 Heredia, 134.
 Herenchun, 179.
 Hereña, 239.
 Hermua, 135.
 Herrán (Casa de) 328, 329.
 Herrán (Monte de), 302.
 Herrera (Puerto de), 205, 219, 222, 225.
 Horca (Alto de la), 116.
 Hormilla (Altos de la), 321.
 Hornillos (Alto de), 196.
 Huetos (Los), 39, 59 á 61, 62, 64, 65, 67, 68, 72.
 Ibaizabal (Río), 253. Véase Nervión.
 Ibarbaltz (Río), 154 y véase Engracia (Santa, Río de).
 Ibarra (de Aramayona), 158, 160 á 162.
 Casa Consistorial, 162.
 Plaza, 162.
 Sebastián (Ermita de San), 162.
 Ibernal (Ermita de la Virgen de), 198.
 Ichucha (Alto de), 181.
 Ijona, 102, 179.
 Ilárraza, 102, 115.
 Inglesmendi (Alto de), 49.
 Inoso, 250.
 Invaladesa (Montes de), 197.

Ipurdiotz, 159.
 Irabien (Palacio de), 277.
 Iruña, 39, 40, 50, 52 á 57.
 Iruraiz (Hermanad de), 115, 179.
 Iturbarría, 278.
 Iturrichu, 283.
 Iturrioz (Manantial de), 184.
 Izarra, 245, 246, 247, 249.
 Izoria, 258, 260.
 Izquier (Sierra de), 190, 193, 194, 196, 197.
 Jaundia (Río), 249.
 Jócano, 242.
 Juan (Alto de San), 181, 182.
 Juan el Chico (Ermita Juradera de San), 69, 70.
 Juan (Ermita de San, en Marquinez), 193.
 Judimendi (Alto de), 86, 102, 113.
 Jugo, 172.
 Jundiz (Alto de San Juan de), 37, 38, 39, 40, 42, 44, 45, 50, 52, 54, 62, 72, 101.
 Labastida, 205, 223, 235.
 Labraza, 236.
 La Cervilla, 212.
 Lacoriana, 235.
 Lacozmonte, 241, 242, 313.
 Lacua (Campo de), 68.
 Ladrera, 212.
 Lago (El, cerca de las Salinas de Añana), 323, 324.
 Lagrán, 199.
 Laguardia, 21, 117, 143, 205, 223, 225 á 227.
 Castillo (El), 226.
 Juan (Iglesia de San), 226.
 Maria (Iglesia de Sta.), 226.
 Plaza (La), 226.
 La-hoz, 313.

- Laminoria (Hermandad de), 186, **187**, 194.
 Lanciego, 236.
 Landa, 137.
 Landaco (Barrio de), 254, 255, 257.
 Langarica, 116.
 Lantaron (Ermita de), 300.
 Laño, 205, **214** á **216**.
 La Población, 196, 198.
 La Puebla (Boquete de), 19, 38, 40 á 44, 50.
 La Puebla de Arganzón, 208, 210.
 La Puebla de la Barca, 223, 224.
 La Rabea, **148** á **154**.
 Larra (Valle de), 196.
 Larraco (Palacio de), 251.
 Larranegui (Barrio de), 187.
 Larrazábal (Monte de), 157, 158, 159.
 Larrea, 135.
 Larrimbe, 252, 255.
 Larrinaga (Barrio y casa de), 255, 277.
 Larrinchu, 283.
 Larrinzar (Pueblo y Barrio de), 138, 187.
 Lasarte, 85, 208.
 Lasierra, 240.
 Latiorro (Caseríos de), 283.
 Lecamaña, 252.
 Leciñana del Camino, 295.
 Lejarza (Montes de), 255.
 Lejarzo, 280.
 Lendia, 67, 174.
 Leerza, 187.
 Lesheaga, 283.
 Lezama, **250**, **251**, 252, 258.
 Lezama (de Treviño), 212.
 Logroño, 41, 44, 224.
-
- Losa (Valle y Villa de), 253, 279, 313.
 Lopidana, 67.
 Loza, 219, 222, 223.
 Lubiano, 102.
 Lucía (Alto y Ermita de Santa), 85, 102, 114, **178**.
 Luco, 145, 146, 154.
 Luja (Alto de), 283, 307.
 Luna, 243.
 Luyando, 256, **280**.
 Luczando, 116.
 Llanada (La), **17**, 36, 41, 42, 132, 190, 200, 205, 210, 253.
 Llanteno, 278.
 Llodio, 237, 254, 280, **281** á **291**.
 Bárbara (Casa de), 281.
 Carmen (Calle del), 282.
 Catuja (Palacio de), 281.
 Chomin (Caseta de), 281.
 Errotacho, 282.
 Escuelas (Las), 281, 282, **287** á **291**.
 Goicoplaza, 281.
 Granja (Caserío viejo de la), 286.
 Iglesia (La), 285, 286.
 Lamuza (Iglesia de San Pedro de), 282.
 Múrua (Casa de), 282.
 Olavarrieta (Casa de), 282.
 Olea (Casa de) 281.
 Reventorico, 282.
 San Roque (Castillo-Mirador de), 281, 282, 287.
 Ugarte (Caseríos de), 282.
 Urquijo (Casa-Palacio de los), **286**, **287**.
 Zubiaur, 281.
 Maestu, 184, **186** á **190**, 194, 198, 217, 253.

Arraya (Casa-fuerte de los Señores de), 186.
 Campo (Ermita de la Virgen del), 188, 189.
 Escuela, 188.
 Fachenda (Posada de), 186.
 Fuente, 186.
 Iglesia (La), 187.
 Martín (Ermita de San), 188.
 Serrallo (El), 187.
 Trini (Casa de la), 188.
 Magalzar (Monte de), 255.
 Magdalena (Alto de), 283.
 Majadillas (Las), 181.
 Mamario (Puente de), 62.
 Manchubio (Monte), 190.
 Mandojana, 67.
 Majurga, 165, 167.
 Mañarrieta, 173.
 Marabay, 243.
 Marañón, 198.
 Marauri, 213.
 Margarita, 39, 45.
 Mariaca (Ermita de la Virgen de), 156.
 Mariaca (Torre del Fuerte de), 255.
 Marieta, 138.
 Marina (Ermita de Santa), 240.
 Marinda (Pico de), 243.
 Marquillano, 196.
 Marquina, 172, 193.
 Marquínez, 193.
 Martioda, 39, 59, 62.
 Mastondo, 278.
 Matauco, 115.
 Maturana, 135, 137.
 Medropio (Monte), 304.
 Menagaray, 261, 277, 278.
 Mendarozqueta, 174.

Mendi (Barrio de), 187.
 Mendico (Barrio y Altos de), 255, 283.
 Mendieta (Casa de), 277.
 Mendiguren, 174.
 Mendijur, 137.
 Mendiola, 102, 209.
 Mendivil, 58, 139.
 Mendizábal, 137.
 Mendizorrotz (Alto de), 122.
 Mendoza, 37, 39, 43, 58, 62, 68, 72.
 Millán (San), 41, 125.
 Mimbredo, 240.
 Mistano, 145.
 Miranda, 36, 336, 237, 238, 291, 293.
 Miruri, 213.
 Modelo (La Granja), 36, 74 a 79, 114, 149.
 Molinacho (El), 210.
 Monreal, 173.
 Monte (San Miguel del), 272.
 Monte (Venta del), 309, 313.
 Montevite, 38.
 Montañana, 295.
 Montoria, 205, 219, 220, 221, 222.
 Moraza, 217.
 Morcador, 212.
 Moreda, 236.
 Morillas, 241.
 Morutegui (Castillo de), 128.
 Mostacha (Altos de), 281, 283.
 Munain, 123.
 Murga, 258, 291.
 Murguia, 45, 169, 170, 171, 172, 173.
 Murielles, 241.
 Múrua 166.

Muya (Convento de San Andrés de), 232.
 Nanclares, 133.
 Nanclares de la Oca, 36, 37, 39, 43, 45, 50, 51, 72.
 Nafarrate, 155.
 Narbaja, 133, 134.
 Navaridas, 223.
 Nazar (Puerto de), 196.
 Nervión (Río), 253, 255, 258, 280, 281, 282. Véase Ibaizábal.
 Nogalicas (Las), 260.
 Nograro, 312.
 Nubilla, 240.
 Obarenes, (Montes), 223, 298.
 Obecun, 216.
 Oca (Boquete de la), 67.
 Ocariz, 101, 121.
 Ocilla, 212.
 Ocio, 235.
 Ocón (Cristo de), 199.
 Ocharte, 213.
 Ogueta, 213.
 Olaeta, 159, 163.
 Olarizu (Bosque de), 102, 113, 209.
 Olarte (Monte de), 283 y véase Zabala.
 Olavezar, 258, 280.
 Oleta (Monte de), 282.
 Omecillo (Río), 297, 303, 304, 305, 307, 313.
 Ondana, 247.
 Ondátegui, 166.
 Onraita, 194.
 Opacua, 121.
 Oquendo, 258, 283.
 Oquina, 114, 177, 185.
 Orbiso, 196.
 Orduña, 41, 132, 249, 252, 253, 291, 309, 314.

Peña de Orduña, 252, 253, 303.
 Santuario de la Antigua, 253.
 Oreitia, 101, 102, 115.
 Orenin, 137.
 Ormijana, 240.
 Oro (Santuario de la Virgen de), 67, 173.
 Orozco, 250, 283, 284.
 Orue (Barrio de), 255.
 Osma, 41, 313, 314.
 Otaza, 62, 66.
 Otazu, 114, 178.
 Oteo, 194.
 Oyana (Altos de), 183.
 Oyardo, 248.
 Oyon, 236.
 Ozaeta, 135.
 Padura (Barrio de), 251.
 Páganos, 223.
 Panabarra (Punta de), 278.
 Pancorbo (Montes de), 132, 297.
 Pangua, 212.
 Paul, 240, 328.
 Payueta, 217.
 Peñacerrada 113, 203, 205, 210, 217, 218, 220, 221, 222, 224, 253.
 Peña (Ermita de la Virgen de la), 217.
 Peña Horadada (Puerto de la), 128.
 Perdiguera (Cazadero de la), 243.
 Pereña, 262. Véase Beótegui.
 Peregaña (Colina de), 261, 262, 277.
 Perlaco (Barrio de), 187.
 Peruchico (Barrio de), 321.
 Petriquiz (Ermita de), 114.

Picozorrotz, 208.
 Piérola (Monte de), 193, 196,
 200.
 Pipaón, 220.
 Pirineo Vasco, 19, 40, 131,
 203.
 Pobes, 210, 238, 240, 242,
 328.
 Portilla, 235.
 Primera (Peña), 321.
 Puentelarrá, 41, 296, 297.
 Quejana, 22, 237, 257, 258,
 261, 262 á 277, 280.
 Quilchano (Ermita de), 115.
 Quintanilla (Alto de), 238.
 Recallor (Río), 72.
 Respaldiza, 171, 259, 261.
 Restia, 139.
 Retes, 279.
 Ribera alta (Hermandad de),
 240, 291.
 Ribera baja (Hermandad de
 la), 238, 291, 295.
 Ribera (Sierra de la), 311.
 Rioja (La), 99, 113, 132, 184,
 198, 203, 222 á 236, 253,
 308.
 Rivabellosa, 238.
 Robledal (Monte del), 182.
 Roitegui, 187, 190, 194.
 Román (Alto de San), 49, 102,
 114, 178, 208.
 Roque (Ermita de San), 255.
 Rubina (Caserio de), 262.
 Sabando, 190, 194.
 Salcedo, 295.
 Salinas de Añana, 39, 41, 50,
 210, 240, 291, 293, 294, 301,
314 á 329
 Almacenico, 322.
 Callicos (Fuente), 323.
 Cubo (Choza del), 322.

Fuente Ontana, 323.
 Fuente Riva, 323.
 Grande ó del Medio (Almacén), 322.
 Manantial grande, 322, 323.
 Meadero, 322.
 Muñeco (Choza del), 322.
 Revilla (Almacén de la)
 321.
 Royo Quintana, 322.
 Royo Suso, 322.
 Salinillas de Buradón, 205,
 235.
 Salvada (Sierra), 252.
 Salvatierra, 21, 46, 47, 48, 74,
 113, 116 á 122, 124, 125,
 127, 128, 132, 135, 145, 178,
 269.
Hagurain, 118.
 Juan (Iglesia de San), 117.
 María (Iglesia y Arco de
 Santa), 117, 119.
 Mayor (Calle), 117, 119.
 Zapatarí (Calle), 117.
 Zuazo (Casa de los), 119.
 Sallurtegui (Ermita de), 121.
 Samaniego, 223.
 San Cristóbal (Mirador de),
 321.
 San Esteban, 212.
 San León Fortún (Fuente de),
 219, 222.
 San Lorenzo (Sierra de),
 223.
 San Martín de Zar, 217,
 222.
 San Pedro (Monte de), 260.
 San Pelayo, 239.
 San Román de Campezo, 196.
 San Roque (Alto de), 283.
 Santa Cruz de Campezo, 177,
 190, 193, 194 á 198, 200.

- Arrabal (Calle del), 195.
 Fuente (Calle de la), 195.
 Iglesia (La), 195.
 Montijo (Calle de), 195.
 Pedro Antón (Calle de), 195.
 Resbaladero (Calle del), 195.
 Subida al Castillo (Calle de), 195.
 Villa (Calle de la), 195.
 Santa Cruz (Cercanías de Zambrana), 235.
 Santa Cruz (Pico en Amurrio), 255.
 Santa Cruz (Pico en Aramayona), 157.
 Santa Cruz (Riachuelo de), 283.
 Santa Engracia (Pico de), 139, 146, 154.
 Santa Engracia (Término de), 322.
 San Vicente Arana, 194.
 San Vicente de la Sonsierra, 223.
 San Vicentejo, 210.
 San Zadornil (Desfiladero de), 312.
 Saracho, 253.
 Sarria, 172.
 Segunda (Peña), 321.
 Sendadiano, 244.
 Sobrón, 210, 293, 294, **298 á 301**, 314.
 Sojo, 279.
 Sonsierra (La), 196.
 Soportilla, 298, 301. Véase Villanueva de Soportilla.
 Sorguiñecche (Dolmen), **120 á 122.**
 Subijana de Alava, 39, 42, 44, 72.
 Subijana de Morillas, **41, 241.**
Suessatius, 37, 99.
 Suzana, 295.
 Tamajon (Molino de), 300.
 Taravero, 212, 217.
 Tartanga, 253, 314.
 Techa (Portillo de), 241.
 Tejera (Alto de la), 328.
 Terrazo (Alto del), 322.
 Tierras Blancas (Altos de), 183.
 Tierras del Conde de Salinas, 218.
 Tirso (Peña de San), 199.
 Tobalina (Valle de), 302.
 Toloño (Santuario de), 235.
 Toloño (Sierra de), 143, 198, 203, 222.
 Tomás (Riachuelo de Santo), 154.
 Tortura, 243.
 Torrea (Finca del M. del Riscal), 227 á 232.
 Torronteja (Santuario de), 235.
Transponte, 52.
 Tres-cruces, 283.
 Tres-puentes, 39, 43, 44, 52, 53, 54, 57.
 Treviño (Condado de), 203, 205, **209 á 217**, 222.
 Treviño (Villa de), 210, 212, 214.
Tullonius, 114.
 Turiso, 239.
 Turrión, 165.
 Tuyo, 20, 49, 210, 240, 241.
 Tuyo (Montes de), 19, 38, 50.
 Ubarriaran (Ermita de), 61.
 Ubarrundia (Hermandad de), 133, 135, 146.

Udala (Peña de), 42, 63, 158,
 159, 160.
 Ugarte (Barrio de), 255.
 Ullíbarri, 181.
 Ullívarri (Anteiglesia de),
 160.
 Ullívarri-Gamboa, 137, 139.
 Ullívarri-víña, 39.
 Uncejos (Peñas de), 243.
 Uncella, 157, 163.
 Uncetapico (Peña de), 283.
 Undio (Montes de), 256.
 Unzá, 248, 249.
 Uraviano, 171, 173.
 Urbasa (Sierra de), 103.
 Urbina, 145, 146, 154, 155.
 Urbina de Basabe, 243.
 Urbina de Eza, 243.
 Urcabustaiz (Hermandad de),
 246.
 Urcagacha (Alto de), 139.
 Urdiola (Monte de), 284.
 Uribarri, 163.
 Urizar, 137.
 Urizarra (Altura de), 218.
 Urquiola, 159.
 Urrechu, 173.
 Urrialdo, 67.
 Urrunaga, 155.
Uxama-Barca, 314.
 Uzquiano, 210.
 Valdegovía, 253, 291, 293,
 303 á 313. Véase Villa-
 nueva de Valdegovía.
 Valderejo (Hermandad y Valle
 de), 309, 313.
 Varderrible, 41.
 Valderrota (Monte de), 196,
 197, 198.
 Valdivieso, 41.
 Valpuesta, 310 á 313.
 Vechina (Molino de), 154.

Ventabarri, 137, 138.
 Ventosa (Término de la),
 321.
 Viana, 236.
 Vicente (Monasterio de San),
 280.
 Vicuña, 123, 133.
 Vicuña (Peña de), 63.
 Villabezana, 139.
 Villabona (Ermita de San Mi-
 guel de), 174.
 Villabuena, 223.
 Villafranca, 102, 108, 109,
 179.
 Villamaderne, 304.
Villanafte, 305 á 309.
 Villanueva de Soportilla, 300,
 301, 303.
 Villanueva de Valdegovía ó
 de Gurendez, 309, 310.
 Villarreal, 25, 143, 146, 147,
 154 á 156, 164, 165.
 Avendaños (Fortaleza de
 los), 154.
 Blas (Parroquia de San),
 154.
 Concejo (Arco del), 154.
Legutiano, 154.
 Villodas, 39, 42, 52, 53, 54,
 57.
 Villodas (Alto de, en Ayala),
 261.
 Viñaspre, 223.
 Violarra (Ermita de), 193.
 Virgala, 183, 184, 185, 186.
 Vitoria (Ciudad de), 17 á 36,
 37, 39, 41, 42, 45, 46, 48, 50,
 54, 63, 66, 68, 69, 71, 75, 84,
 87, 97, 100, 101, 102, 107,
 108, 113, 116, 117, 128, 132,
 133, 138, 139, 140, 143, 145,
 147, 148, 152, 155, 159, 177,

186, 188, 200, 201, 203, 208,
211, 213, 268, 272, 275, 293,
294. (*)
Academia Cervántica, 34,
314.
Academia de Bellas Artes,
34, 148.
Alameda (Casa de los Mar-
queses de la), 27.
Alava (Calle del General),
31.
Alavas (Palacio de los), 27.
Antonio (Calle de San), 30,
31, 34.
Arana (Camino de), 30.
Arana (Campo de), 35.
Arca (Barrio y calle del), 30.
Arcos (Paseo de los), 32, 36.
Arquillos (Los), 34.
Arriaga (Campo de), 35, 36.
Arriaga (Portal de), 23, 144.
Ateneo, 29, 31, 36.
Avendaño (Río, Ermita, Po-
sición y Calzada vieja
de), 35.
Barreras (Portal y Barrio
de), 30, 31.
Batán (El), 35.
Bilbao (Plaza de), 28, 29.
Brigidas (Convento de las),
31.
Campillo (El), 21, 22, 24,
34.
Capitanía General, 31.
Cárcel, 29.
Cárcel vieja, 152.

Casa Consistorial, 48.
Casino (El), 33.
Castilla (Plaza d.). Véase
Mentirón.
Catedral. Véase Santa Ma-
ría.
Cementerio, 35.
Cercas (Las), 144.
Círculo (El), 33, 177.
Claras (Convento de las),
30.
Constitución (Calle de la),
27, 30, 34.
Correería (Calle de la), 26,
33, 34, 48.
Cristóbal (Barrio de San),
35, 113.
Cristo (Portal del), 26.
Cruz Blanca, 35.
Cruz (Convento de Santa),
25.
Cuchilleria (Calle de la),
25, 28, 33, 34, 143.
Domingo (Barrio de Santo),
22, 26, 34.
Domingo (Convento de San-
to), 23, 26.
Chiquita (Calle), 143.
Echanove (Casa de), 42.
Echavarria (Casas de), 30.
Estación (Calle de la), 30,
33.
Florida (Calle de la), 31,
32, 144.
Florida (Paseo de la), 29,
21, 32.

(*) Algunos nombres de lugares de las cercanías de Vitoria, citados en la descripción de la misma y comprendidos por tanto dentro de este su índice particular, se hallan repetidos en otras descripciones y deben también buscarse en el índice general de nombres de lugares.

Francia (Camino de), 26,
35, 144.
Francisco (Convento de San), 22.
Ganados (Mercado de), 30.
Gazteiz, 20, 21, 22, 101.
Herrería (Calle de la), 26,
27, 34.
Hospicio, 26.
Hospital de Santiago, 29.
Ildefonso (Iglesia de San),
22, 26.
Independencia (Plaza de la), 29.
Instituto, 27, 31.
Juan el chico (Ermita Jura-
dera de San), 35.
Judería, 26.
Judimendi ó el Polvorín,
30, 35.
Justicia (Alto de la), 35.
Lacua (Campo de), 35.
Legarda (Casa del Marqués
de), 27.
Lucia (Ermita y alto de
Santa), 35.
Machete (Plazuela del), 28.
María (Cantón de Santa),
48.
Maria (Iglesia de Santa),
24, 36.
Mentirón, 22, 28, 29.
Miguel (Iglesia de San), 22,
28.
Mineral (Camino del), 32,
88.
Mineral (Fuente del), 35.
Montehermoso (Palacio de)
25, 244.
Nueva (Calle), 25, 28.
Nueva (Plaza), 28, 29, 30,
33, 34.

Olárizu, 35.
Olave (Café de), 33.
Palacios (Campo de los),
30.
Pallares (Fonda de), 33.
Panticosa (Paseo de), 29.
Pedro (Iglesia de San), 27.
Pico (Monte del), 25, 205.
Pintorería (Calle de la), 25,
28, 34.
Polvorín. Véase Judimendi.
Portal oscuro, 27.
Postas (Calle de), 29, 30,
33, 34.
Pozo artesiano, 19.
Prado (Barrio del), 31.
Prado (Calle del), 31, 34.
Prado (Paseo del), 32, 37,
88.
Prado (Senda del), 205.
Provincia (Palacio de la),
27, 168.
Prudencio (Calle de San),
31.
Puebla (La), 22.
Quintanilla (Fonda de), 33,
161, 203.
Resbaladero, 29.
Rey (Portal del), 23, 29.
Rioja (Carretera de la),
35.
Salvatierra (Palacio de los
Condes de), 25, 152.
Seminario Conciliar, 26.
Senda (Paseo de la), 32.
Sociedad Vascongada (Ca-
sa de la), 23, 25.
Suizo (Café), 33.
Tomás (Río de Santo), 35.
Toros (Plaza de), 29.
Universidad, 27.
Velascos (Casa de los), 26.

Velascos (Palacio de los),
 31.
 Vendañas (Casa de los), 25.
 Verástegui (Casa delos), 26.
 Vicente (Iglesia de San),
 22, 25.
 Villasuso, 22, 25.
 Zapatería (Calle de la), 26,
 27, 34.
 Zumaquera (Paseo de la),
 35.
 Vitoria (Montes de), 19, 38,
 40, 49, 205.
 Vitoria (Puerto de), 63.
Vitoriacó, 173.
 Vitoriano, 173.
 Vitórica (Canteras de), 283,
 287.
 Vitor (Santuario de San), 182.
 Yécora, 223.
 Yermo (Ermita de Santa Lu-
 cia de), 282.
 Yerti (Montes de), 197,
 Ygay, 239.
 Yoar, (Sierra de), 177, 178,
 193, 194, 196, 197, 198.
 Yuglarez, 217, 235.
 Yurre, 67, 102.
 Zabala y Olarte (Monte de),
 281, 283.

Zadorra (Río), 22, 35, 36, 38,
 39, 42, 43, 44, 47, 50, 52, 62,
 66, 70, 102, 123, 132, 135,
 137, 139, 144, 208.
 Záitegui, 40, 64, 174.
 Zaldiaran (Pico de), 38, 49,
 63, 101, 203, 205, 208.
 Zalduendo, 123, 127.
 Zalgogaray, 160, 165.
 Zalla (Río), 62, 67, 174.
 Zambrana, 235.
 Zaracolanda (Peña de), 193.
 Zaragua (Bocazón de), 174.
 Zarandona (Monte de), 260.
 Zárate, 168, 169.
 Zaraube (Barrio de), 255, 258.
 Zavalívar (Barrio de), 255.
 Zolloa (Monte), 283.
 Zuaza, 280.
 Zuazo de Alava, 37, 54, 62,
 209.
 Zuazo de Cuartango, 243.
 Zuazo de Gamboa, 137.
 Zumelzu, 38, 42, 43, 50, 208.
 Zumento, 217.
 Zurbano, 46, 72 á 74, 79,
 102.
 Zuya (Valle de), 64, 68, 143,
 165, 168 á 173, 245, 249,
 250, 285.



ÍNDICE GENERAL

Prólogo	Pag. 2
Vitoria y la Llanada	» 17
Armentia y Estivaliz.	» 87
Salvatierra-Araya-Guevara-Arlabán	» 113
De Vitoria á Villarreal-Aramayona y Zuya.	» 143
De Vitoria á Santa Cruz de Campezo	» 177
Zaldiaran-Treviño-Peña cerrada-Rioja Alava	» 303
De Miranda á Ayala y Llodio.	» 237
De Miranda á Sobrón, Valdegovía y Salinas de Añana	» 293
Indice de nombres de personas	» 231
Indice de nombres de lugares.	» 339



ÍNDICE GENERAL

Las *Descripciones de Alava* se imprimieron en la Revista ATENEO y en esta edición aparte acompañada de Indices, desde el mes de Abril de 1917 al de Diciembre de 1918.





